GUIDO KNOPP



SECRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

GUIDO KNOPP



SECRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

Índice

Introducción

Aquella fue una guerra que demostró hasta dónde puede llegar el ser humano y qué es capaz de hacer a sus semejantes. En este conflicto mundial quedaron reflejados todos los elementos que definieron el siglo XX: la lucha por el poder entre dos ideologías totalitarias, la victoria de la democracia frente a la dictadura, el triunfo definitivo de la tecnología en los combates y el uso abusivo de los avances para el exterminio sistemático de la población. Fue un conflicto que sirvió para poner el foco sobre determinados aspectos y que lanzó una seria advertencia a la humanidad. La segunda guerra mundial es el capítulo más decisivo de la historia reciente de Alemania y seguirá marcando de un modo determinante la memoria colectiva de los alemanes en el futuro.

En los más de sesenta años que han transcurrido desde el final de este enfrentamiento entre naciones, los investigadores han conseguido dar respuesta a numerosas preguntas fundamentales: han esclarecido los orígenes históricos del conflicto, que se remontan a la primera guerra mundial, y han descrito el transcurso de los combates, desde las victorias alemanas en la guerra relámpago de Polonia y Francia hasta el hundimiento del Reich en Berlín en mayo de 1945, pasando por el giro que tomó la guerra ante las puertas de Moscú y en Stalingrado. Han desenmascarado las mentiras de una supuesta guerra preventiva contra la Unión Soviética de Stalin y han destapado los terribles crímenes que se cometieron en nombre de Alemania.

Y, sin embargo, en torno a esta guerra aún quedan muchos enigmas y leyendas por resolver. Todavía hay multitud de acontecimientos que no se han esclarecido y siguen apareciendo estudios verdaderamente asombrosos

que ponen en duda conocimientos que hasta ahora se tenían por consolidados. El misterioso vuelo al Reino Unido que protagonizó el representante del *Führer*, Rudolf Heß, las opacas acciones de los comandos de los servicios secretos tras las líneas del frente durante la guerra, la influencia de las drogas y los medicamentos sobre las decisiones que tomaba Hitler como caudillo o el enigmático proceso de la Fortaleza Alpina en la primavera de 1945: todos estos misterios forman parte de los últimos grandes secretos de la segunda guerra mundial, que abordaremos en este libro.

Los documentos secretos de Heß

La figura del representante de Hitler, Rudolf Heß, sigue siendo un misterio. ¿Qué buscaba en el Reino Unido? Setenta años después de su vuelo hacia este país, que finalizó con su salto en paracaídas sobre Glasgow y su posterior encarcelamiento en una prisión británica, aún quedan muchas preguntas por responder y se siguen alimentando las especulaciones: ¿fue aquel viaje, realizado seis semanas antes de que Alemania atacase a la Unión Soviética, un acto de locura de una personalidad desequilibrada o un serio intento de poner fin a una guerra entre los «pueblos germanos hermanos»? ¿Qué sabía Hitler de todo aquello? ¿Voló Heß por encargo del *Führer*? ¿Tenía que negociar un armisticio inmediato entre el Reino Unido y el Reich alemán?

¿O tal vez cayó Heß en una trampa? ¿Qué papel desempeñó el servicio secreto británico en este asunto? El enigma que rodea este capítulo esencial de la historia contemporánea se ve reforzado por el hecho de que en el Reino Unido aún no se hayan hecho públicos todos los documentos relativos a este episodio histórico, lo que no hace sino alimentar la idea de que se está ocultando información deliberadamente. ¿Por qué no hay todavía una transparencia total en el caso Heß?

Existen historiadores de prestigio que están siguiendo la pista de este misterio por los archivos de todo el mundo. Desde hace poco es posible

consultar el legado privado de la familia Heß en el Archivo Federal de Suiza, con documentos que permiten tener una visión directa del representante de Hitler, de su ascenso junto al dictador, de su implicación en los crímenes del régimen y de los verdaderos motivos que le llevaron a volar al Reino Unido.

El segundo misterio ligado al nombre de Heß es el de las circunstancias de su muerte. El preso número siete de la cárcel de Spandau pasó cuatro decenios encerrado, dos de ellos como único recluso de esta penitenciaría. Ni una sola de sus palabras salió al exterior. En la década de los ochenta, todos suponían que aquel anciano, que tenía ya más de noventa años, se llevaría consigo a la tumba el secreto de su vuelo al Reino Unido. Por otra parte, todos los intentos de los máximos dirigentes de la República Federal de Alemania por liberarlo habían caído en saco roto. La Unión Soviética se negó en redondo a avanzar por esa vía.

Sin embargo, en medio de aquel panorama se produjo un cambio con el que nadie había contado: de un modo completamente inesperado, el que por aquel entonces era el jefe de Estado de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, expresó su deseo de que los rusos pusieran en libertad al anciano Rudolf Heß, por motivos humanitarios, en el siguiente turno rutinario de custodia que les correspondiese en Spandau. Poco después, el 17 de agosto de 1987, la opinión pública internacional se enteró de la muerte del preso. La causa oficial del fallecimiento: suicidio por ahorcamiento. Pero ¿de verdad fue eso lo que ocurrió? ¿Qué hay de esas teorías que vuelven una y otra vez según las cuales Heß fue asesinado? ¿Existe alguna relación entre su vuelo al Reino Unido y su muerte? ¿Es posible resolver de forma definitiva el caso Heß?

MISIONES LETALES

A la sombra de los combates que se multiplicaron en todos los frentes entre 1939 y 1945, los Aliados y los alemanes libraron una guerra en secreto: la de las pequeñas tropas de soldados especialmente entrenados que cumplían

encargos particulares (secuestros, atentados y actos de sabotaje) tras las líneas enemigas. Algunas de sus empresas, que implicaron brutales combates cuerpo a cuerpo, sirvieron para completar la información disponible sobre el enemigo, como fue el caso del ataque aliado a Dieppe en el verano de 1942.

Con todo, la mayoría de las intervenciones de los comandos especiales perseguían más bien fines propagandísticos, como ocurrió con el atentado cometido contra Reinhard Heydrich, delegado del Gobierno de Hitler en el Protectorado de Bohemia y Moravia, al que el servicio secreto británico encargó eliminar en abril de 1942 por considerarlo un brutal tirano. Con aquella acción se perseguía además otro objetivo: incitar a la población checa a resistir frente a una Alemania que parecía invencible. Aunque en un principio Heydrich murió debido a la infección de sus heridas, aún se especula con la posibilidad de que la granada cuyos fragmentos alcanzaron su cuerpo contuviese un virus mortal.

También la liberación de Mussolini por parte de sus aliados alemanes ocupó en 1943 las portadas de los periódicos. El éxito del secuestro en el Gran Sasso, en septiembre de aquel mismo año, sirvió para recordar a la opinión pública que el tiempo del fascismo italiano aún no estaba acabado. La propaganda alemana presentó al oficial de las SS Otto Skorzeny como liberador del dictador, pese a que, en realidad, los autores de aquella hazaña habían sido los paracaidistas del Ejército del Aire del Reich, a los que se degradó como meros figurantes. Eso sí, fue Skorzeny quien llevó a Mussolini —que, por cierto, no se mostró muy entusiasmado con la idea— a la Guarida del Lobo de Hitler y quien recibió de manos del dictador la Cruz de Caballero.

Los británicos, por su parte, explotaron desde el punto de vista propagandístico el éxito del secuestro del general Heinrich Kreipe en Creta, en el que intervino una tropa del servicio Special Operations Executive (SOE). Poco antes de la invasión de junio de 1944, los Aliados querían demostrar que ningún comandante alemán podía sentirse seguro en su cuartel general. Y querían también distraer a los alemanes alejándolos de los planes del desembarco de Normandía con una acción en el frente del

Mediterráneo. Lo sucedido acaparó los titulares de la prensa internacional, pero acabó perjudicando a la población griega, que tuvo que sufrir la venganza de los alemanes: varios pueblos quedaron arrasados y cientos de cretenses fueron asesinados.

En marzo de 1945 los alemanes trataron de lanzar una señal a su propia población a través de una nueva misión: un comando de las SS saltó desde un avión estadounidense previamente apresado y llegó a Aquisgrán, ciudad que estaba bajo el control de los americanos desde el otoño de 1944. Allí sus miembros acabaron con la vida del alcalde que Estados Unidos había establecido en la localidad, Franz Oppenhoff. Aquella «operación Werwolf», ampliamente difundida con fines propagandísticos, corrió a cargo de los hombres de Himmler, en colaboración con las SS y el Ejército del Aire alemán. Fue una última intervención sin sentido en el «frente secreto».

La historia clínica de Hitler

Era necesario ocultar a los alemanes el temblor de la mano izquierda de Hitler. Por eso, el noticiero semanal suprimió de la grabación original la escena que traicionaba aquella particularidad —una escena que, sin embargo, se ha conservado por casualidad—. Con todo, el entorno del *Führer* sabía que su deterioro era más que evidente. El dictador mostraba síntomas de una enfermedad avanzada, posiblemente párkinson. ¿Estaba Hitler en un estado de salud adecuado para llevar las riendas de Alemania en plena guerra? Hasta ahora, los historiadores han considerado que sí. No obstante, estudios recientes arrojan dudas al respecto. Afirman que Hitler padecía un trastorno bipolar, que se vio agravado por un consumo excesivo y abusivo de medicamentos.

La figura central en todo lo relacionado con la salud de Hitler es su médico de cabecera, Theodor Morell, que comenzó atendiendo al fotógrafo del *Führer*, Heinrich Hoffmann, hasta que en las Navidades de 1936 pasó a estar al servicio del dictador. Desde entonces, Morell se mantuvo junto a

Hitler hasta la muerte de este en el búnker de Berlín y siempre se mostró dispuesto a ayudarlo, aunque para ello tuviera que emplear dudosos remedios. Muy pronto a Hitler le resultó imposible imaginarse su vida sin Morell. El doctor llevaba un diario secreto en el que anotaba los tratamientos que seguía su «Paciente A». Hoy en día es posible encontrar en archivos alemanes y estadounidenses documentos médicos de Hitler, entre ellos radiografías y electrocardiogramas, así como cartas del médico, que permiten reconstruir la historia clínica del dictador.

Cuando, a finales del verano de 1941, se vio frenado el avance de las tropas alemanas hacia Moscú, el *Führer* enfermó gravemente. A través de un electrocardiograma, Morell descubrió que Hitler padecía una arteriosclerosis que avanzaba de un modo evidente. Aquel diagnóstico se reflejó en el ánimo de Hitler. Sumido en un estado depresivo, incluso se planteó la posibilidad de sellar la paz con Stalin. Sin embargo, este no mostró intención alguna de llegar a un acuerdo y al final Hitler recobró sus fuerzas.

En los años siguientes, el estado de salud del *Führer* se agravó rápidamente. Tenía los ojos inyectados en sangre, caminaba encorvado y le resultaba difícil controlar el temblor del brazo izquierdo. A todo ello se unía la tortura de sus problemas de estómago. Visto de cerca, daba la impresión de ser ya un anciano, pese a que apenas tenía cincuenta y seis años. Sin embargo, hasta el día en que se suicidó el dictador siguió teniendo la última palabra en todos y cada uno de los asuntos.

La propaganda trató de ocultar cuidadosamente este aspecto de Hitler, que ni siquiera ha sido abordado en profundidad por los historiadores. Las últimas investigaciones de reconocidos médicos e historiadores, sin embargo, han reabierto el asunto de la historia clínica del *Führer*. En cualquier caso, no se trata de cuestionar aquí si Hitler estaba en pleno uso de sus facultades ni de relativizar con ello su culpa, sino más bien de determinar si su estado de salud influyó en su política y, de ser así, en qué medida lo hizo.

El secreto del «U 513»

El objetivo de la guerra de submarinos era hundir la mayor cantidad posible de buques mercantes aliados para matar de hambre al Reino Unido. Hasta 1942 los Graue Wölfe (o Lobos Grises) intervinieron con gran éxito en las rutas de navegación en conserva del Atlántico Norte. Sin embargo, cuando los británicos descifraron el código que utilizaba la máquina Enigma para el envío de las comunicaciones en clave, los que hasta ese momento habían sido cazadores se convirtieron en cazados. En la segunda guerra mundial, los submarinos alemanes lograron hundir 173 buques de guerra y casi 3.000 buques mercantes, además de acabar con la vida de más de 30.000 marinos del bando de los Aliados. El balance del lado alemán: el noventa por 100 de sus barcos se hundieron y las tres cuartas partes de sus aproximadamente 40.000 tripulantes de submarinos acabaron sepultados en el fondo del mar.

Desde que Brasil entró en guerra del lado de los Aliados, en 1942, los alemanes evitaron cada vez más surcar las aguas del Atlántico Sur —ya no tan seguras— para atacar en ellas los buques de transporte militar de los enemigos e interrumpir el suministro de reservas vitales para la guerra hacia el Reino Unido y Estados Unidos. Cuando en mayo de 1943 el submarino *U 513*, que había comenzado sus operaciones en enero de 1942, inició su viaje bajo el mando del capitán Friedrich Guggenberger en dirección a Brasil, hacía ya mucho tiempo que en todos los mares del mundo se libraba una sangrienta guerra.

El *U 513* hundió poco después a cuatro cargueros aliados frente a las costas brasileñas. Sin embargo, el 27 de julio de 1943 el piloto de un avión patrullero estadounidense descubrió al submarino alemán, que ya no tuvo tiempo de volver a sumergirse: dos cargas de profundidad alcanzaron su casco de acero y de los 53 hombres que formaban su tripulación solo pudieron salvarse 7. Entre ellos estaba el capitán Guggenberger.

Pasaron casi setenta años y aún se ignoraba en qué lugar exacto se encontraban los restos del submarino hundido. Se le daba ya por perdido. Por fin, en la primavera de 2012 pudo desvelarse definitivamente el secreto del *U 513*. Tras una larga búsqueda, unos investigadores brasileños lograron

localizar la nave. Para ello les fueron de gran ayuda las indicaciones de los pescadores, que habían observado que en cierta zona del mar sus redes siempre se quedaban atrapadas sin ningún motivo aparente. Mediante un sonar de barrido lateral, los investigadores encontraron un objeto de hierro de una longitud aproximada de setenta y cinco metros, que identificaron como un submarino. Un equipo germano-brasileño envió después a las profundidades de aquel océano un robot que captó las primeras imágenes del *U 513*, hundido a algo más de ochenta metros bajo la superficie marina. Solo entonces fue posible comprender cuál fue el verdadero final del último viaje de aquella nave y de su tripulación.

El mito de la Fortaleza Alpina

A principios de abril de 1945 partieron de la capital del Reich dos trenes cargados de armas y muy bien vigilados. Sus nombres en clave: Adler («águila») y Dohle («grajilla»). En ellos se transportaban casi todas las reservas de divisas que le quedaban a Alemania, así como el dinero en metálico del Banco del Reich; en suma, un patrimonio millonario. Poco tiempo después les siguió un convoy de camiones con más de nueve toneladas de oro. El objetivo de aquellos transportes era lo que se conocía como la «Alpenfestung» o «Fortaleza Alpina».

Ya en el otoño de 1944 el agente del servicio secreto estadounidense Allen W. Dulles oyó hablar de aquella «fortaleza» y envió por cable a Washington desde Berna una noticia francamente inquietante: los alemanes estaban convirtiendo la región alpina que se extiende desde el lago de Como hasta la ciudad de Wiener Neustadt en un *réduit*, un baluarte prácticamente inexpugnable, con fábricas subterráneas y centrales de mando, un millón de soldados con amplia experiencia en las batallas y provisiones para todo un año. Mediante aquel megalómano plan, Heinrich Himmler y sus compañeros de armas pretendían —según suponían con preocupación los Aliados— salvar el pellejo.

Hoy en día aún es posible encontrar en toda la zona alpina huellas de las previsoras medidas de los dirigentes nacionalsocialistas, como restos de proyectos de construcción gigantescos e instalaciones subterráneas de producción. La galería B de la mina de Ebensee, por ejemplo, estaba destinada a almacenar la producción del «arma maravillosa»* V2 bajo el nombre en clave de Zement («cemento»). Con todo, aún no está claro si aquella Fortaleza Alpina era simplemente un farol de la propaganda o, por el contrario, un proyecto real destinado a implantar una completa y ultramoderna infraestructura militar. Los Aliados, al menos, se inclinaban en 1945 por la segunda opción.

Así, poco antes de que finalizara la guerra, se desató una dramática carrera en dirección a los Alpes. Las tropas estadounidenses, que por aquel entonces se encontraban ya en Turingia, a apenas unos días de marcha de Berlín, cambiaron de dirección y se dirigieron hacia el sur, mientras que el 20 de abril de 1945 el cargamento de oro y divisas del Banco del Reich llegaba al cuartel de las tropas de montaña alemanas, en la ciudad de Mittenwald. Su comandante se atrincheró en las proximidades del lago Walchen. A principios de mayo los soldados estadounidenses, entre los que se encontraba el Goldrush Team, encargado de proteger el patrimonio robado, llegaron al fin a la Fortaleza Alpina. En junio de 1945, después de muchos interrogatorios, encontraron una pista del tesoro del Banco del Reich. Eso les permitió desenterrar y poner a buen recaudo buena parte de aquel patrimonio.

Sin embargo, sigue habiendo enigmas sin resolver en torno a este asunto. Muchos investigadores centran hoy sus búsquedas en la región austríaca de Ausseerland. No en vano, en las últimas semanas de la guerra la localidad de Bad Aussee se convirtió en refugio de los principales miembros de las SS, entre ellos el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, así como Adolf Eichmann y su mano derecha, Alois Brunner. Todos ellos contaban con grandes cantidades del dinero y oro que se habían llevado consigo y estaban preparando su vida para después de la guerra. Todavía hoy se considera la posibilidad de que muchos lagos del distrito austríaco de Salzkammergut oculten tesoros que esperan a que alguien los descubra...

En la actualidad, hay aventureros que viajan regularmente a la zona con la ilusión de que las montañas y los lagos de los Alpes revelen nuevos secretos y botines. Las informaciones relativas a las enigmáticas acciones que se llevaron a cabo en la zona en los últimos momentos de la guerra y los rumores de que, tras el conflicto, más de un habitante de la región se hizo rico de repente y de forma inexplicable no hacen sino alimentar su entusiasmo.

En cualquier caso, la búsqueda del oro nazi en la Fortaleza Alpina pone de manifiesto un hecho incuestionable: aun cuando ya haya transcurrido prácticamente una generación desde la segunda guerra mundial, los secretos de esta contienda siguen fascinándonos.

Los documentos secretos de Heß

Se diría que estamos ante la escena de una película de terror: con las primeras luces del día, el cementerio es aún un lugar tranquilo y solitario. De repente, un rugido de motores rompe el silencio. Varios coches se detienen en la zona y un grupo de hombres avanza rápidamente a través del camposanto hasta llegar a una tumba determinada. Son las cuatro de la mañana. Los hombres empiezan a liberar una lápida de su anclaje y después la levantan para transportarla hasta uno de los coches. Mientras tanto, otros extraen tierra de la tumba. El montículo que van formando junto a ella con la tierra que retiran crece y crece, hasta que, de pronto, los hombres encuentran lo que estaban buscando: sacan de las profundidades unos restos mortales y los introducen en un féretro que han traído consigo. Después, cierran el ataúd y lo introducen en un coche, que a continuación abandona el cementerio. Por último, vuelven a cubrir de tierra la tumba abierta. A las seis de la mañana, los fantasmas desaparecen. Cuando aquel 20 de julio de 2011 los primeros visitantes empezaron a llegar al cementerio de la localidad de Wundsiedel, en la Alta Franconia, solo un montículo de tierra recién extraída recordaba el punto que hasta entonces había sido un lugar de culto para jóvenes y no tan jóvenes: la tumba de un hombre al que la mayor parte de los alemanes identificaba como el mediocre representante del *Führer* y como el preso que permaneció hasta su muerte en la cárcel de criminales de guerra de Spandau, mientras que otros lo seguían venerando como un modelo de ciudadano alemán íntegro y como un altruista «aviador de la paz». Estamos hablando de Rudolf Heß.

Aquel vuelo sigue siendo uno de los mayores enigmas de la historia contemporánea.

Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß

Su vida fue un misterio hasta el final: el legendario vuelo que emprendió en solitario hacia el Reino Unido en mayo de 1941 sigue siendo uno de los mayores secretos de la segunda guerra mundial. Pocas semanas antes del inicio del ataque alemán contra la Unión Soviética, Heß se hizo con un avión Messerschmitt, voló sobre el mar del Norte en dirección a Inglaterra* y saltó en paracaídas en las proximidades de Glasgow. Prácticamente no hay otro episodio de la época que haya dado lugar a tantas conjeturas como esta temeraria empresa, cuyos motivos aún no han conseguido explicarse del todo.

En la actualidad, cualquier teoría sobre el vuelo de Heß, por peregrina que sea, encuentra sus defensores: ¿viajó como un ángel de paz en una misión en solitario que, pese a no tener ninguna oportunidad de éxito, ejecutó con la convicción de que estaba cumpliendo la voluntad del *Führer*, como sostiene la mayoría de los investigadores? ¿O más bien fue Hitler quien le encargó que partiese al Reino Unido con una oferta oficial de paz bajo el brazo, como creen otros? ¿Lo atrajo a la isla tal vez el servicio secreto británico con una serie de mentiras, en medio de un verdadero juego de intrigas? ¿O renegó Heß de Hitler para solicitar asilo político? Incluso se ha llegado a publicar la absurda teoría de que poco después del despegue el aviador fue asesinado de un tiro y sustituido por un doble perfectamente caracterizado.

Lo cierto es que parece que existen pocas probabilidades de resolver de una vez por todas este enigma. Todas las personas que se vieron directamente implicadas en él están muertas y en los documentos disponibles no se aportan indicaciones determinantes. La importante documentación de las agencias del servicio secreto británico MI 5 y MI 6 sigue estando *indefinitely closed*, esto es, clasificada por tiempo indefinido.

Hay ciertos datos que vuelven a alimentar la hipótesis de que el viaje a Escocia contaba con el beneplácito de Hitler: en 2011 el historiador alemán Matthias Uhl descubrió en el Archivo Estatal de la Federación de Rusia un

documento que aviva poderosamente las conjeturas. Se trata de un texto del ayudante personal de Heß, Karlheinz Pintsch, al que los soviéticos apresaron en 1945. Pintsch fue quien entregó a Hitler en Obersalzberg la carta de despedida de Heß, en la que este decía: «Mi *Führer*, cuando reciba esta carta, yo estaré en el Reino Unido». El ayudante aseguraba que, a diferencia de lo que suele decirse, Hitler no mostró perplejidad alguna cuando se enteró de que su representante se había marchado. Antes al contrario, Hitler oyó la noticia con calma y despidió a Pintsch sin hacerle ningún comentario. Según el ayudante, el dictador estaba al corriente de los planes de Heß. El vuelo «se llevó a cabo previo acuerdo con los británicos». Heß habría recibido el encargo de forjar con ellos una alianza militar contra Stalin o, al menos, de lograr una «neutralización» del Reino Unido. ¿Un complot entre británicos y alemanes contra la Unión Soviética de Stalin? ¿Debería tal vez reescribirse la historia de la segunda guerra mundial?

> A finales de enero de 1941, después de hacerme jurar por mi honor una vez más que guardaría silencio, Heß me comunicó que preveía volar próximamente al Reino Unido por decisión de Hitler.
>
> *Karlheinz Pintsch, ayudante personal de Heß. Moscú, 23 de febrero de 1948*

Es prácticamente imposible descubrir la verdad sin acceder a los documentos británicos. Pero ¿a qué viene tanto secretismo por parte de Londres? ¿Qué tiene que ocultar? ¿Es posible que esta cerrazón de los británicos guarde relación con la misteriosa muerte de Heß, ocurrida en agosto de 1987 en la cárcel para criminales de guerra de Spandau? De acuerdo con la versión oficial, el prisionero aprovechó un paseo por el patio para, en un momento en que nadie lo observaba, colgarse con un cable eléctrico en la caseta del jardín del centro penitenciario. Esta explicación suscita muchas dudas: ¿cómo es posible que un anciano de noventa y tres años casi ciego, con artrosis y que apenas podía moverse sin asistencia se suicidase de aquel modo? ¿O es que quizás alguien le «ayudó»? ¿Fue Heß víctima de un cobarde asesinato tras los muros de la cárcel? Su familia no

es la única dispuesta a creer esta versión de la historia. El misterio de Rudolf Heß sigue planteando muchas preguntas.

«Ese hombre, ese hombre...»

En muchos aspectos, la biografía de Rudolf Heß fue la típica de los miembros de su generación. Lo único que la hacía especial era su lugar de nacimiento: el lejano Egipto. En realidad, Heß, hijo de un comerciante alemán, llegó al mundo en Alejandría, en 1894. Al igual que muchos otros alemanes que residían en el extranjero, especialmente en el Egipto marcado entonces por el dominio británico, la familia de Heß se caracterizaba por su extremo nacionalismo: aspiraban a ser «más alemanes que los alemanes». Heß aceptó de mala gana la vida que su estricto padre le había previsto. Para él, aquello significaba que en lugar de realizar estudios de ingeniería se matricularía en una escuela de comercio. Y, desde luego, si le hubiese tocado vivir en una época tranquila, se habría convertido probablemente en un excelente comerciante.

> ¡Ahora no son los comerciantes quienes dan las órdenes, sino los soldados!
>
> *Heß a su padre, agosto de 1914*

Pero los tiempos eran convulsos. Cuando en el verano de 1914 estalló la primera guerra mundial y los pueblos de Europa se vieron arrastrados al combate, presos del vértigo del entusiasmo nacionalista, la vida de aquel joven de veinte años experimentó también un cambio decisivo. Contra la voluntad de su padre, se alistó como voluntario y empezó a luchar en el frente occidental. Pronto el entusiasmo inicial generalizado dio paso a la comprensión desencantada de que la idea de una victoria rápida frente a Francia no era más que una ilusión. Sin embargo, Heß estaba muy lejos de sentir dudas: «Seguir combatiendo, resistir, tanto en el frente como en casa», juró a sus padres en 1916, en pleno auge de la batalla de Verdún, y

continuó explicándoles cómo defendía sus ideas «enérgicamente contra los derrotistas». Tampoco modificaron un ápice su entusiasmo las heridas que recibió en el campo de batalla. En la primavera de 1918, Heß, que entretanto había sido ascendido a alférez, fue trasladado, tras solicitarlo en varias ocasiones, al nuevo cuerpo de élite del Ejército, la «tropa voladora». No obstante, llegó demasiado tarde como para convertirse en un caballero audaz como el barón Von Richthofen, Boelcke o Immelmann. Como se había incorporado en los últimos días de la guerra, no tuvo ocasión de disparar a ningún avión ni tampoco de sufrir daño alguno. Sin embargo, se mantuvo siempre leal a la aviación.

> Lo único que me mantiene es la esperanza que tengo depositada en el día de la venganza, aunque aún esté lejos.
>
> *Rudolf Heß, carta del 25 de junio de 1919*

Tanto para él como para la mayoría de sus compañeros, la caída del imperio alemán en noviembre de 1918 fue una catástrofe nacional. Cuando se entablaron las negociaciones del armisticio con las potencias occidentales, las tropas alemanas aún se encontraban «invictas» en pleno territorio enemigo. Los soldados ignoraban que hacía ya tiempo que el general Ludendorff, el auténtico caudillo de los últimos años, había reconocido la derrota y había optado por eludir su responsabilidad mediante la retirada. «No estábamos peor que en 1914 —escribió Heß con amargura a sus padres—. Todo lo contrario. Lo único que pasó es que durante un tiempo a los nuestros les costaba mantenerse firmes, debido a las calumnias que llegaban de la patria y a las octavillas que el enemigo había redactado astutamente.» En sus palabras resuena la leyenda de la puñalada por la espalda.* Para Heß, estaba claro quiénes eran los culpables del «fracaso» de la patria: los izquierdistas y, pronto, también los judíos.

En Múnich, donde a finales de 1918 se estableció este alférez rechazado, acabó incorporándose al oscuro círculo de una entidad inscrita en el Registro de Asociaciones como «Grupo de Estudio de la Antigüedad

Germana». Tras este nombre se ocultaba una logia secreta con objetivos de extrema derecha, antimarxistas y antisemitas: la Sociedad Thule, en cuyo ideario se mezclaba el pensamiento *völkisch** con planes contrarrevolucionarios que pasaban por organizar golpes de Estado. El símbolo de la Sociedad Thule era la cruz gamada y uno de sus ideales era el «hombre ario». En definitiva, se trataba de una incubadora en la que creció una fatalidad ideológica que catorce años más tarde transformaría por completo a Alemania. En aquella asociación Heß asumió tareas como suministrador de armas, reclutador de voluntarios y jefe de tropas de sabotaje. En mayo de 1919 contribuyó a que los cuerpos de voluntarios *Freikörper* y las unidades de la Reichswehr pusieran un sangriento fin a la República de los Consejos de Múnich.

En el terreno profesional, dijo adiós definitivamente al despacho de su padre: como combatiente en el frente, ahora tenía la posibilidad de estudiar en la universidad sin necesidad de pasar el examen de acceso. Heß se matriculó en Economía, Historia y Derecho, sin una idea clara de lo que quería hacer en la vida. En el aula conocería a alguien que sería trascendental para él: Karl Haushofer, un general retirado y profesor de Geografía que impartía en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich la asignatura de Geopolítica. En realidad, las tesis de Haushofer correspondían más a un programa político que académico. Su principal idea era que el pueblo alemán carecía de suficiente «espacio vital», espacio que podría encontrar en ultramar y, especialmente, en la Europa del Este. Sin embargo, el profesor nunca dijo una sola palabra sobre cómo se podían hacer realidad sus ambiciosos planes de revisión del sistema de estados europeos sin volver a derramar ríos de sangre. En cualquier caso, Heß absorbió con avidez sus ideas y se convirtió rápidamente en asistente del profesor, lo que le permitió acudir a casa de este cada vez con más frecuencia.

El único problema es que Haushofer no era ese tribuno del pueblo que ansiaba encontrar Heß, ese líder que cautivaría a las masas y alentaría a los alemanes a que derribasen el odiado «Orden de Versalles». Para encontrar a aquel hombre tuvo que acudir una noche de mayo del año 1920 a la cervecería muniquesa Sterneckerbräu, en la que el Partido Obrero Alemán

(el Deutsche Arbeiterpartei o DAP) celebraba una «velada de debates». Heß estaba como hechizado. Aquello fue toda una revelación. El orador que encontró allí parecía hablarle desde el alma: el Tratado de Versalles como crimen contra el pueblo alemán, la «traición» a los soldados del frente, los judíos como urdidores de todos los males... «Ese hombre, ese hombre... —explicó balbuceando esa misma noche a la que después se convertiría en su esposa, Ilse—. Habló un desconocido, cuyo nombre no recuerdo. Pero si hay alguien capaz de liberarnos de Versalles es ese hombre. ¡Ese desconocido nos devolverá el honor!»

Poco después Heß conocería el nombre del orador. Por aquel entonces Adolf Hitler solo estaba luchando por hacerse con el poder dentro del pequeño partido que era el DAP, pero Heß no pudo resistirse ante la atractiva violencia de su discurso. También a Hitler le agradaba su joven ayudante, que lo seguía como un discípulo. Heß era de confianza, conocía a gente influyente... ¡y sabía escuchar! Una virtud esencial, porque a Hitler le encantaba pronunciar monólogos delirantemente desbordantes tanto en el ámbito privado como en el público. Muy pronto, el entusiasmo por el «tribuno», como Heß llamaba respetuosamente a Hitler, creció hasta convertirse en un fanatismo sin límites. Heß fue acercándose a Hitler como secretario, especialmente cuando en 1921 este comenzó a ejercer un poder dictatorial en el NSDAP (Partido Obrero Nacionalsocialista de Alemania). Pero Heß supo hacerse útil también en muchos otros ámbitos: organizó la primera «Centuria de Estudiantes» de las tropas pendencieras del partido, las SA, y se ganó cierta fama como hombre valiente en los debates con sus adversarios políticos que se organizaban en distintas salas. De forma consecuente, comenzó a construir un mito en torno a su señor y maestro: de hecho, fue la primera persona que proclamó a Hitler como *Führer*.

Como muchos otros miembros de su generación, después de 1918 sufrió una grave crisis personal e intentó encontrar una ideología y una persona a las que ligarse.

Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß

También se encontraba presente cuando aquel personaje, idealizado hasta quedar convertido en un redentor, estuvo a punto de hacer historia por primera vez en su vida. Junto con Hitler, Göring y un puñado de hombres armados de las SA, Heß irrumpió en la tarde del 8 de noviembre de 1923 en la cervecería Bürgerbräukeller, donde el Gobierno del estado federado de Baviera mantenía una reunión. «Hitler se encaramó de un salto a una silla —según explicó Heß— y nosotros, sus acompañantes, le seguimos y exigimos que se guardase silencio. Pero el silencio no llegaba. Hitler disparó un tiro al aire. Y aquello funcionó. Anunció: "Acaba de empezar la revolución nacional en Múnich. En este mismo instante toda la ciudad está siendo ocupada por nuestras tropas".»

El intento de golpe de Estado acabó revelándose al día siguiente como una dramática bravuconería, con una planificación propia de aficionados y una puesta en escena digna de opereta. El primer intento de Hitler por hacerse con el poder acabó de forma sangrienta en un tiroteo con una unidad policial. Durante el Tercer Reich el homenaje a las catorce víctimas de aquel día se convertiría en un lúgubre ritual que se celebraría una vez al año, con Rudolf Heß en la primera fila de los «antiguos combatientes» del NSDAP. Sin embargo, lo cierto es que Heß no estuvo presente en aquel cruento desastre del Templo de los Generales.* En ese momento estaba vigilando a unos rehenes: dos ministros bávaros que, más tarde, se le escaparon durante un descanso. Tras el fracaso del intento de golpe de Estado, aquel golpista «de quiero y no puedo» huyó a Austria, pero volvió a Baviera cuando comprendió que el tribunal popular que se había creado expresamente para aquel caso no aplicaría penas importantes a los implicados en el asalto. Si en algún momento Heß dudó de su «tribuno», en cuanto supo que Hitler utilizaría el proceso como trampolín político se presentó ante las autoridades judiciales bávaras. En un juicio rápido se le condenó a 18 meses de prisión militar y se le trasladó junto con Hitler a la cárcel de Landsberg am Lech.

El secretario del «Führer»

Los meses siguientes resultaron determinantes para la relación entre Hitler y Heß. Fue en Landsberg donde el vínculo entre el *Führer* y su representante se consolidó definitivamente. Tras los muros de aquella fortaleza, que se asemejaba más a un sanatorio que a una prisión, Heß desempeñó varios papeles al mismo tiempo: fue compañero de debate, incitador de las réplicas de Hitler y público de prueba. También se ha especulado durante decenios con la posibilidad de que participase de forma decisiva en *Mi lucha* —el escrito en el que el *Führer* expuso sus principios esenciales—, de que mecanografiase todo el manuscrito o incluso de que hubiese influido en el contenido de la obra, pero las investigaciones más recientes relegan estas ideas a la categoría de meras leyendas. Es cierto que las tesis geopolíticas de su profesor Haushofer relativas al «espacio vital en el Este» tuvieron cabida en el panfleto, pero de un modo tergiversado. En realidad, es probable que Heß solo sirviera a Hitler para comprobar el efecto de sus palabras en las ocasiones puntuales en las que realizaba lecturas en su presencia. Por ejemplo, cuando le expuso varios párrafos sobre el entusiasmo que los jóvenes soldados sentían por la guerra en agosto de 1914 y sobre el compañerismo y la muerte en las trincheras: «El tribuno leía de una forma cada vez más lenta, cada vez más pausada —explicó Heß a su futura esposa—. De repente, dejó caer el folio, apoyó la cabeza en la mano y rompió a llorar. ¡Tuve que decirle que tampoco yo podía mantener el aplomo en aquel momento!». Lágrimas compartidas de aquellos veteranos de guerra. Sangre derramada al mismo tiempo. Y el final de la carta: «¡Estoy más rendido a él que nunca! ¡Le quiero!».

> La verdadera carrera de Heß comenzó y terminó precisamente en el mismo lugar: la cárcel.
> En Landsberg, donde Heß vivía puerta con puerta con el *Führer* (cámaras 5 y 7), en la primera planta de aquella imponente fortaleza, que los presos conocían como «el ala de los generales», se establecieron las bases de la sumisión del discípulo con respecto a su señor. Una sumisión que había pasado a la categoría de lo religioso.
>
> *Rainer F. Schmidt, biógrafo de Heß*

Con todo, después de su puesta en libertad, poco antes de las Navidades de 1924, Heß trató una vez más de abrirse paso en la vida sin el «tribuno». Sin embargo, cuando comprobó que el proyecto de su antiguo profesor Haushofer de crear una «Academia Alemana» no llegaba a buen puerto, aceptó definitivamente una oferta de Hitler y se convirtió en su secretario personal a cambio de un salario inicial de quinientos marcos. Desde entonces, Heß nunca pudo escapar de la maldición del dictador. Prácticamente no se separaba del *Führer*, organizaba su agenda y corría junto a él de evento en evento. De hecho, otros funcionarios del NSDAP se burlaban de sus maneras recatadas y casi devotas llamándole «señorita Heß». No obstante, su influencia en aquella época era casi ilimitada y actuaba como mediador entre el *Führer* y el resto del partido. Era el ojo de aguja por el que todos debían pasar.

Su tendencia a evitar apariciones ruidosas y tonos grandiosos y sus reticencias a presentar un perfil alto le permitieron ganarse el respeto de ambos lados. Por otra parte, se reveló como un gran recaudador de donativos para el movimiento nacionalsocialista. Los lucrativos contactos con los industriales del Ruhr, que aún vacilaban en comprometerse con Hitler debido al tono «socialista» que podía entreverse en la propaganda nazi, fueron fundamentalmente obra de Heß. Las generosas donaciones permitieron encauzar las elecciones que pronto relegarían al resto de los partidos a un segundo plano.

> Heß: el honrado, el tranquilo, el amable, el sensato, el reservado.
> El secretario personal.
> Un tipo encantador.
>
> *Joseph Goebbels, diario, 13 de abril de 1926*

En las cartas que Heß escribiría más tarde desde su celda en Spandau, aquel decenio entre Landsberg y el ascenso al poder aparece reflejado como la época más feliz de su vida. Y eso pese a que parecían ser malos tiempos para los radicales: la República se iba recuperando poco a poco de la crisis

y daba la impresión de ser más sólida de lo que cabía esperar en el año de la inflación, 1923, e incluso antes. Con apenas un dos por 100 de los votos, el NSDAP vagaba sin rumbo fijo. Solo el Jueves Negro de la Bolsa de Nueva York consiguió volver las tornas. La crisis económica, el desempleo y la agonía de la política alemana convirtieron al partido en un movimiento de masas. En las elecciones al Reichstag de julio de 1932 obtuvo un resultado aplastante: el 37 por 100 de los votos.

Pese a todo, las esperanzas de que el presidente del Reich, Hindenburg, nombrara canciller a Hitler no acababan de materializarse. El partido cayó en una crisis. La resignación y la falta de recursos económicos aumentaban. Por si fuera poco, en las elecciones de noviembre el NSDAP perdió dos millones de votos. La aureola que rodeaba a Hitler se desmoronaba, incluso entre los suyos. En diciembre de 1932 parecía evidente la división del movimiento, ya que Gregor Strasser, jefe de Organización del Reich en el partido, estaba negociando con el canciller Kurt von Schleicher una posible participación del NSDAP en el Gobierno... pero sin Hitler. Sin embargo, Strasser no se decidió a romper definitivamente con el *Führer*. En lugar de ello, optó por retirarse de la vida pública. Pese a esta decisión, la venganza desmedida de Hitler acabó cayendo sobre aquel rival fracasado. Los comandos de la muerte de las SS lo fusilaron el 30 de junio de 1934, el día en que tuvo lugar lo que se conoce como el «Golpe de Röhm».

En diciembre de 1932 Hitler hizo pedazos el aparato de poder que Strasser había legado. El fiel servidor Heß se convirtió entonces en el verdadero heredero de la organización y pasó a ocupar su primer cargo dentro del partido: la dirección de la «Comisión Política Central». De la noche a la mañana, se había transformado en una especie de secretario general con poderes sobre todas las divisiones del NSDAP. El cálculo que Hitler había hecho a la hora de nombrar a Heß para aquel cargo era evidente: dada la lealtad incondicional del secretario, podía descartarse que en el futuro cometiese un golpe de Estado.

¡Mi querida muchachita! ¿Sueño o estoy despierto? Esa es la cuestión. Me encuentro sentado en el despacho del canciller, en la Cancillería de la plaza Wilhelmplatz. Los funcionarios

ministeriales se acercan sin hacer ruido, caminando sobre mullidas alfombras, para entregar documentos «dirigidos al señor canciller del Reich», que en estos momentos preside el Consejo de Ministros y prepara las primeras acciones del Gobierno. Fuera, una multitud de personas esperan pacientemente, apretujadas, a que «él» salga. Entonan el himno de Alemania y gritan Heil al «Führer» o al «Canciller del Reich». De repente, empiezo de nuevo a tiritar. Debo de tener los dientes castañeteando. [...] Ojalá hayamos superado definitivamente una etapa en nuestro camino hacia la victoria. ¡Ha empezado la segunda y difícil fase de la lucha!

Carta de Rudolf Heß a su mujer, Ilse, 31 de enero de 1933

Irónicamente, lo que permitió a Hitler en enero de 1933 ser aceptado de nuevo en las altas esferas fue precisamente la crisis del NSDAP, que alimentó las esperanzas de Franz von Papen —el conservador que iba persuadiendo con sus sugerencias al anciano presidente del Reich— de «domesticar» al líder nazi: «En dos meses tendremos a este tipo contra la pared. Que chille entonces». ¡Qué equivocado estaba! Heß acompañó a su jefe a la decisiva entrevista con el «caballero del Reich», Papen. Eso sí, no participó en todas las intrigas entre bastidores que culminaron en el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933.

¿Virrey sin poder?

Tras la conquista del poder el 30 de enero, se avanzó paso a paso hacia el verdadero dominio absoluto. El incendio del Reichstag, la Ley de Plenos Poderes y la *gleichschaltung* o coordinación nazi de los estados federados y las asociaciones con el fin de uniformizarlos constituyeron los vértices de la asombrosa construcción de la dictadura nazi. No se registraron casos de resistencia destacados por parte de la ciudadanía. Los socialdemócratas y los comunistas parecían sentir el terror de Estado que inspiraba el régimen. También en la vida de Heß se produjo entonces un punto de inflexión. El 21 de abril de 1933, Hitler lo ascendió como «representante del *Führer*», un título prometedor que, sin embargo, daba lugar a ciertos malentendidos, ya que aquel nuevo cargo no iba unido a un aumento real del poder. Su título como suplente solo era válido dentro del partido, donde, desde el punto de

vista formal, ya era el hombre mejor posicionado por detrás de Hitler. En diciembre de 1933, Heß ocupó un lugar aún más destacado en la vida pública: accedió al Gobierno del Reich como ministro sin cartera. Así, aquel secretario que había trabajado permanentemente junto a Hitler se convirtió en jefe de un megadepartamento con una desbordante estructura formada por cientos de miles de funcionarios del NSDAP, desde jefes de distrito hasta delegados de bloques.* Un elevado número de empleados y subdivisiones se ocupaban de cuestiones relacionadas con la economía, la política racial, la cultura, los impuestos y las finanzas. El departamento de Heß vigilaba las universidades, examinaba las publicaciones oficiales del partido y protegía bajo sus alas el Archivo Principal del NSDAP. Los colaboradores del representante del *Führer* también tenían competencias sobre la Organización del NSDAP en el extranjero (la Auslandsorganisation o AO), que se ocupaba de los miembros del partido que vivían más allá de las fronteras alemanas y hacía las veces de central de servicios secretos.

> No era representante del *Führer* en sí, sino representante para los asuntos del partido. Se ocupó de que la base de la legitimación del poder de Hitler, que residía fundamentalmente en el partido, no solo no se desmoronara, sino que incluso se consolidara.
>
> *Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß*

En los últimos decenios esta poderosa burocracia se ha descrito frecuentemente como una auténtica cáscara vacía. Una opinión muy generalizada en la bibliografía especializada es que Heß no era más que un «virrey sin poder». Sin embargo, las investigaciones más recientes han demostrado que esto no es cierto: Heß consiguió «acumular un imperio de influencias y competencias de poder, de órganos e instituciones del partido, que, dentro del ámbito estatal, hizo realidad en buena medida las pretensiones totalitarias de la concepción doctrinal nacionalsocialista del mundo», como explica Rainer F. Schmidt, biógrafo del representante del *Führer*. Era obligatorio exponerle todos los proyectos de ley de cada ministerio cuando aún no eran más que meros borradores, para que

analizara si presentaban una «orientación nacionalsocialista». También actuaba como instancia de control del partido en el nombramiento de gobernantes y empleados municipales. Existían numerosos solapamientos de competencias entre su aparato y las entidades estatales. En cierto modo, este crecimiento incontrolado formaba parte de los planes de Hitler, que, bajo el lema de «divide y vencerás», se movía deliberadamente en la falta de claridad a la hora de otorgar poderes.

> El *Führer* me ha pedido, solo a mí y a nadie más dentro del partido, que colabore para dar una legislación al Reich.
>
> *Carta de Rudolf Heß, 17 de julio de 1935*

Con todo, la influencia de Heß dentro del partido encontró sus límites allí donde se veían afectados de forma directa los intereses de Hitler, especialmente en relación con los príncipes del NSDAP de cada zona, esto es, los jefes de distrito. Muchos de ellos, sabiendo que Hitler protegería su conducta, a menudo dudosa, no tomaban en absoluto en serio al representante del *Führer*. Cuando aquello ocurría, Heß carecía de los instrumentos necesarios para imponer su derecho a ejercer el poder. Aquel fue el primer signo de la impotencia que acabaría arrastrándolo a la decadencia. Ante la opinión pública, Heß se mostraba como el hombre de bien que acompañaba a Hitler. Íntegro, modesto, honrado... la buena conciencia del partido. Su aceptación por parte de la población sorprendió incluso a los responsables del Ministerio de Propaganda. Pese a que en la dictadura no se realizaban estudios demoscópicos sobre la popularidad de los políticos, durante mucho tiempo se le consideró junto con Göring —muy cercano a los ciudadanos— como el nazi más querido, después de Hitler, evidentemente. El poder de Heß sobre las masas era enorme. Sus piadosos discursos de Navidad por la radio, las juras rituales y masivas de obediencia a Hitler que organizaba entre el resplandor de las antorchas y los redobles de tambor, sus discursos de partido llenos de ardor... todo ello contribuía en buena medida a la fatal sugestión de las masas. Desde luego,

el fervor con el que participaba en aquellas horas solemnes y pseudosacras no era en absoluto fingido. Fue su propia fe la que hizo tan creíble a aquel guardián del sagrado culto al *Führer*.

> Heß no se veía esencialmente como jefe administrativo, sino que, ante todo, se sentía llamado a desempeñar el papel de médium entre el *Führer* y su pueblo.
>
> *Peter Longerich, historiador*

Aun cuando, a diferencia de Himmler o de Heydrich, no formase parte de los instigadores del terror, Heß era tan radical y estaba tan dispuesto a la violencia como el resto de paladines. Después de los asesinatos cometidos en el contexto del Golpe de Röhm, en junio de 1934, formó parte del coro de quienes los justificaban y trató de presentar la liquidación a sangre fría de más de doscientas personas como un acto «en legítima defensa del Estado». También estuvo implicado en el terror que se infligió por ley a los judíos en Alemania. Las Leyes Raciales de Núremberg de 1935 llevaban su firma, al igual que los reglamentos relativos a la prohibición de ejercer su profesión a los abogados y los médicos judíos. Fueron numerosos los discursos y comunicados en los que se atrevió a lanzar los ataques más brutales contra la «peste del bolchevismo judío». En el Congreso del Partido del Reich de 1936, celebrado en Núremberg, profetizó incluso el «hundimiento del pueblo judío».

> Hay una persona que siempre ha de quedar al margen de toda crítica: el *Führer*. Y ello se debe a algo que todos sentimos y sabemos: él siempre tiene y tendrá razón. En una fidelidad sin críticas, en una entrega al *Führer* que no se cuestione a cada paso los motivos de las acciones, en el cumplimiento silencioso de sus órdenes, se encuentran las raíces de nuestro nacionalsocialismo.
>
> *Rudolf Heß, discurso del 25 de junio de 1934*

Sin embargo, al igual que muchos otros en el círculo más cercano a Hitler dentro del NSDAP, mantuvo un comportamiento personal claramente

ambivalente frente a los hebreos. Tres días después de la adopción de las Leyes de Núremberg, acudió a casa de su antiguo profesor Haushofer para garantizarle que su familia no tendría nada que temer. En realidad, según aquella legislación racial, la mujer de Haushofer debía considerarse «semijudía», pero en noviembre de 1938, después del pogromo al que se restó importancia bautizándolo como la «Noche de los Cristales Rotos», Heß remitió al profesor un salvoconducto en el que declaraba que la señora Haushofer no era «una judía en el sentido establecido en las Leyes de Núremberg» y prohibía que se la importunara. También el hijo de Haushofer, Albrecht, doctor en Geografía como su padre y, según la tabla de razas nacionalsocialista, «mestizo de segundo grado», recibió su protección y pudo continuar su carrera como científico y diplomático sin que nadie le molestara. Además, desempeñó un importante papel en la vida de Heß.

Rudolf Heß abandonó Alemania antes de que se iniciara el genocidio planificado de la población judía. ¿Habría contribuido al Holocausto como contribuyó antes de la guerra a la privación de derechos a los judíos alemanes por parte del Estado? En la sala de vistas de Núremberg se quedó de una pieza cuando vio una grabación sobre los campos de exterminio. Parecía no dar crédito a las letales consecuencias que había tenido la «Solución Final al problema judío». Para él solo había una explicación: las imágenes eran falsas. Un mecanismo de represión muy típico del carácter de Heß.

Por otra parte, Heß siempre mostró su predilección por disciplinas que se encuentran justo en los límites del entendimiento humano. A la astrología, a la que se dedicó en compañía de su colaborador y amigo Ernst Schulte-Strathaus, se fueron uniendo más y más pasiones oscuras. Especialistas en radiestesia, péndulos, interpretación de sueños y clarividencia acudieron en masa al representante del *Führer*.

Evidentemente, Heß estaba contagiado por el antisemitismo. Sin embargo, la pregunta es: ¿en qué medida? ¿Tanto que pueda afirmarse que habría aprobado el exterminio físico de los judíos? Eso no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que defendió la marginación de los judíos, que los consideró culpables de los errores de la sociedad

alemana en los años veinte y que, exactamente igual que Hitler, pensaba que la «conspiración mundial judeobolchevique» era la causa de todos los males.

Manfred Görtemaker, *historiador y biógrafo de Heß*

Además, Heß padeció cada vez con más frecuencia dolores de estómago, cólicos hepáticos y nefríticos y molestias en el corazón. Ni los médicos convencionales ni los homeópatas o los curanderos a los que consultó este notorio hipocondríaco pudieron proporcionarle alivio alguno. Alfred Rosenberg asegura que, siguiendo los consejos de uno de aquellos «facultativos», Heß permitió que le extrajeran todos los dientes de la mandíbula superior para tratar una supuesta infección. Pero ni siquiera con ello experimentó una mejoría.

Evidentemente, estos males y achaques progresivos tenían un origen psicosomático. Algunos autores diagnostican un «síndrome de fuga histérica» y llegan incluso a relacionarlo con su creciente pérdida de importancia a ojos del *Führer*. Aquel proceso comenzó, como muy tarde, en 1936, cuando Hitler estaba preparando la guerra y se hacía cada vez más preguntas sobre el armamento y la política exterior. Por aquel entonces el fiel trabajador del partido se empezó a sentir más y más arrinconado. Ya no se le invitaba a las conversaciones políticas importantes. Su lugar había sido ocupado por Martin Bormann, jefe de los colaboradores de Heß, que se fue emancipando cada vez más de su superior, para acabar heredando su puesto después del vuelo al Reino Unido.

En sus viajes, Heß siguió ejerciendo su papel de representante del régimen: estaba presente en las colectas destinadas a las obras de caridad de invierno, en las reuniones de café y pastas en las que se codeaban las gracias de la Liga de las Muchachas Alemanas,* en las concesiones de las cruces de la madre a las «compañeras del pueblo» más fértiles, en los homenajes a los veteranos de guerra... Aquellas citas fueron haciéndose más frecuentes a medida que Heß perdía el favor de Hitler. Aunque en los pocos encuentros que mantenía con su representante el *Führer* seguía dirigiéndose amistosamente a él con diminutivos del tipo «mi Hesserl» y «Rudi», cuando

estaba con el resto de paladines hablaba sin rodeos: «Cualquier conversación con Heß —así reprodujo Albert Speer el lamento de Hitler— acaba siendo para mí un esfuerzo insoportablemente martirizante. Siempre me viene con cuestiones desagradables y no deja de insistir en su empeño».

Cuanto más se empujaba a Heß lejos del calor del poder, más buscaba él la forma de refrescar la memoria de su *Führer* mediante una acción espectacular. Tres días después del inicio de la campaña de Polonia, en septiembre de 1939, acudió a la Cancillería para solicitar, en un arranque de ciego heroísmo, que se le permitiera participar en el frente como combatiente de la aviación. El representante del *Führer* y ministro del Reich tenía por aquel entonces cuarenta y cinco años. Hitler lo miró perplejo y acto seguido le extendió bruscamente un documento por el que le prohibió formalmente volar durante un año. Heß se cuadró y abandonó en silencio la sala. Sin embargo, pronto olfatearía otra oportunidad mucho más espectacular para recuperar el favor de Hitler.

El tercer hombre del Tercer Reich

Aunque Heß ya no formaba parte del círculo más cercano al dictador, en los primeros momentos de la guerra aún se le valoraba en los escenarios oficiales. En su discurso ante el Reichstag al inicio de la campaña de Polonia, el 1 de septiembre de 1939, Hitler anunció una normativa relativa a su sucesión por la que nombraba como primer heredero al mariscal del Reich Hermann Göring, y añadía: «Si le pasara algo a nuestro compañero de partido Göring, su sucesor será el compañero de partido Heß». El tercer hombre del Tercer Reich: más que un honor, aquel era un reconocimiento a la popularidad de la que el representante gozaba entre la población. Hitler también nombró a Heß miembro del Consejo de Ministros para la Defensa del Reich, un cargo que más tarde se interpretaría de un modo desfavorable para él en Núremberg. En realidad, aquel era un órgano sin relevancia. Además, Heß nunca llegó a acudir a ninguna de sus sesiones y quedó excluido de los procesos de decisión en materia militar.

Para todos nosotros estaba claro que Churchill no tenía ningún interés en entablar conversaciones de paz.

Sir Frank Roberts, diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores británico en 1941

El 3 de septiembre de 1939 Heß fue testigo en la Cancillería del Reich de la declaración de guerra por parte de los británicos contra Alemania. Aquella fue para él una experiencia crucial. Desconcertado, Hitler se dirigió en tono imperioso a su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop: «¿Y ahora qué?». Su colaborador siempre le había asegurado que los británicos no asumirían ningún riesgo por defender la independencia de Polonia. «Toda mi obra se hunde —lamentó Hitler—. He escrito mi libro para nada.» No en vano, una de las principales tesis que había defendido en *Mi lucha*, la reconciliación con el Reino Unido, acababa de desmoronarse. El *Führer* se encontraba en una situación lamentable. Y Heß debió de darse cuenta de ello.

Primero llegaron las victorias rápidas. Heß se congratuló de la «guerra relámpago» que permitió a la Wehrmacht someter a media Europa: Polonia, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica, Francia. Sin embargo, para el representante del *Führer* la guerra con el Reino Unido seguía siendo una «desgracia». Cuando a finales de mayo de 1940 Hitler mantuvo los tanques alemanes en el norte de Francia y el Ejército británico desplegado en Dunkerque pudo escapar a través del mar, creyó ver en aquel acontecimiento una señal deliberada de la buena voluntad de Alemania. Tras la victoria en la campaña francesa y el regreso triunfal a Berlín, Hitler volvió a ofrecer oficialmente a Londres, en julio de 1940, una propuesta de paz por la que se comprometería a no tocar el imperio británico si a cambio se le permitía campar a sus anchas por Europa. Sin embargo, a Winston Churchill, el nuevo primer ministro, no se le pasó por la cabeza firmar un tratado con una Alemania que sometía a sus vecinos y hacía del terror manifiesto la máxima de su Estado. En cambio, otros miembros de su Gobierno sí estaban dispuestos a la negociación, como el ministro de Asuntos Exteriores lord Halifax —en su momento uno de los principales

representantes de la política de apaciguamiento—, que estaba plenamente convencido de que se podría amansar a Hitler si se le hacían importantes concesiones. Sin embargo, la actitud inflexible de Churchill acabó con todos los cálculos en los que, desde *Mi lucha*, se basaban los planes de conquista de Hitler.

Todo aquello supuso un trágico malentendido, especialmente para Heß que estaba muy lejos de imaginarse que, desde el punto de vista occidental, la guerra era desde hacía ya tiempo una lucha de la libertad frente a la dictadura. En realidad, en Alemania existía una idea equivocada según la cual el enemigo ideológico común era el bolchevismo soviético, y este error de interpretación alimentaría muchas esperanzas en aquel país hasta el final de la guerra. Una de las convicciones fundamentales de Rudolf Heß era que no se podía entablar la lucha contra Stalin hasta que no se hubiese logrado la reconciliación con el Reino Unido. Quienes habían luchado en el frente durante la primera guerra mundial sabían que sobre Alemania pendía permanentemente la espada de Damocles de una guerra en dos frentes, que habría puesto al Reich en una situación muy difícil.

Ya desde mediados de los años treinta Heß se esforzó permanentemente por entablar contacto con el Reino Unido, por ejemplo a través de aquellos círculos de la Royal Air Force y del Partido Conservador que se consideraban cercanos a los alemanes. El hombre más importante de tal red germano-británica era precisamente el hijo de su antiguo profesor Karl Haushofer, Albrecht, un reconocido anglófilo. Entre 1934 y 1938, Haushofer hijo viajó al Reino Unido por encargo de Heß más de una docena de veces y emprendió otras acciones diplomáticas en una misión secreta organizada por el representante del *Führer*. Aquel intelectual se sentía unido a Heß desde que este brindó protección a la familia Haushofer, «judía por parentesco político». Gracias a Heß, Albrecht Haushofer, «judío en una cuarta parte», había conseguido un puesto como docente en la Facultad de Política de Berlín y trabajaba además como asesor en materia de política exterior para el aparato oficial del partido. Sin embargo, siempre mantuvo una distancia crítica con el régimen. Esa distancia, que lo llevó finalmente a unirse a la resistencia a través del entorno del Círculo de Kreisau, acabaría

costándole la vida: pocos días después del atentado contra Hitler, cometido el 20 de julio de 1944, fue detenido y, justo antes de que finalizara la guerra, asesinado por las SS.

En el Reino Unido de los años treinta, Albrecht Haushofer tenía contactos con importantes representantes de la política de apaciguamiento, especialmente con Douglas Douglas-Hamilton, un excéntrico aristócrata escocés, cuya lista de condecoraciones reales y títulos honoríficos era tan larga como movida su vida privada. Había cosechado éxitos como campeón de boxeo aficionado y en 1933 se convirtió en el primer hombre que voló en un avión sobre el monte Everest. Estaba emparentado a través de uno de sus hermanos con el rey Jorge VI y durante años fue diputado conservador en la Cámara de los Comunes. Existen indicios de que Heß y Hamilton se encontraron personalmente con ocasión de una recepción organizada durante los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. La mayoría de los contactos se realizaba a través de Haushofer, que pronto se convirtió en un invitado habitual de Dungavel, la finca escocesa de Hamilton. Entre ambos se había establecido una estrecha relación de confianza que, sin embargo, no impidió a Hamilton transmitir al servicio secreto de su majestad la información confidencial que le iba transmitiendo Haushofer. Cuando en 1939 estalló la guerra, los contactos oficiales entre aquellos hombres que ahora pasaban a pertenecer a naciones enemigas se interrumpieron de forma natural.

Tanteando la voluntad de paz del Reino Unido

Como reacción ante el enérgico «no» de Londres a la oferta de paz de Alemania y ante el comienzo de la guerra estratégica de aviación por parte de los británicos, Hitler se decidió a bombardear, «plenamente dispuesto a mantener la paz», al terco imperio insular con una demostración de su fortaleza militar. Al mismo tiempo, el caudillo alemán impulsó los preparativos del verdadero objetivo de su vida: declarar la guerra a la Unión Soviética, conquistar «espacio vital» en el Este y aniquilar el «bolchevismo

judío». Hitler quería lanzarse al ataque, estuviera o no eliminado el Reino Unido como enemigo en la contienda.

> A lo largo del año 1940 se fue confirmando que la Operación Barbarroja se llevaría a cabo, de modo que fue más acuciante la necesidad de sellar una paz por separado con el Reino Unido para liberarse de aquel peso y partir libremente a la guerra contra Rusia.
>
> *Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß*

Cuando a principios de agosto de 1940 Heß se enteró de aquella decisión por boca del propio *Führer*, sonaron en él todas las alarmas. Al día siguiente consultó a Albrecht Haushofer. No se sabe de qué hablaron exactamente, pero lo que es seguro es que fue entonces, a más tardar, cuando Heß maduró la idea de conseguir para su *Führer* la paz con los británicos que con tanto dolor se había perdido. Para ello emprendería una iniciativa tan personal como todas las suyas. El tiempo apremiaba: con cada día en que los ataques aéreos reducían a escombros iglesias, escuelas y hogares, y provocaban numerosas víctimas civiles, la disposición de los británicos de negociar la paz se iba mermando. Y cuanto más se acercaba la fecha prevista para el ataque en el Este, más clara veía Heß la vieja amenaza de una guerra en dos frentes.

> Inmediatamente me preguntó por las posibilidades de transmitir la firme voluntad de paz de Hitler a una serie de influyentes personalidades del Reino Unido. Decía que estaba claro que continuar con la guerra sería un suicidio para la raza blanca. [...] ¿No había nadie en el Reino Unido que estuviese dispuesto a sellar la paz?
>
> *Memorándum de Albrecht Haushofer sobre una entrevista con Heß, 15 de septiembre de 1940*

Es muy probable que considerase una señal del destino el hecho de que, justo en aquel momento, una vieja conocida de los Haushofer escribiese a aquella familia desde el Reino Unido y pidiese que le enviaran su carta de respuesta a un apartado de correos de Lisboa. En aquella época, la capital

portuguesa era una metrópoli de espías, un punto de encuentro de los servicios secretos internacionales, así que cabía suponer que aquella señora ejerciese un papel activo en el ámbito de la discreta diplomacia que estaba actuando entre los frentes de la guerra. Violet Roberts, como se llamaba la remitente de la carta, era una señora que había alcanzado ya la edad de setenta y seis años. Nadie sabía si alguna vez había vivido en Lisboa. También se ignoraba por qué había aparecido en la vida de los Haushofer precisamente en aquellas semanas y cuál era el objetivo real de la toma de contacto.

> Estimado Douglo:
>
> Aun cuando apenas exista una remota posibilidad de que reciba pronto esta carta, lo cierto es que al menos alguna habrá, y estoy decidido a aprovecharla.
>
> [...]
>
> Si recuerda algo de las informaciones que le transmití en julio de 1939, usted y sus amigos bien posicionados reconocerán la trascendencia del hecho de que ahora les pregunte si disponen de tiempo para conversar en alguna de las ciudades de la Europa periférica, tal vez en Portugal. Apenas necesitaría unos días desde el momento en que usted me avisara para desplazarme a Lisboa. Evidentemente, no sé si le será posible hacer entender a sus superiores que va a tomarse unas vacaciones.
>
> Pero al menos sí que podrá responder a mi pregunta. Puedo recibir sus cartas (de una forma relativamente rápida: a lo sumo en cuatro o cinco días desde Lisboa) si me las envía del siguiente modo: introdúzcalas en un doble sobre.
>
> Dirección del sobre interior: Dr. A. H. ¡Nada más!
>
> Dirección del sobre exterior: Minero Silricola Ltd.
>
> Rua du Cais de Santarem 32/1
>
> Lisboa (Portugal)
>
> Mis padres y yo le deseamos lo mejor.
>
> Atentamente,
>
> Suyo, A.
>
> **Carta de Albrecht Haushofer a Douglas Douglas-Hamilton, 23 de septiembre de 1940**

En cualquier caso, Heß estaba radiante de alegría: en Mrs. Roberts parecía haber encontrado un «canal» a través del que podría hacer llegar al Reino Unido sus intenciones de sellar la paz. A principios de septiembre, invitó a Albrecht Haushofer a su casa y estudió con él todo el procedimiento que iba a poner en marcha. El diplomático intentó explicar al representante del *Führer* que toda la clase política del Reino Unido veía

como «un pedazo de papel sin valor» cualquier tratado firmado por Hitler y que el imperio se dejaría vender a los estadounidenses antes que permitir que Europa quedara bajo el poder del dictador alemán. Sin embargo, Heß no quiso oír aquellas objeciones. Se mantuvo firme en su idea de que hasta entonces aún no se había logrado encontrar el tono adecuado en los intercambios entre Berlín y Londres y pidió a Haushofer que le indicase una serie de posibles personas de contacto. A regañadientes, Haushofer preparó una lista de candidatos, de los que al final solo quedó uno: Douglas Douglas-Hamilton, aquel duque escocés al que Albrecht Haushofer había estado tan unido en los años treinta. «Considero que lo mejor es que tú o Albrecht escribáis a esa antigua conocida de vuestra familia para ver si tendría a bien intentar preguntar al amigo de Albrecht si estaría dispuesto a acudir a la zona neutral en la que ella reside o a la dirección de un intermediario para hablar con Albrecht», escribió Heß a Karl Haushofer. Apenas unos días más tarde, a finales de septiembre de 1940, Albrecht preparó la carta que cambiaría el destino de Rudolf Heß.

Por aquel entonces todavía no se hablaba de volar al Reino Unido. Aún se trataba de un mero intercambio de impresiones entre Haushofer y Hamilton para citarse en un encuentro sin compromiso, posiblemente en Lisboa. ¿Por qué no tuvo lugar aquel encuentro y, en lugar de ello, medio año más tarde el representante del *Führer* saltó en paracaídas sobre Escocia? He aquí uno de los verdaderos enigmas de la segunda guerra mundial aún no resueltos. Lo único seguro es que la carta a Hamilton llegó a su destinatario, aunque no fue hasta el mes de marzo de 1941, cuando un oficial del Ministerio de Aviación alemán entregó el escrito a su perplejo destinatario. Lo que ocurrió hasta entonces entre Haushofer y Heß, del lado alemán, y unos eventuales actores misteriosos, del lado británico, sigue siendo un misterio.

El mensaje de un insensato

«No tengo nada que ofrecer sino sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor.» Con estas célebres palabras tomó el poder el nuevo primer ministro británico, Winston Churchill, el 13 de mayo de 1940. Y así formuló el objetivo de su política frente a la Alemania nazi: «Victoria, victoria a cualquier precio. Victoria pese a cualquier terror. Victoria por largo y duro que sea el camino. Porque sin victoria no hay supervivencia». Aunque mirándolo desde la perspectiva actual pueda sorprendernos, la firme línea de Churchill encontró detractores, en parte porque su primer año como primer ministro británico fue una sucesión de derrotas y humillaciones para el imperio. En apenas cuatro semanas Francia había caído, el Cuerpo de Expedición británico había logrado a duras penas huir del continente y también Noruega y Dinamarca habían sido conquistadas por los alemanes mediante un ataque repentino. En la primavera de 1941, el Cuerpo Alemán de África de Rommel expulsó a los británicos de la provincia de Cirenaica y en abril de 1941 las tropas del Reino Unido fueron derrotadas por la Wehrmacht en Grecia.

> Hoy en día sabemos que Heß no solo no estaba bien informado, sino que incluso estaba completamente desinformado.
>
> *Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß*

Así, no es de extrañar que en los informes de los espías de Londres se hablara cada vez más de un fuerte movimiento de oposición a Churchill y de una clara exigencia por parte de los industriales para que se llegase a un entendimiento con Alemania. La situación de los suministros al Reino Unido era catastrófica y el ánimo de la población estaba por los suelos. Buena parte del centro de Londres había quedado reducida a ruinas y en la ciudad reinaba un auténtico caos. La opinión generalizada era que ya no había posibilidades de que el Reino Unido ganara la guerra y que aquel enfrentamiento conduciría tarde o temprano al desastre.

Naturalmente, en los círculos secretos alemanes se celebraba que en el enemigo hubiese cundido la sensación de que su tiempo había llegado a su

fin. Sin embargo, había una cierta pega en aquellas informaciones apocalípticas: en buena medida eran falsas. Después de que, a mediados de los años cuarenta, unos expertos británicos hubieran descifrado el código de la máquina alemana Enigma, que la Wehrmacht y el servicio secreto germano utilizaban para codificar sus comunicaciones por radio, se consiguió desenmascarar a muchos espías alemanes en el Reino Unido. El servicio secreto británico tendió entonces una red de agentes dobles que proporcionaron sistemáticamente a esos espías alemanes datos falsos sobre los lugares en los que se encontraban las tropas del Ejército de Tierra, la Aviación o la Marina, y los efectivos con los que contaban, así como sobre la situación política del país, que tildaban de explosiva. También Heß debió de tener acceso a aquellas noticias falsas, porque en varios documentos se sostiene que el representante del *Führer* había mostrado un interés manifiesto por la información sobre supuestos círculos de la oposición que se encontrarían dispuestos a iniciar negociaciones. Datos de este tipo tuvieron que desempeñar un papel no menor en la consolidación de las ideas de Heß, quien finalmente decidió que, en lugar de seguir esperando a los resultados de los sondeos de Albrecht Haushofer, debía pasar a la acción. Los primeros intentos de Heß por conseguir un avión datan de finales del otoño de 1940: un claro indicio de que en aquel momento ya tenía preparados sus planes de vuelo.

Sin embargo, el último elemento determinante para que tomara aquella decisión de volar personalmente al Reino Unido fue otro, según el historiador Rainer F. Schmidt, quien, tras analizar todos los documentos disponibles en relación con este episodio, ha llegado a la conclusión de que existió una intriga específica por parte del servicio secreto británico. Aunque no hay pruebas inequívocas que apoyen esta tesis, dado que los documentos de las agencias MI 5 y MI 6 siguen clasificados, Schmidt ha aportado una serie de indicios que parecen confirmar su hipótesis. Varios testigos próximos a Heß hablan de que en aquellos meses el representante del *Führer* intercambió correspondencia con ciertos organismos británicos. Según ellos, Heß creía estar escribiendo a Hamilton, cuando, en realidad, probablemente al otro lado le respondía el servicio secreto del Reino Unido.

A esta misma conclusión llegaron los departamentos de información del Servicio de Seguridad y de la Defensa alemanes, el Servicio de Información de la Wehrmacht, en sus investigaciones sobre el caso. Sin embargo, desde que terminó la guerra sus documentos se encuentran en paradero desconocido.

> El servicio secreto británico no atrajo a Heß al Reino Unido. Decir eso es, sin duda, ir demasiado lejos. Sin embargo, sí que es probable que el servicio secreto británico emprendiese una campaña para diseminar, especialmente a través de la encrucijada de espías en que se había convertido Portugal, una serie de datos con un objetivo concreto, entre los que se incluiría información sobre una posible facción favorable a la paz en el Reino Unido.
>
> *Manfred Görtemaker*, *historiador y biógrafo de Heß*

Apenas quedan unos pocos datos procedentes de las fuentes aliadas, sobre todo de los trabajadores del servicio secreto del Gobierno checoslovaco en el exilio en Londres. Su jefe, František Moravec, informó en octubre de 1942 de que, mucho tiempo antes de su vuelo, Heß había intercambiado correspondencia con Hamilton, pero las cartas del primero habían terminado en manos del servicio secreto británico, que se habría encargado de responder en nombre de Hamilton. Se supone que así se consiguió atraer a Heß hasta el Reino Unido.

> El vuelo y el objetivo al que aspiraba se habían metido en mí como una idea fija. Veía y oía todo lo demás a medias, como a través de una niebla.
>
> *Rudolf Heß, carta a su mujer, febrero de 1950*

También los apuntes de otro representante del Gobierno checoslovaco en el exilio, Eduard Taborsky, apuntan en la misma dirección. En ellos se asegura que existen varias cartas en las que Heß pidió al duque comenzar con la «agitación en los círculos del apaciguamiento». En el momento adecuado, «una personalidad política de primer nivel» se desplazaría al

Reino Unido para sellar la paz. «Se diría —resume Taborsky— que los británicos engañaron a los nazis y, finalmente, instaron a Heß a dirigirse al Reino Unido, convenciéndole de que el terreno estaba preparado para las negociaciones de paz y de que verdaderamente se reuniría con el duque de Hamilton.» Sin embargo, en último término no es posible afirmar con rotundidad que tales documentos prueben nada, ya que ninguno de los dos checos estaba implicado de forma directa en el asunto y, por lo tanto, solo obtenían informaciones de segunda mano. Informaciones que también podían estar manipuladas...

[El *Führer*] decía que solo exigía dos cosas a los británicos: 1. La definición de las esferas de interés de ambas partes para evitar conflictos futuros entre Alemania y el Reino Unido. 2. La devolución de las colonias a Alemania.

Cuanto más rápido se llegase a una solución de este tipo, más beneficiosa resultaría dicha solución para la humanidad y, especialmente, para los pueblos afectados. Una guerra larga llevaría al Reino Unido a perder su posición como potencia mundial y provocaría el hundimiento del imperio, algo que no nos interesa en absoluto. De hecho [el *Führer*] lo lamentaría. Por eso ha ofrecido la posibilidad de llegar a un entendimiento. Me lo repetía a mí mismo una y otra vez: ¡si el Reino Unido supiera que tal vez sería posible que el pueblo prefiriera el entendimiento a la continuación de la guerra hasta un amargo final, una guerra cuya salida sería, cuando menos, incierta y que causaría enormes daños a todas las partes implicadas...! Sin embargo, supongo que en la situación actual del conflicto, los británicos contemplarían como una insoportable pérdida de prestigio la sola idea de plantearse una propuesta de paz del Führer. El escenario cambiaría si existiese un motivo, de peso y comprensible para todo el mundo, para iniciar las negociaciones. Entonces decidí aportar este motivo con mi vuelo al Reino Unido.

Actas de la declaración de Heß en Núremberg, 1946

Evidentemente, cuando, en el otoño de 1940, Heß inició los preparativos de su vuelo, no podía ni pensar en la posibilidad de que se estuviese urdiendo una intriga. Su entorno se extrañó de su repentino cambio: «Vuelve a estar en forma —señaló Goebbels lleno de sorpresa tras un encuentro—. Heß me ha causado la mejor de las impresiones». Pero nadie podía saber lo que estaba ocurriendo en realidad. Ni siquiera Hitler, en cuyo interés se había puesto en marcha el proyecto. A menudo se ha especulado con la posibilidad de que el *Führer* estuviese al tanto del vuelo de su representante o incluso hubiese instigado aquella acción en secreto.

No pocos historiadores han tratado de dar respuesta a este enigma, pero ninguno de ellos ha podido probar la complicidad del dictador. Antes al contrario. Las circunstancias de la preparación del viaje y las reacciones tras el vuelo indican claramente que si Hitler hubiese estado al corriente nunca habría aprobado aquella aventura.

Cuando Ernst Udet, un antiguo compañero de vuelo que había ascendido a director general de Equipamiento de la Aviación, recibió la solicitud de una nave Messerschmitt por parte de Heß, que pretendía realizar «vuelos de prueba» en el espacio aéreo de Berlín, insistió en que para ello debía presentarle una autorización de Hitler. Pronto el representante se calmó y renunció a su idea inicial. «Me habría expuesto a que me enviaran inmediatamente a la cárcel —señaló dos años más tarde—. No podía llevar en secreto mis actividades y, tarde o temprano, el *Führer* se habría enterado de ellas. Mi plan se habría venido abajo y yo me habría reprochado mi imprudencia.»

Tuvo más éxito en las fábricas de los Messerschmitt en Augsburgo, a las que acudió con el pretexto de que quería llevar a cabo vuelos de prueba con los modelos de nuevo diseño. El jefe de la empresa, Willi Messerschmitt, le facilitó un avión de caza de tipo Bf 110. Nadie sospechaba nada. «Si el representante del *Führer* quería tener un avión —recuerda el piloto de pruebas Fritz Voss— no podíamos dudar de él.» Poco a poco, Heß fue solicitando modificaciones en la máquina para adaptarla a su vuelo de largo recorrido: por ejemplo, añadió un tanque complementario para aumentar la autonomía del aparato hasta diez horas.

También comenzó a repasar vocabulario en inglés. Discretamente, consiguió información meteorológica sobre el área del mar del Norte. Baur, piloto jefe de Hitler, le proporcionó mapas de las áreas de exclusión aérea en el espacio alemán. Heß acudía cada vez con más frecuencia a Augsburgo y volaba muy a menudo desde el aeródromo de Haunstetten. Lo que no está claro es si ya antes de aquel mes de mayo de 1941 había tratado de llegar al Reino Unido. Su biógrafo, Manfred Görtemaker, cree tener pruebas de la existencia de tres intentos más, el primero de ellos el 21 de diciembre de 1940 y los otros dos en enero y febrero de 1941. En ellos, Heß se habría

visto obligado a dar la vuelta debido a problemas técnicos o unas condiciones meteorológicas desfavorables. La hipótesis de que en cierta ocasión Heß regresase tan tarde que su ayudante personal, Karlheinz Pintsch, ya hubiese abierto un sobre lacrado y hubiese leído en su interior que el representante del *Führer* había volado al Reino Unido no es más que una leyenda. El fracaso de aquellos intentos tuvo, sin embargo, un aspecto positivo: antes de su marcha definitiva, Heß pudo cerciorarse de que Hitler seguía aferrado a la antigua idea de una reconciliación con el Reino Unido. La ocasión de comprobarlo se le presentó cuando, a principios de mayo de 1941, coincidiendo con la sesión en el Reichstag en la que el *Führer* informó con un tono triunfal del fin de la campaña de los Balcanes, Heß se reunió con él. Existen testimonios contradictorios sobre el momento y el lugar en el que se produjo aquella última entrevista, pero no sobre su contenido: está claro que se habló del deseo de Hitler de sellar la paz con el Reino Unido. Cuando un mes más tarde, en la prisión británica, Heß resumió en un manuscrito cuál era su posición en la negociación, manifestó claramente que en aquello coincidía con la opinión de Hitler: «No hay interés en el hundimiento del imperio. Mi conversación con el *Führer*. Última vez, 3 de mayo». Sin embargo, en aquella nota esquemática no existe mención alguna de la posibilidad de que Hitler estuviese al corriente de los planes de vuelo. En el Reino Unido Heß negó en todo momento que hubiese viajado por encargo del *Führer*.

El hecho de que, finalmente, el representante del dictador escogiera el 10 de mayo como fecha para su vuelo guarda relación, una vez más, con su afición por el ocultismo y la astrología. Al igual que hacía antes de tomar cualquiera de sus decisiones importantes, en aquella ocasión consultó el horóscopo. Los adivinos indicaban que la primavera era una buena época para emprender «viajes al extranjero» y varios de ellos señalaban incluso que los astros eran favorables para ese día.

Incluso su antiguo amigo Karl Haushofer puso su granito de arena en aquel juego de charlatanería. Durante un paseo de ambos, poco antes del vuelo, le habló de un sueño: había visto a Heß caminar a través de las salas de un castillo inglés, con las paredes cubiertas de tapices, adonde había

acudido para lograr la paz entre dos grandes naciones. En realidad, lo único que perseguía Haushofer con sus palabras era tantear a su amigo, porque le habían llegado rumores de los planes de vuelo del representante del *Führer*. Sin embargo, aquello solo sirvió para que Heß se sintiese completamente seguro de que el destino lo había convertido en un instrumento para llevar a cabo una misión esencial para la historia del mundo.

En la mañana del 10 de mayo, en su villa del distrito muniqués de Harlaching, jugó durante tanto tiempo con su hijo de tres años y medio que su mujer, que aquella mañana se había sentido indispuesta y se había quedado en la cama, empezó a extrañarse. Hacia mediodía apareció vestido con su uniforme de aviador y se despidió de ella. «¿Cuándo volverás?» «Tal vez mañana.» Ante aquella respuesta, Ilse Heß le advirtió, como si hubiese tenido un mal presentimiento: «No me lo creo. Vuelve pronto. El niño te echará de menos». «Yo también lo echaré de menos.»

En compañía de su ayudante personal, Pintsch, Heß viajó a Augsburgo. A las 17.45 horas puso en marcha su Messerschmitt, voló en dirección noroeste, siguió el curso del Rin hasta llegar a mar abierto y giró para seguir las señales del radiofaro de la ciudad danesa de Kalundborg que lo conducirían hasta Escocia. Poco después de las diez de la noche, atravesó la línea costera a una altura de apenas diez metros, con el fin de evitar ser descubierto por las numerosas estaciones de radar que existían en el este del Reino Unido. Media hora más tarde había alcanzado su objetivo, al sur de Glasgow. Sin embargo, buscó en vano la finca de Hamilton, Dungavel, donde debía aterrizar. Estuvo dando vueltas y vueltas por la zona, vacilando, hasta que, hacia las once de la noche, elevó de nuevo el avión y saltó en paracaídas en medio de la oscuridad. En aquel momento, todo terminó: fue el final de una idea fija, el final de una carrera y el final de una vida en libertad.

«¡QUÉ MENTECATO!»

En la tensa situación internacional, la noticia de aquel Parsifal alado cayó como una bomba. En la sala de ruedas de prensa del Ministerio de Información británico, donde en la noche del 12 de mayo se dio a conocer la noticia a la opinión pública, los representantes de los medios de comunicación no salían de su asombro.

Pocas horas antes también el Gobierno del Reich había reaccionado oficialmente a la desaparición de Heß. En un comunicado difundido por radio aseguraron que, pese a que el *Führer* le había prohibido volar debido a «una enfermedad que se le había ido agravando con los años», Heß se había hecho con un avión y había iniciado un viaje del que aún no había regresado. Una carta que supuestamente habría dejado mostraría «en su estado de confusión las lamentables huellas de un trastorno mental que hacen temer que Heß, nuestro compañero de partido, sea víctima de un delirio».

Durante los seis años en los que serví a Heß como persona de su confianza, me enteré de algunos hechos que apuntaban claramente a los preparativos de un ataque de la Alemania de Hitler contra la Unión Soviética y de la «huida» de Heß al Reino Unido; huida que, puedo decirlo con toda seguridad, se produjo con el consentimiento previo de los británicos.

Del acta de declaración de Pintsch, Moscú, 23 de febrero de 1948

El hecho de que esta declaración no se produjese hasta dos días después del vuelo siempre se ha considerado una prueba de que, en realidad, Hitler estaba al corriente de la acción y de que solo se distanció de su representante cuando quedó claro que su iniciativa de paz había sido un fracaso. ¿Sabía Hitler tal vez algo de todo aquello? Las declaraciones que hizo el ayudante de Heß, Pintsch, en Moscú, recientemente reveladas, han vuelto a arrojar dudas al respecto. ¿Pero hasta qué punto las actas de tales declaraciones tienen valor como prueba? Es cierto que las palabras de Pintsch son relevantes: no en vano, fue él quien, en la tarde del 11 de mayo, en Obersalzberg, informó a Hitler de la huida y le entregó la carta en la que Heß se justificaba. ¿Pero de verdad que en aquel momento Hitler

permaneció tranquilo, como sostiene el ayudante, y lo despachó sin decirle ni una sola palabra?

Hay un importante testigo que también sostiene la tesis de que Hitler era cómplice de aquella operación: se trata del ayudante de cámara del *Führer*, Heinz Linge, que aseguró que aquel día el dormilón dictador, que normalmente nunca se despertaba antes de las once de la mañana, ya estaba sentado en la cama, completamente vestido, hacia las nueve y media, cuando él llamó a la puerta de su dormitorio. Para Linge, este es un indicio de que la partida de Heß no pilló desprevenido a Hitler.

Ambos testimonios tienen, en cualquier caso, un punto en común: se obtuvieron después de largos interrogatorios en las cárceles soviéticas, en los que no se dudó en aplicar la tortura. Esto hace que tales fuentes resulten, cuando menos, cuestionables. A la justicia de Stalin no le interesaba tanto el esclarecimiento de la verdad como la obtención de las confesiones «adecuadas». Para protegerse, tanto Pintsch como Linge explicaron a los soviéticos exactamente lo que estos querían oír: según la interpretación del Kremlin, la misión de Heß había sido un juego concertado en secreto entre Londres y Berlín en perjuicio de la Unión Soviética. Una hipótesis que la bibliografía especializada rusa (soviética) defendió infatigablemente hasta el final de la era comunista e incluso más allá.

> No debemos olvidar que este documento se dirigió directamente a Stalin, que adolecía de anglofobia. Durante toda la segunda guerra mundial temió que alemanes y británicos sellaran una alianza contra la Unión Soviética. En el caso de la decidida declaración de Pintsch, según la cual todo se había acordado con los ingleses, cabe suponer, desde luego, que los oficiales que llevaban a cabo los interrogatorios indicaban de antemano determinadas interpretaciones.
>
> *Matthias Uhl, historiador y descubridor del documento de Pintsch*

También en el caso de Pintsch se detecta un proceso de fijación propagandística de sus declaraciones. En el documento aparecido en 1948 aseguraba que se había decidido a presentarse ante la opinión pública porque «los círculos reaccionarios del Reino Unido y de Estados Unidos

ansían provocar una guerra». Y concluyó asegurando: «Las circunstancias de las que doy cuenta confirman que el Reino Unido, al preferir una agresión de Hitler contra la Rusia soviética, actuaba conforme a su tradicional principio: que los demás me saquen las castañas del fuego». Una reproducción prácticamente textual de una conocida cita de Stalin. Además, resulta significativo que, tras su excarcelación, Pintsch abandonara la tesis de la complicidad.

En realidad, el *Führer* se quedó helado al conocer el vuelo de su representante. El desconcierto y la perplejidad de Hitler al recibir la noticia, de los que dan cuenta diversos testigos, eran sinceros. Parece que el dictador echó un rápido vistazo a la carta de Heß y después se hundió en una silla: «¡Por el amor de Dios! ¡Se ha ido volando para allá!». Tales fueron sus palabras, según sostiene el general Karl Bodenschatz, que aquel día se apresuró a acudir a la Berghof o «casa de la montaña» del *Führer*. Entonces Hitler llamó por teléfono a su otro representante: «Göring, venga inmediatamente. Ha ocurrido algo horrible».

Dos días más tarde, todos los jefes de distrito y líderes del Reich se reunieron en la Berghof, donde se les leyó la carta de despedida de Heß. Tampoco se ha conservado el original de este texto, aunque es posible reconstruirlo de un modo muy preciso gracias a los recuerdos de los presentes. En un relato cargado de alusiones indirectas, el representante explicaba pormenorizadamente los preparativos de su vuelo y exponía los motivos que le llevaron a emprenderlo. Aseguraba que no había huido ni había actuado movido por la cobardía o la debilidad, sino que había iniciado un «serio intento» de poner fin, a través de la negociación, a la guerra de los «pueblos germanos hermanos», Alemania y el Reino Unido, de la que solo podría salir victorioso el «bolchevismo internacional». Continuaba afirmando que si no había dicho nada antes era porque sabía que el *Führer* prohibiría su proyecto. En el Reino Unido insistiría en que su acción no era una muestra de la debilidad alemana, sino de la fortaleza de un país «que no necesita suplicar la paz».

«Una confusión total, un acto propio de un aficionado sin experiencia —escribiría en su diario el ministro de Propaganda, Goebbels, refiriéndose

a aquel desbordamiento de Heß—. Quería ir al Reino Unido, explicar al país que su situación no tenía remedio, presionar al Gobierno de Churchill a través de lord Hamilton en Escocia y después sellar la paz sin que Londres perdiera su prestigio. Por desgracia, no ha sido capaz de prever que Churchill lo encerraría inmediatamente. Todo esto es demasiado estúpido. ¡Qué mentecato es el hombre más importante después del *Führer*!»

Tras leer la carta de Heß, el propio Hitler volvió a experimentar uno de sus célebres accesos de ira. Su representante había cometido «una traición sin igual a su confianza», gritaba con rabia el dictador, que aseguró que aquel día era uno de los más negros de toda su vida política. Creer que sería posible alcanzar la paz con el Reino Unido a través del diálogo era nada más y nada menos que una «fantasía infantil». ¿Cómo iba a obedecer sus órdenes la Wehrmacht si «en la cúspide del liderazgo político» se cometía tal «insubordinación»?

> Da igual lo que él diga allí. Imagínese, Churchill tiene a Heß en sus manos. ¡Qué tipo de tontería ha hecho Heß, qué locura política! [...] Van a darle a Heß un medicamento para que acuda a la radio y diga lo que Churchill desea.
> No podré desmentirlo porque será la voz de Heß, la voz que todos conocen.
>
> *Adolf Hitler, 11 de mayo de 1941*

Durante un tiempo, los dirigentes nacionalsocialistas alimentaron la esperanza de que Heß no hubiera alcanzado las islas británicas, de que la defensa aérea le hubiera disparado o de que el representante del *Führer* hubiera sufrido un accidente en el momento del aterrizaje. Cuando, finalmente, se comunicó su detención, el desánimo cundió en la Berghof: «¡Qué espectáculo para el mundo! El segundo hombre del régimen después de Hitler aparece como un perturbado mental», exclamó Goebbels, abatido. En realidad, el asunto Heß hundió al régimen en una crisis interna y externa. En el Reich bullían los rumores. Nadie parecía creerse que el representante del *Führer* se hubiera vuelto loco de repente. En los informes del Servicio de Seguridad sobre el estado de ánimo de la población se hablaba de un enorme desconcierto y de una sensación de abatimiento. El

prestigio del partido, que a esas alturas ya estaba mermado por los casos de corrupción y los abundantes ejemplos de caciquismo, alcanzó sus cotas más bajas. Al mismo tiempo, crecían las especulaciones sobre las verdaderas causas y las consecuencias de aquel asunto.

También en el ámbito externo la acción de su representante puso a Hitler en apuros. La idea de que pudiera existir un entendimiento entre alemanes y británicos provocó, lógicamente, una enorme inquietud en las potencias del Eje, Italia y Japón. El ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, fue enviado inmediatamente a Roma para garantizar su apoyo a Mussolini, quien, pese a todo, dudaba. Todo aquello ocurría en una fase en la que los preparativos de la Operación Barbarroja estaban ya en plena ebullición. Por eso, la mayor preocupación de Hitler era que Heß pudiese transmitir información trascendental sobre el inmediato ataque sorpresa que se preveía dirigir contra la Unión Soviética. Aun cuando el representante no estuviese al tanto de todos los detalles militares, sí conocía, desde luego, la fecha de inicio de aquella acción y, a grandes rasgos, los planes de la campaña.

> Después de que desde todos los rincones del Reich llegasen las mismas informaciones, la primera publicación oficial sobre el caso Heß ha provocado una enorme perplejidad. Entre los miembros del partido reina un profundo abatimiento. Casi todos los informes indican que en un primer momento los miembros del partido y otros compatriotas no han dado crédito al comunicado, habida cuenta de la enorme confianza que tienen en Heß. Tras la primera declaración oficial del partido, en todas las regiones del Reich y en las zonas ocupadas se ha desatado una corriente de rumores y conjeturas prácticamente inédita.
>
> *Informe del Servicio de Seguridad de las SS sobre el estado de ánimo de la población, 15 de mayo de 1941*

Mientras todo aquello ocurría, el hombre que se había convertido en el objeto de tantos odios permanecía en el castillo de Buchanan, a las puertas de Glasgow, entre rejas. Apenas media hora después de su tosco aterrizaje en suelo británico —en aquel primer salto en paracaídas de su vida Heß se dislocó un tobillo—, los militares de la Home Guard lo descubrieron en una

granja y lo detuvieron. Heß se presentó entonces como el capitán Alfred Horn y exigió que se le llevase ante el duque de Hamilton, ya que traía un importante mensaje de un amigo común. A la mañana siguiente se le condujo hasta Hamilton, que desde el comienzo de la guerra había sido el responsable de la defensa aérea del sur de Escocia de la Royal Air Force en Edimburgo. Ante aquel desconcertado Hamilton, Heß aseguró que lo conocía desde los Juegos Olímpicos de 1936 y que había venido en una «misión al servicio de la humanidad»: el *Führer* deseaba poner fin a su lucha contra el Reino Unido. El hecho de que él, Heß, hubiese viajado personalmente probaba hasta qué punto iba en serio la disposición de los alemanes a sellar la paz. Si Hamilton pudiera convocar a los principales miembros del Partido Conservador «para presentarles propuestas de paz»...

> Ahora, con Heß o sin él, quiero que me dejen ver tranquilamente a los Hermanos Marx.
>
> *Reacción de Churchill a la noticia del vuelo de Heß*

Tanto si se movió por impulso propio y alentado por informes falsos de los espías como si se dejó guiar por una intriga del servicio secreto británico, lo cierto es que Heß parecía creer que en el Reino Unido existía una sólida oposición a Churchill que solo estaba esperando una señal para iniciar el ataque. Ni siquiera se esforzó por poner por escrito sus planteamientos. Estaba convencido de que podía esperar a que los británicos le expusieran en primer lugar sus propuestas. Como quedaría demostrado muy pronto, en realidad Heß no llevaba en su equipaje más oferta que la idea de Hitler de garantizar protección al imperio británico a cambio de que este dejase las manos libres al Reich para actuar en el continente: una idea que ya había dado de sí todo lo que tenía que dar; unas condiciones de paz que desde el Reino Unido ya habían sido rechazadas bruscamente en más de una ocasión. De hecho, a nadie en Londres se le pasaba por la cabeza iniciar negociaciones con Heß.

Me es más bien indiferente lo que le pase, *nosotros* podemos utilizarle.

Sir Alexander Cadogan, secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, 15 de junio de 1941

En lugar de ello, en el seno del Gobierno británico se desató una violenta discrepancia sobre el modo en que debía tratarse aquel asunto. Los expertos del Ministerio de Información defendieron inmediatamente la idea de aprovechar la ocasión para lanzar una gran ofensiva propagandística contra Alemania. En cambio, el primer ministro, Churchill, planeaba convertir el vuelo de Heß en un ejemplo de su política de la victoria a toda costa y quiso, muy acertadamente, que la acción se interpretara como un signo de la debilidad alemana.

Por último, se abrió otra línea, esta vez desde el Ministerio de Asuntos Exteriores: tapar lo sucedido con un tupido manto de silencio. Aquello tenía varias ventajas: en primer lugar, se podrían evitar las molestas preguntas sobre el trabajo del servicio secreto. Y lo que era aún más importante, existía la posibilidad de sacar partido al caso en el terreno diplomático. En último término, por aquel entonces el Reino Unido estaba solo en su lucha contra la Alemania de Hitler. En Estados Unidos aún eran numerosas las fuerzas aislacionistas que se oponían a la entrada del país en la guerra. Además, todavía estaba vigente un pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética. Así pues, los estrategas del Foreign Office pusieron en marcha un refinado juego de confusión en torno al «mensajero de la paz» alemán jugando con la posibilidad de que el Gobierno británico aceptase sus propuestas. Las estrategias diplomáticas fueron acercando a Estados Unidos a aquel imperio en apuros y, además, desembocaron, tras el inicio de la Operación Barbarroja, en una alianza británico-soviética que sería el germen de la coalición contra Hitler.

La tragedia personal de Rudolf Heß es que acabó provocando precisamente aquello que quería impedir: en lugar de una reconciliación entre Alemania y el Reino Unido, su vuelo contribuyó en buena medida a la

creación de una alianza global que, en último extremo, derrotaría al Reich de Hitler.

El prisionero

La sección alemana de la BBC informó sarcásticamente unos días después de la llegada de Heß: «Hoy no ha venido volando ningún otro ministro del Reich». Sin embargo, para alegría de Goebbels, no se desencadenó una ofensiva propagandística británica. «Qué habríamos hecho entonces», expresó aliviado, sin saber que la renuncia del Reino Unido a un golpe de propaganda a corto plazo acabaría teniendo consecuencias trascendentales a largo plazo para el Reich.

En Alemania, el régimen hizo todo lo posible por que aquel desagradable incidente cayera en el olvido. Para ello, se retiró de los cines el noticiero de la segunda semana de mayo, que contenía dos secuencias en las que aún se podía ver al representante del *Führer*. Los hospitales y las calles que llevaban el nombre de Heß fueron rebautizados y se borraron las referencias a este personaje en la literatura nacionalsocialista. Tras meses y meses de interrogatorios, los empleados y los ayudantes de Heß fueron enviados a campos de concentración. Incluso el astrólogo Ernst Schulte-Strathaus fue encarcelado y se prohibieron de inmediato los círculos ocultistas y la práctica de ciencias alternativas. «Curiosamente, ni un solo adivino ha previsto que sería encarcelado —señaló Goebbels al respecto, con aire arrogante—. Eso dice muy poco de su profesionalidad.»

El propio Hitler nunca perdonó a Heß. Albert Speer habló de un encuentro que mantuvo con él en 1944: según Speer, el dictador insistió entonces en que, en caso de que el antiguo representante llegase a ser entregado, se le «llevaría ante un consejo de guerra y se le ejecutaría inmediatamente después». En una de sus conversaciones de sobremesa, amenazó con que a su regreso solo le aguardaría la disyuntiva «fusilamiento o manicomio». Hubo que esperar a los últimos días de la guerra para que el dictador fracasado diese signos de acordarse de su antiguo compañero de

otra forma. Tras la guerra, el chófer de Hitler, Erich Kempka, aseguró a Ilse Heß que en uno de sus últimos monólogos nocturnos el *Führer* había alabado a su marido como el único «idealista hasta la médula que existe en el movimiento».

La historia del prisionero Heß es, fundamentalmente, la de un estado patológico. Los responsables de los interrogatorios informaron a Londres de que, en realidad, Heß ya no tenía la cabeza en el mundo real. En su cuaderno volvió a escribir una carta de despedida a Hitler, que muestra cómo su mente se había quedado anclada en el pasado: «Pocas veces los seres humanos tienen la oportunidad de servir a un hombre y a sus ideas con tanto éxito como quienes están a sus órdenes. Gracias, de todo corazón, por todo lo que me ha dado y por todo lo que ha sido para mí. Le escribo estas líneas porque sé muy bien que no me quedará otro camino, por difícil que me resulte este final. A través de usted, mi *Führer*, saludo a nuestra Gran Alemania,* que avanza hacia un futuro de grandeza que no podemos ni imaginar. Tal vez a pesar de mi muerte, o precisamente gracias a ella, mi vuelo traiga la paz y el entendimiento con el Reino Unido. *Heil*, mi *Führer*». Un día después, se dejó caer por una escalera de la cárcel. Sin embargo, este intento de suicidio, el primero de los tres que habría en su vida, fracasó. Heß solo se rompió una pierna.

Mientras que el prisionero más importante de la segunda guerra mundial permanecía inmovilizado en una cárcel británica, los ejércitos de la coalición contra Hitler se preparaban para el ataque contra aquella Gran Alemania a la que Heß tanto había alabado. El célebre prisionero recibía regularmente asistencia psiquiátrica. Sus dolores estomacales se hicieron crónicos. Los guardias tenían instrucciones de impedir que volviese a tratar de suicidarse. Las reclamaciones que el recluso escribía contienen indicios de una evidente manía persecutoria: «Me echan ácido corrosivo en la comida. Tengo la piel del paladar colgando, hecha jirones». O también: «La comida huele siempre a jabón, a agua de fregar, a estiércol, a carne podrida o a ácido carbólico. Lo peor son las secreciones glandulares de camellos o cerdos». Los síntomas paranoides de su enfermedad acabaron sumiendo a Heß en una noche sin recuerdos. Uno de los médicos que lo trataban

concluyó: «Heß sufre una amnesia histérica, comparable a la que desarrollan muchos soldados que han estado sometidos a fuertes impresiones durante la guerra».

> Si no me equivoco, Hitler nunca pudo olvidar aquella «traición» de su representante.
>
> *Albert Speer*

También ante el Tribunal de Núremberg, encargado de juzgar los crímenes de guerra, Rudolf Heß pareció presentar en un primer momento una pérdida de memoria. Lo habían acusado de todos los cargos posibles en el procedimiento: conspiración, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Jurídicamente, aquella era una imputación bastante cuestionable: el representante había abandonado Alemania antes de que se iniciara realmente el genocidio y no había participado en la guerra como dirigente junto con Hitler. Por eso los dos últimos cargos acabaron por rechazarse.

Sin embargo, todas las esperanzas de la familia y de los abogados defensores en relación con el posible sobreseimiento de la causa por incapacidad del procesado se desvanecieron cuando este, en un arranque de rebelión delirante, explicó que su «simulación de pérdida de memoria no era más que una táctica». Tras esta declaración, volvió a sentarse en el banquillo de los acusados y siguió el juicio oral con la mirada completamente vacía. ¿Fue aquella acción un ataque de orgullo sin sentido o simplemente un intento por llamar la atención? Rudolf Heß tampoco mostró ni un asomo de arrepentimiento en el proceso de Núremberg. Encerrado en sí mismo, negando con altanería la autoridad del Tribunal, se aferró mentalmente al mundo que había abandonado en 1941.

El fiscal soviético pidió para Heß la pena de muerte, mientras que el estadounidense optó por una pena de cárcel limitada en el tiempo. Al final, ambos se pusieron de acuerdo en solicitar la cadena perpetua. Tal vez la sentencia habría sido más benévola si Heß hubiera renunciado a hacer uso de su derecho a la última palabra en la vista. Con una mirada fija, aunque

perdida en la lejanía, formuló la confesión de un loco. Cuando Göring le susurró que más le valía callarse, Heß respondió a su rival en un tono imperioso: «No me interrumpa». Y continuó: «Se me ha concedido la oportunidad de pasar muchos años de mi vida al servicio del mayor hijo que mi pueblo ha dado en su historia milenaria. No borraría esa época de mi existencia ni aunque pudiera hacerlo. No me arrepiento de nada. Algún día responderé ante el tribunal del juez eterno. Reconoceré mi responsabilidad ante él y sé que me absolverá». La última frase es una cita prácticamente literal del último alegato de Hitler ante el tribunal popular que le juzgó en Múnich en 1924. Pero en la Alemania de 1946, un país hambriento y devastado por las bombas, aquellas palabras pasaron desapercibidas.

Para Heß, en cambio, supusieron un delirante intento de rehabilitarse, un afán por volver al círculo al que había pertenecido en su juventud. Tras el fracaso de su absurda demostración de amor de la noche del 10 de mayo de 1941, volvía a ser un colaborador de Hitler. Heß se aferró a aquel anacronismo fatal hasta el final. En los cuatro decenios que pasó en la cárcel para criminales de guerra de Spandau, el representante del *Führer* esperó a la muerte. En cierta ocasión, aún en Núremberg, preguntó a uno de los centinelas: «¿Por qué no me dejan morir?». Desde 1966 fue el único prisionero de aquella prisión, la más cara del mundo. El resto de paladines habían sido liberados hacía ya tiempo. En el caso de Heß, el veto de la Unión Soviética hizo fracasar todos los intentos de excarcelación, pese a que en el terreno público y diplomático fueron numerosas las voces que se alzaron para solicitar la liberación del preso de edad más avanzada de la cárcel. Entre esas voces se encontraban las de los Gobiernos de las tres potencias occidentales vencedoras, así como las del canciller y el presidente de la República Federal Alemana. Durante los decenios que pasó en prisión, Heß siguió siendo fiel a sí mismo y a su carácter estrafalario. De hecho, hasta 1969 no permitió que su familia lo visitase.

Después de que se hiciera pública la sentencia de Núremberg, la prensa aseguró que Heß se había vuelto completamente loco: se quedaba tumbado en su catre, inmóvil, con la mirada clavada en el techo. Cuando leí aquello, me sentí aliviada: sabía que volvía a hacerse el muerto. Mi marido lo denominaba «relajación cómica». Hoy en día

el término adecuado sería «entrenamiento autógeno». Evidentemente, cuando el centinela lo veía, se decía: «Heß está chiflado».

Ilse Heß, esposa de Heß, 1967

Su fallecimiento, el 17 de agosto de 1987, lo convirtió definitivamente en uno de personajes misteriosos de la historia contemporánea. Hasta hoy sigue habiendo quienes no se creen el comunicado oficial de los Aliados, que aseguraron que el representante del dictador se había suicidado. Buena parte de la culpa de esta incredulidad la tiene precisamente el desacertado comportamiento de las «cuatro potencias»: la destrucción del material probatorio, las contradicciones de las declaraciones oficiales, una autopsia realizada descuidadamente y, no menos importante, el secretismo en torno a documentos e informes de investigación han contribuido a alimentar las enigmáticas teorías de la conspiración.

La muerte de Heß por estrangulamiento con un cable eléctrico en una caseta del jardín de Spandau atrajo como un imán a autoproclamados expertos y a dudosos testigos. El último sacerdote de la prisión, Michel Röhrig, declaró que el rápido deterioro de la salud de Rudolf Heß en la primavera de 1987 había acabado definitivamente con sus ganas de vivir. Cuando, a principios de agosto, Röhrig estaba a punto de comenzar sus vacaciones, Heß le suplicó: «No se vaya, le voy a necesitar». También la carta de despedida que se encontró junto al muerto pone en duda la tesis del asesinato: «Escrito un par de minutos antes de mi muerte», garabateó Heß en el reverso de una carta a su nuera, a la que agradecía su dedicación durante años. Sin embargo, el hijo del representante del *Führer*, Wolf-Rüdiger, consideró que aquella carta era una falsificación, porque su estilo no tenía nada que ver con el de su padre en el momento de su muerte. Con todo, un informe elaborado por una empresa privada no pudo confirmar esta hipótesis.

No se sabe si se trató de un ahorcamiento atípico en una posición inusual, por ejemplo la de un cuerpo casi tumbado o tumbado, o si, por el contrario, estamos ante un estrangulamiento, esto es, ante la utilización de un instrumento destinado a asfixiar.

Wolfgang Eisenmenger, médico forense y responsable de la autopsia del cadáver de Heß

El último enfermero de Heß en Spandau, el tunecino Abdullah Melaouhi, puso una nota de escándalo más al asunto cuando, pocas semanas después de la muerte de su paciente, aseguró ante la prensa que había visto junto al cadáver a dos hombres desconocidos, vestidos con uniforme estadounidense, con «aspecto de asesinos». El propio Melaouhi no pudo acceder a la caseta del jardín en la que se encontró al prisionero hasta media hora después de su muerte. Los dos hombres con uniforme estadounidense eran el centinela Al Ahuja y su enfermero. Ahuja, en cambio, respondió: «Él no pudo reconocernos, nunca antes nos habíamos visto». Una explicación plausible, dado que la compañía de guardias, que cambiaba cada mes, no solía tener contacto alguno con el personal fijo de Spandau. Además, Abdullah Melaouhi solo estaba dispuesto a conceder entrevistas previo pago de unos jugosos honorarios... Hace unos años escribió un libro en colaboración con Olaf Rose, antiguo miembro de la ejecutiva del Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD),* e inició una gira que le llevaría a defender sus dudosas hipótesis por los círculos de la derecha.

También una segunda autopsia del cadáver, encargada por la familia, sirvió de argumento contra la versión de los Aliados. De hecho, el informe del prestigioso patólogo muniqués Wolfgang Spann demostró que el profesor británico James Cameron había llevado a cabo un examen negligente del cadáver. En aquel segundo análisis, sin embargo, faltaban importantes partes del cuerpo, como el interior del cuello (la laringe, amplias zonas de la tráquea, la glándula tiroidea, la lengua o una arteria carótida), según el compañero de Spann, Wolfgang Eisenmenger, que también participó en la disección. Así pues, resultó imposible aclarar si la muerte se había producido por ahorcamiento o por estrangulamiento. En cualquier caso, los trazos que quedaban de la denominada «marca de la soga» en la nuca del fallecido eran completamente horizontales, algo habitual en los casos de estrangulamiento, frente a las marcas propias del

ahorcamiento, que por lo general tienden a seguir una línea ascendente, según explicó Eisenmenger. Con todo, Spann y Eisenmenger no pudieron encontrar indicios claros de que hubiese intervenido una tercera mano, esto es, de que se hubiese cometido un asesinato. En el asunto Rudolf Heß quedan abiertas muchas preguntas a las que solo se podrá dar respuesta cuando se hagan públicos los archivos correspondientes.

> La figura de Heß como víctima de los Aliados y como buen nazi podía convertirse en un instrumento para aquellos neonazis que, tras la guerra, buscaban modelos a los que seguir.
>
> *Manfred Görtemaker, historiador y biógrafo de Heß*

«Es posible que los antiguos nazis y los jóvenes extremistas tengan ahora un nuevo día de conmemoración.» Tal fue el presagio de la revista alemana de información *Der Spiegel* en el verano de 1987, tras la muerte de Heß en la cárcel de Spandau. No obstante, la publicación consideraba que «era improbable que aquel tipo estrafalario se convirtiese en un mártir». Este pronóstico acabó demostrando ser un error de cálculo: en realidad, en los últimos veinticinco años Heß ha sido *la* figura de culto de los neonazis de todo el mundo, en parte por su misterioso fallecimiento en Spandau. Lo cierto es que él nunca deseó que se le glorificase. En cierta ocasión aseguró a su hijo que consideraba que los cabezas rapadas vestidos con chaquetas tipo *bomber* no eran sino «chiflados e idiotas». Sin embargo, aquello no evitó su fama póstuma como *pop star* de los círculos de la derecha. En agosto de 1987 aparecieron en la República Federal de Alemania las primeras manifestaciones y pintadas a favor de Heß. En Frankfurt los neonazis dejaban bombas incendiarias en la estación central y atacaban los vehículos de las fuerzas de ocupación estadounidenses. A partir de 1988, la «Marcha de Conmemoración de Rudolf Heß», que tenía lugar una vez al año, provocó una movilización inusitada de la derecha en toda la Europa Occidental, donde se tejió una nutrida red. Después de 1989, el movimiento registró un fuerte crecimiento en el Este.

Para muchos de los hijos del Estado antifascista de la DDR ya liberados, el mito de Rudolf Heß se convirtió en una «droga de iniciación» al radicalismo de derechas. En buena medida, es lo que ha ocurrido en el caso de los protagonistas de la célula terrorista de Zwickau. Uwe Mundlos, líder de este grupo, colocó poco después de la caída del Muro un retrato de Heß sobre el escritorio de su habitación infantil en el edificio construido con paneles prefabricados en el que creció en Jena. En los años siguientes, desfiló junto con Uwe Bohnhardt y Beate Zschäpe en la primera fila de las marchas en honor a Heß, antes de que los tres decidieran en 1998 fabricar bombas escondidos en el «submundo nacionalsocialista» y dar comienzo a su inaudita serie de asesinatos.

La tumba de Rudolf Heß en Wunsiedel, en torno a la cual se seguían organizando sin remedio año tras año las peregrinaciones, desapareció en el verano de 2011. En cambio, las falsas ideas a las que Rudolf Heß se aferró hasta el final aún están vivas.

Misiones letales

Una exitosa acción de un comando resultará más extraordinaria en la medida en que sea una pequeña unidad la que golpee a un enemigo mucho más fuerte y protegido.

William McRaven, Spec Ops

En los últimos segundos de aquel choque solo se oyó el intenso silbido del viento. Los nueve hombres que permanecían en cuclillas, pegados unos a otros, en el estrecho fuselaje del planeador de carga, flexionaron aún más las rodillas y rodearon con sus brazos el tronco del compañero que tenían delante. Por un momento todos se concentraron solo en sí mismos, cerraron los ojos y apretaron los dientes. «¡Atención! ¡Aterrizaje!», gritó el piloto un instante después.

En ese momento, el patín del planeador tocó el suelo, el avión se deslizó a toda velocidad por la ladera cubierta de hierba, emitiendo crujidos aquí y allá, y después, tras una sacudida, se detuvo al abrirse el paracaídas de aterrizaje. La nave se inclinó ligeramente hacia un lado. En apenas unos segundos, los hombres se habían soltado el cinturón de seguridad. La enorme puerta cubierta con una lona se abrió de repente y los combatientes salieron de un salto. Uno de los primeros en pisar el suelo del área situada tras el hotel Campo Imperatore, en el macizo del Gran Sasso, fue el capitán de las SS Otto Skorzeny. Tras él avanzaron el general italiano Soleti y siete hombres de la unidad especial de las SS Friedenthal. Eran las 14.05 horas del domingo 12 de septiembre de 1943 cuando comenzó la Operación Roble: una misión de un comando alemán que tenía como objetivo la liberación del dictador Benito Mussolini, que unas semanas antes había sido

depuesto por los italianos y encerrado en el hotel para esquiadores Campo Imperatore, situado en el macizo montañoso del Gran Sasso, en los Abruzos.

> Todos conocíamos a Mussolini por el cine y la prensa. Desde lejos daba la impresión de ser un hombre mayor, algo fatigado.
>
> *Willy Schmidt, paracaidista que intervino en el Gran Sasso*

Tras el aterrizaje, Skorzeny miró a su alrededor y comprobó que otro planeador de carga había explotado en el momento del contacto con el suelo. Sin embargo, otros ocho aviones lograron aterrizar en los claros de las laderas que rodeaban el hotel. De la segunda nave salieron nueve hombres de las SS y después, en intervalos de un minuto, fueron llegando los otros siete planeadores, que transportaban en total a 63 paracaidistas. Skorzeny corrió a la cabeza de sus hombres hacia el gran ábside del edificio. El general italiano que había aterrizado con el grupo de este oficial de las SS lo acompañó y gritó a los centinelas del hotel que no dispararan. Y así lo hicieron: no se produjo ni un solo disparo. Los guardias no opusieron resistencia. Uno de los paracaidistas alemanes que ya había alcanzado el edificio se inclinó y ofreció a Skorzeny su espalda como peldaño, para que escalara hasta la galería superior de la parte trasera del hotel. Skorzeny ordenó a los paracaidistas que se quedaran fuera y entró en el edificio acompañado de varios soldados de las SS. En la segunda planta se encontraba el apartamento en el que residía el prisionero Mussolini, sin que, por cierto, los 73 italianos que estaban encargados de su vigilancia lo importunaran lo más mínimo. Skorzeny entró. A las 14.10 horas, llegó a los aposentos de Mussolini y le explicó que era «libre» y que debía agradecer aquella «libertad» a su antiguo compañero de lucha Adolf Hitler, el *Führer* del Reich alemán. Pronto, la sala se llenó de otros alemanes e italianos. Existen muchas informaciones contradictorias acerca de la reacción que tuvo en aquel momento Mussolini, aunque todos los observadores coinciden en señalar que la atmósfera era relajada, que todos —tanto

italianos como alemanes— se mostraban satisfechos y aliviados. Los presentes parecían haberse quitado un gran peso de encima.

La historia de la liberación de Mussolini parece exenta de dramatismo si no se cuenta desde la perspectiva del hombre al que la propaganda alemana convirtió más adelante en el héroe de Gran Sasso. Poco después de la acción, Otto Skorzeny fue condecorado por Hitler con la Cruz de Caballero. Además, fue recibido en el cuartel general del *Führer* ante las cámaras del informativo semanal y honrado en un mitin en el Palacio de los Deportes de Berlín. Previamente, el mismo informativo semanal había hablado en tono triunfal de la enorme hazaña del «héroe» alemán en el Gran Sasso, en una intervención en la que lo habían acompañado varios cámaras y que había proporcionado numerosas imágenes. En la grabación aparecía permanentemente Skorzeny, grandioso, y el locutor hablaba de los hombres de las SS y del Servicio de Seguridad que habían logrado liberar a Mussolini.

Tras la guerra, Skorzeny siguió puliendo su imagen como liberador del dictador italiano. Después de la capitulación de Alemania, las tropas estadounidenses lo apresaron y en 1945 incluso se le procesó en Dachau. Sin embargo, nunca se le condenó. El cargo que se le imputaba (a saber, que durante la batalla de las Ardenas había conducido en secreto a varios hombres de las SS, vestidos con uniformes estadounidenses, tras las líneas americanas) no podía merecer una condena. Los peritos británicos argumentaron que también los Aliados habían utilizado aquellos trucos, por lo que se descartó aplicar una pena. Así, a finales de 1945 Skorzeny pudo escribir su primer informe sobre la acción del Gran Sasso, en el que describió unos hechos que después seguiría adornando con dramáticos detalles en libros posteriores. La leyenda de caballero que él mismo se forjó desde entonces sigue siendo la base fundamental de todas las ideas que se tienen en la actualidad acerca de la liberación de Mussolini. Desde luego, no cabe discutir que el capitán de las SS contribuyó de un modo decisivo al éxito de la operación. Sin embargo, hasta hoy las descripciones de los testigos italianos y, sobre todo, los hallazgos de los investigadores de Italia han pasado desapercibidos en Alemania. Pero si hacemos un esfuerzo por

estudiar el contexto político de aquellos días de septiembre de 1943 y consideramos el comportamiento de los responsables de la toma de decisiones en Italia, podremos averiguar mucho sobre la Operación Roble.

Intervenciones de comandos en la guerra

En la actualidad, la intervención en el Gran Sasso se sigue considerando una de las misiones especiales más exitosas de la segunda guerra mundial. Hay quien ve en ella todo un modelo de combinación de audacia y precisión militar. Entre los años 1939 y 1945 hubo acciones similares de ambos bandos tras las líneas enemigas. En ocasiones estas acciones permitían recabar información valiosa para los propios planes militares. Otras veces se trataba de actos de sabotaje o de intervenciones para la obtención de botines que resultaban interesantes desde el punto de vista técnico y que contribuirían al desarrollo de determinadas armas. Sin embargo, en otros muchos casos aquellos actos tras las líneas enemigas no eran decisivos para el desarrollo de la guerra, al menos desde el punto de vista militar, aunque sí resultaban enormemente eficaces desde el punto de vista propagandístico. Así, el gran secretismo que existía durante la preparación y la ejecución de estos actos contrastaba a menudo con la atronadora música de acompañamiento de la propaganda que seguía al éxito de la misión.

En la actualidad, la utilización en terreno enemigo de unidades especiales formadas por los combatientes mejor entrenados es cada vez más importante. Las guerras asimétricas del siglo XXI ya no enfrentan a grandes tropas de dos naciones. En realidad, este escenario bélico tradicional es cada vez menos frecuente. Existen numerosos ejemplos que demuestran que resulta mucho más eficaz introducir a los propios combatientes tras las líneas enemigas para atacar de forma puntual objetivos específicos. El Ejército de Estados Unidos, que con el tiempo se ha convertido en un líder en esta forma de ejecutar la guerra, define las *special operations* como «operaciones llevadas a cabo por fuerzas militares o paramilitares dotadas de una organización, una formación y un equipamiento especiales, con el

fin de alcanzar objetivos militares, políticos, económicos o psicológicos en zonas enemigas, defendidas o políticamente sensibles». Fue con una *special operation* como el Ejército estadounidense cosechó en 2011 un éxito en el marco de su lucha contra el terrorismo que es todo un ejemplo de esta nueva forma de guerra: la labor de su servicio secreto permitió localizar al terrorista número uno, Osama bin Laden, y, a continuación, enviar a su finca a combatientes especiales de los Navy SEALs, que acabaron con su vida. Para Estados Unidos, aquel no fue solo un éxito militar, sino también, y ante todo, propagandístico.

Hoy en día, las unidades especiales desarrollan sistemáticamente actividades que se basan en el conocimiento que hemos ido acumulando en los conflictos del pasado. Una mirada a la historia y a las acciones exitosas o fracasadas que se han llevado a cabo tras las líneas enemigas permite extraer importantes conclusiones para las intervenciones futuras. En su obra *Spec Ops*, de 1995, el general William McRaven, en la actualidad jefe del United States Special Operations Command (Comando de Operaciones Especiales de Estados Unidos), estableció una escala determinante para valorar la ejecución de este tipo de intervenciones. McRaven menciona seis principios esenciales para el éxito de las operaciones especiales:

—*Simplicity:* el plan debe ser sencillo.
—*Security:* el plan debe quedar en secreto.
—*Repetition:* la intervención se debe practicar y ejercitar varias veces.
—*Surprise:* se debe sorprender al enemigo.
—*Speed:* hay que ejecutar la operación rápidamente.
—*Purpose:* los combatientes deben estar convencidos de lo que hacen.

Si se consigue garantizar el cumplimiento de todos estos puntos, es posible lograr una «superioridad relativa» de las propias fuerzas en los primeros minutos de la intervención, momento que se habrá de aprovechar para terminar rápida y exitosamente la acción.

En los análisis históricos de los militares que deben poner en práctica tales estrategias en la actualidad siempre está presente la liberación de

Mussolini en el Gran Sasso. McRaven escribe: «Aquel plan se aplicó y ejecutó bien». Ahora bien, ¿merece de verdad la intervención tal elogio? ¿O la opinión del experto estadounidense se basa más bien en el hecho de que, como él mismo admite, conoce lo sucedido a través de la versión que dio el propio Skorzeny? Desde luego, hay algo que debemos reconocer: existen factores fundamentales que contribuyeron al éxito de la acción y que hasta hoy han pasado bastante desapercibidos porque, en la mayoría de los casos, se ha silenciado la perspectiva italiana de lo sucedido. Varios periodistas e investigadores italianos, como Sergio Lepri, director hasta el año 1990 de la agencia de noticias ANSA, han estudiado a fondo este tema y han ampliado nuestros conocimientos acerca de la Operación Roble, con aportaciones creíbles y muy esclarecedoras, precisamente porque integran lo ocurrido dentro del contexto de la relación de poderes que reinaba en Italia a principios de septiembre de 1943. Sus observaciones van más allá del debate entablado en Alemania, que en la actualidad sigue limitándose a la cuestión de si Skorzeny realmente mereció la corona de laureles que el régimen tejió para él: en la mayoría de los casos, los analistas llegan a la conclusión de que Skorzeny y las SS aparecieron por error en primer plano y de que el servicio que prestó el verdadero responsable al mando de la tropa de paracaidistas no ha sido suficientemente valorado. Y, sin embargo, esta cuestión no tiene apenas importancia a la hora de comprender por qué la acción del Gran Sasso se convirtió en un éxito propagandístico para el Tercer Reich y por qué aún hoy se considera ejemplar.

Unos Aliados poco seguros

Es imprescindible echar un vistazo a los antecedentes: el 10 de julio de 1943, las tropas aliadas desembarcaron en Sicilia e inmediatamente se hicieron con la isla. El 19 de julio, sus aviones bombardearon por primera vez Roma y el 22 de julio los estadounidenses marcharon sobre Palermo. El mando italiano se dio cuenta de que su guerra junto a Alemania estaba entrando en una nueva fase y trató entonces de levantarse contra el hombre

bajo cuya égida Italia se había convertido en escenario del enfrentamiento bélico. El 24 de julio, el Gran Consejo Fascista depuso al dictador Benito Mussolini, que al día siguiente fue encarcelado por orden del rey italiano Víctor Manuel III, quien nombró como primer ministro al mariscal Pietro Badoglio. Los alemanes se quedaron estupefactos ante lo sucedido. Nadie les explicó cuál era el paradero de Mussolini. Con todo, no hay que pensar que Italia estaba en un conflicto abierto contra el Reich alemán. El nuevo líder de Roma, el mariscal Badoglio, declaró dos días después de la detención de Mussolini que Italia continuaría la guerra contra los Aliados del lado de Alemania.

Sin embargo, Hitler desconfiaba. Consideraba que la nueva cúpula de Roma no constituía un socio fiable y reaccionó con rapidez: a lo largo del mes de agosto de 1943 desplazó más y más tropas a Italia para que, en caso de que este país decidiese abandonar su alianza con Alemania, aquellas divisiones preparadas para la lucha tomasen la Italia septentrional y central y desarmasen al Ejército local. Si bien es cierto que los soldados alemanes e italianos se seguían considerando amigos, dado que los Aliados eran todavía el enemigo común al que debían combatir, en los encuentros al más alto nivel de los generales y los diplomáticos de uno y otro Estado quedó claro que ya no existía confianza mutua. En realidad, los italianos habían iniciado en la neutral Lisboa una serie de negociaciones con los Aliados. No en vano, Italia deseaba poner fin a la guerra y por eso pidió una paz por separado. Sin embargo, los Aliados exigieron insistentemente su capitulación incondicional. Las conversaciones se prolongaron durante varias semanas de aquel mes de agosto. Así pues, podemos imaginar que Italia se hallaba en una posición desfavorable cuando, el 3 de septiembre, acordó un armisticio con sus enemigos. Los Aliados accedieron entonces a la Italia continental a través de Calabria. Pese a todo, aún estaban lejos de alcanzar la sede del Gobierno en Roma, mientras que en el norte y el centro del país pululaban multitud de soldados alemanes bien armados y perfectamente equipados. Por eso el nuevo Gobierno italiano decidió mantener en secreto el armisticio. Había que evitar la reacción de aquellas tropas germanas tan amenazadoras. La alianza con Alemania aún no se

había roto oficialmente. Teniendo en cuenta las circunstancias, los italianos rogaron encarecidamente al Alto Mando de las fuerzas estadounidenses que las tropas aliadas transportadas por aire acudieran hasta Roma, para evitar que la Wehrmacht ocupara la ciudad. Sin embargo, el general estadounidense Dwight D. Eisenhower, que dirigía a los Aliados, aún no confiaba en los italianos. No quería revelarles la fecha en la que desembarcarían sus hombres. El 8 de septiembre, a las 18.30 horas, anunció oficialmente por radio que Italia había acordado un armisticio con las fuerzas aliadas. El mando alemán se quedó entonces de piedra. Tanto como los propios italianos. A las 19.45 horas, también por radio, el mariscal Badoglio habló a su pueblo y le explicó su capitulación incondicional. En las primeras horas de la mañana del 9 de septiembre, miles de soldados británicos y estadounidenses desembarcaron en el golfo de Salerno. Entonces comenzó la lucha por la Italia continental. Roma aún quedaba lejos para las tropas atacantes, pero no tanto para la Wehrmacht, que permaneció en la periferia de una ciudad que hasta entonces habían considerado «abierta». En la mañana del 9 de septiembre, mientras los Aliados luchaban amargamente en el golfo de Salerno por hacerse con una cabecera de puente, la segunda división de paracaidistas y la tercera división de soldados de unidades blindadas entraron en Roma. En los alrededores de la capital se libraron escaramuzas aisladas contra las unidades italianas, que para el 10 de septiembre ya estaban vencidas o habían abandonado la batalla.

Tras la ruptura con los alemanes, Roma empezaba a ser demasiado peligrosa para el Gobierno de Badoglio. En las primeras horas de la mañana del 9 de septiembre, los miembros del Ejecutivo y el rey Víctor Manuel III huyeron en un largo convoy hacia Pescara. Desde aquella ciudad portuaria, situada en la costa del Adriático, a la misma altura que Roma, una fragata trasladó al Gobierno hasta el punto más externo del tacón de la bota italiana, del que los alemanes se habían retirado tras el abandono de Sicilia y que, sin embargo, aún no se encontraba ocupado por las tropas aliadas.

La liberación de Mussolini

En aquella caótica fase se preparó la liberación de Mussolini. Los italianos, haciendo gala de una gran habilidad, habían ocultado durante semanas el paradero de su prisionero a los alemanes. El capitán de las SS Otto Skorzeny llevaba días y días buscándolo, siguiendo las órdenes de Heinrich Himmler. Skorzeny era comandante del batallón de cazadores de las SS 502, una unidad especial que hasta junio de 1943 se había conocido como «Formación para Aplicaciones Especiales de las SS Friedenthal». Los trescientos hombres que componían aquella unidad se habían formado en el distrito Friedenthal, de la ciudad de Oranienburg. Himmler deseaba incrementar la importancia de la unidad y, al mismo tiempo, reforzar su propia posición dentro del aparato de poder del Tercer Reich, para conseguir estar siempre al servicio de Hitler. Así, encargó a Skorzeny que, con ayuda del servicio secreto del SD (el Servicio de Seguridad) y de las SS, localizase en Italia al dictador depuesto, al hombre al que Hitler consideraba un «amigo». Skorzeny se desplazó entonces a Italia y comenzó a seguir la pista de Mussolini. Hábilmente, aquel sabueso reunió y examinó todos los datos. Tras varios intentos fallidos, tuvo la certeza de que desde el 2 de septiembre Mussolini se encontraba oculto en el Gran Sasso. Para planificar la inminente operación de liberación, Hitler eligió al general de los «cazadores paracaidistas» Kurt Student, cuyas unidades aéreas se consideraban una tropa de élite capaz de superar cualquier dificultad.

Desde el 8 de septiembre, fecha en la que Italia se cayó del Eje, estaba claro que Hitler quería liberar a Mussolini a toda costa. Había que impedir que el Gobierno de Badoglio entregase a su antiguo compañero a los Aliados. Se aceleró al máximo el ritmo de los preparativos del cuerpo de paracaidistas y Skorzeny contribuyó en la parte que le tocaba. A bordo de un avión de reconocimiento Heinkel 111 voló sobre el macizo del Gran Sasso, en una operación que permitió tomar una serie de fotografías de las que se dedujo que los aviones de carga podrían aterrizar con sus paracaidistas en los claros de las pendientes que rodeaban el hotel Campo Imperatore. Ese era precisamente el plan. Al mismo tiempo, una columna

de automóviles que transportarían a otros paracaidistas partiría de Frascati, pasaría por L'Aquila y Assergi y llegaría hasta el pueblecito de Fonte Cerreto. Allí, a los pies del Gran Sasso, se encontraba la estación de base del funicular que llevaba al hotel. El convoy serviría para dar mayor seguridad desde aquella altura a la operación de aterrizaje en la montaña, así como para reforzar las tropas, en caso de necesidad. Ambas unidades —la del avión de carga y la de la tropa motorizada— contarían con abundantes armas y estarían preparadas para acceder al prisionero Mussolini empleando la máxima violencia.

> Resulta comprensible el dolor que sentía ante aquella injusticia histórica sin parangón, ante lo que se estaba haciendo a aquel hombre, ante el tratamiento humillante que él estaba viviendo, despreciado entonces como si se tratase de un delincuente común, pese a que durante más de veinte años no había hecho más que velar por su pueblo. Estaba y estoy feliz de poder referirme a este gran y fiel hombre como «mi amigo».
>
> *Hitler aludiendo a Mussolini, 10 de septiembre de 1943*

El 12 de septiembre de 1943, a las 13.00 horas, los doce aviones de carga DFS-230, en cada uno los cuales había espacio para nueve combatientes y un piloto, despegaron del aeropuerto Pratica di Mare, situado al sur de Roma. Tirando de ellos mediante sogas, los aviones remolcadores los elevaron en el aire y los pusieron en dirección a su objetivo. Pero los aviones de carga no transportaban únicamente paracaidistas. Por orden de Himmler y previa conformidad del general del cuerpo de paracaidistas Kurt Student, también los acompañaban Otto Skorzeny y dieciséis hombres de las fuerzas especiales de la antigua Formación para Aplicaciones Especiales de las SS Friedenthal. A la cabeza de aquella pequeña armada del aire volaba el remolcador que transportaba al alférez de paracaidistas Berlepsch. Su avión de carga era precisamente el que debía aterrizar en primer lugar en el Gran Sasso. A continuación, en otro carguero, viajaban Skorzeny, siete hombres de las SS y el general de la policía militar italiana Fernando Soleti, este último obligado por las SS, ya que su presencia serviría para confundir a los centinelas italianos y

convencerlos para que no dispararan. Además, en el plan se preveía que tras el aterrizaje de los paracaidistas en la montaña, y después de que estos hubiesen vencido la resistencia de los italianos, otros dos aviones Fieseler-Storch, capaces de aterrizar y despegar en pistas pequeñas, llegarían al Gran Sasso. En uno de ellos volaría Mussolini, una vez liberado, y en el otro, Skorzeny.

En su camino hacia el Gran Sasso, los aviones remolcadores de los cargueros tenían que sobrevolar una alta cadena de montañas. Por este motivo, y por razones de seguridad, el remolcador de cabeza describió una curva de 360 grados, para elevarse primero y recuperar más adelante el curso que estaba siguiendo. Los otros remolcadores, sin embargo, no siguieron la maniobra. De este modo, el alférez Berlepsch y sus paracaidistas dejaron de ir a la cabeza del grupo y su lugar lo ocupó el remolcador número dos, en el que viajaban Otto Skorzeny y sus tropas de las SS. El hecho de que aquel oficial y sus hombres fuesen precisamente los primeros en aterrizar en el Gran Sasso, justo tras la fachada trasera del hotel, a las 14.05 horas, se debe, pues, a la casualidad. A cierta distancia del hotel, los aviones de carga se separaron de los remolcadores y se fueron acercando a su objetivo silenciosamente.

Es preciso ser conscientes de ello: solo han pasado cuatro días desde la firma del armisticio y los centinelas no tienen ni idea de por qué no pueden marcharse a casa, como los soldados italianos.
Está claro que los alemanes van a venir a recoger a Mussolini, pero no entienden por qué hay que luchar y morir por ello.

Marco Patricelli, historiador

Estos primeros minutos de la operación fueron decisivos. De acuerdo con los principios por los que se rigen las *special operations*, resultaba necesario provocar un efecto sorpresa en el enemigo y lograr de un modo repentino la «superioridad relativa» del atacante. Y, según parece, en el Gran Sasso se consiguió. Skorzeny, el general Soleti y siete hombres de las SS fueron los primeros en tocar suelo. Skorzeny aprovechó aquella

oportunidad. En apenas cuatro minutos lograron alcanzar la habitación de Mussolini y comunicarle la noticia de su liberación. En su versión de la historia, Skorzeny se jactó de que había apartado de un empujón a los centinelas italianos, aunque renunciando conscientemente al uso de armas para evitar que se abriese fuego. Además, había mantenido aposta al general Soleti a su lado para que indicase a los italianos que no debían disparar. Poco después, todos los centinelas se habían rendido y los paracaidistas, superiores, los habían desarmado. Skorzeny presentó la acción como una operación audaz, en la que el éxito llegó rápido como un rayo, los italianos se quedaron estupefactos y no se disparó ni un solo tiro. Todo un triunfo de su voluntad y de su precisa planificación militar.

Sin embargo, aquello no fue exactamente así. No habría sido necesario ningún Skorzeny para liberar a Mussolini. Los paracaidistas habrían cumplido aquella misión por lo menos tan bien como quien posteriormente se acabó convirtiendo en el aclamado héroe del día. En realidad, los 73 centinelas italianos habían recibido previamente de sus propios oficiales la orden de no disparar. En el Gran Sasso, el oficial de policía de mayor rango, Giuseppe Gueli, era responsable del prisionero Mussolini. Y Gueli ya sabía aquel domingo 12 de septiembre de 1943 que los alemanes iban de camino para liberarlo. Se lo había comunicado por teléfono, a las doce del mediodía, el jefe de policía de L'Aquila. La columna de paracaidistas que avanzaba hacia Assergi era un claro indicio de que se estaba llevando a cabo una operación. El jefe de policía insistió en que había que emplear *massima prudenza* —esto es, la máxima prudencia— con respecto a Mussolini. Ya el 9 de septiembre el Ministerio del Interior italiano había transmitido a Gueli desde Roma por radio una orden con la misma expresión clave: *massima prudenza* fue la indicación que le dio en aquel momento Carmine Senise, jefe de Policía y Seguridad del Gobierno de Badoglio. Gueli lo interpretó a su manera: en caso de un intento de liberación, no se debía disparar a Mussolini ni mostrar resistencia alguna frente a los liberadores. Contaba con un ataque alemán para el 13 de septiembre, así que comunicó al oficial responsable en el Gran Sasso, el alférez Alberto Faiola, que era preciso «evitar el derramamiento de sangre».

Sergio Lepri había dado, ya en el año 1919, una explicación plausible para este cambio: aquel 9 de septiembre el Gobierno de Badoglio y el rey estaban a punto de abandonar Roma en dirección a Brindisi. En su huida, no sabían si los alemanes detendrían su columna ni si conseguirían llegar a su destino. Por su propia seguridad, Badoglio tenía interés en que a Mussolini no le ocurriese nada y en que no se impidiese su liberación. En este sentido, no hubo ningún acuerdo previo con los alemanes, pero sí una decisión pragmática en el seno del grupo de dirigentes italianos, que querían evitar una escalada del conflicto que, en aquella precaria situación, pudiese poner en peligro su propia huida.

> Con el primer funicular, que debíamos tomar también nosotros, llegó igualmente aquel informador PK. «PK» deriva de la palabra *Propagandakompanie** y para él se representaron un par de escenas, es decir, algunos compañeros tuvieron que subirse a un avión de carga y hacer más o menos como si estuvieran saltando de la aeronave tras el aterrizaje y cumpliendo las misiones que se les habían encomendado.
>
> *Hans Kohlrautz, paracaidista*

El 9 de septiembre los alemanes comenzaron a entrar violentamente en Roma. En todo el país se temía la venganza de la Wehrmacht —que era superior al Ejército italiano— si a Mussolini le ocurría algo. El comandante en jefe alemán para la Italia central y meridional, el mariscal de campo Albert Kesselring, no sabía nada del plan para la liberación de Mussolini. Sin embargo,* en aquellos caóticos días hizo un pragmático cálculo: observó como Badoglio y su Gobierno huían de Roma, pese a que la ciudad estaba rodeada de tropas alemanas. El 10 de septiembre, Badoglio y el rey llegaron a Brindisi, así que a Kesselring se le ocurrió desacreditar al Gobierno por su huida. Un factor importante en aquel momento era que, de facto, el Ejército italiano se había quedado sin mando, así que los ochocientos mil hombres de las «divisiones de Badoglio» que existían en Italia podían ser fácilmente desarmados por las tropas de Alemania. Por tanto, Kesselring dejó que se marchara Badoglio, quien, en su apurada situación, había renunciado al prisionero Mussolini. Badoglio, responsable

del uso de gas tóxico durante la guerra colonial contra Abisinia, y el propio rey, que durante mucho tiempo había brindado su apoyo a la política bélica de Mussolini, no estaban en modo alguno interesados en entregar al antiguo *Duce* a los Aliados. Tenían demasiado miedo de que saldase sus cuentas con ellos ante un tribunal enemigo.

Aquella atmósfera llevó a Gueli a retirar el 10 de septiembre dos pesadas ametralladoras del tejado del hotel. Cuando dos días más tarde los aviones de carga descendieron hasta el Campo Imperatore, los italianos se sorprendieron, sí, pero ya habían recibido la orden de no disparar en ninguna circunstancia. Si lo hubiesen querido, las ametralladoras del tejado habrían estado en condiciones de provocar un verdadero baño de sangre entre los alemanes, que eran más vulnerables en el momento del aterrizaje de las aeronaves. La operación, a plena luz del día y en una zona defendida, podía ser un suicidio y, desde luego, en tal situación era prácticamente imposible conseguir una «superioridad relativa». Es cierto que los paracaidistas y los hombres de las SS bajo la dirección de Skorzeny eran decididos y estaban dispuestos a la lucha, pero enfrente no encontraron a unos adversarios resueltos y hostiles. Cuatro días después de la capitulación de Italia, ocurrida el 8 de septiembre, los soldados italianos aún no se sentían del lado de los Aliados. Muchos de ellos dudaban en si debían ser leales a Badoglio. ¡Después de todo, había abandonado Roma! Los alemanes eran fuertes, unos días antes aún eran de los suyos. ¿Querían liberar a Mussolini? Si pretendían llevárselo, aquel hombre no merecía un derramamiento de sangre. En las imágenes que tomaron los fotógrafos de la propaganda de la Wehrmacht en el Gran Sasso se puede comprobar que en ningún momento se desarmó a los soldados italianos. Aparecen con sus metralletas junto con los liberadores alemanes, alrededor de Mussolini, sonriendo a cámara, dejándose retratar con orgullo para la posteridad. También se muestra a los italianos en la ladera, despidiéndose con señas en el momento en que Mussolini, a las 15.20 horas, desapareció entre las nubes sobre el Gran Sasso en el avión Fieseler Storch.

> Aquella fue la mayor humillación a la que me podían someter los alemanes: pensar que iría a Alemania para formar allí un gobierno con su apoyo. No, nunca lo haría.
>
> *Mussolini, principios de agosto de 1943*

En torno a aquel despegue han surgido múltiples leyendas. En realidad, Skorzeny se abrió paso como un tercer pasajero en aquel Fieseler Storch, que, no obstante, estaba diseñado solo para dos personas. Su decisión se ha criticado a menudo por su irresponsabilidad. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Skorzeny tenía órdenes de llevar a Mussolini en avión hasta el aeropuerto Pratica di Mare. En el valle había en aquel momento un segundo Fieseler Storch, que no pudo despegar por una avería en el tren de aterrizaje, así que no quedó más remedio que emprender el vuelo con un solo avión. Skorzeny lo exigió con firmeza, aunque no se encontró con la oposición del piloto, como se suele contar. También el comandante Harald Mors, el oficial de los paracaidistas que, como tal, lideraba oficialmente toda la Operación Roble y que había dirigido la columna motorizada en el camino hacia la estación de base del funicular, había dado su consentimiento. En una entrevista concedida tras la guerra, aseguró que Skorzeny había eludido su permiso como comandante. Previamente, el general Student le había informado de que Skorzeny actuaba cumpliendo órdenes de Himmler y de Hitler, y de que había que aceptarlo sin protestar.

> Más tarde he reflexionado a menudo sobre todo aquello: recogimos a Mussolini, lo liberamos, pero después sufrió aquel final. Es un episodio un tanto macabro.
>
> *Willy Schmidt, paracaidista en el Gran Sasso*

En un primer momento, Mussolini se sintió aliviado con su liberación. No en vano, había temido que Badoglio lo entregase a los Aliados. Pidió que lo dejasen en su finca de Predappio, en la región de Emilia-Romaña. El dictador, fracasado y rechazado, deseaba retirarse de la vida pública. Sin embargo, Hitler tenía otros planes para él. Hizo que el mismo 12 de

septiembre viajase desde Pratica di Mare hasta Viena en un avión Heinkel 111 junto con Skorzeny, y al día siguiente se le desplazó desde la Guarida del Lobo hasta Rastenburg. Mussolini empezó a pensar que su compañero alemán lo tenía en sus manos y que en lo sucesivo lo convertiría en un títere. Y así sucedió: en el norte de Italia, Mussolini fue nombrado líder de la República Social Italiana y quedó bajo la vigilancia del servicio secreto de Alemania en su residencia de Salò, a orillas del lago de Garda. Prácticamente era un prisionero de los alemanes, que utilizaron su liberación con fines propagandísticos: con aquella espectacular y exitosa acción pudieron demostrar al mundo que Hitler apoyaba a sus compañeros y exhibieron a Mussolini como un ilustre aliado. Una parte del Ejército italiano continuó luchando del lado de los alemanes, así que el país no se pasó completamente al bando de los Aliados. Para los italianos, sin embargo, las consecuencias prácticas de todo lo ocurrido fueron amargas. En las regiones del norte se siguieron librando combates hasta abril de 1945. En sus operaciones intimidatorias contra los partisanos, los alemanes cometieron numerosas masacres.

En 1945, los italianos culparon a su exdictador de la división de Italia, de la guerra civil y de otros actos de guerra y muestras de crueldad. Cuando los partisanos comunistas lo detuvieron en el lago de Como el 28 de abril de 1945, mientras huía hacia Suiza, lo fusilaron inmediatamente junto con su amante, Clara Petacci. Sus cadáveres fueron ultrajados por la muchedumbre en Milán. Para Mussolini, la liberación en el Gran Sasso no fue en modo alguno un éxito: la Operación Roble y su carrera como marioneta de Hitler acabaron convirtiéndose en una «misión letal».

El secuestro de Kreipe

Mientras que la Operación Roble, destinada a la liberación de Mussolini, se convirtió en toda una leyenda y pasó a la historia como una de las acciones de comando clásicas, muchas otras misiones ejecutadas tras las líneas del enemigo durante la segunda guerra mundial resultaron menos

espectaculares. Las operaciones planificadas por los Aliados solían llevarse a cabo en los países ocupados por los alemanes. El británico SOE (Special Operations Executive o Departamento de Operaciones Especiales) envió una y otra vez a agentes tras las líneas enemigas para realizar labores de espionaje o actos de sabotaje. El SOE se había creado en 1940, por iniciativa del nuevo primer ministro, Winston Churchill, con el objetivo de librar una guerra no convencional contra los alemanes. Sus métodos debían ser abiertamente *ungentlemanly*. Los agentes de aquella unidad se elegían de entre los oficiales británicos que dominaban lenguas extranjeras y que eran capaces de moverse con desenvoltura en círculos culturales ajenos, entre especialistas con amplios conocimientos técnicos y entre exiliados que se habían visto obligados a abandonar su patria ocupada por los alemanes y habían encontrado refugio en el Reino Unido. En aquella época —como ocurre también hoy en numerosas unidades especiales— se exigía a todos los candidatos unas determinadas características de personalidad: el autocontrol, los nervios de acero, la inteligencia, la creatividad, la flexibilidad y la sangre fría eran imprescindibles, además de la buena forma física, los conocimientos técnicos, el sentido del compañerismo y la capacidad para trabajar en equipo.

> El objetivo de la operación era infligir una grave humillación a los alemanes en Creta.
> En realidad, los alemanes llevaban dos años torturando y asesinando a los cretenses,
> y reduciendo sus pueblos a cenizas. En la isla reinaba una espantosa tiranía.
> Era preciso debilitar la moral de los alemanes y fortalecer la de los cretenses.
> Queríamos demostrarles que podíamos hacer algo.
>
> *Patrick Leigh Fermor*

A menudo quienes podían cumplir aquellas exigencias y ser reclutados por el SOE eran personalidades extraordinarias. Tal era el caso de Patrick Leigh Fermor, nacido en 1915, que, a principios de los años treinta, llevaba ya una vida de trotamundos y hablaba a la perfección el griego gracias a los años que había pasado en Grecia. Cuando estalló la guerra se presentó como candidato a oficial a las Irish Guards, un regimiento de escoltas de élite. Sin

embargo, muy pronto resultó seleccionado para el SOE y se convirtió en oficial de enlace en Albania, país atacado por los italianos en 1940. Cuando, en 1941, los alemanes iniciaron su ofensiva contra Grecia, el capitán Leigh Fermor estaba ya luchando en el bando británico. Tras la victoria de la Wehrmacht, vivió dos años en Creta, donde se hizo pasar por pastor, y sirvió de contacto entre el SOE y los partisanos de aquella isla ocupada. Posteriormente se trasladó a El Cairo, donde en 1944 se le encomendó una misión especial, en la que intervendría junto con un oficial de las Coldstream Guards —otro cuerpo de élite—: su compañero sería William Stanley Moss, nacido en 1921 en Japón, hijo de un matrimonio ruso-británico, quien, después de luchar en el norte de África, fue destinado a El Cairo en 1943 como capitán del SOE. En la primavera de 1944, Leigh Fermor y Moss iniciaron los preparativos para aterrizar en paracaídas en Creta: tenían que secuestrar al mando supremo de aquella isla ocupada, el general Friedrich-Wilhelm Müller, y llevarlo a El Cairo. En su lucha contra los partisanos en Creta, Müller se había labrado una fama de brutal opresor. Su secuestro serviría para desmoralizar a los alemanes, además de para demostrarles que sus enemigos podían golpearlos en cualquier lugar y que estaban dispuestos a perseguirlos allá donde se encontrasen. Por otra parte, se pretendía lanzar una señal a los cretenses para que comprendieran que los Aliados eran conscientes de su sufrimiento y que actuaban para paliarlo. Por último, también era preciso persuadir a los dirigentes alemanes, a través de una serie de espectaculares operaciones en el área del Mediterráneo, de que esta sería la zona en la que planeaban desembarcar en 1944. Con aquellas maniobras de distracción, los Aliados querían ocultar los preparativos de su invasión por el norte de Francia, con la que comenzaría, a principios del verano de 1944, la verdadera tormenta sobre la «fortaleza Europa».

Sin embargo, antes de todo aquello había que asestar un golpe a los alemanes en Creta. El 4 de febrero de 1944, el capitán Leigh Fermor saltó en un paracaídas sobre la meseta cretense de Katharo. La falta de visibilidad provocada por la nubosidad impidió que los otros miembros de su comando, el capitán Moss y dos agentes cretenses, saltaran con él. Aquellos

hombres no consiguieron llegar a su objetivo hasta dos meses más tarde, en la noche del 4 de abril, cuando lograron alcanzar la isla a bordo de un bote. Desde el primer momento, los británicos mantuvieron una estrecha relación con los combatientes y los partisanos griegos. En algunos pueblos y regiones eran bienvenidos, aunque también es cierto que tenían que evitar otras zonas porque suponían que en ellas existían elementos «traidores». Durante semanas se ocultaron en cuevas y recibieron alimentos de la población local.

Mientras tanto, una serie de especialistas británicos en escuchas descubrieron en El Cairo, a través de las comunicaciones por radio de los alemanes, que el general Müller abandonaría la isla a finales de marzo y que sería sustituido por el general de división Heinrich Kreipe. Como el plan era secuestrar a un general alemán en Creta, siguieron adelante. Disfrazados de pastores, Leigh Fermor y el agente cretense del SOE Mickey Akaumianos comenzaron a examinar la zona situada al sur de la ciudad de Heraclión. Allí, junto a las excavaciones de Cnosos y el palacio del rey Minos, se encontraba Villa Ariadna, el edificio en el que el general Kreipe había establecido su cuartel privado. Durante varios días Leigh Fermor observó los movimientos del interior y los alrededores de aquella finca tan bien vigilada. Concluyó que cada noche, entre el momento del crepúsculo y las 21 horas, Kreipe regresaba en su coche oficial a Villa Ariadna.

El 26 de abril de 1944 el general Heinrich Kreipe acudió a su partida de cartas de cada noche en el casino del cuartel alemán de Ano Archanes. Hacia las 21 horas emprendió el camino de vuelta a Villa Ariadna, en un coche conducido por el suboficial Alfred Fenske. El trayecto apenas duraba veinte minutos. En su camino atravesaban suaves colinas, campos y olivares. A mitad de la ruta, el conductor, como cada noche, se vio obligado a reducir la velocidad para tomar una estrecha curva y girar en la carretera principal en dirección a Cnosos. Los ocupantes de aquel coche modelo Opel Kapitän no sospechaban que Leigh Fermor y su comando los estaban esperando. En realidad, llevaban cuatro días acechándolos, aunque hasta aquel momento no habían podido atacar porque en las últimas jornadas

Kreipe había salido demasiado pronto de Ano Archanes, a una hora en la que todavía había luz.

Cuando, hacia las 21.30 horas, el general Kreipe sintió que su chófer frenaba antes de tomar la curva en forma de herradura, ocurrió algo inusual. Dos hombres vestidos con uniformes de la Gendarmería de Campaña alemana aparecieron en la orilla de la carretera e indicaron al conductor mediante señales de luces rojas que debía detenerse. ¿Un control de tráfico? Kreipe estaba extrañado. Su coche portaba su estandarte de general en jefe. ¿No se habían dado cuenta aquellos policías militares de ante quién se encontraban? «El coche se paró. Moss y yo nos acercamos cada uno a una puerta y sacamos nuestras pistolas. Abrí la puerta derecha e iluminé con mi lámpara el interior del vehículo. Vi al general. Era sencillo reconocerle por sus condecoraciones. Le pregunté en alemán por sus papeles. Mientras el general explicaba algo, Moss abrió la puerta del chófer, lo golpeó violentamente con su porra, lo tomó por los hombros, lo sacó y lo arrojó a los pies de los cretenses, que se mantenían a la espera. Ellos lo desarmaron y lo esposaron a toda velocidad y después se dirigieron con él hacia las montañas —escribió Leigh Fermor el 16 de mayo de 1944 en su informe oficial—. Mientras tanto, nosotros apresamos al general, lo esposamos y lo obligamos a que se sentara en la parte trasera del coche.» Tres partisanos cretenses se colocaron junto a él, amenazándolo con cuchillos. Leigh Fermor se colocó la gorra del general y tomó asiento en el lugar del copiloto, y Moss, que se haría pasar por chófer, arrancó el coche.

En todas las operaciones del SOE, el margen de actuación de sus oficiales y agentes era muy limitado si no contaban con la ayuda de la población local. Necesitaban a personas que los escondieran y que les procuraran alimento, que les sirvieran de guías, que les facilitasen avituallamiento y les ayudaran a tender emboscadas. La población griega de Creta desempeñó, pues, un papel esencial.

Roderick Bailey, historiador

Toda aquella operación apenas duró un minuto. Acto seguido los secuestradores huyeron con su víctima. Hasta entonces, el comando había

actuado de acuerdo con su plan y de un modo inteligente. En total, se les habían unido nueve cretenses de confianza. Algunos de ellos se encargaron de cubrir y proteger el lugar del ataque. Otros habían indicado con sus lámparas de bolsillo que el general se estaba acercando y que no había otros vehículos por la zona. Todas aquellas acciones se habían ensayado en varias ocasiones. Además, se conocían de antemano las características del vehículo en el que viajaba el general, lo que permitió identificarlo sin problemas en el momento del ataque. En la curva, los atacantes se beneficiaron durante varios minutos de su «relativa superioridad», que supieron aprovechar para dar el golpe. Y, por si fuera poco, la oscuridad les ayudó en el momento de la retirada. Desde luego, la idea de utilizar el coche del propio Kreipe para alejar a la víctima del lugar de los hechos fue temeraria: en su viaje, atravesaron la ciudad de Heraclión en dirección a Rétino y se encontraron con 22 puntos de control de los alemanes, como explicó Leigh Fermor en su informe. La mayoría de los centinelas se limitó a cuadrarse y saludar. Solo en un puesto se intentó detenerlos, pero Moss continuó avanzando, testarudo. Sin duda alguna, resultó de mucha ayuda que el coche luciese el estandarte del general.

> A toda la población de Creta: si no se libera al general en un plazo de tres días, se arrasarán todos los pueblos rebeldes del área de Heraclión y se tomarán estrictas medidas contra la población civil.
>
> *Octavilla alemana*

En las proximidades de Anogia, un pueblo de montaña, el coche, por fin, se detuvo. Se retiraron las esposas al general Kreipe, que dio su palabra de honor de que no huiría. «Tras el primer choque, pareció aceptar con fatalismo aquel *fait accompli*.* Le hice ver que había sido apresado con respeto por parte de los oficiales británicos y que en lo sucesivo se le trataría con el mismo respeto», escribió Leigh Fermor en su informe. Moss, el general y dos cretenses emprendieron su camino a través de las montañas. Leigh Fermor y un compañero de Creta trasladaron el coche

hasta la costa norte y lo dejaron allí, sin causarle daño alguno. En el vehículo depositaron un abrigo militar como prueba de la autoría de la acción y una carta: «Caballeros: Su general en jefe acaba de ser secuestrado por una unidad especial británica bajo mi mando. Cuando lean estas líneas, estaremos ya de camino a El Cairo. Queremos subrayar que esta operación se ha llevado a cabo sin la ayuda de los cretenses ni de los partisanos de Creta. Los únicos guías locales han sido soldados de su majestad el rey de Grecia. [...] Cualquier represalia contra la población local será injustificable e injusta. ¡Hasta pronto! Firmado: Leigh Fermor, comandante en jefe de la Unidad Especial, Moss, capitán de las Coldstream Guards. P. D.: Lamentamos profundamente tener que dejar atrás este coche». La carta mostraba que los británicos se sentían inquietos por la posible reacción de los alemanes. Creta era un lugar extraordinariamente importante desde el punto de vista estratégico. La Wehrmacht deseaba a toda costa mantener el control sobre la isla y para ello había establecido en ella dos divisiones. Por cada cinco cretenses había un soldado del Reich. En total eran 30.000 hombres. Buena parte de ellos se desplegaron en busca de su general. No dudaron en presionar a la población civil —cuando resultó necesario, empleando incluso la violencia— para obtener información. Lo cierto es que la operación aún no había concluido. Había que ocultar al prisionero y trasladarlo a pie hasta el sur de Creta, donde no había más que unas pocas carreteras, una costa rocosa y varias bahías aisladas. En una de ellas, un bote recogería al general Kreipe y a sus secuestradores.

> Se produjeron dos desafortunados incidentes: por una parte, mientras avanzábamos en la primera noche, el prisionero perdió su Cruz de Caballero —e hicimos todo lo posible para encontrarla—; por otra, [Kreipe] se cayó primero de una mula y después se precipitó por una ladera, lo que le provocó heridas en el hombro.
>
> *Informe de Leigh Fermor, 16 de mayo de 1944*

Creta es una gran isla, de más de doscientos cincuenta kilómetros de largo y cuarenta kilómetros de ancho. En su zona central se levanta el monte Ida, que el comando debía atravesar para llegar al sur. A finales de

abril las laderas aún se encontraban cubiertas de nieve. Para escapar de las tropas alemanas que los estaban buscando, los fugitivos eligieron tomar un paso que ascendía por el monte, en lugar de elegir otros caminos más seguros, pero también más conocidos. Leigh Fermor apuntó en sus notas con respeto que el general de cuarenta y nueve años soportó aquella fatiga sin quejarse y que superó todas las dificultades. Las aeronaves de reconocimiento Fieseler Storch de la aviación alemana daban vueltas permanentemente en busca de los británicos y llegaron incluso a lanzar octavillas para advertir a los cretenses de que no debían colaborar con los secuestradores, bajo pena de sufrir represalias.

En la travesía por la montaña, Leigh Fermor decidió avanzar de noche y esconderse durante el día en cuevas y cabañas de pastores vacías. En una de aquellas marchas nocturnas, el general se dislocó un pie. Después, cuando hacía una parte del camino montado en una mula, se cayó. Por último, en la oscuridad se precipitó desde el borde de una roca y se rompió un hombro. Sin embargo, siguió adelante. Una red de ayudantes griegos que conocían el terreno vigilaba la zona y examinaba si el camino estaba controlado por los alemanes. Cuando no era así, indicaban con señales de fuego que era posible continuar la marcha. «Siempre reconoceré algo a los cretenses: aunque cientos de ellos sabían dónde nos encontrábamos, guardaron fielmente el secreto. Nuestra marcha era una especie de procesión real en la que encontramos mucho entusiasmo. Siempre había alguien que nos deseaba suerte», explica Leigh Fermor en su informe. En esta operación especial, el principio de la *security* —esto es, de la confidencialidad— se mantuvo de un modo sorprendente.

> He de decir que, tras aquella brutal captura, en general el comportamiento fue correcto.
>
> *General Heinrich Kreipe*

En la huida era necesario hacer numerosas pausas para evitar caer en manos de las tropas que los buscaban. Con el fin de contactar por radio con

el cuartel general del SOE en El Cairo, Leigh Fermor abandonó el grupo el 10 de mayo. Se necesitaban hasta dos días de marcha para encontrar alguno de los aparatos de radio que el SOE había depositado en las casas de los miembros de la resistencia cretense. Por esta vía se acordó dónde y cuándo se recogería en la costa al grupo de Kreipe, que ya llevaba dieciocho días huyendo. Un comando que había tomado la delantera inspeccionó la playa de Rodakino. Tras él avanzaron los secuestradores con su víctima, exhausta. En la tarde del 14 de mayo llegaron a la bahía de Rodakino, donde, a las 23 horas, los recogió un bote de la Royal Navy, que partió después rumbo a Marsa Matruh, en Egipto. «El general se mostró en todo momento muy amable y cooperador. En la travesía de la montaña y en la dura vida en plena naturaleza hizo gala de una gran fortaleza. En ningún momento intentó escapar —así alababa Leigh Fermor al general Kreipe—. Le facilitábamos ropa caliente, comida, bebida y un lugar en el que dormir, siempre que las circunstancias lo permitían. Nosotros y nuestra gente lo tratamos con el debido respeto. Creo que el general se dio cuenta de ello y se mostró agradecido.» Una noche en la que contemplaba el monte Ida —el lugar en el que, según el mito griego, había nacido Zeus—, Kreipe recitó una oda de Horacio, como relató más tarde Leigh Fermor. Él mismo, que había recibido una formación humanista, continuó después el poema en latín hasta el final.

¿Fue entonces aquella operación simplemente una aventura en la que se embarcaron caballeros enemigos? ¿Era el SOE un lugar de recreo para aventureros —a menudo de origen noble— que se tomaban la guerra con deportividad y actuaban como verdaderos *gentlemen*? No del todo: entre las páginas oscuras del secuestro se encuentra la historia del chófer del general, el suboficial Alfred Fenske, un hombre de treinta años que no logró sobrevivir a aquella aventura. En el momento del secuestro se le golpeó con tanta fuerza que no pudo resistir el ritmo al que avanzaban los partisanos griegos y tuvo que pasar a otro grupo. Cuando empezó a serles una molestia, los cretenses lo apuñalaron y enterraron su cadáver de forma tosca en medio del campo. Así pues, esta operación también acabó resultando una misión letal, aunque solo fuera para aquel sencillo soldado por el que los

secuestradores habían perdido el interés. Y también tuvo un final mortal para 176 cretenses cuyos pueblos, atacados por los alemanes, sufrieron las represalias.

Para el general Heinrich Kreipe, la aventura no tuvo consecuencias graves. Desde Marsa Matruh voló hasta El Cairo. Los periódicos británicos publicaron las fotografías de aquel militar alemán que había tomado un avión británico en el aeropuerto de la ciudad egipcia e informaron de su secuestro con fines propagandísticos. Todos ellos consideraron que la operación había sido un éxito. Sin embargo, los oficiales del Reino Unido que se encargaron de interrogar a Kreipe perdieron pronto el interés en él. No podían culparle de nada de lo sucedido en Creta. El general no desveló ningún secreto militar, así que los especialistas que le tomaron declaración llegaron a la conclusión de que su prisionero no tenía mayor valor. En junio de 1944, Kreipe fue destinado por unos meses a un campamento de generales apresados, situado en Trent Park (Londres). En aquel lugar el servicio secreto británico había colocado micrófonos para espiar a todos sus prisioneros. Sin embargo, tampoco en el círculo de sus compañeros oficiales Kreipe reveló nada interesante. Al final, la presa que Leigh-Fermor y Moss habían traído con éxito a casa resultó ser menos valiosa de lo que se esperaba.

Operación Antropoide

> Ya saben que, pese a mi paciencia, no vacilaré en golpear con una fuerza inaudita en caso de que presienta e intuya que se sigue considerando débil al Reich y que las leales concesiones que he hecho se contemplan como signos de debilidad.
>
> *Reinhard Heydrich ante los periodistas en Praga en el día del atentado, el 26 de mayo de 1942*

Además del secuestro de Kreipe, el SOE realizó otras acciones durante la segunda guerra mundial en las que dio muestras de su audacia. No en vano, más allá de sus grandes golpes, llevó a cabo una verdadera guerra en la

sombra con operaciones que, aun cuando no influyeran decisivamente en los resultados de la contienda, exigían enormes dosis de valor a sus agentes y, en ocasiones, se cobraban víctimas. En muchos casos, aquellas extraordinarias acciones pretendían lograr éxitos propagandísticos. El secuestro del general alemán Kreipe es una de las misiones menos conocidas en Alemania, pero hubo otras operaciones del SOE que llamaron más la atención en el país. Ese fue el caso de la Operación Antropoide, por ejemplo. En octubre de 1941, el SOE quería dar un golpe en el corazón de la Europa ocupada. Sus miembros pensaron entonces en Checoslovaquia, que se encontraba bajo el dominio de los alemanes, y eligieron como objetivo a uno de los principales representantes del nacionalsocialismo: el general de las SS Reinhard Heydrich, que gobernaba Praga en nombre de Hitler. A sus treinta y ocho años, Heydrich había llegado ya muy lejos. Había comenzado como todopoderoso jefe de la Policía de Seguridad (la Sicherheitspolizei o Sipo), del Servicio de Seguridad (el Sicherheitsdienst o SD) y de la Policía Secreta del Estado (la Geheime Staatspolizei o Gestapo), para pasar más tarde a dirigir la Oficina Central de Seguridad del Reich (la Reichssicherheitshauptamt o RSHA). Fue el responsable de la «Solución Final al problema judío»; el «hombre con el corazón de hierro», como Hitler, lleno de admiración, lo llamaba. Como representante del Reich en el Protectorado de Bohemia y Moravia desde septiembre de 1941, cosechó igualmente importantes «éxitos». En su territorio reinaba esa calma propia de los cementerios. Aunque la resistencia frente a los alemanes no se había quebrado, lo cierto es que había quedado claramente debilitada. Heydrich estaba convencido de haber «pacificado» la Chequia conquistada —la armería del Reich—. Lo había hecho con la política del palo y la zanahoria, con consejos de guerra y fusilamientos, pero también con concesiones sociales. Desde luego, el principal objetivo se había alcanzado: la producción de armamento checa seguía suministrando material para la guerra de Hitler.

El apoyo al ataque contra Heydrich, la buena disposición para ocultar a los agentes y las repetidas muestras de aprobación del atentado son la consecuencia de seis meses

de terror, de los que es responsable Heydrich.

Acta del SOE, junio de 1942

Desde el primer día, el nombre de Heydrich fue sinónimo de terror en el Protectorado. Poco después de aceptar su cargo, ordenó que se escribiera en carteles de color rojo los nombres de los ajusticiados: más de cuatrocientos en las primeras semanas. El escritor Pavel Kohut, que, al igual que su padre, formó parte de la resistencia, comparaba las apariciones de Heydrich en Praga con una «actuación sobre un escenario, en la que se daba la bienvenida a bombo y platillo a aquella gran estrella sobre las tablas. Los carteles rojos con los nombres de los ajusticiados nos lo recordaban: aquel hombre era tal vez uno de los más peligrosos. Y aunque el título de “representante del Reich en el Protectorado” no sonara a gran cosa, se tenía la sensación de que, a través de él, Hitler extendía su brazo sobre Bohemia y Moravia». Como un ejecutor de la voluntad de sus superiores, Hitler y Himmler: así se veía también a sí mismo el propio Heydrich. «Lo principal es que reine la calma, porque necesitamos esta calma y esta tranquilidad para hacernos definitivamente con el territorio», explicó a sus colaboradores cuando llegó a Praga. La línea básica era que «este espacio debe hacerse alemán de una vez por todas y que, en último término, aquí a los checos no se les ha perdido nada». Precisamente en la entrada del 15 de febrero de 1942 de su diario, Joseph Goebbels anotó, fascinado: «Heydrich actúa con éxito. Juega con los checos al ratón y al gato y ellos se tragan todo lo que él les presenta. [...] No se puede educar a los eslavos, subraya, como se educa a un pueblo germánico. Hay que quebrarlos o doblegarlos. En estos momentos está siguiendo la segunda vía y está obteniendo buenos resultados».

El SOE planificaba operaciones destinadas a asesinar a personajes de primera línea, lo cual no era del agrado de todos los círculos. Existen pruebas de que Charles Portal, por aquel entonces jefe de la aviación británica, temía que sucediera lo peor en caso de que sus agentes aviadores acudieran al terreno enemigo para cometer atentados mortales. Desplegar espías no representaba problema alguno para él, pero consideraba que la intervención de comandos letales era inadmisible.

Roderick Bailey, historiador

Mientras Heydrich gobernaba en Praga y disponía libremente de ella, el Gobierno checo, exiliado en Londres, iba perdiendo cada vez más los nervios. Sus miembros, bajo la presidencia de Edvard Beneš, no lograban ponerse de acuerdo sobre lo que debía hacerse contra Heydrich ni eran capaces de planificar una acción que resultase sensata y tuviese probabilidades de salir bien. Algunos habían exigido ya un año antes que se actuase inmediatamente y con rotundidad contra los ocupantes. Otros advertían de las represalias de los alemanes contra la población civil y de las durísimas sanciones que se impondrían en caso de que se atentara contra un hombre como Heydrich. Al final, se impusieron los más valientes, que querían lanzar una señal con la que demostrar al mundo entero que el pueblo checo no se daba por vencido. De hecho, entre los aliados británicos se había extendido el malestar, porque los checos parecían haberse doblegado al régimen de los ocupantes con demasiada docilidad —esa era la impresión que se tenía desde fuera— y la principal producción industrial del país funcionaba con demasiada eficacia dentro del sector de la economía bélica alemana. Un atentado contra un nacionalsocialista tan destacado como Heydrich infundiría a los checos —y, más aún, a todos los pueblos sometidos al yugo del Reich— un valor renovado y supondría un duro golpe psicológico para los nazis, que hasta el momento no habían hecho sino cosechar victorias.

Tras las derrotas de los años 1939 y 1940, muchos combatientes habían huido hasta las islas británicas desde sus países ocupados por los alemanes. Precisamente fueron dos exiliados de Checoslovaquia quienes recibieron el peligroso encargo de acabar con la vida de Reinhard Heydrich en Praga. Jozef Gabčík, de profesión mecánico y de veintinueve años de edad, procedía de Eslovaquia y había servido durante muchos años en el Ejército checoslovaco. Karel Svoboda, checo, también contaba con una larga experiencia como soldado. Ambos habían sido sargentos de la Primera

Brigada de Checoslovaquia, una unidad creada en el exilio en el Reino Unido, de cuyas filas salieron en 1941 varios soldados que formaron el Grupo Especial D, que llevaría a cabo la misión secreta en la patria ocupada y para ello colaboraría estrechamente con el SOE británico. En los campos de entrenamiento del SOE varios agentes checoslovacos —entre ellos, Gabčík y Svoboda— recibieron una formación especial de primer orden. Sin embargo, Svoboda se lesionó durante el entrenamiento y Jan Kubiš, un sargento de veintiocho años, se unió entonces a Gabčík. Todos los participantes —esto es, aquellos que dieron la orden desde el Gobierno en el exilio, sus anfitriones británicos, los responsables del SOE y los dos agentes— tenían claro el peligro que estaban asumiendo: la «Operación Antropoide», como se denominó en clave aquel atentado, entrañaba unos riesgos enormes. Como fecha del ataque se escogió el 28 de octubre de 1941, fecha en la que se conmemoraba el nacimiento de la República Checoslovaca. Sin embargo, tras vacilar durante varias semanas, fue el 28 de diciembre de 1941 cuando, hacia las diez de la noche, un avión Halifax levantó el vuelo desde el campo de aviación de Tangmere, en el Reino Unido, llevando en su interior a una docena de agentes checoslovacos del SOE. A bordo iban Gabčík y Kubiš, así como dos contenedores especiales que se podrían lanzar desde el aire. En el interior de aquellos contenedores se escondía un arsenal de armas para los agentes: un subfusil Sten con una munición de cien balas, dos pistolas con cien balas, seis granadas rellenas de casi quince kilos de material plástico explosivo, unos cinco kilos de gelignita, dos granadas de mano, un pequeño mortero provisto de una granada, varios detonadores eléctricos y de retardo y una jeringa preparada para aplicar inyecciones mortales. Todo aquello figuraba en la lista de material que había elaborado el SOE. Tal equipamiento permitiría a los agentes elegir por sí mismos el tipo de ataque que cometerían, así como el lugar y el momento en que lo ejecutarían. Al inicio de su estancia, los hombres tuvieron que llevar a cabo un trabajo de inteligencia para reconocer el terreno y las costumbres de Heydrich y adaptar a ellos sus operaciones. Aquel principio de una «táctica para el encargo» parecía a

todas luces razonable en el caso de una «misión especial» como aquella: el encargo estaba claro, pero eran los agentes quienes decidirían cómo iban a llevarlo a cabo.

> El lugar y el momento de esta operación se decidirán sobre el terreno. Los dos agentes participantes han recibido formación sobre todos los tipos de ataques que conocemos. Se han propuesto llevar a cabo la operación aun cuando no tengan después ninguna posibilidad de huir.
>
> *Informe del plan del SOE, 22 de enero de 1942*

El 29 de diciembre de 1941, a las 2.24 horas, una docena de paracaidistas, divididos en tres grupos, cada uno de ellos con su propio cometido, saltó sobre territorio checo. Kubiš, Gabčík y otros cinco soldados checoslovacos exiliados constituyeron el grupo Antropoide, cuyo cometido era atentar contra Heydrich. No aterrizaron en Pilsen, como habían planeado, sino al este de Praga. Otro grupo transportaba consigo medios tecnológicos para la comunicación por radio, que entregarían a la resistencia checa. Un tercer equipo SOE, llamado «Silver A» y formado por tres hombres, entre ellos el alférez Josef Valčík, debía tomar contacto con dicha resistencia y ayudarla a comunicarse con el Gobierno exiliado en Londres a través de los aparatos de radio transportados, además de mantener la conexión con la cúpula del SOE.

En la noche en la que los agentes llegaron al Protectorado, la niebla dificultaba el trabajo a los pilotos. El avión tuvo que sobrevolar un paisaje cubierto por la nieve. Se temía que el estruendo de los motores revelase su presencia. Sin embargo, Kubiš y Gabčík tuvieron suerte. Las primeras personas con las que se encontraron una vez que volvieron a pisar el suelo de su patria no fueron funcionarios de la Gestapo, sino un guardabosques y un molinero que simpatizaban con el Gobierno en el exilio de Edvard Beneš y que decidieron auxiliar a los agentes y esconder sus armas y su equipamiento. Kubiš y Gabčík pusieron entonces rumbo a Praga y contactaron con los miembros de la resistencia. Su primera idea de matar a

Heydrich lanzando una bomba contra uno de los trenes en los que solía viajar hacia Berlín quedó descartada. Tenían que encontrar otro método para eliminar al dirigente nazi.

Los dos agentes del SOE pasaron cinco meses ocultos, recabando información. Durante semanas reunieron datos sobre los hábitos de Heydrich y analizaron lugares y opciones para perpetrar su atentado. Buscando el lugar idóneo para aquella acción, Kubiš y Gabčík recorrieron en bicicleta las rutas por las que cada mañana se desplazaba su objetivo. En el camino de vuelta hacia Praga se toparon, en la periferia norte, con el punto perfecto. En la calle Klein-Holschewitzer, todas las mañanas, en su trayecto desde la localidad de Jungfern Breschan (conocida en la lengua local como Panenské Břežany) hacia la capital bohemia, el chófer de Heydrich se veía obligado a reducir la velocidad en una curva pronunciada y con una fuerte pendiente. Antes de que volviera a acelerar, los agentes podrían atacar. Kubiš dispararía con su subfusil manual Sten a Heydrich, que solía ir desprotegido en su coche descubierto. Gabčík, por su parte, tendría preparadas en el lugar del atentado otras armas y granadas. Mientras aquellos dos agentes realizaban sus labores de recopilación de información, en marzo de 1942 aterrizaron en el Protectorado otros tres compañeros del SOE, de origen checo, encargados de transportar aparatos de radio para proporcionar orientación a los aviones mediante señales de radiofaro en las futuras intervenciones de los paracaidistas. Entre aquellos soldados checos se encontraba un sargento llamado Karel Čurda. La suerte no acompañó a su misión: alguien localizó el escondite en el que guardaban el material que habían traído y el grupo se vio obligado a ocultarse. Karel Čurda se dirigió a Praga y se refugió en casa de su madre. Su huida tendría enormes consecuencias...

27 de mayo de 1942: en el barrio periférico praguense de Libeň, los encargados del atentado esperan impacientemente a que llegue el coche de Heydrich. Gabčík esconde su subfusil corto bajo un extenso abrigo de tipo guardapolvo. En una cartera, Kubiš guarda dos granadas británicas «n.º 73», rellenas con material plástico explosivo y provistas de espoletas de

percusión, así como dos granadas de mano Mills. Los dos agentes llevan consigo pistolas de nueve milímetros. Heydrich debería haber pasado por la curva hacia las nueve y media horas. Sin embargo, son ya las diez y el Mercedes oficial de color verde oscuro y matrícula SS-3 se hace esperar. ¿Qué ha ocurrido? Los agentes no podían imaginarse que ese día Heydrich simplemente había estado más tiempo del habitual despidiéndose de su familia. Media hora más tarde, a las 10.29 horas, el lugarteniente Josef Valčík, que se encuentra situado a doscientos metros ladera arriba para avisar en el momento oportuno, lanza, mediante un juego de espejos, la señal largamente esperada: Heydrich se acerca. Ahora cada segundo cuenta. El coche toma la curva. Gabčík se abre el abrigo que oculta el arma y aprieta el gatillo. Según lo planeado, tiene que vaciar el cargador sobre Heydrich, disparándole 32 balas de un calibre de nueve milímetros. Sin embargo, no ocurre nada. El subfusil se ha bloqueado. El chófer, Klein, frena. Heydrich salta del automóvil y saca su pistola. En ese instante, Jan Kubiš lanza la granada rellena con material plástico altamente explosivo. Solo acierta a alcanzar la rueda trasera derecha del coche. Sin embargo, la explosión es tan violenta que varios fragmentos del proyectil penetran en el habitáculo del vehículo, atraviesan el asiento trasero y alcanzan a Heydrich en la espalda.

Gravemente herido, el dirigente nazi es conducido al hospital Bulovka, situado a apenas doscientos cincuenta metros del lugar de los hechos. Rápidamente comienza la intervención quirúrgica. El mismo día, Walter Dick envía un teletipo a Himmler para informarle del estado de Heydrich: «Desgarro a la izquierda de las vértebras lumbares, sin lesión en la médula espinal. El proyectil, fabricado con hojalata, ha destrozado la undécima costilla, ha abierto la cavidad torácica, ha atravesado el diafragma y se ha alojado en el bazo. El canal de la herida contiene numerosos pelos y cerdas, probablemente empleados como material de relleno del explosivo. Peligro: empiema pleural, peritonitis. En la operación se ha extirpado el bazo». Los médicos de cabecera de Hitler y Himmler se reúnen en Berlín. Heydrich lucha durante una semana contra sus graves lesiones. El 4 de junio de 1942

muere por la «infección de sus heridas», según consta en el registro del hospital. El hombre que se había convertido en el dueño de la vida y la muerte de cientos de miles de personas en Praga y que a lo largo de su vida luchó contra los «parásitos del pueblo»* acabó sus días precisamente por culpa de «bacterias o venenos [...] que penetraron en el cuerpo junto con los fragmentos del explosivo y que se alojaron, acumularon y multiplicaron fundamentalmente en la pleura, el diafragma y el entorno del bazo».

Desde los años setenta se vienen reavivando los rumores que aseguran que la granada que hirió a Heydrich se había mezclado con bacterias botulínicas procedentes de los laboratorios de armas químicas y biológicas que el Reino Unido había establecido en Porton Down. Sin embargo, no hay nada que pruebe esta teoría. Ni Heydrich presentó los síntomas de un envenenamiento botulínico ni era técnicamente posible provocarle botulismo, ya que Gabčík y Kubiš nunca habrían podido conservar durante cinco meses el veneno que producen las bacterias. Además, en la explosión de una granada se genera calor y, dado que el veneno es sensible a las altas temperaturas, este método parece ser poco adecuado para difundir toxinas botulímicas.

La venganza del régimen

El 9 de junio de 1942, en un pomposo funeral de Estado, el Reich de Hitler prestó juramento de lealtad a un nacionalsocialista que se había convertido en todo un ídolo. «Dedicaré tan solo unas palabras al fallecido —declaró Hitler en la capilla ardiente—: fue uno de los mejores nacionalsocialistas, uno de los defensores más firmes del pensamiento del Reich, uno de los mayores enemigos de todos los opositores a este Reich. Ha caído como un mártir para mantener y consolidar el Reich.» En el cuartel general del *Führer*, lo ocurrido en Praga provocó una profunda conmoción. El propio Hitler estaba fuera de sí. En una conversación telefónica urgente, ordenó ofrecer una recompensa de un millón de marcos del Reich a quien capturara a quien hubiese cometido el atentado. «Aquellos que ofrezcan ayuda de

cualquier tipo a los responsables de la acción o conozcan su paradero y no informen del mismo a la policía serán fusilados junto con sus familias al completo», especificaba la orden personal de Hitler, que añadía: «Como medida de represalia, se detendrá a diez mil checos que sean sospechosos o hayan cometido alguna falta política o, en caso de que ya se encuentren presos, se les fusilará en los campos de concentración».

> Fueron días de miedo y horror porque se rastreó toda la ciudad. Las SS, las fuerzas policiales y los militares recorrieron prácticamente todas las casas para comprobar si en ellas se encontraban personas extrañas. Se buscaba a los autores del atentado.
>
> *Pavel Kohut, escritor checo*

Se desató entonces una persecución a gran escala. En todo el Protectorado se declaró el estado de excepción y un toque de queda entre las nueve de la noche y las seis de la mañana. El tráfico ferroviario y todo el transporte público quedaron suspendidos. Se ordenó el cierre de cines, teatros, restaurantes y cafeterías. Las calles de las ciudades, vacías, presentaban un aspecto fantasmagórico. Solo se veía en ellas a militares armados y policías en puntos de control. Los agentes uniformados fueron de casa en casa, en busca de la proverbial aguja en el pajar. Pero durante veinte días no consiguieron encontrar nada. Finalmente, bajo la presión de la amenaza de represalias, Karel Čurda, aquel compañero del SOE que había aterrizado en Checoslovaquia en marzo de 1942 y que, tras el fracaso de su misión, se había refugiado en Praga, en casa de su madre, se presentó ante la Gestapo. El 16 de junio reveló a los alemanes el nombre de los autores del atentado y les facilitó los datos de todas sus personas de contacto y de los lugares en los que se habían escondido. Se cree que, a cambio, recibió un millón de marcos.

Según Čurda, los responsables del atentado se ocultaron en un primer momento en casa de varias familias checas que participaban de forma activa en la resistencia. La Gestapo empezó por asaltar la vivienda de la familia Moravec. La madre, Marie, se suicidó. Su hijo Vlastimil, detenido y

torturado durante todo un día, acabó revelando el lugar en el que se encontraban los agentes del SOE: se habían refugiado, por indicación de un sacerdote ortodoxo, en la iglesia de San Carlos Borromeo (hoy, iglesia de San Cirilo y San Metodio), en Praga. Los soldados de las SS rodearon entonces el templo en el que permanecían escondidos los autores del atentado y otros cinco agentes del SOE. Tras un tiroteo que duró varias horas, los militares encerrados en el templo decidieron suicidarse pegándose un tiro. Ciento veinte miembros de la resistencia que les habían proporcionado refugio o ayuda en las semanas anteriores murieron, la mayoría de ellos en el campo de concentración de Mauthausen.

Se presta la máxima atención al atentado contra Heydrich. La cacería que se ha instigado desde Londres es inaudita.
Las medidas que se están aplicando en el Protectorado por orden del *Führer* son muy duras. Pero es necesario actuar con esta dureza, porque de lo contrario corremos el riesgo de que los acontecimientos nos superen en un momento dado.

Joseph Goebbels, diario, 29 de mayo de 1942

Hitler ansiaba venganza. Los checos tenían que comprender que «si disparan a alguien, su situación cambiará inmediatamente para mucho peor». Pero no ahorró críticas al comportamiento de Heydrich: gestos heroicos como el de viajar en un coche abierto y no blindado o caminar por las calles de Praga sin protección eran una tontería que no beneficiaban en nada a la nación, según el *Führer*. El hecho de que un hombre tan insustituible como Heydrich se expusiera a un peligro en circunstancias en las que no resultaba imprescindible hacerlo no podía calificarse más que de necedad, cuando no de absoluta estupidez. Los hombres de la importancia política de Heydrich debían tener claro que se los acechaba como si se tratase de piezas de caza. La venganza del régimen fue cruel. Berlín quería dar ejemplo. En el Protectorado, los ocupantes ejecutaron a 1.331 checos, de los cuales 201 eran mujeres. Una pequeña localidad de la zona se haría tristemente célebre como símbolo de las represalias contra los inocentes: Lidice. Los alemanes pensaban que sus habitantes habían apoyado a los

autores del atentado, así que a primera hora de la mañana del 9 de junio de 1942 la Policía de Seguridad rodeó las casas y pidió a sus ocupantes que acudiesen a la escuela para prestar declaración. No les pasaría nada, se les prometió. En el camino a la escuela, los 172 hombres del pueblo fueron «apartados» y, a continuación, fusilados. Las 195 mujeres fueron apresadas por las SS y enviadas al campo de concentración de Ravensbrück. Prácticamente ninguna de ellas consiguió sobrevivir. Tras aquella masacre, el pueblo quedó borrado de la faz de la Tierra. Por otra parte, el 24 de junio, la localidad de Ležáky, situada en la región de Pardubice, se convirtió en el escenario de una «acción de represalia» porque los agentes del SOE habían depositado en ella sus equipos técnicos. En total se fusiló a 33 de sus habitantes y se envió a otros 14 a campos de concentración, donde fallecieron.

En vista de todo el sufrimiento que provocó entre la población checoslovaca, ¿se puede considerar que la Operación Antropoide fue un éxito? A principios de junio de 1942, la prensa británica informó de la muerte de Heydrich y atribuyó la autoría de su asesinato a un grupo de paracaidistas. En las semanas posteriores, la opinión pública del Reino Unido también tuvo conocimiento de las masacres y de la represión que infligieron los alemanes en el Protectorado. Si se analiza lo ocurrido de una forma fría y objetiva, se puede llegar a la conclusión de que la acción dio muchos frutos desde el punto de vista propagandístico y sirvió para demostrar que el largo brazo del servicio secreto británico llegaba al corazón de la Europa ocupada. Además, desenmascaró a los alemanes y reveló su barbarie asesina.

Para el Gobierno de Beneš en el exilio, la operación fue también un éxito político. El 5 de agosto de 1942, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, envió a su homólogo checoslovaco en el exilio, Jan Masaryk, una carta en la que le hacía saber que el Ejecutivo del Reino Unido dejaba de considerar en vigor el Pacto de Múnich de 1938, por el que británicos y franceses habían cedido ante Hitler en la pretensión de este de arrebatar los Sudetes a la República de Checoslovaquia. Unas semanas más tarde, también el Gobierno francés en el exilio, presidido por el general

Charles de Gaulle, declaraba «nulo y sin efectos» el Pacto de Múnich. Una vez liberada de sus ocupantes alemanes, la región de los Sudetes volvería a formar parte del Estado checoslovaco. Aquel fue un mensaje que Beneš escuchó con gran satisfacción. La Operación Antropoide había lanzado la señal que esperaba. Su pueblo había dado pruebas de que estaba dispuesto a asumir sacrificios para defender la causa de los Aliados. De hecho, en la República Checa se sigue considerando en la actualidad que el 27 de mayo de 1942 es «uno de los días más importantes de la historia reciente». En el prólogo a un documento relativo a la Operación Antropoide, el ministro de Defensa checo Jarsolav Tvrdík escribió en el año 2002: «El asesinato de Heydrich fue, sin duda alguna, el acto más destacado de la resistencia checa contra los ocupantes nazis. Ningún otro movimiento de resistencia en el resto de países ocupados en Europa logró alcanzar a un personaje jerárquicamente tan importante. Es fundamental subrayar la estrecha colaboración que existió entre los paracaidistas y el movimiento de resistencia local».

Y, sin embargo, en la tarde del 27 de mayo de 1942 Gabčík y Kubiš estaban convencidos de que su empresa había fracasado. Habían preparado el atentado durante meses, haciendo gala de un enorme valor y de un gran espíritu de sacrificio, y habían logrado pasar desapercibidos. Hasta entonces, habían actuado muy acertadamente. También habían sido hábiles a la hora de elegir el lugar en el que tender su emboscada. No obstante, cabe criticar el encasquillamiento del subfusil. Como agentes del SOE con la mejor formación, deberían haber sabido que aquella arma, Sten, tendía a bloquearse, sencillamente porque se producía en masa y a bajo coste. Sus piezas se fabricaban por separado en un sinfín de pequeños talleres británicos y después se ensamblaban en otras fábricas, así que los componentes no siempre encajaban a la perfección entre sí. Producir un subfusil Sten en aquella época costaba dos libras. En 1941, la única alternativa disponible para los británicos habría sido un subfusil estadounidense de tipo Tommy Gun, que, sin embargo, se vendía a doscientos dólares. Pero si el asesinato de Heydrich era tan importante para el SOE y el resto de implicados, ¿por qué se proporcionó a los agentes el

arma más barata y menos fiable? Además, los autores del atentado también deberían haber previsto que el subfusil podía encasquillarse si no ponían mucho cuidado a la hora de cargar el depósito. Actuar en aquella situación con tal arma parece, cuando menos, poco hábil. Por otra parte, la granada «n.º 73» que arrojó Kubiš ni siquiera alcanzó el coche. ¿En qué medida los autores del atentado estaban entrenados en el manejo de armas y tenían la suficiente sangre fría? El hecho de que, finalmente, Heydrich muriera se debió a una mera casualidad y dependió más del tipo de heridas provocadas que de la actuación certera de los agentes. Es cierto que tuvieron aquel decisivo momento de la «superioridad relativa» —además de un tiroteo— en el lugar de la acción, pero no lo aprovecharon suficientemente.

> Hoy en día sigue habiendo acaloradas discusiones sobre si aquello debería o no debería haber sucedido, sobre si el número de víctimas fue o no excesivo, sobre si aquel no fue más que un gesto vacío. Yo pienso que en la historia aparecen, de cuando en cuando, gestos que resultan vitales.
>
> *Pavel Kohut, escritor checo*

Sin embargo, sí que fueron hábiles a la hora de esconderse en Praga. Si se les descubrió fue sencillamente porque su compañero Karel Čurda los había traicionado. De todas formas, cabe preguntarse si el plan del SOE no era en realidad un acto de cinismo, habida cuenta de que se había asumido de antemano el sacrificio de los agentes. Kubiš y Gabčík no tenían ninguna posibilidad real de escapar del lugar de su misión, que se encontraba en pleno terreno enemigo, ni de regresar al Reino Unido. Lo único que podían hacer era tratar de pasar desapercibidos en la vida cotidiana de Praga. Su posición ante los alemanes, que no dudaron en presionar a la población para localizarlos, era extremadamente peligrosa. En este caso, el principio del mantenimiento del secreto resultaba decisivo, pero uno de sus compañeros, el traidor Karel Čurda, no lo respetó. No obstante, ¿cuánto tiempo habrían podido permanecer en la clandestinidad los autores del atentado aun cuando no hubiese existido ningún traidor? ¿Fue su misión un comando suicida,

pese a que no se hubiese definido explícitamente como tal? El valor de Gabčík y Kubiš es indiscutible. «Habían declarado que estaban dispuestos a cometer el ataque aun cuando no existiese para ellos ninguna posibilidad de huida», se reconoce en un documento del plan del SOE. Un espíritu de sacrificio como aquel fue, desde luego, de mucha ayuda a la hora de diseñar la Operación Antropoide. Sin embargo, desde la perspectiva actual, el hecho de que en los planes se contara con aquella disposición para el sacrificio parece insólito en el caso de una organización que exigía tanto en el ámbito profesional y que no escatimaba en nada a la hora de formar a sus agentes especiales.

Aplicaciones especiales

También en el bando alemán se formó a tropas especiales destinadas a ejecutar misiones de alto riesgo tras las líneas enemigas. Mucho antes de que se creara la Formación para Aplicaciones Especiales Oranienburg (más tarde, Formación para Aplicaciones Especiales Friedenthal), la Wehrmacht disponía ya de una tropa especial: en octubre de 1939 nació la Compañía de Instrucción de Aplicaciones Especiales, que dependía directamente de la Oficina de Asuntos Exteriores/Defensa del almirante Canaris. Como aquella tropa se encontraba en la ciudad de Brandemburgo, en 1940 se dio a la unidad —que entretanto ya se había ampliado considerablemente— el nombre de «Regimiento de Instrucción de Brandemburgo para Aplicaciones Especiales 800». Los «brandemburgueses», como se conocía a sus efectivos, estaban destinados a formar una tropa de comandos. Se trataba de soldados que destacaban por su conocimiento de idiomas, que se debía bien a que habían vivido en el extranjero, bien a que, en calidad de *volksdeutsche*,* estaban familiarizados con las lenguas y las culturas de la Europa del Este, o bien a que eran hijos de parejas de diferentes nacionalidades. Estos soldados tenían que ser capaces de moverse en ambientes culturales ajenos sin llamar la atención. El procedimiento de selección se basaba en largas entrevistas personales. Como en cualquier otra

unidad especial, no solo se buscaba a combatientes únicos y a soldados con capacidades extraordinarias, sino también a personalidades especiales. A menudo los candidatos llegaban por recomendación de otros candidatos que habían sido aceptados previamente en la tropa. El reclutamiento era voluntario. Además, al principio de cada misión se tenía la precaución de comprobar que todos los participantes estaban allí porque así lo deseaban, y no porque se sintiesen obligados.

El 10 de mayo de 1940, las tropas de los brandemburgueses tendieron varios puentes importantes sobre el Mosa durante el ataque a los Países Bajos y Bélgica e impidieron que los enemigos volasen aquellas vías sobre el río. En los años posteriores se los utilizó sobre todo en unidades más pequeñas, como «bomberos» en sectores amenazados del frente. Más adelante, estos soldados se concentraron en la lucha contra los partisanos. Es indiscutible que el potencial de esta tropa se aprovechó de un modo muy deficiente. Desde abril de 1943, la unidad adoptó el nombre de «División Brandemburgo» y se separó del área de la Oficina de Asuntos Exteriores/Defensa. En el otoño de 1944, se reclasificó como división de soldados de unidades blindadas y acabó disolviéndose en posteriores acciones de combate. Su pérdida de importancia se debió en parte a la desconfianza que se empezó a sentir con respecto a la Oficina de Asuntos Exteriores/Defensa a medida que la guerra se iba alargando, desconfianza que se acrecentó tras el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. Las SS estaban cada vez más en primer plano. Nadie tenía dudas de su lealtad y, además, aquel «ejército del partido» a las órdenes de Himmler acumulaba cada vez más competencias que subrayaban su relevancia. La creación de su propia tropa de comando, la de «los de Friedenthal», fue consecuencia de este desarrollo.

El asesinato de las SS en Aquisgrán

Las SS estaban y siguieron estando entregadas por completo a la causa del régimen nacionalsocialista. Y lo demostraron con toda claridad cuando la

guerra entró en su última fase. En el otoño de 1944 las tropas aliadas habían alcanzado las fronteras del Reich. El 21 de octubre, Aquisgrán se convirtió en la primera gran ciudad alemana que fue ocupada por el Ejército estadounidense. Los líderes nazis observaron muy de cerca cómo se comportaban sus compatriotas en las zonas conquistadas. Cualquier «colaboración» con el enemigo constituía, a sus ojos, una verdadera traición y debía ser impedida, aun cuando fuera mediante la violencia. En calidad de vengadoras del régimen, las SS estaban al acecho para cargar contra cualquiera que se pasase al otro bando. En un primer momento solo actuaron desde la prensa: a principios de octubre, el periódico de las SS, *Das schwarze Korps*, aseguraba que «aunque un pueblo no solo está formado por atletas de carácter, cabe preguntarse si se debe tolerar a los canallas y los cobardes. [...] Ningún empleado público obedecerá órdenes enemigas sin tener la seguridad de que pronto se le encontrará, frío y rígido, ante su escritorio». Eso era precisamente lo que temían los estadounidenses. «Aun cuando los rumores sobre una organización nazi clandestina o de maquis puedan ser algo exagerados, lo cierto es que resulta probable que los soldados nacionalsocialistas que trabajan por la liberación estén recorriendo toda Alemania, preparados para asesinar a cualquier persona, militar o civil, que intente colaborar con nosotros. En la Alemania de 1918, como recordarán, fueron muchos los prominentes alemanes —entre ellos Erzberger y Rathenau— que acabaron asesinados», advertía en su valoración de 1944 el servicio secreto estadounidense en el extranjero, la OSS.

Entretanto, los estadounidenses se enfrentaban en Aquisgrán a la tarea de administrar una ciudad alemana devastada, en la que aún había miles de civiles a los que atender. Lo que ocurriera en aquel lugar se convertiría en toda una señal, tanto para los estadounidenses como para los alemanes. Allí se podría mostrar cuál iba a ser el orden que imperaría durante la posguerra en la Alemania que todavía quedaba por ocupar. Se prepararon numerosos planes para que el Ejército de Estados Unidos se presentara como fuerza de ocupación. Sin embargo, las tropas sabían que sería imposible aplicar un orden eficaz si no se contaba con la colaboración de los alemanes. «El

principal problema hasta ese momento había sido convencer a la gente para que asumiera una responsabilidad. Todos tenían miedo de las represalias», reconoció a finales de 1944 el director representante del Departamento de Guerra Psicológica estadounidense.

Una figura crucial en la búsqueda de alemanes que colaboraran en la reconstrucción de la administración municipal fue el obispo de Aquisgrán, Joseph van der Velden. Aquel hombre de iglesia, que siempre había mantenido una cierta distancia con respecto al régimen nacionalsocialista, recomendó discretamente a los estadounidenses que se dirigieran a un ciudadano llamado Franz Oppenhoff. Casado, padre de tres hijas y procedente de una prestigiosa familia católica de funcionarios, Oppenhoff tenía en aquel momento cuarenta y dos años. Era jurista y había trabajado en Aquisgrán como abogado. Se había encargado de defender a sacerdotes a los que el Tercer Reich había llevado ante los tribunales. Además, había trabado una amistad con el obispo de la ciudad. Oppenhoff vaciló cuando Joseph van der Velden se presentó en su casa acompañado por un general estadounidense para pedirle que colaborara con los ocupantes. No ignoraba las amenazas del régimen nazi contra los supuestos «traidores» de las zonas ocupadas. Sin embargo, acabó accediendo y empezó a buscar otros colaboradores que lo ayudasen en su empeño por hacer que Aquisgrán renaciera.

> No hay nada más que administrar, es preciso volver a hacer todo desde cero. [...] Pensemos en todas esas veces en las que hemos hablado de lo mucho que nos gustaría empezar desde el principio y renunciar a todas las cosas amadas e incluso necesarias con tal de sobrevivir a la guerra.
> Pues bien, ¡ha llegado el momento de hacerlo!
>
> *Franz Oppenhoff, noviembre de 1944*

31 de octubre de 1944: diez días después de la toma de la ciudad por parte de los estadounidenses, Franz Oppenhoff asume su difícil cargo. Se convierte en el primer alcalde de una localidad alemana que ya no se encuentra bajo el control nacionalsocialista. Aquello era muy valioso desde

el punto de vista propagandístico: «El alcalde de Aquisgrán se convierte en enemigo de los nazis», fue el titular del 1 de noviembre del periódico británico *Daily Herald*, que añadía: «No hubo discursos ni entregas de bastones de mando. [...] El oficial responsable del Gobierno militar, el teniente coronel Carmichael, dio lectura de la fórmula de juramento que prevé el manual de gobiernos militares en Alemania. El nuevo alcalde asintió mientras se le iba traduciendo el texto y, acto seguido, concluyó la ceremonia». En aquella información el nombre del nuevo alcalde se ocultó a conciencia.

También el régimen nazi siguió con atención las noticias de los Aliados. En el corazón del Reich, la situación aún estaba bajo control y en un primer momento solo se reaccionó desde la prensa. El periódico *Kölnische Zeitung* explicaba: «Tras una larga búsqueda, se ha localizado a un alcalde en la lista de traidores. El general Hodges, comandante en jefe del Primer Ejército de Estados Unidos, cuyo cuartel general se encuentra en Aquisgrán, ha prohibido nombrar a ese alcalde». En cierto modo, era verdad: no se llegó a revelar públicamente a la población de Aquisgrán quién era su nuevo alcalde, ante el enorme miedo que se sentía de la venganza de los nazis.

Atizar ese miedo y consolidarlo a través de hechos: ese fue desde entonces el deseo del dirigente de las SS, Heinrich Himmler, quien ordenó al jefe superior de las SS y de la Policía del Oeste, el general Karl Gutenberger, crear una organización clandestina en la Alemania occidental. Así nacieron los denominados «Werwölfe»,* cuyo cometido era realizar acciones terroristas en las zonas ocupadas por el enemigo. Solo en los distritos de Düsseldorf, Colonia-Aquisgrán y Essen se reclutó a trescientos candidatos potenciales. Parece que entre ellos abundaban habitantes de zonas montañosas que hasta entonces nunca habían trabajado como militares. No obstante, ello no les impidió incorporarse al cuerpo de combate de las Waffen-SS (las SS Armadas) y recibir una formación sobre el uso de materiales explosivos y armas en el castillo de Hülchrath, situado en la ciudad alemana de Grevenbroich.

Sin embargo, la estructura de aquel ejército de guerrillas aún era muy limitada. La prioridad de Himmler, en cualquier caso, era acabar rápidamente con el alcalde disidente de Aquisgrán. Pero en aquellos meses nada era rápido. Ni se contaba con suficiente información acerca de la ciudad ocupada ni la situación de la contienda permitía lanzar un ataque de forma inmediata. No en vano, a finales de diciembre de 1944 la batalla de las Ardenas reclamaba toda la atención de los líderes alemanes. Solo cuando a mediados de enero aquel episodio se resolvió en detrimento del Reich volvieron a centrarse en el tema «Aquisgrán». Y, aunque aún no se conocía el nombre de Oppenhoff, Himmler volvió a dirigirse por carta a Gutenberger: «El alcalde de Aquisgrán ha sido condenado a muerte. La Werwolf deberá encargarse de ejecutar la sentencia». Aquel «fallo» fue firmado personalmente por Himmler, lo que llevó al general de las SS a darlo por válido y a reunir a un comando de miembros experimentados para que planificasen y realizasen la acción ordenada, bajo el nombre en clave de «Carnaval». El subteniente de las SS Herbert Wenzel y el jefe de grupo de las SS Josef Leitgeb dirigieron el comando encargado de localizar y asesinar a Oppenhoff. Heinz Hennemann y Georg Heidorn, agentes de las SS y antiguos funcionarios de aduanas en la zona de Aquisgrán, los acompañarían como guías conocedores del terreno. Para recabar información en la ciudad seleccionaron a Ilse Hirsch, líder en la Liga de las Muchachas Alemanas, que tenía entonces veintitrés años de edad. Como mujer joven que era, podría moverse vestida de civil por la ciudad ocupada por los estadounidenses sin llamar la atención. Lo mismo ocurría con el líder de las Juventudes Hitlerianas de dieciséis años Eich Morgenschweiß, que acompañó al comando para encargarse del avituallamiento en el terreno de la misión.

De lo leído en la prensa enemiga se deduce que en determinadas localidades ocupadas por los británico-estadounidenses la población se comporta de forma indigna. En el día de hoy ordeno:

1. que cuando se vuelvan a conquistar dichas localidades se pidan cuentas inmediatamente a los culpables;

2. que nuestra organización actúe de forma didáctica tras el frente estadounidense ejecutando la condena a muerte de los traidores.

Carta de Himmler al general de las SS Gutenberger, 18 de octubre de 1944

El 19 de marzo de 1945, en un aeródromo próximo a Hildesheim, los seis miembros del comando subieron a bordo de un bombardero norteamericano de tipo B-17 que los nazis habían capturado previamente. El avión no llamaría la atención cuando sobrevolara el espacio aéreo situado al oeste del Rin, ya que esta zona estaba ya íntegramente bajo el control de los Aliados. En Gemmenich, en la frontera entre Alemania, Bélgica y los Países Bajos, los agentes saltaron en torno a las once de la noche y se ocultaron después durante una jornada entera en el bosque. Al día siguiente, un funcionario de aduanas holandés los descubrió en la confluencia entre las tres fronteras. Tras un tiroteo, el funcionario cayó muerto. El grupo continuó avanzando de noche hacia Aquisgrán, donde, de nuevo, sus miembros se ocultaron en el bosque. Al huir de los funcionarios de aduanas, la líder de la Liga de las Muchachas Alemanas, Ilse Hirsch, había quedado separada del grupo, pero consiguió llegar por su propio pie a la ciudad, en la que logró averiguar que el alcalde se llamaba Oppenhoff y vivía en el número 251 de la calle Eupener. Dos miembros del comando se toparon por casualidad con la joven cuando esta recorría la localidad con el fin de recabar información. En el atardecer del domingo 25 de marzo, los miembros de las SS Wenzel, Leitgeb y Hennemann se acercaron a la casa de Oppenhoff, una villa separada de las demás casas de la calle. En la puerta del edificio se encontraron con el alcalde, al que había ido a recoger un empleado de la casa. Se presentaron ante él como refugiados alemanes que necesitaban ayuda. Oppenhoff les aconsejó que se dirigieran a los estadounidenses. Sin embargo, les invitó a que antes recobraran fuerzas y pidió a su empleado que preparase unos bocadillos. Cuando el alcalde volvió a salir de su casa, Wenzel sacó de su bolsillo una pistola provista de silenciador. Vaciló por un instante y entonces Leitgeb le arrebató el arma y mató de un tiro en la sien a Franz Oppenhoff.

La huida de los autores de aquel asesinato fue caótica. Ya en la calle Eupener unos soldados estadounidenses, alertados por lo que estaba

sucediendo, les dispararon. Los tres hombres de las SS escaparon, pero se vieron obligados a separarse. El resto de miembros del comando los esperaba en un almacén situado a las afueras de Aquisgrán. Tenían que salir de la zona ocupada por los estadounidenses. Los alrededores de Aquisgrán habían quedado arrasados por los combates del año 1944 y estaban cuajados de minas. Una de ellas acabó en el acto con la vida del asesino de Oppenhoff, Josef Leitgeb. Ilse Hirsch y el miembro de las Juventudes Hitlerianas también se toparon más adelante con una mina, que los hirió de gravedad. Unos granjeros los encontraron y los trasladaron a un hospital, donde nadie sospechó quiénes eran en realidad aquellos jóvenes. Los miembros de las SS Heidom, Hennemann y Wenzel lograron abrirse paso hasta el Rin. A la altura de la ciudad de Dormagen atravesaron el río a nado, pero en la orilla derecha los apresaron los estadounidenses. De hecho, a aquellas alturas el Ejército norteamericano ya había pasado al otro lado del Rin y empezaba a avanzar hacia el interior del Reich.

Pese a todo, la propaganda alemana no dejó que le arrebataran la posibilidad de celebrar aquel ataque. El periódico *Deutsche Allgemeine Zeitung* escribió el 30 de marzo de 1945: «Esta sentencia, todo un símbolo de cambio para el pueblo alemán, tendrá efectos también en la zona ocupada y demostrará a los enemigos que esos canallas serán eliminados gracias a nuestra iniciativa». Aquellas estridentes palabras iban unidas a la información de que la organización Werwolf estaba detrás de la acción. Hoy en día aún se sigue aceptando esta hipótesis, si bien el historiador Volker Koop la niega en su estudio *Himmlers leztes Aufgebot* («Las últimas reservas de Himmler»): «El largo período de planificación y la cuidadosa selección de los miembros del comando de ejecución exclusivamente para esta tarea hacen pensar que no se trata de una “acción Werwolf”. Lo mismo ocurre con el extraordinario apoyo técnico [...] brindado por la aviación alemana». La conclusión del autor: «Se trató de un asesinato cometido por las SS cumpliendo órdenes del jefe de las SS, aunque posteriormente se la describiera, con fines propagandísticos, como una “acción Werwolf”».

Cuestiones morales

> Todo el pueblo alemán que lucha en el frente y trabaja incansablemente en la patria espera que se ejecute la sentencia contra los infames traidores, a los que al final se encontrará, donde quiera que se escondan.
>
> *Periódico* Völkischer Beobachter, *31 de marzo de 1945*

¿Cómo podríamos clasificar la Operación Carnaval dentro de las acciones especiales realizadas tras las líneas enemigas que hemos descrito en este capítulo? El salto en paracaídas de agentes bien formados, la obtención de información sobre el terreno, la espera del momento adecuado por parte del comando y la intervención decidida y a sangre fría son algunos de los elementos del modelo que seguían muchas de aquellas operaciones. Sin embargo, en el ejemplo de Aquisgrán surgen cuestiones de carácter moral que, en lo esencial, son las mismas que aparecen cada vez que se cometen acciones letales por órdenes del Estado: ¿puede tal Estado en su deriva acabar obligando a cometer semejantes asesinatos? ¿Puede ese Estado permitirse dictar una condena a muerte sin que se haya celebrado un proceso y asignar a sus agentes la ejecución de la sentencia? En el régimen nacionalsocialista muchos principios jurídicos del Estado de derecho quedaron sin efecto. El Tercer Reich era un Estado injusto, en el que una opinión disidente podía considerarse una acción merecedora de la muerte. Aquel delirio por el que se eliminaba a los distintos y a los disidentes apenas conoció límites. Si un Estado semejante envía a un comando letal para que asesine a un jurista que está trabajando para que las aguas de su ciudad vuelvan a su cauce, estaríamos ante una situación distinta a la de un ataque contra un asesino en masa como Reinhard Heydrich. Desde la perspectiva actual, los motivos y la ejecución del atentado contra aquel Heydrich sin escrúpulos parecen plausibles: una serie de soldados checoslovacos mataron por orden de su Gobierno en el exilio a un ocupante y enemigo de su pueblo. La muerte por disparos del pragmático Franz Oppenhoff, en cambio, tiene una naturaleza criminal. El Tribunal del Estado

Federado con sede en Aquisgrán constató, en 1949, que la actuación de Oppenhoff no había constituido una «traición al estado federado». La supuesta condena a muerte que Himmler ordenó ejecutar carecía, según los jueces, «de cualquier fundamento de hecho o de Derecho». Tampoco cabe contemplar la acción del comando como una «actuación militar», dado que, desde el punto de vista del Derecho internacional, no puede considerarse a Oppenhoff como un «enemigo», habida cuenta de que, siempre según los jueces, no «se había sumado al poder armado de los adversarios». Lo único que hizo fue atender a sus conciudadanos, aun cuando ello favoreciera «indirectamente» los intereses de la potencia ocupadora.

> Sin que ellos intervinieran en el asunto, se les confió la misión. [...] Con una combinación consciente y hábil de órdenes y mentiras, se les hizo pensar que harían un servicio a su patria eliminando a alguien que había traicionado el país.
>
> *Escrito de acusación, Tribunal del Estado Federado en Aquisgrán, 1949*

El caso Oppenhoff fue llevado a los tribunales en 1949. El subteniente de las SS, Wenzel, uno de los participantes directos, escapó de los Aliados y se estableció después de la guerra en Sudamérica. Los demás miembros del comando, sin embargo, fueron procesados en Aquisgrán. Todos ellos alegaron que se habían limitado a cumplir órdenes. Gutenberger, que planificó en detalle la intervención, fue condenado por complicidad en asesinato y delito de lesa humanidad, aunque solo tuvo que cumplir una pena menor de prisión, de dos años y medio. Hennemann y Heidorn también fueron condenados a penas de prisión leves por complicidad en asesinato. La líder de la Liga de las Muchachas Alemanas quedó absuelta y el líder de las Juventudes Hitlerianas solo declaró como testigo.

Más allá de la clemencia con la que los tribunales alemanes trataron a los criminales nacionalsocialistas en los primeros años tras el conflicto bélico, este caso demuestra las dificultades que encuentran los juristas a la hora de juzgar la actuación de aquellos a los que su Estado envía a cometer una «misión letal». En la segunda guerra mundial y después de ella, las

naciones democráticas han ordenado a combatientes en la sombra que realicen arriesgadas operaciones. Algunas de ellas han perseguido el objetivo de eliminar, con una violencia mortal, a enemigos considerados peligrosos. Eso sí, al menos tales Estados democráticos son conscientes de que cuando se confían empresas a comandos de las fuerzas especiales en las que hay víctimas surgen cuestiones de carácter moral. Con todo, aún no se han abordado tales cuestiones con la seriedad y la consideración que el tema requiere. Es esta un área en la que todavía queda mucho trabajo por hacer.

La historia clínica de Hitler

> Aún no se ha resuelto la cuestión de la naturaleza de la enfermedad de Hitler.
>
> *Joachim Fest, biógrafo de Hitler*

«Nunca he estado enfermo. No hay nada que anotar al respecto». Con estas palabras, Adolf Hitler frustró los intentos del doctor Theodor Morell por conseguir un permiso, el 31 de marzo de 1945, para elaborar la historia clínica de su paciente. En realidad, en aquel momento la salud de Hitler ya se había resentido mucho. Los testigos de sus últimos días, como el comandante de los combates en Berlín, el general Helmuth Weidling, tenían la impresión de que el líder había llegado a su final. Sufría de temblores incontrolables en la pierna y el brazo izquierdos. Había perdido tanta fuerza en la mano derecha que apenas era capaz de firmar documentos. Tenía la espalda encorvada, el rostro sin ninguna expresión, como si se tratase de una máscara, y la voz —que antaño había fascinado a su pueblo— reducida a un susurro irregular. Pero ¿hasta qué punto era grave su estado?

La figura central en todo lo relacionado con la salud de Hitler es su médico de cabecera, el doctor Theodor Morell. Hasta poco antes del final del dictador en el búnker de la Cancillería del Reich, en Berlín, Morell pasó casi nueve años a su lado, siempre dispuesto a ayudar a su *Führer* con remedios de su farmacia. A Hitler le resultaba imposible concebir la vida sin su «doctorcito», a quien agradecía sus servicios colmándole de dinero y distinciones. No en vano, Hitler lo nombró profesor universitario y le concedió el honor de lucir la insignia de oro del partido y la Cruz de Caballero al Mérito en la Guerra. Si había alguien que sabía si Hitler estaba

enfermo y hasta qué punto era grave su enfermedad, ese era el doctor Theodor Morell.

Morell registró a diario minuciosamente los tratamientos que aplicaba a su «Paciente A», incluyendo importantes datos sobre las terapias proporcionadas. Escribía las dolencias que importunaban a Hitler, los remedios médicos a los que recurría y los medicamentos que le prescribía, pero también los pensamientos y estados de ánimo de su paciente, así como el contenido de las conversaciones que mantenía con él. En parte, lo hacía para protegerse. Sabía que si algo le llegaba a ocurrir a su cliente, él sería la primera persona sobre la que recaerían las sospechas. Por eso, organizó chequeos preventivos y tomó anotaciones de todas las medidas que aplicaba, para tener la posibilidad de examinarlas y de mostrarlas en cualquier momento. Los documentos médicos relativos a Hitler, sus radiografías y las cartas y diarios secretos de Morell se han conservado en el Archivo Alemán de Coblenza y en el Archivo Nacional de Washington. A partir de ellos, es posible reconstruir la historia clínica de Adolf Hitler y saber hasta qué punto estaba enfermo y si su salud tuvo efectos sobre su política.

EL PROFESOR MORELL: EL RASPUTÍN DE HITLER

> Calificar a Hitler de una bomba de relojería sería subestimar lo que ocurría. Fue Morell quien encendió su mecha y arrastró a todo el mundo en la explosión.
>
> *Nassir Ghaemi, psiquiatra estadounidense*

«Morell te está envenenando, no tomes sus medicamentos.» Pocos días antes del 30 de abril de 1945, fecha en la que se suicidaría junto a Adolf Hitler, Eva Braun intentaba liberar a su amante de la supuesta influencia negativa de su médico de cabecera. Aparentemente tuvo éxito en su empeño, porque, como el propio Morell confesó tras la guerra a un periodista estadounidense, su carrera terminó inmediatamente después. A

última hora de aquella tarde el médico volvió a ver a su paciente para suministrarle una inyección de cafeína, porque Hitler le parecía «agotado y derrotado». Apenas le hizo esta propuesta, el dictador dio un salto y le gritó: «¿Cree usted que estoy loco, quiere darme morfina?». Hitler siguió vociferando y llegó incluso a amenazar con fusilar al médico. Finalmente, le ordenó: «Váyase a casa, quítese el uniforme y compórtese como si nunca me hubiera visto. Vuelva a ser el médico de la avenida de Kurfürstendamm». Morell se desplomó a los pies de Hitler y lloró «como un niño pequeño». Dos días más tarde, aquel médico, que en otro tiempo había sido el más poderoso del Reich, abandonaba la ciudad sitiada de Berlín en uno de los últimos aviones con destino a Múnich.

> Calificar a Hitler de una bomba de relojería sería subestimar lo que ocurría. Fue Morell quien encendió su mecha y arrastró a todo el mundo en la explosión.
>
> *Nassir Ghaemi, psiquiatra estadounidense*

Después de 1945 han sido muchos los historiadores y autores de memorias que han dibujado una imagen nefasta del médico de cabecera de Hitler. Lo han mostrado como un charlatán y un matasanos que consiguió que su ingenuo paciente se volviera dependiente de él mediante un cóctel de supuestas medicinas que no eran más que una patraña y que, lenta pero inexorablemente, destrozaron su salud. Se basaban en parte en las declaraciones de testigos como el ayudante de Keitel y posterior general del Ejército alemán de posguerra Bernd Freytag von Loringhoven, que estaba convencido de que Morell había proporcionado «personalmente» a Hitler «excitantes», de los que el *Führer*, «con una salud ya debilitada, habría sido durante mucho tiempo dependiente». Por su parte, el coronel general Heinz Guderian rechazó al médico porque supuestamente había visto «lo que ese matasanos grasiento y repugnante le había hecho a Hitler». Otros testigos del entorno del dictador no apreciaban en absoluto al médico porque el contacto con él les resultaba desagradable. Así, Traudl Junge, secretaria de Hitler, explicaba que su aspecto daba sensación de descuido y que sus

modales en la mesa habían asqueado a muchos de los empleados del cuartel general del *Führer*, el lugar conocido como la «Guarida del Lobo». La amante de Hitler, Eva Braun, y el doctor Hanskarl von Hasselbach, uno de los médicos que acompañaban al dictador, se quejaban del desagradable olor corporal de Morell. Pero para Hitler aquello no suponía una gran molestia. De hecho, llegó a decir: «Morell no está aquí para oler, sino para mantenerme sano». Todos ellos alimentaron el mito de un Morell que urdía intrigas en secreto, que se ocupó permanentemente de Hitler como un verdadero «poder en la sombra»; un agente de Stalin y de otras potencias enemigas que controlaba y dominaba al *Führer* como ya hizo en su momento Rasputín con el último zar ruso, Nicolás II. Algunos autores revisionistas, como el británico David Irving, negacionista del Holocausto, llegan incluso a sostener que Hitler no fue en modo alguno responsable de sus crímenes, porque su médico de cabecera lo había tratado incorrectamente y lo había sumido en un «estado de trance eufórico». Pero ¿qué se oculta tras la leyenda de que Hitler fue víctima de este doctor y de que, desvalido, se entregó a él?

HITLER, EL VEGETARIANO

«Sí, doctor, mire el escaso efecto pedagógico que tengo en mi entorno. Yo, el jefe, soy el único vegetariano, no fumador y contrario al alcohol. La gente sería mucho más productiva si viviese tan saludablemente como yo.» Con estas palabras explicó Hitler a su dentista, Hugo Blaschke, por qué había decidido hacerse vegetariano. Hitler estaba convencido de que si renunciaba a la carne sería más productivo. También sostuvo esta idea frente a su otorrinolaringólogo, el doctor Erwin Giesing, que lo trató tras el atentado con bomba que sufrió en julio de 1944. Cuando Giesing le objetó que los efectos de la carne, el alcohol y la nicotina dependen de cada persona, puesto que, por ejemplo, Bismarck consumía frecuentemente los tres productos y, pese a ello, había mantenido su productividad hasta una edad avanzada, Hitler respondió: «Pues nada, entonces deje a la gente

comer carne, fumar y beber. Ojalá salga de ellos alguna vez un pequeño Bismarck».

En el pasado se ha especulado mucho acerca de los motivos reales que llevaron al *Führer* a mantener esta postura. Se dice que el dictador confió en cierta ocasión a su cirujano, el doctor Karl Brandt, que a la hora de tomar el baño notaba que el olor de su sudor era más desagradable si previamente había comido carne. Sin embargo, el motivo al que se alude con más frecuencia es el suicidio de su sobrina Geli Raubal, que se disparó con la propia pistola de Hitler en 1931, en la residencia que este mantenía en la plaza Prinzregentenplatz de Múnich. Se cree que la muerte de su sobrina lo conmocionó de tal forma que en adelante fue incapaz de consumir productos de origen animal. Aun cuando sea cierto que aquel suicidio afectó mucho a Hitler, no hay, desde el punto de vista médico, ningún elemento que apoye esta teoría, que solo sería plausible si se hubiese realizado la autopsia de la sobrina en presencia del *Führer*. El especialista muniqués en medicina legal Wolfgang Eisenmerger ha investigado en profundidad este episodio y ha escrito al respecto: «A Geli Raubal no se le practicó ninguna autopsia. [...] Dado que el suicidio era evidente, ni la Policía ni la Fiscalía solicitaron la autopsia en su momento». En consecuencia, no se llevó el cuerpo de la sobrina de Hitler al Instituto Forense ni los nazis tuvieron que ocultar posteriormente ninguna documentación al respecto.

En realidad, no es posible determinar en qué momento exacto Hitler renunció voluntariamente a la carne. No obstante, existe consenso a la hora de indicar que al inicio de su carrera política aún no era vegetariano. Según las declaraciones de su ayudante de cámara personal, Heinz Linge, y de su asistente, Julius Schaub, que tuvieron una relación muy estrecha con él durante años, anteriormente el dictador «incluso había sido un gran consumidor de carne» al que le gustaba especialmente la carne de cerdo con grasa y que a menudo tomaba productos de origen animal incluso para desayunar.

El médico Hans-Joachim Neumann y el historiador Henrik Eberle han estudiado en detalle los diferentes aspectos de la salud de Adolf Hitler y han

elaborado un amplio estudio en el que encuentran una explicación plausible en el entorno social al que comenzó a adaptarse Hitler en los primeros momentos de su trayectoria política. No en vano, la familia de Richard Wagner, tan amante de las tradiciones, era medio vegetariana. De hecho, aquel compositor antisemita había vinculado en sus escritos el futuro de Alemania con el vegetarianismo y había presentado la renuncia al consumo de carne como una reacción frente a la forma de vida materialista-judía. En los círculos conservadores y *völkisch*, la protección de los animales se consideraba, en general, una «obligación ética» de los «pueblos germánicos». Más adelante, la propaganda nacionalsocialista difundió, como era de esperar, la noticia de que Hitler había renunciado a la carne por su amor hacia los animales. Las postales en las que se mostraba a Hitler como amigo de los animales fueron todo un éxito y sirvieron para aumentar la popularidad del *Führer* entre la población. Con todo, Hitler no siempre fue muy estricto en su negativa a consumir carne y de cuando en cuando abusaba de ella. Le encantaba el *Leberknödel** que le preparaban su ama de llaves en Múnich, Anni Winter, o su hermanastra, Angela Raubal. En realidad, había otros motivos más importantes para aquel vegetarianismo impuesto.

UN MISTERIOSO DOLOR DE ESTÓMAGO

En 1932 —o tal vez antes— Hitler sufría ya de dolorosos calambres en el tubo digestivo, que, según parece, aparecían aleatoriamente, aunque por lo general coincidían con situaciones de estrés, como las campañas electorales. Según sostiene quien más adelante se convertiría en asistente jefe, Wilhelm Brückner, en 1928 el líder nazi se quejaba ya con frecuencia de un intenso dolor en el estómago. En aquella época su partido apenas consiguió un 2,6 por 100 de los votos, esto es, su peor resultado en unas elecciones al Reichstag. Hitler, a quien el contacto físico le desagradaba y que se sometía de mala gana a los reconocimientos médicos, pidió consejo a Julius Schab. Él le recomendó un antiguo remedio que usaban los soldados en las

trincheras de la primera guerra mundial: el aceite Neo-Ballistol, un remedio universal que aún hoy puede encontrarse en el mercado y que en su origen se empleaba para el mantenimiento de las armas y el cuero. Desde hacía poco tiempo el producto se venía aplicando también como tratamiento oral de los ardores, las molestias en el estómago y los gases.

Sin embargo, el remedio no sirvió de nada en el caso de los calambres en el estómago que atacaban a Hitler por sorpresa. Todo lo contrario: en las Navidades de 1934, su estado había empeorado tanto que por consejo de su cirujano, Karl Brandt —quien, evidentemente, no se sentía suficientemente competente o capaz para tratar las molestias internas de Hitler—, consultó al facultativo de las SS Ernst-Robert Grawitz. Hitler pidió a este médico internista —que apenas unos años después sería ascendido a médico de las SS del Reich y a presidente de la Cruz Roja alemana, y que se convertiría en coautor del genocidio contra los discapacitados y de los experimentos médicos en los que se utilizaba a presos de los campos de concentración— que acudiese a su residencia sin llamar la atención. Parece que el canciller tenía miedo de que su posición en el extranjero se viera debilitada si se sabía que se encontraba enfermo y que necesitaba un tratamiento. Grawitz confirmó los síntomas «dolor de cabeza, diplopía [visión doble], mareos, zumbidos en los oídos» y diagnosticó una «intoxicación aguda por consumo de medicamentos», que atribuyó al uso del Neo-Ballistol. El médico suponía que los aceites de fusel que contenía aquel fármaco eran el origen de las molestias. Hitler renunció inmediatamente al remedio, pero Grawitz se había equivocado en su hipótesis. Solo se habría podido hablar de una intoxicación aguda si el dictador hubiese consumido en grandes cantidades aquel aceite destinado al mantenimiento de las armas. Los dolores continuaron y en los meses posteriores Hitler se quejó cada vez más de molestias en el estómago, eructos, gases y estreñimiento.

> El enfado durante once años contra los generales del 20 de julio.
>
> *Explicación que daba Hitler a sus calambres en el tubo digestivo*

Pese a que Grawitz realizó más análisis, no consiguió dar con las causas de las molestias del *Führer*. Finalmente, el médico se contentó con tratar los síntomas. Prescribió entonces a Hitler un remedio para regular la digestión: las pastillas contra los gases Dr. Köster. El paciente debía tomar aquellos pequeños comprimidos de color negro en cada comida para prevenir la acidez de estómago, el meteorismo (gases) y el estreñimiento.

Hitler encontró agradable el efecto de aquel preparado, que, sin embargo, no consiguió resolver definitivamente sus problemas. Pese a ello, el *Führer* se negó a acudir a una clínica universitaria. Lo que quería era encontrar a un experto sabio y, sobre todo, discreto, al que pudiera consultar sin llamar la atención. Un doctor que, sin muchos reconocimientos ni ceremonias —que a Hitler no le gustaban—, le explicara de dónde venían sus calambres y cómo podía librarse de ellos. Finalmente, siguió los consejos de su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, y se dirigió a un conocido «médico especialista en dolencias de la piel y enfermedades venéreas» que tenía una próspera consulta en la avenida berlinesa de Kurfürstendamm muy frecuentada por personas de alta posición. Aquel médico era el doctor Theodor Morell.

No existe ningún registro escrito del primer encuentro entre Hitler y Theodor Morell. Tan solo quedan los recuerdos del médico, que este confió a sus colaboradores en las ocasiones en las que se veían obligados a esperar a que acabaran las interminables sesiones de té nocturnas que Hitler ofrecía en su cuartel general. El *Führer* conoció a Morell en 1936, cuando volvía a ser víctima de sus frecuentes calambres de estómago. A estas dolencias del dictador se habían sumado entretanto dolorosos eccemas en ambas piernas, cuyo origen tampoco estaba claro. Hitler pidió al médico que viajase especialmente para él de Berlín a Múnich, para un encuentro en la villa de Heinrich Hoffmann. Se cree que ambos mantuvieron una larga conversación en la que el *Führer* confesó al facultativo su dilema: no entendía de dónde venían aquellos dolores que a veces lo torturaban durante semanas enteras, desaparecían y después, de repente, volvían a aparecer. Aquel era el segundo año en el que padecía la dolencia. Tenía que utilizar laxantes para mejorar la digestión, porque sufría de un estreñimiento

severo, a pesar de que no tomaba platos difíciles de digerir. En vista de lo poco que comía en aquella época, tampoco se explicaba su sensación de pesadez. «Imagínese lo difícil que es tener gases en las entrevistas, las conferencias y las recepciones», confesó a Morell. Lo único que podía hacer en esos casos era retirarse, añadió Hitler. Pero aquello no era suficiente. El cumplimiento de sus importantes tareas exigía nervios de acero y no podía permitirse estar enfermo. Sin embargo, evidentemente, nadie podía ayudarle.

> Hitler estaba convencido de que Morell sabía más que cualquier otro médico.
>
> *Traudl Junge, refiriéndose en 1967 a la relación entre el dictador y su médico de cabecera*

No obstante, el doctor Morell sí que consiguió prestarle ayuda. Expuso a Hitler su método de tratamiento «global» y atribuyó su dolencia a una disbacteriosis, esto es, a una ocupación del intestino por parte de bacterias dañinas. El *Führer* prestó oídos a este diagnóstico. En efecto, se adaptaba a la perfección a la estructura de sus ideas, en la que los bacilos ocupaban un importante espacio. Como terapia, Morell propuso una cura con un preparado de nombre «Mutaflor», indicado para renovar la flora intestinal. Aquel remedio del profesor de Friburgo Alfred Nißle, que todavía es posible encontrar, se componía de las valiosas bacterias *coli*, extraídas de personas completamente sanas y multiplicadas en el laboratorio. En el intestino estaba teniendo lugar una lucha entre las bacterias sanas y los gérmenes enemigos, que eran superiores. Hitler comprendió inmediatamente aquel principio. La lucha de lo sano contra la superioridad de un enemigo enfermizo era, de hecho, el principio en el que se basaba su concepción del mundo. En su panfleto *Mi lucha* y en numerosos discursos siempre había subrayado que había tomado sus conocimientos de la naturaleza y que su receta política para el pueblo alemán era un «fármaco sin efectos secundarios».

De hecho, el tratamiento de Morell surtió efecto y Hitler se sintió muy agradecido, como él mismo reveló más adelante en su círculo más cercano: «En aquel momento me salvó la vida. A finales de 1936 estaba tan hundido que apenas podía caminar. Me habían dado un tratamiento incorrecto. Grawitz y Bergmann me habían obligado a pasar mucha, mucha hambre. Al final, solo podía tomar té y bizcochos. Tenía eccemas en las piernas, así que debía llevar siempre vendajes y no podía ponerme botas. [...] Entonces llegó Morell y me curó». Hay que decir, de todas formas, que la enfermedad de Hitler no constituía una amenaza para su vida. Como Morell explicó más tarde a uno de sus colaboradores, sencillamente «había dado en el clavo» porque había dicho a Hitler lo que quería oír, empleando palabras que, además, pudiera entender. Desde entonces Morell fue el médico que acompañó a Hitler hasta su final en el búnker de Berlín.

Hitler en la primera guerra mundial

La propaganda nazi siempre presentó a Hitler como un valiente soldado en el frente de la primera guerra mundial. El historiador alemán Thomas Weber, de la Universidad de Aberdeen, ha investigado en profundidad la carrera del *Führer* como soldado y ha llegado a conclusiones sorprendentes: durante los más de cuatro años en los que Hitler sirvió en el Ejército alemán, solo pasó once días en la primera línea del frente. La mayor parte del tiempo actuó como correo del Estado Mayor en la retaguardia, transmitiendo información y órdenes a los jefes de los batallones. Por lo general, los cuarteles se encontraban a varios kilómetros detrás de la línea del frente, es decir, a salvo de los intensos combates. Los «auténticos» soldados del frente que combatían en las trincheras se referían despectivamente a esos otros soldados que, como Hitler, prestaban sus servicios en la situación de relativa seguridad del Estado Mayor como los «cerdos de la retaguardia». Sin embargo, pese a su puesto más o menos seguro, en la primera guerra mundial Hitler, que tenía entonces un rango de soldado de primera, resultó herido en dos ocasiones.

La primera vez tuvo lugar el 5 de octubre de 1916, cuatro días después de que se iniciara la ofensiva en el Somme, que, con un millón de muertos y heridos, fue la que ocasionó más pérdidas en aquella contienda. Una pequeña granada británica cayó directamente a las puertas del refugio de los correos e hirió a varios hombres. Entre ellos se encontraba Hitler, al que un fragmento del proyectil alcanzó en el muslo izquierdo. Sin embargo, tras la guerra, a través de su libro *Mi lucha*, el *Führer* se las arregló para dar a entender que aquello había ocurrido en primera línea del frente. Falseó conscientemente incluso la fecha del episodio, que situó en el 7 de octubre, esto es, dos días más tarde. Lo hizo así porque, pese a que la ofensiva había comenzado «oficialmente» cuatro días antes, hubo que esperar a esa jornada para que el cielo se despejara. Solo entonces los británicos atacaron con toda su crudeza y empezó aquel infierno que en unos pocos días acabó con la vida de más de la mitad de los hombres del regimiento de Hitler. Para entonces, sin embargo, el soldado de primera se encontraba muy lejos del frente, en un hospital militar seguro. Fue así como hizo creer que había sido herido como soldado en el frente de la batalla más sangrienta de la guerra.

En realidad, el problema no fue aquella herida en sí. Como el capitán Fritz Wiedemann, alférez del regimiento y superior del futuro dictador, escribió en sus memorias, Hitler tenía miedo de verse obligado a abandonar la tropa. Parece que le dijo por aquella época: «No es tan grave, mi teniente, ¿verdad? Me quedo con ustedes, me quedo en el regimiento». Más tarde, pese a que posteriormente la pierna izquierda siempre le causó molestias, ocultó su lesión, ya que una tara física o una imagen cercana a la de un mutilado de guerra no se correspondían en modo alguno con el «culto al *Führer*». Cuando más adelante Theodor Morell se dio cuenta de la diferencia de tamaño de ambas piernas y preguntó por lo ocurrido, Hitler evitó someterse a un reconocimiento médico pronunciando la siguiente frase: «Es un asunto superado».

Gas tóxico

Hitler estaba convencido de que Morell sabía más que cualquier otro médico.

Traudl Junge, refiriéndose en 1967 a la relación entre el dictador y su médico de cabecera

En octubre de 1918, el regimiento de Hitler se encontraba a unos pocos kilómetros del lugar en el que nuestro soldado de primera había sido herido en el muslo dos años antes por el fragmento de una granada. En la noche del 13 al 14 de octubre, Hitler, acompañado de otros correos, fue a parar a una colina situada tras el frente en el que los británicos estaban disparando su artillería y lanzando gas mostaza. El ataque, muy violento, se llegó a mencionar incluso en el relato histórico de los regimientos que se elaboró en 1932: «Los británicos reforzaron su posición disparando su artillería y, especialmente, lanzando gas, lo que provocó pérdidas, entre ellas las de buena parte del Estado Mayor del regimiento». Durante el ataque, Hitler y otros dos correos, así como varios técnicos de telecomunicaciones, entraron en contacto con aquel gas. En el proceso que se celebró contra el *Führer* tras su fracasado intento de golpe de Estado en 1923, este describió dramáticamente al juez lo que se supone que había ocurrido en aquel lugar: «Tres compañeros míos murieron en el acto, otros perdieron la vista para siempre». Sin embargo, la historia que Hitler relató entonces era altamente improbable. Aunque era cierto que en el ataque los británicos habían empleado gas tóxico y habían causado lesiones a varios soldados alemanes, los efectos de aquella acción fueron mucho menos graves de lo que aseguró Hitler.

La iperita, que debido a su olor característico también se conocía como gas mostaza, fue empleada como herramienta táctica para el combate. El objetivo no era matar inmediatamente al enemigo, sino mantenerlo durante el mayor tiempo posible en una situación en la que fuera incapaz de seguir luchando y necesitara recibir tratamiento. Además, la imagen del sufrimiento de los compañeros tenía un impacto muy negativo en la voluntad combativa y la moral de la tropa. El gas mostaza es muy tóxico y puede provocar la muerte en caso de que, por ejemplo, penetre en el cuerpo

a través de los pulmones, pero, por lo general, sus efectos no son letales: durante la primera guerra mundial solo murió en torno a un cinco por 100 de los soldados que se vieron expuestos a aquel gas y que recibieron a continuación asistencia médica. No obstante, y debido a las deformaciones que causaba, era una de las armas más temidas. Quienes sufrían sus efectos en superficies extensas de sus extremidades tenían que someterse a una amputación en la mayoría de los casos. La zona que reaccionaba con mayor sensibilidad eran los ojos. En *Mi lucha* Hitler describió aquel efecto del siguiente modo: «Por la mañana el dolor se fue intensificando cada cuarto de hora que pasaba y a las siete volví, dando trompicones y tambaleándome, sintiendo que los ojos me quemaban [...]. Unas horas más tarde, mis ojos se habían transformado en dos brasas al rojo vivo y me había quedado a oscuras».

> De aquellos muertos en cantidades ingentes de la primera guerra mundial, Hitler extrajo la conclusión de que el país solo podría ganar un enfrentamiento bélico si prescindía todo lo posible de sus escrúpulos a la hora de actuar.
>
> *Thomas Weber, historiador*

En realidad, el gas mostaza no provoca una verdadera ceguera, ya que no daña físicamente el ojo. Más bien produce una severa conjuntivitis y una inflamación de los párpados que afectan temporalmente a la vista. En cierto modo, el paciente sufre una «ceguera secundaria» si se frota los ojos. El periodista especializado en medicina Otmar Katz ha escrito al respecto: «Hitler, con lesiones por el gas, vivió esta pérdida pasajera de la vista ni más ni menos que como muchos de sus compañeros de fatigas. El miedo a quedarse ciego era uno de los mayores temores que concebían los soldados. Si, bajo los efectos del gas mostaza, los párpados de aquellos hombres se les hinchaban hasta quedarse cerrados, todos empezaban a temer —y este es un fenómeno que constataron numerosos afectados y médicos que los observaban con atención— no volver a ver nunca más».

Hitler se encontraba en una situación psíquica extrema cuando lo trasladaron a la pequeña localidad de Pasewalk, en Pomerania, a unos cien kilómetros al noreste de Berlín, para continuar su tratamiento. Con todo, el futuro dictador solo había estado expuesto a una cantidad relativamente pequeña del gas empleado en combate, como pocos años más tarde reconocería en una carta a uno de los primeros protectores de su partido: «Me trasladaron desde Werwick, en Flandes, hasta Pasewalk, cerca de Stettin, donde había un hospital militar gestionado por voluntarios [...] mi ceguera [...] [desaparecía] proporcionalmente con el tiempo [...] y la vista [...] [iba] volviendo lentamente». Ante la opinión pública, sin embargo, Hitler describió lo sucedido de un modo diferente. Cuando en el proceso por el golpe de Estado el juez le preguntó por la gravedad de sus heridas, su respuesta fue: «Durante un tiempo estuve prácticamente ciego. Más tarde, mi estado mejoró, pero, dada mi profesión de arquitecto, quedé prácticamente inválido y no creí que pudiese volver a leer un periódico».

Hitler se enteró del final de la guerra a través del capellán del hospital militar de Pasewalk, que intentó explicar cuidadosamente a los pacientes de aquel centro que Alemania había perdido. Hitler recibió aquella noticia como un verdadero impacto. Una conmoción que, como más tarde sostuvo, lo volvió a dejar ciego: «Todo se hizo negro de nuevo ante mis ojos; volví tambaleante y a tientas al dormitorio, me arrojé en la litera y enterré la cabeza ardiente en la manta y en la almohada».* Tres «días terribles y noches aún peores» duró aquella crisis que, según parece, hizo madurar en él la resolución más importante de su vida: «Decidí participar en la política». Con esta frase de *Mi lucha*, Hitler creó el núcleo del mito pseudorreligioso del *Führer*, destinado a liberar al pueblo alemán y a devolver a Alemania su grandeza, y con la vista arrebatada por el dolor que sintió ante la desgracia de su patria. Más tarde hizo que la propaganda completara sus vivencias de Pasewalk hasta convertirlas en una especie de despertar que marcaría una inflexión en uno de los momentos más oscuros de su biografía. En realidad, en aquel momento Hitler no estaba en condiciones de tomar una decisión como aquella. Ni como aquella ni como ninguna otra, de hecho.

> Según la descripción del propio Hitler, su mundo y todo aquello por lo que había vivido hasta entonces se derrumbaron en el momento en el que se enteró, en el hospital militar, de la revolución y de la abdicación del káiser. Asegura que fue entonces cuando se dio cuenta de que eran los judíos el odiado enemigo que andaba detrás de todo aquello, y decidió entrar en la política. Pero es imposible que la escena se desarrollara como él la describe. Lo que en realidad pudo haber ocurrido es que Hitler quedase traumatizado por sus heridas y, al escuchar la noticia en aquel estado, se intensificara la amargura por todo lo que había pasado.
>
> **Ian Kershaw, en referencia a la decisión de Hitler de convertirse en político**

El mito de la ceguera provocada por el gas

Prácticamente ningún otro episodio de la vida de Hitler ha dado lugar a tantas hipótesis entre los estudiosos de su figura como esta «recaída en la ceguera» de tres días. Se ha especulado mucho con la idea de que en Pasewalk no solo se trató a Hitler por su intoxicación por gas, sino también porque el ataque, sentido como una dolorosa experiencia, y las lesiones que provocó acabaron derivando en lo que se conoce como una «histeria de guerra». Hasta ahora, sin embargo, no ha sido posible encontrar pruebas definitivas que demuestren esta teoría. La historia clínica de Hitler en Pasewalk nunca se ha publicado y hoy en día se encuentra en paradero desconocido.

Durante su investigación, Thomas Weber logró dar con una serie de documentos ignorados hasta entonces, que le permitieron llegar a la siguiente conclusión: «En realidad, estuvo expuesto a una cantidad tan pequeña de gas mostaza que en ningún caso habría sido necesario ingresarlo en un hospital militar durante tanto tiempo. La ceguera de Hitler no era física, sino psicosomática». Como prueba, Weber aporta una carta del neurólogo estadounidense Robert Foster Kennedy del año 1943, en la que el médico transmite la información de su compañero alemán Otfried Foerster, uno de los neurólogos más prestigiosos en la Alemania de entonces, quien, además, había estudiado personalmente el historial clínico militar de Hitler. En aquella carta asegura: «Foerster me explicó que en 1932 buscó en el

Archivo Alemán de Guerra la documentación médica relativa a un prometedor político de nombre Adolph Hitler y descubrió que en su época como soldado de primera, durante la gran guerra, había permanecido ingresado en un hospital. No mencionó la fecha. El diagnóstico que se dio fue ceguera histérica». Kennedy añadió en su texto: «Un año más tarde, Hitler se hizo con el poder. [...] Cuando en 1934 el doctor Foerster volvió a buscar el documento en el Archivo Alemán de Guerra, comprobó que había desaparecido».

En la carta de Kennedy se incluye también un folio con el programa de la asamblea mensual de la Sociedad Neurológica de Chicago del 20 de octubre de 1938, a la que Kennedy había sido invitado como ponente. En el reverso de aquel programa, el médico había anotado algo a mano que, evidentemente, le parecía tan importante que lo firmó con sus propias iniciales: «Hitler padeció una ceguera histérica durante la guerra. FK».

> En mi opinión, es imprescindible decir a esos que tiemblan que no están enfermos, que en realidad saben muy bien que su temblor no es más que un mal hábito con el que esperan librarse del servicio en el frente.
>
> *El psiquiatra Edmund Forster, refiriéndose a la terapia de los afectados por la histeria de guerra*

Para Thomas Weber, aquellos documentos constituyen la prueba de que en realidad Hitler sufría un trastorno mental y muestran el verdadero motivo por el que se le trató en el hospital militar de reserva de Pasewalk: «En abierta contradicción con la historia que contó sobre sí mismo después de la guerra y que acabaría formando el núcleo del mito nacionalsocialista, después de demostrar durante cuatro años una gran capacidad para resistir por inercia, no pudo soportar mentalmente la realidad de la guerra». Adolf Hitler, el autodenominado *Führer* que en 1939 arrastró al mundo al conflicto más devastador de la historia, no fue capaz como soldado de asumir psíquicamente los horrores de un enfrentamiento bélico.

Según Weber, los documentos también pueden explicar el radical cambio que experimentó la personalidad de Hitler: «A finales de la primera

guerra mundial Hitler era un solitario gruñón que nunca había dado órdenes a otros soldados, pero poco después se convirtió en un líder carismático y más tarde llegó incluso a hacerse con todo el país. [...] Su estado mental podría explicar este drástico cambio y su comportamiento extremo».

Sin embargo, los documentos que encontró Weber no aportan una prueba irrefutable de que Hitler quedara realmente traumatizado con la guerra ni de que sufriera un trastorno mental. En el libro de ingresos del hospital militar se indica claramente que Hitler llegó con una «intoxicación por gas». Unas cuatro semanas más tarde se le dio el alta porque estaba en condiciones de intervenir en la guerra, es decir, estaba prácticamente curado. El libro no contiene ninguna indicación sobre una enfermedad nerviosa. El historiador Henrik Eberle está seguro de que los rumores acerca de una dolencia psíquica de Hitler se difundieron en todo el mundo durante la República de Weimar para perjudicar al líder nazi: «En aquella época los enfermos nerviosos estaban estigmatizados [...] y en la República de Weimar aquel habría sido un auténtico estigma que habría imposibilitado a Hitler ser elegido».

Queda, pues, por resolver la cuestión de si Hitler fue tratado realmente de un trastorno mental en Pasewalk. Solo la historia clínica original de aquel hospital militar podría dar una respuesta definitiva a este interrogante. Sin embargo, hasta la fecha no ha sido posible encontrar tal documento.

Hitler y el «speed»

> De los registros del médico de cabecera de Hitler, Morell, se deduce que proporcionaba a su paciente cantidades de medicamentos superiores a la media, si bien en su descargo puede decirse que la mayoría de sus preparados se consideraban por aquel entonces inofensivos.
>
> *Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle,* War Hitler krank? *(«¿Estaba enfermo Hitler?»)*

Entre todas las especulaciones en torno al posible consumo de drogas por parte de Hitler, la teoría del Pervitin es la más extendida. Este estimulante tuvo un éxito fulgurante durante la segunda guerra mundial. Los soldados, que lo conocían también con los nombres de «chocolate blindado» o «pastillas del bombardero en picado», lo utilizaban para dejar atrás sus miedos y aumentar su rendimiento y su resistencia. Los autores Neumann y Eberle han descubierto que el Pervitin se consumió de forma masiva en la Wehrmacht y en la industria de armamento de Alemania: «Los miembros de la Wehrmacht pudieron tomar unos treinta y cinco millones de pastillas de Pervitin entre abril y junio de 1940». Aún hoy se sigue consumiendo este estimulante, aunque bajo otros nombres, como «speed» o «crystal». Se cree que el médico de cabecera de Hitler, Theodor Morell, también proporcionó esta droga a su «Paciente A». Christa Schröder y Traudl Junge, secretarias del *Führer*, aseguraron después de la guerra que «Hitler era realmente adicto a Morell» y que «cada vez dependía más de aquella medicina».

Así se referían a las «pastillas Vitamultin», un preparado reconstituyente y fortalecedor con el que Morell equilibraba la incompleta dieta del dictador. Hitler consumió aquellas pastillas en grandes cantidades. Vitamultin se producía en las plantas farmacéuticas del propio Morell, las fábricas Hamma, supervisadas directamente por el jefe de química, Kurt Mulli, y en las que se produjeron siempre pequeños lotes para Hitler, cuya composición decidían Morell y Mulli en sus conversaciones telefónicas nocturnas. Las tabletas se recubrían de láminas de oro o plata en las que se inscribían las letras «S. F.» o «S. R. K» (*Sonderanfertigung Führer* [«producción especial para el *Führer*»] o *Sonderanfertigung Reichskanzlei* [«producción especial para la Cancillería del Reich»]), de modo que solo pudiera reconocerlas quien estuviera al tanto del tratamiento.

Ahora bien, ¿contenía este preparado la droga Pervitin? A esta pregunta ha intentado dar respuesta quien por aquel entonces era inspector de alimentación del cuerpo de combate de las Waffen-SS, el doctor Ernst-Günther Schenck. Durante la guerra, Schenck trabajó para la tristemente célebre Oficina Central de Economía y Administración de las SS, responsable del funcionamiento de los campos de concentración y de la

explotación de trabajadores esclavos. «En 1942 o 1943» —escribe— se le entregó una «pastilla dorada de Vitamultin» que, «bajo un nombre en clave», el médico había hecho analizar en un laboratorio para comprobar «su contenido en vitaminas y otras sustancias». El resultado de aquel análisis, según Schenck, fue el siguiente: «Cafeína y Pervitin en una concentración que ya no recuerdo». Una afirmación que, como mínimo, puede ponerse en duda. En los detallados registros de Morell, que anotaba con exactitud cada medicamento, no se encuentra prueba alguna de que Hitler hubiese recibido ni la más mínima cantidad de Pervitin. El prestigioso estudioso de la figura de Hitler, Ian Kershaw, considera que «no se sabe [...] si Hitler tomó anfetaminas. No se ha demostrado [...] que dependiera de ellas ni que estas influyeran en su comportamiento». También la neuróloga Ellen Gibbels, que ha llevado a cabo un profundo estudio de las fuentes en su investigación sobre el párkinson que sufría Hitler, descarta una dependencia del Pervitin.

> El 19 de julio [de 1943] Hitler voló a Italia para [...] reunirse con Mussolini. Consiguió convencerlo para que no rompiera su alianza con Alemania, el denominado «Eje». En aquel encuentro de dos horas Hitler se mostró eufórico y apenas dejó a Mussolini pronunciar una palabra. Aquel día Hitler se encontraba bien de salud y sin molestias, algo que agradeció por la noche, en Obersalbzerg, a Morell, que le había recomendado tomar pastillas Vitamultin para la entrevista. Esta es una de las pocas situaciones que permiten deducir que a Hitler se le suministraban comprimidos Vitamultin, con cierto contenido en Pervitin.
>
> **Hans-Joachim Neumann y Henrick Eberle, *War Hitler krank*? («¿Estaba enfermo Hitler?»)**

¿Un ataque al corazón y una apoplejía?

> Nuevo búnker inadecuado para él [...], pese a la instalación para la ventilación, poco oxígeno.
>
> *Nota de Morell acerca del búnker en el que viviría Hitler en el cuartel general de la Guarida del Lobo*

Cuando en el otoño de 1940 Hitler estaba preparando sus planes de ataque contra la Unión Soviética, eligió la Guarida del Lobo, situada en el bosque de Rastenburg, en la Prusia Oriental, como emplazamiento para su nuevo cuartel general. Sin embargo, su situación cercana a la llanura de Masuria, cubierta de lagos, era poco favorable. En verano, Hitler sufría con el calor sofocante y se quejaba de que le faltaba el aire y sentía una opresión en el pecho. Ya había confiado a su amante, Eva Braun, y a su ministro de Armamento, Albert Speer, que en los últimos tiempos su corazón le daba problemas cada vez con más frecuencia. También Morell había descubierto los eccemas de sus piernas, que atribuía a una debilidad del músculo cardíaco. En julio de 1941, el estado de Hitler experimentó un grave empeoramiento durante una acalorada discusión con su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, cuando este cuestionó de forma general el ataque a la Unión Soviética y contestó levantándole la voz a Hitler: «¡Dios no revela sus designios!». Según Ribbentrop, Hitler palideció entonces de ira, pero de repente dejó de hablar y se llevó las manos al corazón. «Hitler parecía muerto. Apenas podía respirar, estaba pálido como si hubiera perdido la vida y las venas de sus sienes se habían inflamado. Pensé que se estaba muriendo y le cogí la mano para jurarle solemnemente que [...] siempre estaría con él, fuesen cuales fuesen sus planes.» Parece que el propio Hitler dijo entonces a su ministro: «Creo que tengo un ataque al corazón. Prométame no volver a cuestionar mis decisiones».

De hecho, en aquella época la salud de Hitler pasó por una grave crisis. Había enfermado de disentería por bacterias debido a problemas de higiene en el cuartel general del *Führer* o a algún alimento infectado y sufría de calambres en los intestinos, náuseas, vómitos, dolor en las extremidades y escalofríos. Pese a ello, el 6 de agosto de 1941 visitó a las tropas en Ucrania. Cuando aquella noche volvió al cuartel general, se encontraba muy mal. A la mañana siguiente estaba enfermo. No apareció ni en el desayuno ni en el denominado «estado de la situación», la reunión que solía mantener con sus generales para analizar las novedades de la guerra. Aquella noticia cayó como una bomba en el cuartel general. Nunca antes había sucedido nada semejante. A las dos y media de la tarde la situación se agravó en la

sala de mapas: de repente, Hitler, que estaba sentado, se mareó. Se llamó entonces a su asistente, Hans Junge, para que acudiera «*inmediatamente* en busca del *F*.». Poco después Hitler se trasladó a su búnker y explicó a su médico de cabecera, Morell: «Me siento muy mal, como nunca antes. De repente, cuando estaba allí arriba [refiriéndose a la sala de mapas], me mareé. No sé qué me pasa. Aquí, junto a la sien [izquierda] tengo una sensación muy extraña. Durante el vuelo siento que esta zona me está tirando permanentemente».

Morell reconoció a Hitler y diagnosticó «espasmos en el rostro y congestión sanguínea con diversos efectos». Como terapia prescribió «paños fríos en la zona de las sienes y el lado izquierdo de la cabeza, y vendajes calientes en la pantorrilla», e inyectó a Hitler algunos medicamentos fortalecedores del programa estándar. En realidad, Morell no estaba seguro en absoluto de lo que le ocurría a su paciente. El asistente de aviación del *Führer*, Nicolaus von Below, aseguró que el médico de cabecera había insinuado que Hitler había sufrido un ataque de apoplejía leve. El propio dictador había explicado a Morell que las desavenencias con el Alto Mando del Ejército (el Oberkommando des Heeres u OKH) le habían «golpeado en el estómago» y que en los últimos tiempos había estado «muy excitado, extraordinariamente agitado», y no se sentía «muy bien desde entonces».

Crisis de liderazgo

De hecho, en el verano de 1941 Hitler y el OKH habían tenido considerables desavenencias en relación con la estrategia que debería aplicarse en la guerra contra la Unión Soviética. Hitler era de la opinión de que el avance alemán tenía que realizarse fundamentalmente con los Grupos de Ejércitos del Norte y del Sur. El Alto Mando, sin embargo, prefería establecer el Grupo de Ejércitos del Centro, para que avanzasen directamente hacia la capital, Moscú. Los historiadores y los testigos dedujeron tras la guerra que estas disputas condujeron a una crisis de

liderazgo de Hitler. Pensaban que, debido a sus problemas de salud, el *Führer* no tenía ya la suficiente capacidad para imponerse y no podía mostrar ninguna resistencia ante las exigencias del OKH. El tiempo que se perdió durante aquellas discusiones pudo ser fundamental para la guerra. El mariscal del Reich, Hermann Göring, sostuvo más adelante: «Aún hoy sigo pensando que, sin aquel debilitamiento del genial plan que urdió en un principio Hitler, la campaña del Este se habría resuelto a más tardar en primavera».

No obstante, lo cierto es que la enfermedad del *Führer* no ejerció influencia alguna en su capacidad de decisión. Como los investigadores Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle explican, no es posible «hablar de una crisis de liderazgo en agosto de 1941: frente a las ideas del Alto Mando del Ejército, Hitler modificó la estrategia del avance y ordenó que las tropas situadas en el centro se abstuvieran de tomar Moscú, puesto que, en su opinión, era más sencillo hacerse con esta ciudad si se aplicaba una ofensiva en forma de tenaza con las tropas del norte y del sur. Al mismo tiempo, forzó el avance hacia Ucrania, para el que fueron decisivas las consideraciones de carácter económico». Y continúan: «Lo determinante no fue el cambio en el avance, sino la reacción de la otra parte. [...] La exitosa contraofensiva del Ejército Rojo en diciembre de 1941 fue lo que detuvo la campaña alemana. [...] La disentería de Hitler y su "debilidad de liderazgo" —que en realidad nunca existió— no tuvieron nada que ver con el desarrollo de la guerra».

> Como paciente, Hitler no quería colaborar en la mejora de su salud. No quiso saber nada de un cambio en su forma de vida.
>
> *Traudl Junge en 1967, acerca de la negativa de Hitler a llevar una vida más saludable*

El 14 de agosto de 1941, una vez que Hitler se vio más o menos recuperado de su disentería, Morell consiguió convencerle para que se sometiese a un electrocardiograma (ECG) con el fin de aclarar lo que se suponía había sido un ataque al corazón. Como aquel médico no era

especialista en cardiología, envió la secuencia de curvas, bajo el nombre de «Paciente A», al mayor experto alemán en función cardiovascular de la época, el doctor Karl Weber, para que la valorase. La única indicación que dio Morell a aquel especialista es que el paciente era un «diplomático muy ocupado». Weber concluyó que «debía pensarse en primer lugar en una arteriosclerosis», esto es, una esclerosis de los vasos coronarios, y recomendó volver a realizar otros controles a intervalos regulares y frecuentes. Pero como no aconsejó ninguna terapia especial, Morell dejó de preocuparse y aseguró a Hitler que su corazón estaba sano y que a su edad era normal que se produjese un cambio en las arterias coronarias. Por precaución, el médico de cabecera completó la ya nutrida gama de medicamentos de Hitler con una serie de fármacos destinados a mejorar el corazón y la circulación.

Después de comer, otra vez conversación agitada hasta las tres y media en la chimenea (sin fuego) y aire fresco. El F[*ührer*] me ha explicado varias veces que vuelve a sentirse bien.

Anotación de Morell sobre los insanos hábitos de sueño de Hitler, 24 de marzo de 1943

En 1943, Morell volvió a enviar un ECG de Hitler al especialista Weber, que constató que se había producido un empeoramiento y escribió, en un tono poco alentador: «La prueba del 11 del año en curso refuerza el diagnóstico que realicé en su momento: arteriosclerosis, un caso evidentemente progresivo. [...] En tales casos no es posible ofrecer un diagnóstico concreto, pero es probable que la evolución no sea muy favorable, aunque no es posible hacer pronósticos más precisos sobre el desarrollo de la dolencia en el tiempo». Como terapia recomendó un tratamiento de varias semanas, así como una dieta baja en líquidos y sal, y prohibió el consumo de nicotina. Al mismo tiempo, aconsejó «una siesta regular de al menos una hora y tantas horas de sueño nocturno como resulte posible». Aunque el cardiólogo ignoraba la identidad del paciente, sabía lo difícil que sería aplicar aquellas medidas en época de guerra: «Soy

consciente de que probablemente las instrucciones dadas, absolutamente aconsejables, son complicadas de aplicar o resultan imposibles para un hombre que ocupa una posición de tanta responsabilidad en la actualidad, pero en la medida en que se pueda se deberían seguir».

> Hitler se sentó ante un espejo y observó con interés cómo las sanguijuelas sorbían su sangre. Entonces suspiró: «¡Qué bien! Vuelvo a tener la cabeza despejada».
>
> *Heinz Linge, ayudante de cámara de Hitler, refiriéndose al tratamiento de la hipertensión arterial mediante sanguijuelas*

En realidad, el experto daba un oscuro pronóstico, porque lo cierto es que a Hitler le costaba aplicar la terapia recomendada. Morell ya le proporcionaba numerosos medicamentos. Además, el *Führer* no era fumador. Sin embargo, le resultaba impensable dormir más por la noche, porque en su opinión solo podría irse a la cama «cuando el último avión enemigo haya abandonado el espacio aéreo alemán». No se sabe si Hitler conocía el juicio negativo del experto. Desde luego, su frecuente expresión de los «dos o tres años que me quedan por vivir» parece indicarlo. Cabe suponer que Hitler temía enfermar gravemente y quedarse sin tiempo para ejecutar sus planes.

> Hasta 1940, Hitler parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Sin embargo, a partir de entonces envejeció rápidamente. A finales de 1943 su aspecto aún se correspondía con su edad, pero después su rápido deterioro físico se aceleró de forma evidente.
>
> *Doctor Hanskart von Hasselbach, cirujano de Hitler*

Pero ¿hasta qué punto era seria su dolencia cardíaca? Entre las anotaciones de Morell se han conservado también los electrocardiogramas del *Führer*. Esas pruebas, junto con los valores de la tensión arterial, que en determinados períodos Morell controlaba a diario, han permitido a la cardióloga Swetlana Möller valorar los datos clínicos de Hitler. Su

diagnóstico es diferente al que dio unos setenta años antes que ella su antecesor, Weber. Para esta especialista, el dictador no sufría necesariamente una cardiopatía progresiva, de tipo arteriosclerosis, sino que más bien presentaba los efectos de una tensión arterial permanentemente elevada. Los expertos Neumann y Eberle van incluso un paso más allá y suponen que «en julio de 1941 Hitler padecía [...] probablemente una dolencia cardíaca funcional que podía manifestarse en forma de ataques sin causas orgánicas». Es decir, que Hitler no sufría una enfermedad física del corazón, sino que imaginaba padecerla o, al menos, tenía miedo de ella. Un cuadro clínico que se corresponde con la clásica psicosis de angustia.

«Un trastorno nervioso grave»

Cuando Adolf Hitler aparecía ante las cámaras del informativo semanal, la censura eliminaba algunas tomas que lo traicionaban. Era necesario ocultar a toda costa a los alemanes el temblor de su mano izquierda, que no se correspondía en absoluto con la imagen ideal, creada por el propio *Führer*, del nuevo alemán: «Ágil como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero Krupp».* Sin embargo, para quienes formaban parte del entorno más cercano al dictador su deterioro físico era manifiesto. En el reconocimiento médico del verano de 1941, Morell advirtió por primera vez aquel temblor de la mano izquierda. Pronto constató también un movimiento incontrolado en la pierna izquierda. En sus notas diarias, el facultativo empleó la palabra «histeria» para referirse a esta particularidad, esto es, recurrió al término con el que en psicología se designa un trastorno neurótico, aunque ni extrajo más conclusiones ni inició una terapia. No fue hasta dos semanas antes del suicidio de Hitler, en abril de 1945, cuando anotó por vez primera que el temblor era una «variante de una parálisis agitante» y comenzó a tratarlo con fármacos. El propio Hitler se refería siempre a aquel movimiento incontrolado de sus extremidades como un «trastorno nervioso grave».

Sorprendentemente, durante mucho tiempo la ciencia prestó poca atención a esta enfermedad del *Führer*. Solo el historiador Percy Ernst Schramm supo darse cuenta de que estaba ante una cuestión explosiva y exigió que se hiciese todo lo posible «para resolver este gran enigma de la biografía de Hitler». Hoy en día se suele aceptar que el dictador padecía una forma de párkinson. Esta enfermedad cerebral de progresión lenta no solo provoca síntomas físicos, sino que, a través de complicadas alteraciones del metabolismo y de la involución de las células nerviosas, afecta con frecuencia a la actividad del cerebro. Entonces, ¿estaba Hitler en condiciones de dirigir a Alemania en plena guerra?

Los psiquiatras estadounidenses Nassir Ghaemi y Leonard L. Heston lo dudan. En su último estudio hasta la fecha, en el que analiza la salud mental de varios líderes históricos, Ghaemi llega a la conclusión de que Hitler era bipolar y de que su consumo abusivo de medicamentos intensificó esta tendencia. Por su parte, Heston cree que Hitler presentaba un «marcado síndrome psicoorgánico». Ambos psiquiatras consideran, en cualquier caso, que el origen de tales dolencias no fue la enfermedad de Parkinson, sino la prolongada intoxicación de Hitler con el estimulante Pervitin, entre cuyos posibles efectos secundarios se encuentran las ideas fijas paranoides, con efectos devastadores. Según ellos, la alteración de la psique de Hitler a partir del verano de 1942 tuvo efectos evidentes en decisiones militares como la de mantener a toda costa la posición de las tropas en Stalingrado o la batalla de las Ardenas, que estaba condenada al fracaso.

Las anfetaminas suministradas a Hitler por vía intravenosa empeoraron los síntomas maníaco-depresivos de su trastorno bipolar. Hasta hace poco, los psiquiatras y los historiadores no han tenido en cuenta este efecto combinado. [...] Sencillamente, no han comprendido que tal abuso de las anfetaminas era especialmente peligroso, dado que intensificaba el trastorno bipolar existente.

El psiquiatra estadounidense Nassir Ghaemi, en referencia a su teoría de que Hitler sufría un trastorno de la afectividad

La neuróloga alemana Ellen Gibbels sostiene una opinión diferente. Ha estudiado en profundidad la enfermedad nerviosa de Hitler y ha llegado a un resultado muy claro. Junto con las notas de Morell y los abundantes testimonios de los coetáneos, la científica ha analizado también las imágenes de Hitler en 83 secuencias del informativo semanal alemán, tomadas entre 1940 y 1945. De este modo ha conseguido probar que a partir de 1941 se constatan claramente en Hitler síntomas característicos del párkinson, como el temblor en reposo de uno de los lados del cuerpo y las «anomalías en la posición», por ejemplo el encorvamiento de la espalda. No obstante, no se ha conseguido probar que Hitler presentara los síntomas psíquicos frecuentes en los enfermos de párkinson: de hecho, no dio muestras de demencia ni de un pensamiento ralentizado. Gibbels está convencida de que la enfermedad no influyó en las decisiones del *Führer* ni afectó negativamente a sus resoluciones: «Según nuestras investigaciones, las alteraciones psicopatológicas en el caso de Hitler son tan limitadas que sus efectos sobre sus decisiones militares y políticas de los últimos años de la guerra tuvieron que ser verdaderamente ínfimos».

Una vista limitada

> Conjuntivitis, probablemente provocada por el viento y el polvo, dado que en el patio hay muchos escombros. Ve muy poco con el ojo derecho, según declara el *Führer*. Le he echado en el ojo una solución de cocaína y Suprarein.
>
> *Anotación de Morell sobre la conjuntivitis de Hitler en marzo de 1945*

Hitler sabía que provocaba un efecto especial con su mirada. Así lo recordaba, tras la guerra, la que fue su secretaria durante muchos años, Christa Schröder, al evocar su primer encuentro con el dictador y la impresión que este le causó: «Cuando entré en su despacho, posó sobre mí sus intensos ojos azules».Y en el mismo sentido Hanskarl von Hasselbach, médico que siempre acompañaba a Hitler, escribió en 1946: «Es absurdo

pensar que la mirada de Hitler era fija o estaba muerta. [...] En realidad, los ojos de Hitler eran vivos y fascinantes, y, junto con sus palabras, eran el medio que determinaba su extraordinaria capacidad de sugestión». Por eso para Hitler el hecho de que, con la edad, sus ojos empezasen a acumular problemas se convirtió en un inconveniente tan grave. Ya en 1935 se le prescribieron unas gafas de lectura, que, por vanidad, únicamente quiso llevar en su círculo más íntimo, y eso solo en contadas ocasiones. Prefirió que los documentos destinados a su uso personal se redactaran con la «máquina de escribir del *Führer*», especialmente fabricada para él, que producía letras doce milímetros mayores que las habituales.

A partir de 1941, Hitler se quejó cada vez con más frecuencia a Morell de alteraciones de la vista y dolor en los ojos. Finalmente, el médico consultó al doctor Walter Löhlein, director del Departamento de Oftalmología del hospital berlinés Charité, quien observó «un ligero enturbiamiento del cuerpo vítreo derecho» y recomendó el uso de unas gafas nuevas, ya que Hitler tenía hipermetropía en el ojo derecho y su visión era tan solo de algo más del cincuenta por 100. Desde luego, los ciudadanos no debían enterarse de aquello. El dictador mantuvo en secreto su pérdida de visión y prohibió que se publicaran imágenes en las que apareciera con lentes. Incluso en los debates que mantenía a diario con sus colaboradores para determinar el estado en el que se encontraba el conflicto armado y en los que tenía que someter a sus ojos al enorme esfuerzo de leer los mapas, rara vez apareció con gafas ante sus generales. En lugar de ello, utilizaba una potente lupa. A principios de 1945 su vista estaba tan deteriorada que el dictador se quejaba a menudo ante su médico de cabecera de que con el ojo derecho no distinguía prácticamente nada. Sin embargo, era preciso mantener la imagen de un *Führer* sano y fuerte hasta el final. El 10 de abril de 1945 Morell escribió: «A mediodía he transcrito la receta del Dr. Löhlein, dado que él había anotado debajo: «Para el “*Führer*”». Tres semanas más tarde, Hitler estaba muerto.

¿Un hombre a medias?

En noviembre de 2008, un autor polaco publicó el testimonio de un alemán que había intervenido como enfermero durante la primera guerra mundial y que provocó todo un escándalo en la prensa: «Cómo perdió Hitler su testículo». La declaración era de Johann Jambor, que se vio implicado en octubre de 1916 en la batalla del Somme: «Jambor y su compañero llevaban horas poniendo a salvo a los soldados heridos en el campo de batalla. Entre ellos se encontraba Hitler. Pero mientras intentaban trasladar a este al hospital militar, volvió a activarse el fuego francés y se vieron obligados a abandonarlo». Según su testimonio, el futuro *Führer* gritó e incluso llegó a amenazar con llevar a aquellos temerosos enfermeros ante un consejo de guerra. Finalmente, consiguieron trasladarlo al hospital: «Tenía el abdomen y las piernas completamente ensangrentados. Habían herido a Hitler en el abdomen y le habían hecho perder un testículo. La primera pregunta que le dirigió al médico fue: "¿Podré tener hijos?"». Supuestamente, Johann Jambor había guardado aquel secreto durante decenios porque durante el régimen nazi vivió con el miedo permanente de que el *Führer* intentara localizarlo y hacerlo desaparecer.

En realidad, los primeros rumores en torno al testículo de Hitler aparecieron ya durante su Gobierno. Tras el estallido de la segunda guerra mundial, entre los soldados británicos se hizo muy popular una canción satírica que comenzaba con las siguientes palabras: «Hitler had only got one ball, the other is on the kitchen wall» («Hitler solo tiene un huevo, el otro está en la pared de la cocina»). Otra fuente que confirma esta supuesta pérdida de un testículo es el informe de la autopsia de los forenses soviéticos que en mayo de 1945 analizaron los restos de su cadáver calcinado. En aquel informe se asegura: «En el escroto, que, aunque está quemado, se ha conservado, solo se ha encontrado el testículo derecho». Y más adelante se precisa: «El testículo izquierdo no se ha podido localizar ni en el escroto ni en el cordón espermático del conducto inguinal ni en la pelvis menor».

Con todo, hoy en día se sabe que esta historia del único testículo de Hitler es solo una leyenda. El experto en guerras mundiales Thomas Weber

está seguro de que la explicación de Johann Jambor debe considerarse una invención: «Aun cuando no tuviéramos en cuenta que en ningún documento militar o médico de Hitler se menciona una lesión en el abdomen y que nadie tuvo que “encontrar” a Hitler, sencillamente porque él no estaba en el campo de batalla, sino en el refugio de los correos del Estado Mayor del regimiento, la información que proporciona Jambor es todo menos convincente. Si Hitler hubiese perdido realmente un testículo y Jambor lo hubiese salvado, es improbable que un enfermero que atendió a cientos, cuando no a miles, de soldados heridos a lo largo de la guerra se hubiese fijado precisamente en las lesiones y en el nombre de este soldado, que, en aquella época, era completamente desconocido e insignificante».

Tampoco el informe de la autopsia de los rusos constituye la prueba definitiva, como se suele creer. Por una parte, los soldados soviéticos no fueron especialmente cuidadosos a la hora de recuperar el cadáver. Los restos mortales de Hitler se enterraron y desenterraron en varias ocasiones antes de envolverlos en una manta y empaquetarlos para el transporte en cajas de madera destinadas, en un principio, a albergar munición. Es bastante probable que aquel testículo, sencillamente, se perdiera. El cadáver quedó tan «intensamente carbonizado» que resultaba imposible «describir el aspecto del fallecido». Por otra parte, lo decisivo en este caso es que el informe se manipuló por motivos políticos. A instancias de Stalin, la autopsia trató de demostrar que Hitler se había envenenado cobardemente, en lugar de pegarse un tiro. El historiador ruso Lew Bezymenski, que publicó íntegramente el informe de la disección en su obra *Der Tod des Adolf Hitler* («La muerte de Adolf Hitler»), se disculpó en los años noventa ante sus lectores por las «mentiras intencionadas» que había difundido por encargo del KGB en 1968. Finalmente, la respuesta definitiva a las especulaciones sobre el testículo perdido de Hitler se encuentra en el acta que elaboró Theodor Morell para los fiscales del proceso de Núremberg. En ella, el médico confirma que en su primer reconocimiento completo al *Führer* se desencadenó lo que se conoce como el «reflejo cremasteriano», que provoca, a través de la estimulación de la cara interna del muslo, una elevación del testículo.

Terapia hormonal para el dictador

Sin duda alguna, a Hitler le atraían las mujeres, y no los hombres. Nunca se han presentado pruebas convincentes de su supuesta homosexualidad, de la que tanto se ha hablado. En este sentido hay que tener en cuenta igualmente una entrada en el diario de la amante secreta del *Führer*, Eva Braun, en la que ella anota: «Me necesita únicamente para determinados fines, solo puede ser así; cuando me dice que me quiere se refiere únicamente a ese momento». Y cuando su alférez de marina le pidió permiso para casarse, parece que el dictador suspiró: «¡Qué suerte tiene! Yo, en cambio, no puedo hacerlo». Sin embargo, ante la opinión pública, Hitler difundió la imagen de un hombre que trabajaba incansablemente para Alemania y en torno al cual no había espacio para ninguna mujer.

De hecho, desde 1931 hasta su muerte, en abril de 1945, mantuvo una relación estable con Eva Braun en la que ambos fueron fieles. No obstante, en el pasado se ha debatido apasionadamente acerca de si la naturaleza de esta relación era sexual, si Hitler era sexualmente activo y, de ser así, en qué medida lo era. No existen datos inequívocos al respecto. El médico de cabecera de Hitler, que durante mucho tiempo vio al dictador prácticamente a diario, no estaba al corriente de todos sus asuntos privados. Aun así, no tenía dudas de la potencia y la actividad sexuales de su paciente. Eso sí, observó que las preocupaciones de la guerra, cada vez mayores, tenían consecuencias en aquella relación. Los análisis del suero sanguíneo del *Führer* que el médico ordenaba realizar regularmente muestran, a partir de 1940, una clara reducción de la producción orgánica de hormonas sexuales.

> Evidentemente, Hitler siempre se mantuvo en una lucha constante contra su anhelo de humillarse por completo. Ahora entendemos que la mejor forma de reprimir este anhelo es huir de cualquier relación profunda, porque cada sentimiento de calor y amor quebraría su afán enfermizo. Él no siente menos repugnancia por todo esto que nosotros. Es un masoquista que encuentra satisfacción en el castigo de su propio cuerpo.

El psiquiatra estadounidense Walter C. Langer, en un informe de 1943 sobre el masoquismo de Hitler destinado al servicio secreto militar de EE. UU.

> Si se realiza un examen del material sobre este sensible tema dejando a un lado las pasiones y descartando los chismes, las habladurías, los rumores y las fuentes manipuladas, queda poco que arroje una luz objetiva sobre la vida sexual de Hitler.
>
> *Anna Maria Sigmund, historiadora*

Pero Morell podía ayudar al dictador. Como se deduce de sus apuntes, desde 1943 inyectaba frecuentemente al *Führer* una hormona sexual, la testosterona, así como preparados hormonales que su propio imperio farmacéutico fabricaba. Para conseguir aquella costosa hormona, el médico había creado una sección en un enorme matadero ucraniano específicamente destinada a obtener productos derivados de los animales. En aquella época, tales preparaciones se aplicaban como terapia hormonal para mejorar la potencia sexual. Si se comparan los apuntes de Morell acerca de las inyecciones de hormonas para Hitler con otras fuentes, es fácil darse cuenta de que el tratamiento coincidía con las estancias de Eva Braun en la Berghof y en la Cancillería del Reich en Berlín. Los investigadores Neumann y Eberle lo tienen claro: «Es seguro que con aquellas hormonas Morell buscaba el "aumento de la potencia" y no solo el "fortalecimiento general" frente a la debilidad muscular y el bajo estado general —como escribía en sus anotaciones—. En el recatado idioma que se utilizaba entonces, se empleaba la palabra "silla" para referirse a las heces, y para los genitales se reservaban otras designaciones confusas. "Fortalecimiento general" significaba, en realidad, incremento de la "virilidad"».

El atentado y sus consecuencias

El 20 de julio de 1944, a las 12.42 horas, explotó en la Lagebaracke* del cuartel general de Hitler en Rastenburg (la actual ciudad polaca de Kętrzyn)

una bomba que el coronel Claus Schenk, conde de Stauffenberg, había colocado en una cartera bajo la gran mesa sobre la que se extendían los mapas, a apenas dos metros de Hitler. La explosión fue de una gran violencia. La mesa, de madera de roble maciza, se hizo añicos. El revestimiento de techos y paredes se desprendió y la sala quedó reducida a escombros. En el suelo se abrió un agujero de casi un metro y medio. Cuando se disipó el humo, fue posible valorar las dimensiones que había alcanzado la destrucción. Cuatro personas habían muerto en el acto y otras nueve habían resultado gravemente heridas. El propio Hitler escapó por poco de la muerte. De hecho, si se salvó fue fundamentalmente porque en el momento de la explosión se encontraba inclinado sobre el grueso tablero de la mesa, que le protegió de la violencia de la detonación. Además, aquel era un caluroso día de verano y todas las puertas de la cabaña estaban abiertas, lo que permitió que la onda expansiva apenas encontrase obstáculos en su movimiento hacia el exterior.

Una vez que el cirujano Hanskarl von Hasselbach había prestado los primeros auxilios a Hitler, el médico de cabecera, Theodor Morell, se apresuró también a asistirle. Sin embargo, el *Führer* lo tranquilizó: «No es tan grave». De hecho, en el grupo de 24 personas que se encontraban presentes en la Lagebaracke en el momento de la detonación, el dictador fue quien menos heridas sufrió. Como se confirmó en un primer reconocimiento, un fragmento que había saltado por los aires le provocó una serie de heridas menores en la cara y un arañazo en la frente. La piel del muslo se le había desgarrado por la onda de presión y calor, y Morell tuvo que retirarle de la pierna más de cien fragmentos de un tamaño considerable.

Pese a estas lesiones, que no eran en modo alguno insignificantes, Hitler estaba de buen humor y se sentía lo suficientemente en forma como para recibir en persona en la estación de trenes del cuartel general a su aliado Benito Mussolini, que iba a visitarle, e incluso para enseñarle el lugar en el que había sufrido el ataque. Hacia la una de la mañana, Hitler se dirigió por radio al pueblo alemán para que los ciudadanos pudieran oír su voz. En aquella breve intervención aseguró que estaba «completamente ileso» y que

aquello era una «confirmación de la misión que le había reservado la Providencia» para que continuase «luchando por el objetivo de su vida» y no cejase en su trabajo. Como suponen los expertos Neumann y Eberle, aquel buen humor de Hitler se debía a motivos psicológicos: «Había salido airoso de un peligro que se venía anunciando desde hacía tiempo y ahora podía combatir al fin a enemigos visibles». De hecho, ya en febrero de 1944 un diplomático sueco le había avisado de que se estaba preparando un atentado y le había advertido de que el asesino sería un oficial del Estado Mayor. Aquello determinó que la venganza de Hitler contra los conspiradores fuese aún más violenta. Hasta el mes de abril de 1945, la Gestapo detuvo a unas siete mil personas, de las que más de doscientas fueron sentenciadas —en un proceso judicial que no fue sino un mero simulacro— y ejecutadas.

La bomba tuvo un efecto paradójico en la parálisis agitante de Hitler. El *Führer* confesó al jefe del personal de la Wehrmacht, Alfred Jodl: «Se ha obrado en mí un milagro. Después de este ataque, mi trastorno nervioso prácticamente ha desaparecido y también lo ha hecho el temblor de la pierna izquierda. ¡Eso sí, no quiero decir que considere que esta es la cura adecuada!». Sin embargo, unas semanas más tarde el temblor volvió. El dictador describió a sus secretarias su estado con las siguientes palabras: «Antes del atentado, tenía un temblor en la pierna izquierda; ahora ha pasado a la mano derecha. Menos mal que no lo tengo en la cabeza. Sería horrible cabecear permanentemente».

Un día después del atentado, sin embargo, se constató que las heridas de Hitler eran más graves de lo que se había pensado. Le habían aparecido grandes ampollas en las manos y las piernas, y el antebrazo izquierdo se le había inflamado considerablemente debido a una hemorragia interna. Además, los ojos se le movían constantemente hacia la derecha y, en el interior del búnker, Hitler tenía la sensación de que iba a caerse también hacia la derecha. Cuando por la tarde fue a dar un corto paseo, se salió en dos ocasiones del camino, ambas en dirección a la derecha. El motivo de todo aquello era una lesión en los oídos, la zona que más afectada había resultado en la explosión. El *Führer* había perdido prácticamente la

audición en el oído derecho y también estaba medio sordo del oído izquierdo. Además, se quejaba de sentir permanentemente un gusto a sangre en la boca. La noche siguiente el conducto auditivo derecho le volvió a sangrar. También le dolían los oídos. La situación era tan alarmante que Morell no tuvo más remedio que llamar a un especialista. Eligió al doctor Erwin Giesing, director del Departamento de Otorrinolaringología del hospital militar para la Wehrmacht de Karlshof, situado en las proximidades. Giesing trató a Hitler durante dos meses y medio.

Cocaína para el «führer»

En febrero de 2011 una casa de subastas estadounidense ofreció una colección de valiosos documentos originales redactados por Erwin Giesing. Además de varios croquis —elaborados por él mismo— de los interiores del búnker en el que vivía Hitler en la Guarida del Lobo, contenía el informe original de más de cien páginas que el médico elaboró el 12 de junio de 1945, cuando era prisionero de guerra, para la Military Field Intelligence Unit No. 4. El título: *Bericht über meine Behandlung bei Hitler* («Informe de la asistencia médica que presté a Hitler»).

Cuando dos días después del atentado Giesing acudió al cuartel general del *Führer* para tratarlo, las medidas de seguridad se habían reforzado extraordinariamente. El médico tuvo que someterse a un severo cacheo, en el que su instrumentación se examinó tan a conciencia que incluso se extrajo la pequeña bombilla de su lámpara médica para inspeccionarla y se le obligó a depositar su gorra y su navaja antes de encontrarse con Hitler. En el reconocimiento, Giesing observó que el *Führer* tenía los dos tímpanos desgarrados y que presentaba una acumulación de sangre en los conductos auditivos. Para contener la hemorragia y evitar una inflamación en el oído medio, fue necesario cauterizar los bordes de los tímpanos. Probablemente para evitar mostrar debilidad ante sus médicos, Hitler se negó a aceptar una anestesia superficial pese a lo doloroso del tratamiento: «Aguantaré, he aguantado cosas peores en mi vida. Tampoco será para tanto». Cuando unos

días más tarde fue necesario repetir el procedimiento porque la hemorragia no cesaba, añadió: «Ya no siento dolor. El dolor existe para hacer más fuerte al ser humano».

Pese a estas medidas preventivas, en las semanas posteriores Hitler sufrió una persistente y dolorosa otitis en el oído medio, a la que se unió un intenso resfriado que le contagió su peluquero. Aquello se tradujo en insomnio, dolores con sensación de tirantez y una presión en la cabeza que hacía al *Führer* aún más susceptible. Giesing supuso que se estaba produciendo una inflamación en los senos nasal y parafrontal, pero solo podía confirmarlo si realizaba una radiografía. El 19 de agosto, Hitler se sometió en su cuartel general a un examen radiológico mediante un aparato móvil. Hoy en día se conservan entre la documentación de Giesing las radiografías del cráneo de Hitler, que confirmaron la hipótesis del médico y mostraron una evidente sombra en el seno maxilar izquierdo, consecuencia de la infección que el *Führer* arrastraba. Para aliviar los dolores, el facultativo pidió a la farmacia Engel-Apotheke, en Berlín, a la que acudían también muchas figuras destacadas del Tercer Reich, una solución al diez por 100 de cocaína. Dos días más tarde, el médico apuntaba en su informe que había empezado el tratamiento con un claro éxito: «Hitler dijo que tras la aplicación de cocaína para remitir la hinchazón sentía la cabeza mucho más despejada y podía pensar con mayor claridad». Supuestamente, el dictador preguntó al médico «si esa agradable solución de cocaína no se podría preparar una o dos veces al día».

> Por la tarde le he dicho al *F[ührer]* que tiene un tono amarillento. He querido reconocerlo. Permiso denegado.
>
> *Anotación de Morell del 13 de agosto de 1944*

Giesing sugiere que en las semanas posteriores pudo acceder sin ningún problema al dictador y que entre médico y paciente se estableció una relación de confianza. Según su testimonio, el 1 de octubre de 1944 Hitler incluso le recibió en su dormitorio. De repente, se quitó la camisa de dormir

y le pidió que le hiciera un reconocimiento general. Giesing asegura que aquel fue el reconocimiento más largo y más pormenorizado que el *Führer* permitió que le hicieran. Finalmente, y siempre de acuerdo con las declaraciones del médico, el dictador dijo: «Doctor, nuestra conversación no debe hacernos olvidar el tratamiento. Mire mi nariz y métame en ella cocaína». En el momento de la aplicación de la solución de cocaína en la mucosa nasal, el facultativo observó que el paciente se iba tranquilizando cada vez más, hasta perder la conciencia. Supuestamente, Giesing comprendió que se le estaba brindando la oportunidad de cambiar el rumbo de la historia: «En aquel momento deseé que aquel hombre dejara de existir. Comprendí de repente que aquel hombre poderoso, entonces desmayado, estaba en mis manos. [...] Y, como si una fuerza me obligara a ello, sumergí otro bastoncillo de algodón en el frasco de cocaína y volví a aplicar el producto en la mucosa nasal, sabiendo que provocaría una conmoción por sobredosis». Solo la aparición del asistente de Hitler, Linge, impidió a aquel médico continuar con la aplicación y dar al dictador «un final piadoso».

> Morell actuó de un modo bastante responsable. Observó las dosis máximas diarias prescritas en el suministro de medicamentos, que rara vez sobrepasaba —aunque los médicos que acompañaban a Hitler le acusaran de lo contrario—. Además, Morell consultaba a otros especialistas, como los profesores del hospital berlinés Charité.
>
> *Hans Joachim Neumann y Henrik Eberle, sobre la metodología de tratamiento de Morell*

¿Hasta qué punto es creíble este relato que el especialista en otorrinolaringología escribió precisamente mientras estaba retenido como prisionero de los estadounidenses? ¿Es posible que el dictador estuviese a punto de convertirse en un adicto a la cocaína y que solo el azar impidiera que el médico llevase a cabo su acción? Testigos como Traudl Junge, secretaria de Hitler, que por aquel entonces trabajaba a diario dentro del círculo más cercano al *Führer*, no fueron capaces de recordar tras la guerra si alguna vez habían oído el nombre del doctor. El asistente personal de Hitler, Otto Günsche, aseguró: «Podemos olvidarnos de las declaraciones

del Dr. Giesing. Dijo cosas que no son ciertas, mintió en muchos pasajes [...]. No puedo imaginarme que reconociera al *Führer* [...] sin Morell en aspectos que, como se sabe, no forman parte de las competencias de un otorrinolaringólogo». Los autores Eberle y Neumann creen saber cuál es el motivo de aquellas afirmaciones del médico: «Hay que entender las respuestas de Giesing [...] como una autoprotección: quienes aportasen indicios creíbles de haber intentado atentar contra la vida de Hitler estaban a medio camino de salvar el pellejo. Era inevitable que en estos casos se mezclase la fantasía con la realidad».

Lo único seguro es que en las semanas que siguieron al atentado cada vez se llamó menos a Erwin Giesing para que acudiera al cuartel general a tratar a Hitler. En una de aquellas visitas el médico descubrió por casualidad que sobre la bandeja del desayuno del dictador había una gran cantidad de medicamentos diferentes. Lo que más le llamó la atención fueron las pastillas negras contra los gases Dr. Köster, que el doctor Grawitz había recetado a Hitler en 1935 para combatir su dolor de estómago y que el *Führer* siguió tomando desde entonces.

A través del ayudante de cámara personal de Hitler, Heinz Linge, Giesing se enteró de que el dictador consumía «cantidades monstruosas» de aquellos comprimidos. Cuando estudió los datos de la composición de la preparación, el médico comprobó con horror que el medicamento contenía las potentes neurotoxinas estricnina y atropina. Giesing estaba indignado ante la idea de que Morell permitiese a su paciente ingerir sin control alguno aquellas «peligrosas» tabletas. Inmediatamente confió la información a Brand y a Hasselbach, los cirujanos que acompañaban a Hitler, quienes vieron que al fin había llegado la ocasión que habían esperado durante tanto tiempo: podían hacer caer al poderoso y poco apreciado médico de cabecera. En secreto, llevaron a cabo una serie de investigaciones y, finalmente, comunicaron sus reproches a Morell, que reprodujo más tarde las hipótesis de Brandt en sus registros: «El *Führer* ha tomado a diario dieciséis pastillas contra los gases que contienen tanta estricnina que prácticamente se ha alcanzado la dosis máxima. Las dolencias actuales y las que han aparecido hasta este momento se deben a

una intoxicación de estricnina. [...] También el temblor ha de atribuirse a esta sustancia. [...] Yo [Brandt] tengo en mis manos la prueba de que estamos ante un caso evidente de intoxicación por estricnina».

> Si no tuviese a mi fiel Morell, estaría listo.
>
> *Hitler, en referencia a su médico de cabecera*

Sin embargo, aquellos médicos se habían equivocado. Es cierto que en las semanas anteriores la salud de Hitler se había resentido y que habían aparecido síntomas de ictericia. Sin embargo, el origen de aquella enfermedad no era el que ellos suponían. En realidad, se trataba de la consecuencia de una retención de bilis. De hecho, hay que tener en cuenta que el contenido de estricnina de las píldoras contra los gases era insignificante. Y como Hitler llevaba ya casi diez años tomándolas y tras la catástrofe de Stalingrado incluso había aumentado las dosis, hacía tiempo ya que deberían haber aparecido las señales de la intoxicación. En cualquier caso, Hitler estaba muy molesto por el hecho de que se hubieran atrevido a atacar a su médico de cabecera. El 9 de octubre de 1944, Brandt y Hasselbach fueron despedidos y un día más tarde Giesing fue relegado de sus funciones. Hitler manifestó a su médico de cabecera: «Y que esos burros [los médicos que lo habían acompañado hasta entonces] no se hayan parado a pensar en lo que me han hecho [...], deberían saber que usted [me] ha salvado varias veces la vida [...] en ocho años». Morell aprovechó la ocasión para presentar la situación de un modo que le conviniese: «Mi *Führer*, si le hubiese tratado un médico normal, se habría visto apartado de su trabajo durante tanto tiempo que el Reich se habría desmoronado. *Tenía* que proporcionarle permanentemente tratamientos cortos con altas dosis y rozar los límites de lo permitido. [...] pero asumí la responsabilidad y puedo hacerlo todavía, porque si se hubiera tenido que retirar durante largas temporadas, en los tiempos que corren Alemania se habría venido abajo».

Los dientes de Hitler

El cuerpo que dos oficiales del servicio secreto ruso recuperaron el 5 de mayo de 1945 en un cráter que había abierto un obús en el jardín de la Cancillería del Reich en Berlín estaba tan calcinado que resultaba imposible reconocerlo. Cuando el perito forense jefe del 1.er Frente Bielorruso, el doctor Faust Schkarawskij, analizó tres días más tarde los restos mortales de aquel hombre desconocido, supuso que se trataba del cadáver de Adolf Hitler, aunque no había manera de estar seguro de ello. Por eso, puso todo el cuidado en estudiar los dientes e hizo constar en su informe: «El hallazgo anatómico más importante que se debe valorar para identificar a esta persona es su dentadura, en la que figuran abundantes puentes, dientes, coronas y empastes».

Aquellos puentes, coronas y empastes eran obra del doctor Hugo Johannes Blaschke, el dentista del *Führer*. Blaschke, que en los años veinte tenía una prestigiosa consulta en la avenida berlinesa de Kurfürstendamm, ingresó en el NSDAP en 1931 y contó con numerosos nazis destacados entre su clientela. Como declaró en un interrogatorio tras la guerra, se convirtió en el odontólogo de Hitler gracias a la mediación de Hermann Göring: «En noviembre o diciembre de 1933 me llamaron y me indicaron que debía acudir a la Cancillería del Reich. Hitler tenía dolor de muelas. Me enviaron un coche, cogí mi maletín con mis instrumentos y me puse en camino. Acerté con el diagnóstico, el dolor cesó y me convertí en el gran hombre». Blaschke describió a Hitler como un paciente modelo, que seguía todas sus indicaciones. El motivo de aquella obediencia, en realidad, era el fatal estado de los dientes de Hitler. La primera vez que se llamó al dentista, este encontró a Hitler «una muela que le provocaba dolor y piezas que se habían aflojado». Los huecos se rellenaron con puentes firmes de oro y porcelana, porque el *Führer* se negaba a utilizar una prótesis parcial extraíble. Para el orador del pueblo habría sido inimaginable que durante alguna comparecencia en público o algún discurso ante miles de seguidores se le cayera una parte de sus dientes.

Blaschke vio lo que ocurría, pero guardó silencio. Era un simpatizante y, por otra parte, también era un oportunista calculador, que, con tal de alcanzar la máxima posición en su sector, pactó con personas que instigaron y cometieron crímenes de lesa humanidad. Gracias a una hábil defensa durante la apelación, consiguió restar importancia a los evidentes lazos que había establecido con un régimen criminal.

Menvese Deprem-Hennen, en referencia a la carrera de Blaschke

Para Blaschke comenzó entonces una fulminante carrera en el Reich de Hitler. Pronto aquel especialista estaba ocupándose ya de prestar asistencia odontológica a la plana mayor nazi. Además del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, del jefe de las SS, Heinrich-Himmler, del jefe de la Cancillería del Partido, Martin Bormann, y del ministro de Armamento, Albert Speer, también formaba parte de su clientela la amante secreta de Hitler, Eva Braun. El *Führer*, que estaba muy satisfecho de la asistencia prestada por Blaschke, le otorgó el título de «doctor en odontología» y más adelante el título honorífico de «profesor».

En 1935 el dentista ingresó en las SS y también en este órgano su carrera fue fulminante. Se cree que gracias a la mediación de Himmler se convirtió en el dentista principal de las SS, encargado de la creación de un servicio de odontología tanto para las propias SS como para la policía. Durante la guerra, fue ascendido a general de división del cuerpo de combate Waffen-SS. Su posición como médico personal de Hitler le permitió formar parte del grupo de personas que, poco antes de que finalizara la contienda, pudieron salir de la Berlín sitiada en uno de los últimos aviones. Pocos días después, un dentista judío, Fedor Bruck, se quedó con su desierta consulta en Kurfürstendamm. Bruck, que había vivido oculto durante años en Berlín y había logrado escapar así de las deportaciones, encontró en aquel local abandonado numerosos documentos que Blaschke había dejado atrás en su huida.

Aquellos textos del dentista de Hitler se dieron por desaparecidos durante más de sesenta años, porque Fedor Bruck nunca los hizo públicos. No fue hasta 1999 cuando la joven odontóloga Menvese Deprem-Henen los descubrió entre el legado de Bruck y analizó en su tesis los asientos de los

libros de la consulta y los datos de los pacientes: «En los documentos de Blaschke se deja claro que Hitler se alimentaba muy mal y que padecía periodontitis. En 1944 le apareció una supuración en el maxilar superior, lo que obligó a extraerle un molar. Además, Hitler era tan sensible al dolor que se permitió el lujo de pedir a su dentista que acudiera ocho veces a la Cancillería del Reich para un tratamiento de la raíz, de modo que no sintiera demasiado la intervención. Por lo general, esta operación se lleva a cabo en una o dos sesiones. Así pues, cabe suponer que Hitler, como tantas otras personas, tenía miedo de los dentistas».

> Por eso es por lo que en realidad estamos sentados aquí.
>
> *Respuesta de Blaschke a la pregunta del fiscal estadounidense Robert Kempner en el proceso de Núremberg sobre si los odontólogos habían extraído dientes a los judíos gaseados*

Pero los documentos destapan más secretos. Como odontólogo en la Oficina Central de las SS, Blaschke se hizo con el oro de los dientes de los judíos que habían muerto asesinados en los campos de concentración. Según se indica en una carta de la Oficina Central Económica y Administrativa de las SS, en octubre de 1942 se había conseguido la elevadísima cantidad de más de cincuenta kilogramos: oro suficiente para atender a todas las SS durante cinco años. En la documentación relativa a los pacientes de la consulta de Blaschke se incluían también varios «justificantes de transferencias para prótesis dentales». El médico anotó el tratamiento previsto para sus clientes y la cantidad exacta de oro que se necesitaría. Entre otros, figuran los formularios de la amante de Hitler, Eva Braun, y del secretario personal del *Führer*, Martin Bormann. El protésico dental de Blaschke, Fritz Echtmann, que elaboraba en exclusividad las coronas y los puentes de los pacientes importantes, declaró ante los rusos en el interrogatorio al que estos le sometieron como preso que, a principios de 1945, preparó dos nuevos puentes de oro para Hitler, puentes que, sin embargo, nunca llegaron a utilizarse. Estos documentos de Blaschke

aportan la prueba definitiva de que Hitler y su grupo llevaban en la boca el oro de sus víctimas. Sin embargo, hoy en día no es posible determinar si Hitler conocía de dónde provenía el oro con el que se elaboraban sus prótesis dentales. No obstante, con todo lo que se sabe hoy en día sobre el *Führer*, se puede suponer que eso no habría representado para él ningún problema.

Cuando en mayo de 1945 los agentes soviéticos confirmaron definitivamente la muerte de Hitler con la ayuda de Fritz Echtmann, empleado de Blaschke, y la asistente Käthe Heusermann, enviaron los dientes a Moscú como un trofeo. En esa ciudad, concretamente en el Archivo del Ministerio del Interior de la Federación de Rusia, se conserva aún hoy parte de la mandíbula de Hitler con sus puentes de oro, junto con otros objetos que se encontraron al lado del cadáver, empaquetados en una vieja y sencilla caja de cartón.

¿Estaba enfermo Hitler?

Hitler fue celebrado como un redentor, pero dejó tras de sí un mundo en ruinas. En su nombre se expulsó, torturó y asesinó a más personas que nunca antes en la historia. Tras la muerte del criminal del siglo, se buscaron explicaciones para tratar de entender cómo se había podido llegar a tal catástrofe. La teoría de que el *Führer* era un megalómano, un permanente chiflado o una víctima de una grave enfermedad era sencilla y convincente. Prácticamente no hay un trastorno mental que no se haya atribuido al dictador. La versión alemana de la enciclopedia en línea Wikipedia registra bajo la entrada «biografía de Hitler desde el punto de vista de la psicopatología» más de setenta obras científicas sobre el tema y menciona como posibles enfermedades la histeria, la psicopatía o el trastorno *borderline*.

¿Sabía Hitler lo que hacía y, en consecuencia, era responsable de ello? Los expertos Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle resumen los resultados de sus investigaciones del siguiente modo: Hitler padecía el

síndrome de colon irritable —acompañado de intensos calambres— que, con toda probabilidad, fue provocado por factores psíquicos, como intensos «afectos». Desde 1941, además, estaba enfermo de párkinson. Sin duda, presentaba también hipertensión arterial y síntomas de una arteriosclerosis progresiva. En cualquier caso, lo principal era su mente:

> Hitler nunca presentó una «manía» en el sentido patológico del término. Las verdaderas causas de sus delitos se deben buscar en la sociedad alemana, en la evolución de sus ideas y en las relaciones entre sus individuos. [...] La guerra y el exterminio de los judíos no se debieron a que Hitler estuviera enfermo, sino a que la mayoría de los alemanes compartían sus convicciones, hicieron de él su líder y lo siguieron.
>
> **Hans-Joachim Neumann y Henrick Eberle, *War Hitler krank*? («¿Estaba enfermo Hitler?»)**

«La reconstrucción de la biografía médica de Adolf Hitler solo lleva a una conclusión: Hitler no actuaba bajo la influencia de una enfermedad mental o de [...] sustancias como el alcohol o las drogas, sino más bien bajo los efectos de su “personalidad primaria”». La conclusión de estos investigadores es: Hitler «sabía lo que hacía y lo hizo con orgullo y entusiasmo».

Con toda seguridad, las enfermedades de Hitler no fueron el motivo de sus crímenes. Incluso cuando analizamos su historia clínica, siempre nos sale al paso, inevitablemente, la figura del criminal.

El secreto del *U 513*

> Nadie pensaba que seríamos capaces de encontrar el submarino. Busqué pistas por todo el mundo: en Estados Unidos, en Alemania... Y después de nueve años de duro trabajo, al fin di con él. Estoy muy contento.
>
> *Vilfredo Schürmann, descubridor del* U 513

En julio de 2011, el yate de vela *Aysso* navegaba frente a la costa de la ciudad de Florianópolis, en el sur de Brasil. A bordo viajaba una tripulación compuesta por aventureros, historiadores y expertos en submarinos. El capitán Vilfredo Schürmann aún recuerda el momento en el que las agujas de los aparatos de medición comenzaron a agitarse bruscamente: «Se oyó un grito de júbilo y el vocerío se extendió por todo el yate. Fue un instante increíble. Hacía años que habíamos iniciado aquella búsqueda. Nos habíamos hecho a la mar dieciocho veces, pero nunca antes habíamos encontrado nada. Y entonces apareció el primer indicio de que todo aquello no había sido en vano». A bordo todos intentaban echar un vistazo al sónar de barrido lateral, que reproducía las variaciones de profundidad del fondo marítimo.

Tras dar varias vueltas por la zona, el equipo estaba seguro: a unos cien metros de profundidad yacía un objeto de setenta metros de largo, con forma de puro. Poco después, los expertos empezaron a comparar los datos del escáner con los planos de un submarino alemán de larga distancia de tipo IX-C. ¿Habían encontrado tras años de búsqueda el lugar en el que se había hundido un sumergible alemán? Todo parecía indicar que Vilfredo Schürmann había alcanzado la meta de sus investigaciones. Llevaba nueve

años esperando a que llegara aquel momento. El camino no siempre había sido fácil. De hecho, ni sus amigos pudieron evitar sonreír al oír su proyecto. Como reconoce Schürmann, «la gente me aconsejaba desistir. Me decían: ¡Olvídalo, solo es un sueño, déjalo!». Pero yo les respondía: «No, lo encontraré»». Schürmann y su equipo tenían razón. Ahora que el experto sabía dónde se encontraba el submarino, comenzó inmediatamente a planificar una expedición de inmersión, porque solo así sería posible identificar con toda seguridad el sumergible.

> Nunca dudamos de que, con una dosis suficiente de disciplina y trabajo, encontraríamos el submarino. Siempre es así: no emprendemos ningún proyecto en el que no creamos, en el que no pensemos que podemos tener éxito.
>
> *Vilfredo Schürmann*

Vilfredo Schürmann, de antepasados alemanes, es todo un aventurero. Su familia —formada por su mujer, Heloisa, y sus hijos, Pierre, David y Wilhelm— es tan conocida en Brasil como los Cousteau en Europa. Los Schürmann han dado varias veces la vuelta al mundo en barco, han escrito superventas sobre sus aventuras y han viajado a lugares vírgenes que después han presentado a millones de espectadores a través de sus documentales. Embelesados, los brasileños siguieron por televisión su travesía de más de dos años en la que recorrieron la ruta de Magallanes.

Ahora bien, ¿por qué un brasileño había buscado durante nueve años un submarino alemán? En realidad, fue el azar el que lo puso tras las pistas de este caso. Una noche en la que Schürmann había dejado su yate en su puerto de origen, Florianópolis, alguien le habló de la presencia de los submarinos alemanes frente a la costa de Brasil durante la segunda guerra mundial. Aquella historia despertó inmediatamente su interés: ¿por qué no había oído hablar hasta entonces de ella? Si lo que se contaba era cierto, una de aquellas naves, en concreto el *U 513*, se había hundido directamente a las puertas de su casa, es decir, frente a Florianópolis. El aventurero no lo

dudó: quería resolver aquel enigma, aun cuando sospechara desde el primer momento que no sería nada fácil.

El mito del submarino

Durante la contienda, los brasileños no se imaginaban que en el mar estuviesen teniendo lugar operaciones e intervenciones de submarinos. Lo único que se oía acerca de estos movimientos eran meros rumores. Las autoridades y los medios de comunicación de Brasil guardaban silencio absoluto para evitar que la población se preocupase ante la idea de que hubiese petroleros en llamas ante las costas. El Gobierno tenía miedo de que se desatara un pánico generalizado. Solo quien sobrevivía a un ataque podía informar del peligro que representaban los submarinos alemanes. Pero ¿qué hacían aquellas naves en la zona, a nueve mil kilómetros de distancia del Reich?

Poco a poco, los Schürmann fueron completando el puzle del *U 513*. Buscaron testimonios de la época, manejaron documentación de archivos brasileños y estadounidenses e incluso se desplazaron a Alemania para investigar el secreto del *U 513*. En el verano de 1943, como pronto descubrieron, había cinco submarinos alemanes frente a las costas de Brasil, de los que solo regresó uno. ¿Qué destino sufrieron los otros cuatro? ¿Y qué pasó con el *U 513*? La suerte les sonrió a través de un documento que encontraron en el Archivo Nacional de Washington: el informe oficial sobre el ataque de un hidroavión de tipo PBM Mariner contra el *U 513*. En él se explicaba con precisión cómo se hundió el submarino. En una nota marginal del documento se daba incluso la lista de los miembros de la tripulación del avión.

Tras meses de búsqueda, los Schürmann localizaron en Texas a uno de aquellos hombres. Desde luego, fue un golpe de suerte: habían pasado sesenta y ocho años desde el incidente. Vilfredo Schürmann visitó a William Stotts, un antiguo piloto de la Marina de Estados Unidos que había sido responsable del radar a bordo del avión. «Cuando nos vimos frente al

último testigo del hundimiento del *U 513*, nos sentimos parte de la historia con mayúsculas», asegura emocionado Schürmann. William Stotts aún recordaba con mucha exactitud los detalles del ataque, que no dudó en facilitar al brasileño.

> En marzo de 2012 mi sueño se hizo realidad: arrancamos la expedición submarina para identificar la nave hundida.
>
> *Vilfredo Schürmann, descubridor del* U 513

Schürmann había logrado dar otro pequeño paso en su búsqueda del *U 513*. Ya sabía cómo y cuándo se hundió el submarino. Sin embargo, las coordenadas del lugar de los hechos aún eran demasiado imprecisas como para emprender una búsqueda en el fondo del mar. El área que debían explorar era de unos doscientos kilómetros cuadrados. Resultaba imprescindible afinar la zona para tener alguna oportunidad de encontrar la nave naufragada. Pero ¿cómo hacerlo? Su equipo tuvo entonces una estrafalaria idea: la disposición de una nave hundida sobre el lecho marino debía de ser parecida a la de un arrecife de coral, así que las redes de pesca que pasaran por ella quedarían destruidas. Schürmann consultó a los pescadores del puerto de Florianópolis que utilizaban redes para su actividad. Ellos le confirmaron que, en efecto, había un punto determinado en el que sus redes llevaban decenios quedándose atrapadas. Las indicaciones de los capitanes de los barcos pesqueros seguían siendo vagas, pero al menos contribuyeron a delimitar la zona en cuestión.

La localización del *U 513* causó un enorme revuelo en los medios de comunicación brasileños: «Encontrado un submarino alemán de la segunda guerra mundial frente a la costa», anunciaba un titular. Vilfredo Schürmann incluso fue invitado al popular programa de entrevistas *Jô Soares*. Junto con su hijo David, planeaba organizar una expedición por los fondos marinos para resolver el enigma de una vez por todas.

Unos restos fantasmagóricos

Seis meses después de aquel exitoso viaje, el *Aysso* volvió a levar anclas en el puerto de Florianópolis. A bordo de un barco de acompañamiento viajaba un ROV (*Remotly Operated Vehicle*), un robot de inmersión provisto de cámara que se suele utilizar en las misiones de las plataformas petroleras en alta mar. Poco a poco, aquel robot se fue hundiendo en las aguas turquesas. La tripulación contuvo la respiración: «Todos albergábamos grandes esperanzas. ¿Qué veríamos? De repente, distinguimos en la oscuridad un barco fantasma». El robot de inmersión se acercó a aquel objeto. ¡Un submarino! El casco presurizado, de forma cilíndrica, era fácilmente reconocible. La parte inferior estaba enterrada en la arena. Las hélices y los timones se distinguían con claridad. Alrededor de aquella nave las ramas de las plantas acuáticas se mecían en la suave corriente, dando un aspecto fantasmagórico a la escena. El estado del sumergible era mejor de lo esperado, aunque el revestimiento de madera del techo se había podrido y el armazón de acero estaba cubierto de óxido. Los expertos descubrieron una fisura en la parte trasera del casco. ¿Qué tipo de fuerza había conseguido desgarrar aquel acero? «La torreta del submarino se elevaba majestuosamente en la parte delantera. Al igual que la proa, estaba profundamente dañada. Tras aquella inmersión, el equipo de expertos tenía más preguntas que nunca —bromea David Schürmann—. Queríamos saber exactamente cómo se había hundido el *U 513*.»

La guerra de submarinos de Hitler

> A menudo partíamos de Canadá o de Estados Unidos con cincuenta barcos y llegábamos al Reino Unido con solo veinticinco o incluso con apenas veinte. En aquella época, los submarinos del Atlántico Norte nos causaron las mayores pérdidas a través de la «táctica de la manada», como la llamaban.
>
> *David C. Jones, cadete británico*

Karl Dönitz, desde 1936 jefe de submarinos y a partir de 1939 comandante de armas submarinas por nombramiento de Hitler, había trabajado desde el principio de la contienda en la conocida como «táctica de la manada de lobos», un nuevo tipo de intervención de submarinos que se había ideado como reacción a las experiencias de la primera guerra mundial. Esta estrategia preveía dirigir a los submarinos alemanes desde tierra a través de radio para que atacasen a los convoyes aliados, avanzando hacia ellos en forma de estrechas «manadas». La idea era que el primer submarino que se topase con un convoy enemigo guiase mediante comunicación cifrada por radio al resto de «lobos grises», como se conocía a estas naves, para hundir el mayor número posible de barcos gracias a la potencia concentrada del grupo. El objetivo era impedir que el Reino Unido recibiera avituallamiento por vía marítima. Para ello, Dönitz exigió multiplicar la producción de sumergibles alemanes, cuya flota contaba a principios del conflicto con apenas 57 unidades, y que se crease un «submarino Atlántico» que pudiese recorrer largas distancias. El tipo VII C se convirtió en el modelo estándar de la guerra de submarinos del Reich.

> En 1941 y 1942, antes de que los estadounidenses se implicaran en mayor medida en la guerra, tuvimos éxitos alentadores. Los submarinos disfrutaban de libertad de movimiento en las zonas del Atlántico que no se encontraban directamente bajo la vigilancia aérea del enemigo y fue posible aplicar de un modo adecuado la táctica de la manada. Las pérdidas eran relativamente escasas.
>
> *Hans-Rudolf Rösing, comandante de la Flota Oeste de Submarinos*

Tras las primeras acciones aisladas del inicio de la guerra, muy espectaculares, en la primavera de 1940, en el contexto del ataque a Noruega (la «Operación Weserübung»), tuvo lugar la primera intervención coordinada y de importancia de submarinos alemanes contra los buques de guerra británicos. Aquella acción, sin embargo, acabó en fracaso debido a una serie de problemas de las espoletas de los torpedos. A partir del verano de 1940, Hitler hizo que se estableciesen bases de submarinos en la Francia ocupada. Además, en Brest, Lorient, Saint-Nazaire y La Rochelle se

construyeron sólidos búnkeres resistentes a los ataques aéreos. A todo ello se unía el hecho de que desde ese momento era posible alcanzar con mayor rapidez los convoyes aliados en el Atlántico: en el otoño de 1940, esos convoyes habían quedado prácticamente desprotegidos debido a la escasez de buques escoltas. En consecuencia, el número de hundimientos era alto, en comparación con las pérdidas alemanas, relativamente escasas.

En aquellos primeros años, como recuerda Horst Bredow, que formó parte de las tripulaciones de submarinos, los jóvenes estaban deseando pertenecer a los miembros de aquel cuerpo del Ejército. Miles de ellos se alistaron como voluntarios para servir en uno de los «lobos grises»: «En muchos casos se trataba de personas cuyos antepasados ya habían luchado en submarinos durante la primera guerra mundial. Constituían una especie de élite dentro de la Marina». Aún hoy Bredow, que dirige desde hace decenios el Museo Alemán de Submarinos de la localidad de Cuxhaven, sigue sorprendiéndose cuando piensa en la camaradería que existía en el interior de aquellas naves: «Es difícil explicar lo que significó tal camaradería a quien no haya vivido esa absoluta confianza mutua, esa conciencia de que era posible ponerse en manos de los demás. Resulta tan complicado describir la camaradería como describir los colores a un ciego de nacimiento». Solo con aquel espíritu era posible soportar la locura de la guerra.

La guerra en el mar estaba sujeta a reglas especiales que databan de la primera guerra mundial y que el Reino Unido, Francia y Alemania respetaron, al menos en los inicios de la segunda guerra mundial. El Ordenamiento alemán de Apresamiento de Buques permitía hundir naves, pero únicamente cuando se tratase de buques mercantes bajo la bandera de una de las naciones en guerra o que transportasen cargamento para ellas. Además, era obligatorio garantizar la seguridad de la tripulación del barco hundido. Horst Bredow recuerda cómo se procedía por aquel entonces: «En primer lugar disparábamos en la parte delantera de la proa y a continuación avanzábamos y advertíamos: “¡Por favor, abandonen la nave!”. Después recogíamos a la tripulación en botes de salvamento y a menudo la

atendíamos desde los submarinos, ofreciéndole mantas, alimentos y demás. Por último, indicábamos a los hombres en qué dirección debían navegar».

Ya en la primera guerra mundial los alemanes, con su ataque ilimitado de submarinos, habían provocado que Estados Unidos entrara en el conflicto. Sin embargo, ahora se intentaba evitar que la historia se repitiera. Para ello, había que observar el Ordenamiento alemán, del que, no obstante, quedaban excluidos los buques mercantes armados y los que iban escoltados por barcos de guerra. Sin embargo, siguieron registrándose hundimientos de barcos de pasajeros, como el británico *Athenia*, atacado por el *U 30* ya en el tercer día de la contienda, el 3 de septiembre de 1939.

Los héroes de los submarinos de Hitler

> Se oyó una explosión ensordecedora. Mi amigo gritó: «¿Qué demonios es eso?». El barco empezó a escorarse. Vi humo amarillo y sentí su olor. No se había distribuido material de salvamento. Creo que todos estábamos conmocionados sencillamente por el hecho de haber sido torpedeados. Nadie pensaba que se nos podría hundir en Scapa Flow. Quien quisiera salvarse tenía que nadar. Fue horrible.
>
> *Kenneth Conway, marinero del* Royal Oak

Hitler consideraba que los hombres de los submarinos eran ideales para la propaganda bélica. Los comandantes de mayor éxito, los conocidos como los «ases de submarinos» —Günther Prien (del *U 47*), Otto Kretschmer (del *U 99*) y Joachim Schepke (del *U 100*)—, eran recibidos como auténticos héroes de guerra tras sus incursiones contra el enemigo. Ante la opinión pública, encarnaban todas y cada una de las virtudes que Hitler deseaba encontrar en cualquier cuerpo del Ejército: osadía, decisión y desprecio por la muerte. En este sentido, el comandante del *U 47*, Günther Prien, de treinta y un años de edad, disfrutó de un prestigio especial. Ya en su segunda misión, en la noche del 14 de octubre de 1939, se atrevió a penetrar en el puerto de origen de la flota británica, Scapa Flow, considerado como inexpugnable. En él se concentraba el orgullo de la armada británica:

portaaviones, grandes buques de guerra y cazas. Se trataba de un puerto natural, protegido por su propia orografía, situado en las islas Orcadas. En él dos submarinos alemanes habían fracasado en la primera guerra mundial, así que la acción de Prien contra Scapa Flow tenía también un marcado carácter simbólico.

Durante semanas, Prien había estado observando las llegadas al puerto, en busca de algún punto flaco. Y, de hecho, lo encontró. Eso sí, Scapa Flow no parecía presentar ningún objetivo que valiera la pena. De repente, el centinela del puente del *U 47* avistó al noreste dos buques de guerra que estaban anclados. En el primer ataque contra ellos los magnetos de tres torpedos se encasquillaron, pero Prien se arriesgó a lanzar un segundo ataque. Con otros dos torpedos, hundió el *HMS Royal Oak*. El triste balance: más de ochocientos marineros británicos perdieron la vida.

«Evidentemente, aquel fue un ataque increíble, también para los británicos, que se sintieron dañados y amenazados en la base de su flota —recuerda Hirst Bredow—. Como es lógico, aquello también se utilizó con fines propagandísticos.» Así, el informativo semanal nacionalsocialista subrayaba: «Nuestra Marina de guerra ha conseguido introducir el pabellón alemán en el mar del Norte. El victorioso submarino que hundió el *Royal Oak* vuelve a su puerto de origen. Aquí vemos al intrépido comandante Prien [...]».

> Para el propio Prien el hundimiento de un barco aliado en el que viajaban civiles alemanes sometidos a vigilancia fue un trágico acontecimiento. Sin embargo, durante el ataque no era consciente de su culpa. Se trataba de un objetivo legítimo para el ataque de un submarino.
>
> *Axel Niestlé, experto en submarinos*

«El toro de Scapa Flow» fue el sobrenombre con el que se empezó a conocer desde entonces a Prien. Un día después de aquel 17 de octubre en el que el *U 47* regresó a la ciudad de Wilhelmshaven, Adolf Hitler entregó en persona al héroe la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Ante las cámaras, Prien describió su golpe maestro: «Burlamos la vigilancia y, de

repente, nos vimos allí, en pleno puerto de Scapa Flow, el puerto de la fuerza naval británica. Empezamos a recorrerlo, seleccionamos a nuestro enemigo y disparamos nuestros torpedos. Acto seguido, se produjo la explosión, que primero alcanzó el *Repulse*. Después el *Royal Oak* saltó por los aires. La impresión fue enorme». El cámara del informativo semanal estaba tan entusiasmado ante el relato de Priens que se olvidó por completo de grabar a Hitler.

Sin embargo, no todos los hundimientos de Prien fueron igual de útiles para la propaganda. En julio de 1940, el transatlántico de lujo con bandera británica *Arandora Star* estaba cubriendo la ruta entre Liverpool y Canadá cuando, ante la costa irlandesa, Prien lo torpedeó. En treinta y cinco minutos el barco se había hundido. Aquel ataque podía ser legítimo, pero tuvo unas consecuencias nefastas: más de ochocientas personas perdieron la vida. La mayoría de los pasajeros eran ciudadanos alemanes, austríacos e italianos a los que el Gobierno británico mantenía bajo vigilancia: ciudadanos que se encontraban viviendo en el Reino Unido en el momento en el que estalló la guerra o que, como judíos o socialistas, habían tenido que huir a este país ante la persecución emprendida por los nacionalsocialistas. En ambos casos se les consideraba «extranjeros enemigos» y en aquel momento viajaban hacia Terranova. Aquella fue una de las mayores tragedias de la guerra de submarinos.

En el invierno de 1940-1941, la situación en el combate del Atlántico comenzó a cambiar lentamente. El Reino Unido se rearmó. Novedades técnicas como el radar en los barcos de acompañamiento y un drástico aumento del número de escoltas disponibles determinaron que para los submarinos alemanes fuese más arriesgado atacar a los convoyes aliados. El 20 de febrero de 1941 el *U 47* zarpó en su décima misión en terreno enemigo. En las primeras horas del 7 de marzo de 1941 se perdió el contacto con el submarino. De Prien y su tripulación no se volvió a tener noticia. Todo indica que su nave fue víctima de una bomba de profundidad en un ataque contra un convoy.

Se sucedieron entonces otras noticias negativas de los ases de submarinos de Dönitz: Schepke (del *U 100*) se hundió el 17 de marzo y

Kretschmer (del *U 99*) cayó preso de los británicos. Goebbels quería mantener a toda costa en secreto aquella información, pero los Aliados le estropearon sus planes lanzando octavillas sobre el territorio del Reich con las siguientes palabras:

«Schepke, Kretschmer, Prien: ¿qué les ha ocurrido a estos tres oficiales, a estos famosos comandantes de submarinos a los que el *Führer* concedió la Corona de Encina por sus méritos? Schepke está muerto y el Alto Mando del Ejército (el OKW) se ha visto obligado a reconocerlo. Kretschmer ha sido hecho prisionero y el OKW se ha visto obligado a reconocerlo. ¿Y Prien? ¿Alguien ha oído hablar de Prien en los últimos tiempos? ¿Qué tiene que decir al respecto el OKW? ¿Dónde está Prien?»

Operación Timbal

> En los tres o cuatro primeros meses no hubo defensa alguna contra los submarinos. Nuestros barcos se desplazaban con las luces de navegación encendidas. En la mayoría de los casos viajaban por su cuenta, sin escoltas. Aquello fue, según lo describieron los comandantes alemanes, como una caza de ánades. El mar arrastraba hasta las playas petróleo y a veces también cadáveres y restos de objetos diversos.
>
> *Gordon Vaeth, del Servicio de Información de la Marina estadounidense*

Los submarinos alemanes siguieron manteniendo una actitud reservada cuando se encontraban con buques de guerra estadounidenses. No obstante, la situación cambió cuando el presidente Roosevelt ordenó a la marina que diera caza a los sumergibles del Reich, aun cuando no se hubiese producido todavía ninguna declaración formal de guerra. El 11 de diciembre de 1941, cuatro días después del ataque de los japoneses contra Pearl Harbor, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. Inmediatamente después se desplegaron los submarinos de larga distancia de tipo IX para avanzar hacia el Oeste. A principios de enero de 1942 habían alcanzado ya la costa de Norteamérica y estaban provocando importantes pérdidas en sus primeros ataques contra la marina mercante estadounidense, en el marco de la Operación Timbal. En

su intento por acabar con los submarinos alemanes, los centinelas de la costa solo pudieron reunir una abigarrada flota: pesqueros reconvertidos, embarcaciones deportivas e incluso el yate privado de Ernest Hemingway acudieron a sus puestos. En medio de aquel pánico se llegó incluso a lanzar bombas de profundidad contra los delfines. Sin embargo, todos los esfuerzos fueron en vano. En el verano de 1942, 19 naves alemanas dieron caza en el Caribe y en el golfo de México a petroleros, buques de carga y buques de apoyo logístico, que prácticamente viajaban desprotegidos. Solo entre mayo y septiembre de 1942 los submarinos del Reich hundieron más de sesenta barcos en el golfo de México.

A toro pasado, Winston Churchill resumió aquel episodio de la guerra del siguiente modo: «Los submarinos causaron estragos durante seis o siete meses en las aguas estadounidenses casi sin encontrar obstáculo alguno y estuvieron a punto de arrastrarnos a la catástrofe de una prolongación de la guerra cuyos efectos eran imposibles de prever».

«Laconia»: el drama de un salvamento

Cada pabellón enarbolado en la torre de un submarino en plena misión recordaba la muerte y el sufrimiento del enemigo. Cada hundimiento era un triunfo para la tripulación de los sumergibles. Pero ¿qué ocurría con las víctimas?

El ataque al *Laconia* fue un ejemplo especialmente dramático en este sentido. El *Laconia* era un vapor de lujo de la Royal Navy que, desde los inicios de la guerra, se había puesto a disposición de los militares y transportaba tropas por el Atlántico, armado con ocho cañones de 152 mm y dos cañones de 76 mm. En septiembre de 1942 el *Laconia* se encontraba recorriendo el Atlántico Sur, sin convoy alguno, en dirección noroeste.

> Mis padres siempre eran muy cariñosos conmigo y pensé que si estaban allí no podía pasarnos nada. Los niños no teníamos los sombríos presentimientos de los adultos.

Josephine Pratchett tenía por aquel entonces catorce años y viajaba junto con su familia al Reino Unido. «Había demasiados viajeros en el *Laconia*. El barco era viejo y lento. Teníamos algo de artillería, pero esa era toda nuestra protección.» Junto con ellos, a bordo había otros 365 pasajeros, más 1.809 prisioneros de guerra italianos y sus vigilantes, además de la tripulación: en total, 2.741 personas.

La joven Josephine se inquietó al ver como la columna de humo del barco se podía avistar a kilómetros de distancia: «De la chimenea brotaba una enorme nube y nadie se sentía tranquilo, porque sabíamos que en el Atlántico se estaba librando una guerra de submarinos en la que los alemanes estaban llevando la delantera. Y teníamos que atravesar precisamente aquella zona sin escoltas».

De hecho, unos días después de partir desde Sudáfrica, el barco entró en el campo de visión del periscopio de un submarino alemán. El 12 de septiembre de 1942 el *U 156* navegaba ante la costa oeste de África. Cuando su comandante, el capitán de corbeta Wemer Hartenstein, descubrió el *RMS Laconia*, preparó los torpedos.

En ese mismo instante, a bordo de aquel barco de pasajeros, los padres de Josephine Pratchett estaban vistiéndose con sus distinguidos ropajes. Josephine aún recuerda ese momento que cambiaría su vida para siempre: «Cuatro días después de dejar atrás Ciudad del Cabo se iba a celebrar un baile. Me habría encantado ir, pero mis padres dijeron que todavía era demasiado joven y, además, tenía que cuidar de mi hermano pequeño. Mis padres salieron del camarote y yo subí por la escalera de la litera para jugar a las damas con mi hermano. Entonces llegó el primer torpedo. Fue horrible. Una explosión ensordecedora. El barco empezó a balancearse».

El comandante Hartenstein había disparado dos torpedos, uno después de otro, para aumentar las probabilidades de hacer blanco. Pocos segundos después del primer impacto, la tripulación de Hartenstein oyó la detonación del segundo torpedo: 270 kilogramos de material explosivo abrieron un segundo agujero, enorme, en la cubierta de aquel transatlántico de lujo.

Los dos impactos dieron de lleno en el blanco. En veinte minutos el *Laconia* se había hundido. Naturalmente, vimos como la gente se subía a los botes salvavidas y como muchas personas, sencillamente, saltaban al mar.

Hans Kleer, maquinista del U 156

A bordo del *Laconia*, la familia Pratchett estaba desconcertada: «No queríamos ni pensar que habíamos sido atacados. Pero entonces llegó el siguiente torpedo, con una violenta explosión. Conseguimos subir las escaleras antes de que se desmoronaran. Muchas personas gritaban. Aquel ruido era horrible. Los torpedos habían alcanzado la zona en la que estaban encerrados los italianos, en la cala del barco. Fue un baño de sangre».

La cubierta se convirtió en un infierno. Todos los pasajeros intentaban llegar a alguno de los botes salvavidas. Pero había mucha más gente a bordo que sitio en aquellos botes. Se sucedieron escenas de desesperación. Algunas embarcaciones se precipitaron desde el barco sin control alguno. Otras estaban sobrecargadas o se quedaban atascadas en el momento en que debían soltarse. A la luz de las llamas, cientos de personas nadaban en el mar e intentaban alejarse lo máximo posible del barco, que, mientras tanto, se iba hundiendo.

Aún tengo presente la imagen de todas aquellas personas en el agua, ante mis ojos, que trataban desesperadamente de alcanzar el bote salvavidas, ya sobrecargado. Se las rechazaba una y otra vez empujándolas con los remos. Fue horrible.

Josephine Pratchett, superviviente del Laconia

Cuando era evidente que el vapor se hundía, Hartenstein emergió. Esperaba poder llevar a bordo a los oficiales del barco como prisioneros de guerra. Sin embargo, lo que se encontró en la superficie del agua supuso para él una verdadera conmoción: más de dos mil personas, entre ellas mujeres y niños, luchaban por sus vidas. También se oían las voces de los italianos. Josephine Pratchett recuerda aquel instante: «Nunca olvidaré aquella terrible escena: el brillo del fuego iluminaba la borda del barco en el

momento en que se hundió. Cientos de jóvenes en la flor de la vida no tuvieron ninguna oportunidad de salvarse».

De inmediato, Hartenstein ordenó tomar medidas para rescatarlos. A las 23.23 horas el *Laconia* se había hundido. Dos horas más tarde, envió una comunicación cifrada por radio a su comandante en jefe: «El británico *Laconia*, hundido por Hartenstein. Cuadrante FF 7721 310 grados. Desgraciadamente con 1.500 prisioneros de guerra italianos. Hasta ahora 90 rescatados. Espero órdenes». El almirante general Dönitz le mandó dos submarinos más como apoyo. A las seis de la mañana, Hartenstein envió otra comunicación por radio, esta vez no cifrada y en inglés. En ella indicó su posición y pidió a todos los barcos que se encontraban en las proximidades que acudieran a prestar ayuda: «If any ship will assist the ship-wrecked “Laconia” crew, I will not attack providing I am not being attacked by ship or air forces. I picked up 193 men. 4,53 South, 11,26 West - German submarine» («Si algún barco asiste a los pasajeros del naufragado *Laconia*, no le atacaré, siempre y cuando yo tampoco sea atacado por barcos o fuerzas aéreas. He recogido a 193 personas», e indica su posición exacta: 4,53 sur; 11,26 oeste; un submarino alemán, advierte).

Hartenstein mantuvo aquella posición durante dos días y medio. A última hora de la tarde del 15 de septiembre llegó al fin la ayuda del *U 506*, del *U 507*, bajo la dirección del capitán de corbeta Harro Schacht, y del submarino italiano *Cappellini*.

En el agua, la situación de los náufragos en sus botes salvavidas era cada vez más desesperada. De repente, Josephine Pratchett vio como algo emergía del agua: «Un periscopio se acercó y entonces apareció el submarino. Pensamos que había llegado nuestra hora, que iban a acabar con nosotros. Pero nada de aquello ocurrió. El comandante anunció por megafonía que las mujeres y los niños podíamos subir a bordo para que se ocupasen de nosotros. Los hombres permanecerían en los botes salvavidas, pero se les atendería y se les amarraría al submarino para que lo siguiesen. Así que subimos a bordo».

Hartenstein respetaba a los demás marineros. Su ayuda al enemigo es lo que lo hizo tan humano a mis ojos y a los de muchos otros.

David C. Jones, salvado por el U 156

Aquel inusual convoy formado por cuatro submarinos y las embarcaciones salvavidas remolcadas partió rumbo a la costa africana, donde se transferiría a los náufragos a un barco francés del régimen de Vichy estacionado en la zona. Josephine Pratchett recuerda aquellas dramáticas horas. «Nos dieron algo bueno de comer e incluso nos dejaron dormir en el camarote de los oficiales. Además, llevaron sopa y cigarrillos a los hombres de los botes. El comandante Schacht —el comandante alemán — y la tripulación, que nos habían salvado, no pudieron ser más amables. Aquella era una situación realmente absurda. Primero nos disparan y luchamos en la guerra y después son así de agradables con nosotros... Muy extraño.»

En la mañana del 16 de septiembre el drama tomó un nuevo cariz. A las 11.25 horas un bombardero estadounidense de tipo B-24 Liberator descubrió a los submarinos en las aguas cercanas a Ascensión, la isla británica de ultramar. En vano, Hartenstein intentó contactar con el avión empleando señales de luz. El piloto, el teniente James D. Harden, de las Army Air Forces de Estados Unidos, describió la situación a sus superiores, que se encontraban en la base de Wideawake Field, en Ascensión. Pese a que las naves estaban marcadas con la cruz roja, el capitán de escuadrilla Robert C. Richardson no dudó en dar la orden letal: «Sink Sub!». Se sentía respaldado por las normas del Convenio de La Haya vigente en aquel momento, según las cuales solo se debían evitar los ataques a barcos que sirvieran de hospitales en caso de que se conociesen sus nombres, sus costados estuviesen pintados de blanco y marcados con una cruz roja y que aquellas embarcaciones no sirviesen para otros fines. Además, Richardson suponía que el principal interés de los submarinos alemanes era salvar a los prisioneros de guerra italianos.

Harden atacó. Con su primera bomba destruyó el bote salvavidas que avanzaba tras el *U 156*. Otro proyectil alcanzó al submarino. Entonces, Hartenstein ordenó cortar las cuerdas que unían el sumergible a los botes. El resto de los submarinos también fue atacado.

> Su comportamiento fue diferente al que suele verse en la guerra. Hay muy pocos ejemplos similares en ambos bandos en los que el elemento humano se muestre tan valientemente en el primer plano del conflicto. Por lo general, el componente humano se suprime o se pervierte hasta convertirse en lo contrario de sí mismo.
>
> *Axel Niestlé, experto en submarinos*

Mientras tanto, Josephine Pratchett permanecía a bordo del *U 507*. Estaba tan agotada que ni siquiera oyó el bombardeo: «Había dormido maravillosamente en la zona de oficiales. Nos dieron algo más de comer y entonces el comandante nos dijo: “Tenemos que devolverlas a los botes salvavidas. Un bombardero estadounidense ha atacado los submarinos”. Y añadió: “Para ustedes es demasiado peligroso quedarse aquí, no pueden seguir a bordo”». Resultó muy duro abandonar aquella cálida nave. «Nos ayudaron a volver a los botes salvavidas, hicieron señas para despedirse y se sumergieron. Otra vez estábamos solas.» Habían avisado por radio al crucero francés de la marina de Vichy, que se encargaría de recoger a los supervivientes y de llevarlos al África Occidental.

Horst Bredow considera que la actitud de Hartenstein fue ejemplar: «Infringió todas las normas de la guerra para salvar a aquellas personas. Había hundido el barco *Laconia* porque suponía que se trataba de un buque que transportaba tropas enemigas, pero después se dio cuenta de que a bordo había italianos, prisioneros y demás, y entonces su conciencia fue más fuerte que cualquier regla bélica. Fue una de las acciones de salvamento más grandes y complejas que se hayan visto jamás en esta guerra».

Tras el hundimiento, hubo un debate sobre la situación con Hitler, Raeder y Dönitz. Hitler propuso: «En el futuro hundiremos también todos los botes salvavidas y dispararemos a los

hombres». Entonces intervino Dönitz: «Mi *Führer*, eso contradice la tradición de la marina. Siempre hemos rescatado a los náufragos y no nos vemos en condiciones de cambiar esta costumbre. Si lo hiciéramos, el otro bando también dispararía a nuestros hombres en el agua». Hitler le respondió: «Bien. Pero lo que no quiero, bajo ninguna circunstancia, es que se preste asistencia para la navegación o se den alimentos a quienes vayan en los botes salvavidas». Y así quedó decidido. Nunca se dio una orden para que se matara a la gente.

Erich Topp, comandante de submarino

Los torpedos y las posteriores bombas acabaron con la vida de unos mil quinientos pasajeros. Sin embargo, la acción de Hartenstein permitió salvar a cientos de ellos.

La familia Pratchett consiguió regresar al Reino Unido. Todavía hoy se sienten impresionados por esas personas que siguen siendo humanas incluso durante la guerra. «En un conflicto bélico se supone que, si acaso, te salvarán los tuyos, pero no el enemigo. Desde el punto de vista humano, el comportamiento de Hartenstein fue, sencillamente, grandioso. Le estoy agradecida por haberme salvado la vida. Y si él viviera aún hoy, le estrecharía la mano y le diría: "¡Gracias!"»

Este suceso provocó que el almirante general Dönitz emitiese lo que se conoce como la «Orden Laconia», que establecía: «Queda prohibido terminantemente cualquier intento de salvar a personas procedentes de barcos hundidos, incluyendo el rescate de náufragos y la recogida a bordo de pasajeros de botes salvavidas, el remolque de dichos botes y el suministro de comida y agua. El salvamento contradice las exigencias primordiales de la acción bélica, que consiste en la destrucción de los barcos enemigos y de sus tripulaciones [...]. Ser duro. Pensar que el enemigo no tiene ningún escrúpulo a la hora de bombardear a mujeres y niños en las ciudades alemanas».

Un punto de inflexión

El jefe de la flotilla y el comandante siempre decían antes de partir: «Amigos, ya lo sabéis: de cinco naves, tres no volverán. Esperemos encontrarnos en las dos

restantes».

Horst Bredow, tripulante de submarino

A partir de 1943 la guerra de submarinos, que hasta entonces se había desarrollado con un relativo éxito para los alemanes, comenzó a cambiar. A los combatientes del Reich cada vez les resultó más difícil operar en el Atlántico. «Sin embargo, de aquello no se decía ni una palabra», recuerda Bredow, que formaba parte de la tripulación de una nave sumergible. Con todo, eran conscientes de que sus posibilidades de sobrevivir disminuían progresivamente. A partir de 1943 los Aliados contaron con radiogoniómetros de onda corta que permitían orientar por radio a los submarinos desde un único barco. Bredow lo explica así: «Existían lo que se conocía como los Hunter Killer Groups. Un convoy de cuarenta barcos podía recibir siete u ocho cazatorpederos. En caso de que se detectase un submarino, estos cazatorpederos eran capaces de acercarse a él y esperar hasta que emergiese. Hay que tener en cuenta que, pasado un cierto tiempo, todo submarino tiene que volver a "tomar aire" y cargar las baterías. Así que ellos esperaban durante todo ese tiempo. En silencio absoluto. Al fin, cuando la nave aparecía, se abalanzaban sobre ella».

Además, a partir de 1941 Estados Unidos consiguió producir barcos en un tiempo récord, casi en cadenas de montaje. A aquellas naves las conocía como los «Liberty Ships». Antes se necesitaban ocho meses para construir un buque de carga. Estos barcos, en cambio, solo requerían un trabajo de ocho semanas a partir del momento en que se colocaba la quilla. De este modo Estados Unidos pudo compensar las pérdidas de su marina comercial, que en un principio habían sido muy elevadas.

Los astilleros estadounidenses habían producido en septiembre de 1942, esto es, apenas unos meses después de que el país entrara en guerra, más tonelaje de lo que podrían hundir todas las potencias del Eje.

Axel Niestlé, experto en submarinos

Los convoyes recibían también cada vez más ayuda desde el aire. Los portaaviones estadounidenses de tipo Bogue estaban diseñados especialmente para la caza al submarino y a partir de 1942 se fabricaron en serie. Los aviones que operaban desde ellos sirvieron para recabar información a través de sus radares de a bordo, entre otros medios, así como para combatir directamente las naves enemigas. Esta superioridad aérea complicó la vida a los submarinos, como recuerda Bredow: «Primero vinieron solo unos cuantos aviones aislados. Más tarde, los estadounidenses convirtieron sus Liberty Ships en portaaviones añadiendo sencillamente un techo. Desde entonces hubo portaaviones en cualquier zona en la que el agua fuese lo suficientemente profunda. Casi todos los mares de nuestro planeta estaban ocupados por portaaviones enemigos. Y ya no era posible escapar de ellos».

Hasta mediados de 1942, los submarinos podían sentirse razonablemente seguros por la noche, dado que no era posible verlos. A partir de aquella fecha, sin embargo, se dotó a los aviones de potentes focos, así que cuando un radar descubría un sumergible y mediante un haz de luz se conseguía verlo, a la nave apenas le quedaba tiempo para sumergirse antes del ataque. Pero ni siquiera bajo el agua estaría a salvo de la aviación: si se daban las condiciones adecuadas, los detectores de anomalías magnéticas eran capaces de encontrarla.

En la segunda guerra mundial, Walther Wittig viajó durante más de quinientos días en submarinos alemanes. Tiene un doloroso recuerdo de los ataques con cargas de profundidad: «Nadie puede decir que entonces no sintió miedo. Cualquier bomba podía alcanzarnos. Por lo general, cuando explotan bajo el submarino no hay salvación: la presión del agua se desplaza hacia arriba. Cuando estallan por encima, sin embargo, la presión se va hacia la superficie y no daña tanto el submarino. Bajo el agua, la explosión es muy fuerte, se produce un estallido imposible de describir». Fueron muchos los que quedaron traumatizados por aquellas intervenciones.

En los primeros años de la guerra pudimos combatir con nuestros submarinos mayoritariamente sobre el agua. Más tarde, sin embargo, se nos presionó desde la superficie, sobre todo mediante la vigilancia aérea, los radares y los radiogoniómetros de los cazatorpederos. Aquello era muy estresante desde el punto de vista psíquico, sobre todo cuando nos adentrábamos en aguas más cálidas. Pasar todo el día bajo el agua sin moverse para no consumir demasiado oxígeno, con órdenes de permanecer en las literas, es muy duro. Pero éramos jóvenes y estábamos sanos. Lo aguantamos.

Horst von Schroeter, comandante de submarino

La flota alemana tuvo que reaccionar a los ataques de los Aliados, entonces más intensos. Se mejoraron los cañones de defensa de los aviones y se dotó a los submarinos de detectores de radar. Grandes naves, conocidas como «vacas lecheras», suministraban combustible e incluso permitían a las embarcaciones de tipo VII operar ante las costas de América. Sin embargo, a pesar de todos estos esfuerzos, en 1943 la época dorada de los submarinos alemanes había llegado a su fin.

Pronto los Aliados controlaron todo el espacio aéreo sobre el Atlántico norte. Los cazadores acabaron convirtiéndose en cazados y el almirante general Dönitz se vio obligado a suspender la adjudicación de convoyes en la zona. Pese a ello, en el Atlántico Sur y en el océano Índico la contienda de los submarinos siguió siendo una verdadera «guerra de tonelaje».

La botadura del «U 513»

Uno de los submarinos que combatía bajo las aguas del Atlántico Sur era el *U 513*. Construida en cinco meses, esta nave de tipo IX-C de la empresa Deutsche Werft AG, capaz de recorrer largas distancias, se botó en Hamburgo el 29 de octubre de 1941 y el 10 de enero de 1942 estaba ya en servicio, bajo las órdenes del capitán de corbeta Rolf Rüggeberg. Después de meses de viajes de pruebas y controles técnicos de todas las instalaciones de a bordo, el *U 513* partió en su primera misión con dirección a la costa canadiense, donde torpedeó a tres barcos, de los cuales dos acabaron

hundiéndose. La opinión del jefe del cuerpo de submarinos sobre aquel primer viaje: «Una primera misión del comandante bien ejecutada con una nueva nave. Pese a las grandes dificultades que conllevaba la niebla, el nivel alcanzado es satisfactorio. Cabe destacar especialmente la exitosa incursión en la bahía de Belle Isle».

La segunda misión en el Atlántico Norte tuvo que interrumpirse porque el tanque de combustible se había pintado con una pintura poco apropiada, que obstruía los filtros del depósito de combustible. Así, el *U 513* tuvo que volver cuatro semanas después a Lorient para someterse a una reparación, sin haber tenido ocasión de disparar un solo torpedo. Durante aquellos trabajos de puesta a punto, en enero de 1943, los aviones aliados bombardearon intensamente la base de submarinos. Sin embargo, gracias al búnker en el que se almacenaban las naves, los astilleros pudieron seguir operando sin grandes dificultades.

En febrero Rüggeberg recibió la orden de realizar una tercera misión: había que atacar convoyes en el Atlántico Central. El *U 513* asumió entonces el papel de «jefe de la tropa» y guio a un grupo de varios submarinos. Sin embargo, no llegó a colocarse en una posición adecuada para disparar. A finales de marzo de 1943, mientras patrullaba las aguas alrededor de Las Palmas, avistó varios vapores neutrales. El submarino se acercó tanto a la costa que por las noches se podían reconocer fácilmente desde su torre vigía las luces de la isla. Cuando a principios de abril el *U 513* tuvo que regresar a su puerto de origen, el comandante descartó seguir la ruta directa y pasó por las Azores, a velocidad reducida, con la esperanza de poder atacar algún convoy. La tripulación tenía miedo de volver una vez más a Lorient sin lucir el banderín que los submarinos de la época solían enarbolar para indicar que habían hundido algún barco: 22 de los 23 torpedos aún estaban a bordo. En su informe, el jefe del cuerpo de submarinos criticaba la actitud del comandante: «En las dos intervenciones de acompañamiento el submarino se ha mantenido en una posición segura. Si hubiese avanzado de un modo enérgico tal vez habría podido atacar».

El especialista en submarinos Axel Niestlé describe a Rolf Rüggeber como un oficial de Marina de una dilatada experiencia, que tal vez había

aceptado dirigir una nave sumergible a su avanzada edad para lograr formar parte del grupo que se conocía como «los ases de los submarinos». «En cualquier caso, Rüggeberg no estaba preparado para ser un as de los submarinos. Era muy prudente, actuaba con sensatez, como es habitual en las personas mayores, pero no era lo que el almirante general Dönitz se había imaginado. Él quería comandantes jóvenes y dinámicos, que atacaran en lugar de reflexionar.»

Hubo un incidente muy revelador del carácter de Rüggeberg: el 14 de abril de 1943, cuando el *U 513* volvía de su fracasada misión a la base de submarinos de Lorient, mientras el sumergible esperaba a su escolta frente al puerto, apareció otra nave que acababa de concluir su primera misión: el *U 526*. Contra la costumbre de la marina, su comandante se colocó por delante, justo detrás del buscaminas que iba dirigiendo a todos. La tripulación del *U 513* sintió aquello como una provocación, ya que la extensa trayectoria de Rüggeberg en el Ejército lo habilitaba para ser el primero. Entre protestas, la tripulación se mantuvo en la fila de la escolta. Otros dos buscaminas cubrían los flancos de la formación. Cuando estaban a punto de alcanzar la entrada del puerto, el primer buscaminas recogió su detector.

Llenos de alegría por volver de permiso a casa, los marineros se quitaron los chalecos salvavidas. En el muelle los esperaba el capitán de corbeta Kuhnke, jefe de la 10.ª Flotilla de Submarinos, junto con la guardia de honor y la banda militar. Sin embargo, a dos kilómetros de aquel muelle una violenta explosión rompió el silencio: bajo el *U 526* había explotado una mina que le abrió un agujero en el centro del casco presurizado. Inmediatamente el sumergible se hundió a diez metros de profundidad. Entonces cundió el pánico. Todas las naves que estaban disponibles en aquel momento acudieron al lugar del hundimiento. El capitán de corbeta Kuhnke se encargó de dirigir las labores de rescate. El comandante del *U 526*, el capitán Möglich, murió como consecuencia de las graves heridas que sufrió en la espalda. Solo once miembros de la tripulación de aquel submarino sobrevivieron.

Entre los militares del *U 513* se llegó a la conclusión de que el capitán de corbeta Rüggeberg había perdido definitivamente su capacidad para imponerse en el cuerpo de submarinos. Hacía tiempo que el entusiasmo que se había sentido tras el éxito de su primera misión se había convertido en desánimo. Rüggeberg no tardó en ser enviado a Noruega.

El nuevo comandante

> En la medida de lo posible, los hombres destacados que además tuvieran experiencia debían trabajar como formadores. Este debía haber sido también el caso de Guggenberger, al que se ofreció un puesto como formador. Sin embargo, él quería seguir viajando. Por eso se le destinó al Atlántico Central y Sur, que entonces no era tan peligroso.
>
> *Horst Bredow, tripulante de submarino*

En mayo de 1943, el capitán de los ases de submarinos, Friedrich Guggenberger, tomó las riendas del *U 513*. Aquel muniqués de veintiocho años había completado su formación en el cuerpo de submarinos en Neustadt (Holstein) y había obtenido sus primeros reconocimientos como comandante del *U 81* en el Mediterráneo.

Su mayor éxito había sido el hundimiento del *HMS Ark Royal* el 15 de noviembre de 1941, portaaviones que había logrado alcanzar de pleno con uno de los cuatro torpedos que había disparado. Ya en 1941 Horst Bredow había oído hablar de él: «Cuando se conseguía hundir a barcos grandes, se desataba un enorme entusiasmo propagandístico. Evidentemente, se trataba de un gran éxito, porque se suponía que se había dejado un vacío: por aquel entonces los portaaviones aún no se producían en serie, así que cada vez que se hundía uno se causaba una grave pérdida al enemigo».

Guggenberger recibió varias condecoraciones, entre ellas la Cruz de Caballero con Hojas de Roble, que Hitler le entregó personalmente en la Guarida del Lobo el 9 de enero de 1943. En aquellos momentos el *Ark Royal* era un buque mercante de 50.000 toneladas de registro bruto.

En la medida de lo posible, había que procurar que los comandantes célebres surcaran aguas tranquilas para mantener aquellos modelos durante largo tiempo: los héroes muertos suponían un duro golpe para la propaganda.

Misión en el Atlántico Sur

> Guggenberger ordenó realizar intensas maniobras de entrenamiento para demostrar que bajo su mando soplaban otros vientos que lo diferenciaban de su antecesor. Era más dinámico, tenía más ganas de atacar y estaba claramente dispuesto a asumir más riesgos.
>
> *Axel Niestlé, especialista en submarinos*

El 18 de mayo de 1943, el *U 513* partió de la base de submarinos de Lorient por vez primera bajo las órdenes de Guggenberger. El comandante tuvo que esperar hasta encontrarse en alta mar para recibir por radio las indicaciones sobre la zona en la que intervendría. En aquella ocasión, su área de operaciones sería la costa brasileña situada a la altura de Río de Janeiro. Brasil, productor de caucho bruto y caucho tratado, era de una indudable importancia estratégica, como confirma el especialista en submarinos Axel Niestlé: «En Alemania se comprendió muy pronto que era conveniente hundir barcos también en esta área marítima. Sin caucho bruto no habría neumáticos y sin neumáticos no habría ni movimiento ni avituallamiento ni nada. Por eso era importante para los Aliados mantener estas vías de provisiones entre Brasil y sus propios centros de producción». La idea era que la misión durara dieciséis semanas. El submarino contaba con veintiún torpedos, seis en los depósitos de cubierta y quince en la propia nave. A bordo había una gran agitación. Walther Wittig prestaba sus servicios en el *U 518*, con rumbo al área de operaciones frente a Brasil: «Habíamos partido pensando que tal vez aquella sería la última vez. Había que contar con ello».

La vida a bordo tenía poco que ver con la rutina diaria que había establecido el capitán de corbeta Rüggeberg. Guggenberger preparó a la tripulación para que hubiese una continuidad con respecto a sus éxitos en el Mediterráneo. En su camino desde el golfo de Vizcaya hacia la costa brasileña sus hombres apenas tuvieron tiempo de disfrutar de las buenas condiciones meteorológicas. Los ejercicios se sucedían uno tras otro: casi en cada entrenamiento diario se ordenaba la «inmersión por alarma». Como explica Walther Wittig, «la inmersión por alarma se produce cuando se avista un barco o un avión. Quien lo vea debe gritar fuerte en el submarino "¡Alarma!". Entonces se hace sonar un timbre por toda la nave y los centinelas del puente despliegan las escalerillas que conducen hacia el interior. El último que las baje debe cerrar la escotilla de la torre. A continuación, todos los hombres han de situarse en la parte delantera para inclinar 45 grados el submarino. Rápido, rápido. [...] Nadie sabe si se trata de un ejercicio o la alarma va en serio». Solo cuando un submarino es capaz de sumergirse con la suficiente rapidez tiene posibilidades de salvarse y de escapar de un ataque aéreo. Un miembro de la tripulación del *U 513* aseguró que estar bajo las órdenes de Guggenberger era aún peor que pasar la formación de base. El comandante reprendía duramente a oficiales y marineros si no realizaban los ejercicios con la máxima precisión y en el menor tiempo posible.

Ocho días después de que el *U 513* abandonase Lorient, el centinela del puente vio un enorme barco de 10.000 toneladas de registro bruto al sur de las Azores. Durante toda la jornada el *U 513* siguió al buque y maniobró en posición de ataque. Cuando se encontraba a apenas tres kilómetros de distancia, disparó tres torpedos, pero ninguno de ellos alcanzó su objetivo.

> Los submarinos eran exclusivamente máquinas de guerra, con un aprovechamiento total del espacio para el combate.
>
> *Horst von Schroeter, comandante de submarino*

A principios de junio, el *U 513* se encontró en medio del Atlántico con el submarino de avituallamiento *U 460*. Ambas naves avanzaron en paralelo a baja velocidad para permitir el traspaso de 64.000 litros de diésel, además de alimentos. Como de costumbre, el médico del submarino de aprovisionamiento subió a bordo del *U 513* para someter a la tripulación a un chequeo. Guggenberger pasó cierto tiempo en el *U 460* e intercambió noticias con el comandante. A continuación, el *U 513* siguió su rumbo hacia el sur.

Bredow, que prestó sus servicios en los submarinos alemanes, aún se sorprende al recordar cómo vivían en aquellas naves 52 hombres: «Siempre hemos dicho que los diseñadores concibieron una nave extraordinaria y que la fabricaron con una técnica igualmente extraordinaria. Pero cuando la acabaron, se dieron cuenta de que —oh, Dios— había que meter a hombres dentro». Las literas estaban directamente junto a los torpedos. Las camas, tan apretadas entre sí que resultaban asfixiantes, debían utilizarse por turnos. El radiotelegrafista Wittig menea la cabeza cuando piensa en las condiciones en las que vivían en el submarino: «Cuatro horas de guardia, cuatro horas libres. La tripulación a bordo era doble, es decir, que dos hombres tenían asignada una misma cama. En ruta se podía charlar, leer, incluso jugar a algo. Se jugaba al ajedrez, a las cartas, y así iba pasando el tiempo».

> Prácticamente solo disponíamos de conservas. Las tirábamos en sacos porque no soportaban el calor. A bordo siempre teníamos 40 o 50 grados, a veces incluso 60 o 70. Evidentemente, las conservas no toleran tales temperaturas, así que con el tiempo solían explotar. Al final solo comíamos espaguetis. No había nada más.
>
> *Walther Wittig, tripulante de submarino.*

No solo la estrechez resultaba sofocante, sino también el olor, como explica Bredow: «Era una mezcla de sudor, gases emitidos por los torpedos y gases de cloro de la batería; en ocasiones también cuero podrido, que se había ido cubriendo de una “guarnición de piel”, como llamábamos al moho. A todo eso se añadía el olor de la cocina. Intente imaginarse todo

aquello en *un* espacio. Y, sin embargo, llegaba un momento en que ya no olíamos nada de nada».

Por si fuera poco, la tripulación recibía una mínima cantidad de agua fresca, pese a que el destilador de agua suministrase líquido suficiente. Hasta quienes hacían turnos de vigilancia nocturna tuvieron que renunciar al café porque Gunter Seidel, capitán y oficial ingeniero jefe, tenía miedo de lo que podía pasar con las baterías, que debían rellenarse con agua dulce a diario. Y aunque el comandante Guggenberger aclaró la situación y permitió que se distribuyese café, Axel Niestlé entiende los motivos que movían a Seidel: «A menudo ocurría que los submarinos dejaban de ser operativos porque se les agotaba el agua. Hay que comprender por qué el ingeniero jefe Seidel era tan tacaño con ella».

El 20 de junio de 1943 el *U 513* avistó la isla de Trinidad, frente a la costa brasileña. A partir de aquel momento la tripulación se mantuvo preparada para que saltasen las alarmas, porque los barcos y los cazas de submarinos de los Aliados no podían andar muy lejos. Pronto Guggenberger identificó su primer objetivo: el carguero *Venezia*, de bandera sueca, que fue torpedeado y hundido. Su tripulación y sus pasajeros lograron abandonar el barco y más tarde fueron rescatados por un buque mercante británico.

El 23 de junio de 1943 el *U 513* llegó a su segunda área de operaciones, la franja costera situada entre Río de Janeiro y Santos. Junto con otros cuatro submarinos, tenía que averiguar cuál era la ruta que seguían los barcos enemigos. No era sencillo encontrar a posibles objetivos. Walther Wittig, del submarino gemelo *U 518*, recuerda la rutina de búsqueda que seguían ante las costas sudamericanas: «Teníamos la esperanza de que apareciese algo ante nuestra proa. Íbamos de acá para allá, marcando lo que se conoce como “franjas de búsqueda”. Y en un momento dado surgía un barco que las cruzaba. Ellos no sabían dónde estábamos y nosotros no sabíamos quién vendría ni cuándo. Teníamos que ser muy minuciosos. Buscar, buscar y buscar».

El aburrimiento torturaba a los hombres, pero también la falta de higiene se convirtió en un problema. «No nos lavábamos —explica Wittig

evocando las condiciones higiénicas a bordo del submarino—. En la primera misión vino mi comandante y dijo que había encontrado un libro titulado *Ärztlicher Ratgeber für Unterseeboote* ("El asesor médico para submarinos"). Lo leyó y nos comentó: "Imagínense, aquí dicen que hay que cuidar la higiene y, si es posible, lavar la ropa interior cada cuatro o cinco días. ¡Yo llevo la misma ropa puesta desde hace tres semanas y todavía estoy sano!". No podíamos cambiarnos, tampoco había sitio para colocar la ropa».

El 25 de junio de 1943, dos días después de llegar al área de operaciones, Guggenberger atacó con tres torpedos el *Eagle*, un valioso petrolero de 6.000 toneladas de registro bruto. Lo que en aquel momento no sabía es que el barco, gravemente dañado, podía buscar ayuda en el puerto de Río de Janeiro. Poco después Guggenberger hizo que se trasladaran cuatro torpedos de los depósitos de reserva de la cubierta superior al espacio para torpedos de la proa. Un proceso difícil y peligroso, porque en las horas que duraba aquella operación de carga el submarino no podía sumergirse.

El 30 de junio de 1943 la torre vigía del *U 513* descubrió un buque de carga en dirección al sur. Estaba lloviendo a mares y las condiciones meteorológicas les hicieron perder la pista de aquel objetivo. Sin embargo, el *U 513* mantuvo su rumbo para tratar de atrapar al carguero. En la persecución, el vigía del puente descubrió otro buque de carga, esta vez mucho más pequeño. Guggenberger ordenó que se sacaran los cañones. Con un único torpedo hundió el barco brasileño *Tutoya*, de 1.125 toneladas de registro bruto.

Caza frente a Brasil

> No piensan en las personas, piensan en los petroleros que tienen que hundir. Piensan en los buques de carga. En cuántas toneladas tienen. No piensan ni un solo momento en el pobre maquinista que no podrá salir nunca más de su nave.
>
> *Volkmar König, tripulante de submarino*

El 3 de julio de 1943 el *U 513* recorrió la costa de la isla de São Sebastião. El vigía del puente avistó humo en el horizonte y el comandante Guggenberger ordenó que se pusiera rumbo hacia aquel punto. Resultó que el humo procedía de un vapor que formaba parte de un grupo de seis cargueros, protegido por un avión patrullero. Los barcos estaban prácticamente fuera del área de alcance. Sin embargo, Guggenberger los persiguió a toda máquina. Para colocarse en una posición adecuada para el disparo, tuvo que inclinarse hasta quedar fuera del campo de visión y acercarse después bajo el agua a máxima velocidad. «Un comandante que bajo la superficie del mar avanza a toda velocidad para conseguir torpedear un objetivo con éxito siempre pone en riesgo a la nave sumergible. Lo que Guggenberger hizo en varias ocasiones mientras se mantuvo en activo demuestra que era una de las personalidades más agresivas del cuerpo de submarinos», considera Axel Niestlé al pensar en su táctica de ataque, que conllevaba el agotamiento de la capacidad de las tan valoradas baterías. Se lanzaron contra el barco cuatro torpedos de aire comprimido y otro eléctrico. El *Elihu B. Washburne*, un carguero de tipo Liberty de 7.176 toneladas de registro bruto, se hundió tan cerca de la costa que los supervivientes pudieron alcanzar la tierra firme a nado.

Hubo un elemento común a todos los submarinos, según explica Wittig: «La caza. Se avistaba algo y el comandante, desde la cámara de maniobra, iba indicando qué rumbo se debía tomar, qué curso, a qué velocidad, etcétera. Tenía que colocarse en una posición adecuada para disparar. Evidentemente, la agitación se apoderaba de todos los que íbamos a bordo, porque nadie sabía lo que iba a pasar. Aquella situación se mantenía hasta que la nave se encontraba en la posición correcta y el comandante gritaba: "¡Disparen torpedo!". Entonces salían aquellas "anguilas" y todos esperábamos, mirando el cronómetro. ¿Cuánto estaba tardando el torpedo en cuestión? Seguíamos esperando hasta que estallaba —relata Wittig—. No puedo decir cómo nos sentíamos. Naturalmente, pensábamos en los

otros, en los que iban allá arriba, en el barco. Pero, por el amor de Dios, aquello era la guerra. No se tienen escrúpulos».

El *U 513* siguió recorriendo la costa brasileña durante trece días, siempre en busca de «presas». El 16 de julio de 1943 hundió a su última víctima. Después de atacar al barco *Richard Casswell*, Guggenberger sacó a flote el submarino y preguntó a los supervivientes de aquel buque de carga de tipo Liberty cuál era su puerto de origen y su flete. Más adelante, uno de ellos llegó a decir que el comandante incluso les había preguntado en un correcto inglés cómo había jugado el equipo de béisbol de los Dodgers.

Arrastrado por la euforia de aquel hundimiento, Guggenberger envió por radio una comunicación a Dönitz para dar a conocer sus «éxitos». No tuvo en cuenta que cualquier comunicación de aquel tipo delataba la posición del submarino, aunque solo fuese por un breve espacio de tiempo.

En el caso de Walther Wittig, que prestaba sus servicios en el *U 518*, las comunicaciones fueron más limitadas: «En la costa brasileña solo informé por radio una sola vez, emitiendo una señal de siete letras, que se recibió en Alemania y se confirmó rápidamente. Aparte de aquella ocasión, prácticamente no nos comunicamos». No hay que olvidar que los intercambios prolongados a través de la radio facilitaban al enemigo la localización de la nave.

El 17 de julio de 1943 los centinelas del puente avistaron un vapor de 10.000 toneladas de registro bruto. Resultó muy difícil perseguirlo, porque la embarcación avanzaba muy rápidamente. Después de un trayecto sobre el agua a toda velocidad y una posterior persecución submarina, también a toda máquina, Guggenberger consiguió encontrarse en una posición adecuada para tener alguna posibilidad de alcanzar a su víctima con un torpedo. Entonces disparó. Apenas erró el blanco por unos metros. Después de aquel ataque fallido no hubo más remedio que interrumpir la caza del barco.

En los cañones de popa aún quedaban dos torpedos. Por la noche, el *U 513* pasó por delante del puerto de Río de Janeiro y la tripulación tomó nota de sus medidas de defensa antisubmarinos. El puerto estaba protegido por un viejo contratorpedero. Guggenberger intentó en varias ocasiones

alcanzar una posición que le permitiese iniciar un ataque, pero no lo logró. Entonces, a un kilómetro y medio del lugar en el que se encontraban, apareció otro contratorpedero. La tripulación de cubierta estaba segura de que aquella nave había avistado la torre del submarino. Guggenberger ordenó la inmersión por alarma. Siguieron unos minutos de inquietud, pero el *U 513* consiguió escapar.

¡Abran fuego!

> En el verano de 1943, el área de operaciones situada frente a la costa de Brasil se había vuelto muy peligrosa. La vigilancia aérea estadounidense cubría prácticamente toda la zona. La pérdida de cinco naves de cada seis era la señal más evidente de que en el verano de 1943 los tiempos de los éxitos fáciles en mares lejanos habían quedado definitivamente atrás.
>
> *Axel Niestlé, experto en submarinos*

El establecimiento de una red de puntos radiogonométricos prácticamente sin fisuras en la costa de Sudamérica facilitó la localización de los submarinos alemanes. Si uno de ellos se comunicaba aunque solo fuese un momento y al menos dos estaciones de radio captaban la señal, se podía determinar su posición exacta cruzando la información radiogonométrica. En la mayoría de las ocasiones los Aliados conseguían incluso descifrar los mensajes, aunque para ello podían necesitar hasta una semana, ya que la técnica que había que aplicar para comprender lo cifrado por la máquina alemana Enigma (cuyo código habían descubierto los británicos en mayo de 1941) era muy compleja. Por lo general, para cuando se conseguía el contenido, este había quedado ya desfasado. Con todo, la defensa estadounidense de Florianópolis tenía siempre una idea aproximada de la posición de los submarinos alemanes.

> Tan pronto como se sabía que un submarino alemán se había detenido en un determinado cuadrante, se enviaba a dos aviones para buscarlo y, si era posible,

atacarlo y hundirlo.

William Stotts, operador de radar del PBM Mariner

El 19 de julio el operador de radar William Stotts, de la escuadrilla de caza de submarinos VP-74, situada en Florianópolis, recibió la orden de prepararse para actuar. El hidroavión de tipo PBM Mariner había volado aproximadamente cien kilómetros sobre el mar cuando, de repente, Stotts vio algo en la pantalla. Informó de que había encontrado un objeto que le llamaba la atención, a dieciocho grados a estribor y una distancia de unos treinta y cinco kilómetros. «La señal era muy intensa, no podía tratarse de un barco pesquero», recuerda. Ward, el copiloto, tomó sus prismáticos y empezó a otear el horizonte, mientras el piloto Roy Whitcomb vigilaba el radar. Aproximadamente dos minutos más tarde, Ward llamó su atención tocándole levemente un hombro y le señaló un punto a estribor. Pronto, Whitcomb avistó el objeto. A primera vista parecía un pequeño barco o un gran submarino. Ward aumentó las revoluciones de sus hélices para volar a 225 kilómetros por hora por encima de las nubes. Whitcomb indicó a la tripulación que se preparase para el combate. Daba la impresión de que el submarino aún no les había visto. Los hombres de aquel avión habían tomado nota del tipo de objetivo al que se enfrentaban: un submarino con un curso de 270 grados y una velocidad de entre ocho y diez nudos. Whitecomb giró el avión a babor para ocultarse tras una pequeña nube. Quería iniciar el ataque desde el sol, si era posible, para cegar al enemigo.

19 de julio de 1943, 16.50 hora local: el *U 513* navega por la superficie del agua, al sur de Santos. Hay calina y el cielo está parcialmente cubierto. La visibilidad es de casi treinta kilómetros. La guardia del puente está formada por dos oficiales centinelas, un contramaestre y dos marineros. De repente, descubren un pequeño brillo plateado entre las nubes: «¡Aviador!». Guggenberger se precipita hacia el puente. Se desencadena la alarma, se activan los cañones de defensa antiaérea en el «invernadero», esto es, en la plataforma situada tras el puente, y se ocupa el techo tras la torre. Ya es tarde para sumergirse, pero Guggenberger no esperaba mucho de los

combatientes brasileños. Estaba convencido de que, al menos, podría golpear a los atacantes en su huida.

> Cada nave tenía un cincuenta por 100 de probabilidades de ganar. En realidad, todo dependía de las condiciones en las que el avión atacara. Si reconocíamos la nave aérea demasiado tarde, llegaría tan rápido que no nos dejaría ninguna posibilidad de sumergirnos.
>
> *Walther Wittig, tripulante de submarino*

Cuando el avión, a una distancia aproximada de diez kilómetros, salió de detrás de la nube, la tripulación del submarino ya estaba preparada para el combate. El teniente Whitcomb recuerda: «Pronto comenzaron a dispararnos con su artillería del techo, giraron bruscamente a estribor y aumentaron su velocidad; calculo que irían a quince nudos». Pensaba que pronto declararían la inmersión por alarma, así que dio órdenes de lanzar un ataque inmediato. Los cañones de defensa antiaérea del *U 513* disparaban ráfagas ininterrumpidas de entre tres y cinco segundos, que pasaron a apenas veinte metros del ala izquierda del avión. Whitcomb dio inmediatamente orden a su tirador de a bordo de que respondiera al fuego, no tanto con la esperanza de alcanzar al submarino como con la intención de confundir a la tripulación del mismo. Sin embargo, en medio de aquel abrupto cambio de altura sin compensación de presión, el tirador no oyó la orden, así que no se disparó ni un solo tiro desde el avión.

> El problema era que a menudo las armas de defensa antiaérea quedaban expuestas durante semanas al agua del mar y, evidentemente, tendían a estropearse. En el momento decisivo se atascaban. Así ocurrió también en el caso del *U 513*.
>
> *Axel Niestlé, experto en submarinos*

Tras un brusco viraje a estribor para dar la espalda al avión, Guggenberger ordenó apartarse describiendo una trayectoria en zigzag. Algunos hombres del submarino dispararon con cañones de 37 mm, otros

dos emplearon artillería de 2 cm y dos más se ocuparon del avituallamiento de munición. El Mariner se abalanzó sobre el sumergible. El aire se llenó de salvas. Todo el submarino tembló por el impacto de la artillería.

> En el momento de la explosión de las bombas de profundidad, el *U 513* avanzaba a toda velocidad sobre el agua. Cuando los proyectiles estallaron y el casco presurizado se resquebrajó, el agua que entraba en el submarino lo hizo tan pesado que pronto cortó la nave. Como, además, esta seguía manteniendo su velocidad, se hundió con relativa rapidez.
>
> *Axel Niestlé, experto en submarinos*

El piloto Whitcomb vio como la munición trazadora silbaba a la derecha y a la izquierda de su avión. Para evitar en la medida de lo posible que lo alcanzaran, puso todo su empeño en llevar el avión a derecha e izquierda, sin dejar de mantener su rumbo de ataque. Como Whitcomb señaló más tarde, «lo hice de forma inconsciente; apliqué esta táctica antes incluso de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo».

En el *U 513* la artillería de 2 cm se había atascado. El fuego cesó. Mientras algunos miembros de la tripulación intentaban por todos los medios liberar el cierre, otros contemplaban embelesados el bombardero. Lo sabían: la frecuencia de disparo de los ocho cañones era demasiado limitada como para alcanzar a aquel avión, que se desplazaba cada vez más rápido. Volando en picado, el Mariner lanzó cuatro bombas desde una altura de quince metros sobre el submarino. El piloto aún se sorprende al recordar que el *U 513* ni siquiera trató de sumergirse. Dos bombas fallaron, pero las otras dos alcanzaron la cubierta. «Como no disparé ninguna de mis ametralladoras, lo que más quería en aquel momento era escapar del submarino y de sus eficaces cañones de defensa antiaérea.»

Las bombas explotaron bajo el agua con un ligero retraso. Su impacto lanzó por la borda a los hombres del puente y de los puestos de artillería. La proa del submarino quedó resquebrajada. Una de las bombas de profundidad explotó en la popa y abrió otra grieta en el casco presurizado. El agua empezó a entrar en el submarino. A través de la escotilla abierta de

la torre el aire escapaba libremente y el submarino se iba hundiendo como una piedra. La popa del *U 513* desapareció en el agua, todavía con sus hélices girando. Algunos de los hombres que cayeron al agua fueron arrastrados por la resaca del mar, pero consiguieron salir a flote.

> Era comprensible que arrojáramos botes salvavidas a los supervivientes y organizásemos su rescate. Cuando el enemigo se encuentra en el suelo, no está bien pisotearle.
>
> *William Stotts, operador de radar del PBM Mariner*

Whitcomb voló entonces a menor altura y describió una suave curva a la izquierda. Después giró enérgicamente para comprobar si la bomba que había arrojado había alcanzado su objetivo. Para su sorpresa, no encontró el submarino. «Un minuto y medio después del lanzamiento, había en el agua una capa de aceite, manchas de color marrón, burbujas y en torno a quince o veinte supervivientes.» Inmediatamente después la tripulación del avión preparó dos botes salvavidas y Whitcomb redujo la velocidad para lanzarlas a los náufragos.

La tripulación del Mariner estaba sorprendida. Nadie había contado con acertar de pleno en el blanco. Estuvieron dando vueltas por la zona durante veinte minutos más y después regresaron. El combustible empezaba a escasear. El piloto comunicó por radio a la estación costera y al barco al que acompañaba su avión (el USS Barnegat) la posición de los supervivientes. Guggenberger y otro hombre más consiguieron llegar a nado a las balsas y, desde ellas, rescatar a cinco compañeros. De los tres hombres que habían permanecido en la cubierta de popa nunca más se supo. Otro superviviente les pidió ayuda, pero cuando llegaron hasta donde se encontraba ya se había hundido. Los hombres no vieron el segundo bote.

Pese a lo complicado de la situación, Günther Bleise, mecánico de torpedos, demostró tener un marcado sentido de la etiqueta. Para nadar se había quitado los zapatos y los pantalones. Pidió al comandante permiso para subir «a bordo». Su viuda, Margarete Bleise, aún recuerda lo ocurrido:

«Bajo el agua se había quitado todo. Entonces preguntó al capitán: “Mi capitán, quisiera subir, pero solo llevo un Eastlander”. Estaba desnudo de cintura para abajo y no quería presentarse así en el bote. Siempre pensando en la etiqueta. Hoy resulta cómico. ¡Pararse a pensar en esas cosas justo en aquella situación!».

Siete supervivientes se apretujaron en la pequeña balsa, con los pies colgando sobre el agua, pese a que los tiburones nadaban alrededor de ellos. Las horas siguientes fueron una tortura. Heridos y sin agua potable, quedaron a la deriva en el Atlántico Sur, temblando ante la posibilidad de que los brasileños los atraparan y los maltrataran. Sin embargo, la alternativa a aquella captura era una muerte segura.

Entretanto, el USS Barnegat avanzaba a toda velocidad para llegar al lugar del hundimiento antes de que anocheciera. No obstante, las primeras coordenadas que habían recibido eran erróneas y los condujeron a casi cien kilómetros del punto que buscaban. Hubo que esperar varias horas para que se transmitiese la posición correcta. Cuando el Barnegat la alcanzó, a las 21.46 horas, ya era de noche. Las posibilidades de encontrar a los náufragos eran escasas. El barco, que contaba con un mapa de la zona en forma de rejilla de búsquedas, puso en marcha el radar, que, después de media hora, mostró un objeto muy pequeño en un área de una milla náutica. A las 22.15 horas, la torre vigía descubrió la balsa salvavidas. En un primer movimiento se consiguió recoger a cinco hombres, pero la corriente arrastró el bote. Para el rescate de Guggenberger y de otro marinero hubo que esperar casi media hora más.

Finalmente, los hombres de la balsa consiguieron salvarse. Al contrario de lo que habían temido, se les trató con respeto y se les atendió adecuadamente. Se permitió que se lavaran, se les entregó ropa seca y se les sirvió café caliente. Durante una hora más se peinó la zona en busca de otros supervivientes. Después, el *Barnegat* volvió a su puerto de origen. A la mañana siguiente un avión continuó tratando de encontrar a otros hombres, pero no tuvo éxito en su misión. Guggenberger y el resto de prisioneros confirmaron que, debido a la destrucción total de la cubierta delantera y a la escotilla abierta en la torre, el *U 513* se había hundido.

Guggenberger estaba gravemente herido, con tres vértebras cervicales lesionadas y dos costillas rotas. Después de recibir los primeros auxilios en Río de Janeiro, fue trasladado a Miami, donde lo atendieron médicos militares. Al ingresar en el hospital se comprometió por escrito: «Por la presente doy mi palabra de honor como oficial de la Marina alemana de que no intentaré escapar en el tiempo en que permanezca bajo tratamiento médico. Esta palabra de honor solo tendrá efecto hasta que se me dé de alta oficialmente en el hospital». Y Guggenberger mantuvo su promesa. Sin embargo, tan pronto como se le permitió salir del centro, se dedicó de lleno a planear su huida.

Los reyes de la evasión

A finales de septiembre de 1943, Friedrich Guggenberger y varios hombres del *U 513* fueron trasladados al campo de prisioneros de guerra de Fort Hunt y después a Crossville, en Tennessee. En enero de 1944, se envió a Guggenberger a otro campo de prisioneros, el Papago Park Camp, cerca de Phoenix (Arizona). Allí comenzó su trayectoria como experto en evasiones. Junto con otros cuatro comandantes de submarinos alemanes consiguió llevar adelante una primera huida. Dos de ellos fueron atrapados poco tiempo después, pero Guggenberger llegó junto con August Maus, comandante del *U 185*, hasta Tucson (Arizona), que se encontraba prácticamente a doscientos kilómetros de distancia. Sin embargo, en aquel punto fueron detenidos y se acabó su viaje. Apenas regresaron a Papago Park Camp, los dos empezaron a planear, en colaboración con otros oficiales, su siguiente huida. No estaban dispuestos bajo ningún concepto a pasar el resto de la guerra tras una alambrada.

El plan era temerario: cuatro tripulantes de submarinos y otros veinticinco oficiales alemanes pensaban escapar atravesando un túnel de 55 metros de longitud que los conduciría a un bosque cercano. La acción comenzó en algún momento de septiembre, bajo la dirección de los cuatro comandantes, que habían tramado el plan mientras en el cuartel se jugaba al

bridge. «Era un reto y una aventura —recordaron más tarde—. Cavar el túnel era una especie de deporte total. Vivíamos, comíamos, dormíamos, hablábamos, cuchicheábamos y soñábamos con y sobre el “túnel”. Durante semanas no pensamos en nada más.»

> En la primera semana fuimos extremadamente prudentes. Después nos volvimos algo más descuidados. De cuando en cuando veíamos tropas que nos buscaban, pero no podíamos ni imaginar que toda la región —con Policía, Ejército, guardia fronteriza, cazadores de recompensas, FBI e indios incluidos— nos siguiese los pasos. No pensábamos que fuésemos tan importantes.
>
> *Friedrich Guggenberger*

Los centinelas de la Sección 1.ª de aquel campo de prisioneros de guerra se dieron cuenta de que los presos parecían haber desarrollado de repente un gran entusiasmo por embellecer el lugar en el que vivían. Prepararon grandes arriates y un campo para jugar al *faustball*,* y cuidaron primorosamente el terreno. Los guardias pensaron que solo estaban siendo testigos de una muestra de la «minuciosidad alemana». En realidad, aquella era una maniobra de distracción para ocultar ante los ojos de los propios centinelas los escombros procedentes de la excavación del túnel.

La entrada del pozo por el que se escaparían se encontraba a un metro del edificio de baños y a apenas cincuenta metros de la alambrada. Para ocultar el acceso, colocaron grandes cajas de carbón sobre el agujero. Trabajaban por las noches, en grupos de tres hombres y turnos de noventa minutos. Un cuarto grupo se encargaba de diseminar al día siguiente la tierra de la excavación. En un día bueno podían avanzar un metro, aunque lo cierto es que los quince últimos fueron los más difíciles. La víspera de la evasión tuvieron que cavar a una profundidad de cinco metros para evitar unas zanjas de drenaje y una calle. El 20 de diciembre de 1944 el túnel estaba terminado.

Tres días más tarde tuvo lugar la evasión. En la noche del 23 de diciembre los suboficiales de la Sección 1b celebraban una ruidosa fiesta que atrajo la atención de los centinelas. Mientras tanto, los evasores

planeaban avanzar en grupos de dos o tres hombres, provistos de ropa para cambiarse, comida, cigarrillos y documentos de identidad falsos. Poco antes de las nueve de la noche los dos primeros, Friedrich Guggenberger y el antiguo comandante del *U 595*, Jürgen Quaet-Faslem, bajaron la escalerilla del túnel y comenzaron a arrastrarse sobre sus codos y rodillas a través de aquel estrecho pasadizo. Necesitaron 40 minutos para recorrer aquellos 55 metros. Entonces Guggenberger subió con cuidado las escalerillas hacia la salida del túnel y levantó la tapa que la cubría. Lloviznaba. Los dos hombres se arrastraron bajo un arbusto y avanzaron hacia las heladas aguas del canal de drenaje. Hacia las dos y media de la madrugada, el último del grupo salió del túnel. Entretanto la lluvia se había hecho más intensa. En total lograron escapar doce oficiales y trece militares subordinados de diferentes rangos. Su plan era dirigirse hacia el sur en pequeños grupos para alcanzar México. Todos ellos sabían que la probabilidad de regresar a Alemania era remota, pero lo importante de momento es que eran libres. Solo uno de ellos volvió a la mañana siguiente al campo. No quería perderse la suculenta comida de Navidad y se presentó de forma voluntaria.

En Papago Park POW Camp, los centinelas no se dieron cuenta hasta las siete de la mañana de que faltaba un nutrido grupo de presos. Inmediatamente informaron de ello al FBI. Mientras tanto, sonó el teléfono. Era el *sheriff* de Phoenix, que confirmaba que uno de los evadidos se había entregado. En poco tiempo regresaron voluntariamente otros cinco más. Entonces comenzó lo que el periódico *Phoenix Gazette* calificó de «la mayor caza al hombre de la historia de Arizona». Soldados, agentes del FBI, policías, guardias fronterizos, granjeros y hasta indios expertos en reconocer huellas: todos ellos emprendieron la búsqueda de los fugitivos reincidentes.

En los días siguientes algunos de ellos abandonaron la huida o fueron apresados por funcionarios o cazadores de recompensas. El 2 de enero Guggenberger y Quaet-Faslem cayeron en manos de unos indios. El 27 de enero de 1945 regresó el último fugitivo al Camp Papago Park. Todos ellos esperaban con preocupación la pena que se les iba a imponer. Algunos temían incluso que se les fusilara. Sin embargo, al final solo se les condenó

a pasar un día a base de pan y agua por cada día que hubieran permanecido en paradero desconocido.

Balance de un combate

La guerra continuó. Cada día siguieron muriendo personas sobre y bajo el agua. Los mandos de la Marina alemana se empeñaron en conseguir la victoria a cualquier precio. En el otoño de 1943 y en la primavera de 1944 los hombres de los submarinos quedaron extenuados. En marzo de 1944 Dönitz cesó definitivamente la lucha en el Atlántico Norte. Durante la invasión de los Aliados, los submarinos lograron hundir al menos una docena de barcos, pero, en vista de la superioridad numérica de los cargueros enemigos, aquella cifra era insignificante. La sangría que se requirió para llegar a ella fue enorme. Hasta la primavera de 1945 murieron miles de miembros de la tripulación de los submarinos. En total 863 naves sumergibles de las 1.167 construidas lucharon en el frente. 648 de ellas nunca regresaron. En mayo de 1945, el gran almirante Karl Dönitz exigió «a los hombres de sus submarinos» la capitulación en una comunicación por radio. «Habéis luchado como leones», les alabó el sucesor de Hitler, que cerró su alocución con un «viva Alemania».

De los 55.000 alemanes que prestaron sus servicios en los submarinos, murieron 30.000. Más de 30.000 hombres que viajaban en los 2.882 buques mercantes o en los 175 buques de guerra que hundieron los alemanes perdieron también la vida. En el fondo del mar quedan miles de restos de naufragios, tanto de cazadores como de cazados.

En 1946 Guggenberger quedó libre. Cuando en 1956 se creó la Marina de la República Federal de Alemania, volvió al Ejército. Tras completar con éxito su formación en el U.S. Naval College, en Newport, reanudó su carrera como militar. Una fotografía del periódico *Newport Daily News* lo muestra junto al presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower en su visita a la Foreign Class del 16 de septiembre de 1958. Logró ascender a

contraalmirante y se convirtió en jefe del Estado Mayor del cuartel general de la OTAN de las fuerzas aliadas en Europa del Norte.

Tras jubilarse, Guggenheimer enfermó de alzhéimer. El 13 de mayo de 1988, a la edad de setenta y tres años, se despidió de su mujer para dar un largo paseo, del que nunca regresó. Se le dio por desaparecido. Dos años más tarde se encontró su cadáver en un bosque cercano a Erlenbach am Main, la ciudad en la que residía.

El *U 513* es hoy una tumba de hombres del mar y todo un monumento que recuerda, frente a las costas de Brasil, aquella guerra fatal. Su descubridor, Vilfredo Schürmann, reconoce: «Estoy feliz de formar parte de esta historia en la que alemanes y brasileños han trabajado juntos para desvelar un enigma de la segunda guerra mundial». Pese a que la nave se encuentra a una profundidad de 133 metros, Schürmann y los expertos brasileños que lo asesoran planean enviar buzos al fondo del mar para explorar con mayor detenimiento los restos. Sin embargo, no prevén moverlos de donde están.

El mito de la Fortaleza Alpina

> Existen múltiples motivos para suponer que la amplia región montañosa está a punto de convertirse en una gigantesca fortaleza, en la que los fanáticos nazis esperan resistir hasta que Europa, fatigada por la guerra, se muestre dispuesta de una u otra forma a negociar.
>
> The Sphere, *publicación semanal británica, febrero de 1945*

El Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa (el Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force o SHAEF) quedó sumido en una profunda preocupación cuando aquel 11 de marzo de 1945 se le presentó un informe del Departamento de Información: «Los poderes que han dirigido Alemania hasta ahora, defendidos por la naturaleza y la potencia de las armas secretas más recientes, lograrán sobrevivir y preparar su resurgimiento. Un cuerpo de jóvenes especialmente seleccionados recibirá instrucción sobre la guerra de guerrillas, de modo que puedan poner en marcha todo un ejército en la sombra para liberar a Alemania de las tropas de ocupación».

La amenaza de una nueva línea de defensa con armas y municiones procedentes de fábricas a prueba de bombas, así como con víveres y equipamiento llegados desde almacenes subterráneos, llevaba largo tiempo pululando por las informaciones que remitían los militares. Aquel temido frente que amenazaba con convertirse en un nuevo centro de resistencia recibió diferentes nombres: «Hitler’s Alpine Redoubt», «National Redoubt» o «Inner Fortress of the Alps»; en suma, diferentes traducciones para un concepto en el que los dirigentes alemanes trabajaban desde hacía meses: la *Alpenfestung* o Fortaleza Alpina.

La creación de una fortaleza alpina supone una hábil posibilidad de entablar, si se realiza un análisis certero y rápido, un diálogo por vía diplomática.

Franz Hofer, jefe de distrito, refiriéndose al objetivo político de la Fortaleza Alpina

Esa idea abstracta daba cuenta de la nueva —y forzosa— discreción que practicaban los líderes nazis. Es cierto que en su momento los paladines de Hitler pudieron jactarse de dominar todo un continente. De hecho, en las Navidades de 1942 la cruz gamada ondeaba prácticamente en cualquier rincón de Europa.

Dos años más tarde la propaganda alemana presumía con altanería del «sólido núcleo de Alemania». Aunque hacía ya tiempo que se había desmoronado la Muralla del Atlántico y el Ejército Rojo marchaba imparable en dirección a Berlín, los dirigentes nacionalsocialistas hablaban entonces de un baluarte inexpugnable que detendría el ataque de los ejércitos enemigos en las fronteras del Tercer Reich: una de las muchas promesas incumplidas de la criminal facción que se había constituido en torno a Hitler y que, tras la guerra total, estaba dispuesta a arrastrar a Alemania a una derrota también total y al hundimiento.

Apenas unas semanas más tarde las potencias occidentales se encontraban ya en el Rin y el Ejército Rojo había rodeado Berlín. Las unidades alemanas del sur se vieron obligadas a retirarse a los Alpes bávaros y austríacos. El 18 de abril de 1945, en su búnker de la capital, Hitler se refirió a la Fortaleza Alpina como su última posibilidad para retirarse. En realidad, los fanáticos nazis seguían creyendo que resistirían pese a la superioridad del enemigo y que incluso tendrían ocasión de preparar la «victoria final».

¿Era aquella Fortaleza Alpina un sueño de los alemanes o una pesadilla de los estadounidenses? ¿Un fruto del desmesurado orgullo nazi o de la histeria aliada? ¿Se trataba del *Hitler's hide-away*, como la calificaba el *New York Times*, o se correspondía más bien con el análisis del jefe del Estado Mayor de los generales Franz Halder, quien aseguró

categóricamente que la Fortaleza Alpina «no era sino una quimera de Hitler»?

Lo cierto es que desde el punto de vista militar aquella fortaleza nunca llegó a representar una seria amenaza para los enemigos de Alemania. No fue más que un autoengaño de los Aliados que se vio reforzado por la confusión a la que habían contribuido los propios alemanes. Se trataba de una fortaleza fantasma, algo parecido al ejército fantasma del general Wenck, al que Hitler esperaba en Berlín. Los dos elementos solo existieron sobre el papel, como mucho, y no fueron más que una fantasía militar. Sin embargo, ese fantasma llevó a los Aliados a cambiar el rumbo de la guerra en las últimas semanas, después de que los estadounidenses modificaran sus planes de ataque.

En realidad, la utopía política que iba unida a aquella idea de un pueblo en los Alpes al que poder huir no tenía ninguna posibilidad de materializarse. Sus padres espirituales, pertenecientes a la segunda y la tercera fila de la jerarquía nazi, contemplaban aquella Fortaleza Alpina como una garantía en las negociaciones con Occidente y querían iniciar desde ella una marcha común con los Aliados hacia el Este, contra el enemigo bolchevique. «Si seguimos así, en un par de días recibiremos un telegrama desde el Oeste», fantaseó Göring tras su huida de Berlín hacia las montañas bávaras.

En realidad, aquellas esperanzas puramente políticas se desvanecieron en la primavera de 1945. Hoy en día ya no hay duda: la Fortaleza Alpina era un proyecto temerario y sin posibilidades de éxito. Y, sin embargo, los acontecimientos que se sucedieron en torno a la ciudad de Berchtesgaden tuvieron durante mucho tiempo consecuencias militares, políticas y psicológicas. No en vano, al final de la guerra «caliente», se dieron aquí los primeros pasos para las nuevas coaliciones que estarían vigentes en el período de la guerra fría.

La Fortaleza Alpina atrae tanto a quienes se mueven por un deseo de aumentar su conocimiento científico como a quienes persiguen un interés profano y meramente material. Aún hoy historiadores y aventureros buscan en los Alpes bávaros y austríacos las cámaras de los tesoros del Tercer

Reich. Y es que se supone que, en algún lugar de la red de galerías de minas secretas y de los apartados valles de la zona, los funcionarios nacionalsocialistas, liderados por Hermann Göring, Ernst Kaltenbrunner y otros destacados dirigentes nazis, intentaron encontrar un escondite seguro no solo para sí mismos, sino también para los tesoros artísticos y las divisas del régimen. Lo cierto es que hasta ahora se ha encontrado poca cosa. No es de extrañar, por tanto, que la búsqueda del oro de los miembros de la alta jerarquía nazi, a los que en Alemania se suele llamar irónicamente «los faisanes dorados», aún siga excitando los ánimos.

¿Qué hubo en realidad en aquella Fortaleza Alpina? ¿Cómo pudo nacer un rumor con el que se consiguió tomar el pelo a los ejércitos más modernos? ¿Qué objetivos perseguían los nazis de Berlín, por una parte, y los de Berchtesgaden, por otra, en la fase final de la contienda mundial que ellos mismos habían provocado? ¿Y qué secretos se ocultan posiblemente en las profundidades de los valles alpinos y de los enigmáticos lagos de montaña?

Como una idea fija

El mapa sinóptico de la región alpina con el que trabajaban en el SHAEF llevaba como dudoso título *El baluarte nacional según los informes de nuestros agentes*. Aquel plano, lleno de banderitas rojas, era, desde luego, material explosivo. En él se marcaban las posiciones que se suponían dominadas por los alemanes dentro de la extensa área de los Alpes bávaros y austríacos, que ocupaba unos cuarenta mil kilómetros cuadrados. Es cierto que la mayoría de las banderas iba acompañada de un comentario complementario: «No confirmada». Sin embargo, el elevado número de marcas sirvió para impresionar y hacer pasar el mensaje: estaban ante un peligroso terreno, armado hasta niveles insospechables.

Durante muchas semanas recibimos informes en el sentido de que las intenciones nazis, en último extremo, eran retirar la flor de los SS, de la Gestapo y de otras

organizaciones fanáticamente leales a Hitler, a las montañas del sur de Baviera, el oeste de Austria y el norte de Italia. Allí confiaban en bloquear los tortuosos pasos de montaña y resistirse indefinidamente contra los aliados.

Dwight D. Eisenhower, en Cruzada en Europa*

Las variadas y numerosas informaciones que, procedentes de diversas fuentes, fueron confluyendo desde el otoño de 1944 en la central de Eisenhower dieron lugar, el 25 de marzo de 1945, a un informe sumario que contenía cifras aterradoras: entre 200.000 y 300.000 soldados de las SS y de las tropas de montaña alemanas con una amplia experiencia en combate se habían concentrado en los Alpes para oponer resistencia o, incluso, para preparar el contraataque desde posiciones bien estructuradas. Estas fuerzas alemanas disponían del mejor armamento, porque obtenían sus reservas de fábricas subterráneas, instaladas en galerías y minas de sal perfectamente protegidas. Se hablaba de aviones Messerschmitt completos, de armas maravillosas y de aparatos pesados, y también, naturalmente, de unidades de élite nazis que, procedentes de todas las regiones del Reich, se habían encontrado en los valles alpinos y estaban firmemente decididas a luchar hasta el último aliento.

El autor del informe era el teniente coronel William W. «Buffalo Bill» Quinn, jefe del Estado Mayor del Servicio de Información del Ejército (G2) del IV U.S. Army Corps. Tras valorar una serie de documentos secretos del Ejército, había llegado a la convicción de que Hitler quería continuar la guerra en los Alpes en caso de que las tropas aliadas conquistaran la capital del Reich. Lo que hasta entonces solo habían sido datos presentados de forma fragmentada se convirtió en una valoración oficial de la situación por parte del servicio de información de Estados Unidos. Y el contenido de aquella valoración abrió el debate al otro lado del Atlántico.

Defenderían cada palmo del terreno hasta el último aliento.

Wilhelm W. Quinn, del Servicio de Información G2, IV U.S. Army Corps

En el otoño de 1944 llegaron a Washington una serie de inquietantes informaciones procedentes de la neutral Suiza, que aseguraban que los alemanes estaban allí para convertir la región alpina en una fortaleza. Existía un «reducto prácticamente inexpugnable», según comunicó por cable Allen Welsh Dulles desde la otra orilla del océano.

Aquel tal Dulles no era un cualquiera. Dirigía en Berna la Oficina Exterior del Office of Strategic Studies (OSS), un servicio de información estadounidense que dependía directamente del Ministerio de Defensa. Dulles, que posteriormente se convertiría en director de la CIA, era un personaje francamente complejo. Este astuto agente había creado en los años treinta una estrecha red de interesantes contactos en Alemania. También había hecho buenos negocios con banqueros como Hjalmar Schacht y en la fase final de la guerra fue la persona de contacto y confianza del general del cuerpo de combate de las Waffen-SS, Karl Wolff, para las conversaciones secretas en torno a la capitulación de las fuerzas alemanas en Italia.

Durante el conflicto, Dulles estuvo en contacto con enemigos de Hitler como el filósofo Herbert Marcuse o el escritor Klaus Mann. Además, colaboró con miembros de la resistencia, como Hans Bernd Gisevius y Fritz Kolbe, gracias a los cuales conoció los planes del avión de caza alemán Messerschmitt Me-262. Aquellos éxitos determinaron que la Administración estadounidense diese por válidas todas las informaciones que proporcionaba.

En octubre de 1943, la OSS de Berna anunció a Washington: «Desde el pasado mes se están preparando puestos de defensa en los valles del Tirol, que forman una línea hacia el sur, entre las localidades de Imst y Bludenz». Sin embargo, nadie hablaba todavía de una supuesta fortaleza alpina. Casi un año después, el 12 de agosto de 1944, añadió: «Según los planes nazis, hasta un millón de hombres podrían haberse posicionado en los Alpes. Con material suficiente, serían capaces de resistir durante un período de entre seis y doce meses».

Una de las fuentes fundamentales de estas y otras «informaciones» del mismo estilo fue el fotógrafo suizo Hans Hausamann, quien, tras haber

sentido inicialmente simpatía por el nacionalsocialismo, con el tiempo se convirtió en uno de los enemigos más acérrimos del régimen. Quería participar activamente en la derrota del Tercer Reich a través de su propia agencia de información, que desde mediados de los años treinta se había especializado en las noticias de carácter militar. Bajo el nombre en clave de «Oficina Ha», su servicio secreto, que nació como una entidad privada, creó una red de agentes reclutados entre enemigos del nacionalsocialismo bien informados, refugiados, desertores y suizos que, tras residir en Alemania, habían decidido regresar a su patria.

En octubre de 1944, la Oficina Ha describió un escenario muy amenazante: «Desde hace poco existen dentro de fábricas excavadas en la roca aviones, motores, vehículos, etc., almacenados en la montaña a tanta profundidad que es imposible llegar a ellos, ni siquiera con los proyectiles del mayor calibre». Esta información hizo pensar que en la región alpina había una armería alemana, que vendría a sustituir en cierto modo la actividad de la cuenca del Ruhr.

A partir de fuentes más o menos oscuras como esta, el OSS llegó a principios de febrero de 1945 a la siguiente conclusión: «Existe un consenso general de que en los Alpes bávaros y austríacos se ha creado una fortaleza defensiva. Sin duda alguna, los nazis preparan una cruenta batalla en su fortaleza de la montaña». Según aquel informe, diez divisiones de las SS, más otras quince de tropas de montaña y otras unidades de élite, estaban listas y tenían el avituallamiento asegurado para dos años.

> Las bases están unidas entre sí a través de ferrocarriles subterráneos. Tienen en los almacenes provisiones para varios meses, la mejor munición y casi todas las existencias alemanas de gases tóxicos.
>
> *Información del agregado militar suizo del 16 de febrero de 1945*

Los dirigentes del Ejército estadounidense no podían sino basarse en aquellos informes para actuar, ya que sus grupos militares aún no disponían de su propio servicio de información. Sin embargo, lo que aquellos oficiales

proporcionaban no era tanto una segunda fuente independiente como el resultado de una competencia interna dentro de la estructura del servicio secreto estadounidense. Los servicios de información del Ejército estadounidense, conocidos como «G2», se esforzaron en un principio por relativizar los datos del OSS. La limitadora etiqueta que se aplicó al conocimiento de los servicios secretos, tanto propios como, sobre todo, ajenos, fue la de «no confirmado». Había que actuar en todo momento con prudencia: los aviones de reconocimiento no pudieron proporcionar fotografías que demostrasen que se estaban llevando a cabo trabajos de construcción.

Sin embargo, cuanto más dramáticas sonaban las informaciones que proporcionaban las fuentes estadounidenses en Suiza, mayor era la reserva de los servicios profesionales de información militar. En un informe del departamento G2 del 12.º Ejército al SHAEF del 11 de marzo de 1945 se hablaba de un cambio de estrategia por parte de los alemanes en la región alpina. Se suponía que los enemigos estaban preparando una guerra de partisanos en la zona, donde crearían un nuevo «bastión alemán».

Para el Intelligence Corps G2 del 7.º Ejército, la amenaza generalizada en los Alpes era ya una certeza el 25 de marzo: ochenta unidades de élite de las SS y de las tropas de montaña con entre mil y cuatro mil hombres cada una estarían posicionadas en una serie de edificaciones que se mostraban con exactitud en un mapa. En total, se calculaba que había 300.000 hombres bien formados y con amplia experiencia en la lucha armada. En las plantas checas de koda se fabricarían nuevas piezas de artillería y en las fábricas subterráneas se producirían aviones Messerschmitt enteros.

Este dualismo del servicio de información —por una parte, el OSS; por otra, el G2— conducía a una verdadera competencia en el suministro de datos cada vez más dramáticos. Ninguna de las partes quería arriesgarse a que le reprocharan haber pasado por alto una amenaza. Si una de ellas dibujaba claramente el escenario de una fortaleza alpina, la otra le acusaba de carecer de pruebas, y poco después presentaba sus propias fuentes, que hacían parecer real el peligro que antes había relativizado, algo a lo que el

otro servicio de información respondía alegando que se trataba de «datos no confirmados» y subrayando su carácter de meras hipótesis.

De esta forma el escenario de amenazas se fue inclinando a un lado y a otro en la primavera de 1945. El suboficial alemán Christian Hallig, que se había incorporado a las tropas estadounidenses en abril de 1945, se vio confrontado con aquellos temores en un interrogatorio al que le sometió un oficial norteamericano: «El centro de la Fortaleza Alpina, Berchtesgaden, la Berghof de Hitler... toda la zona de Obersalzberg está fortificada con cuarteles de las SS, búnkeres subterráneos, municiones y alimentos, gigantescos almacenes con mercancías, munición y armas. Allí se habría retirado Hitler junto con los grandes dirigentes nazis para librar la última batalla. Con sólidos grupos de las SS, la Wehrmacht, la Volksturm...».* Así lo explicaba el oficial estadounidense, que no creyó al alemán cuando este trató de disipar sus miedos.

Los militares estadounidenses prestaban especial atención a una organización de partisanos alemanes que había nacido en el verano de 1944: la Werwolf. Quien la bautizó sin quererlo fue Hermann Löns, un poeta del paisaje que, en su obra *Wehrwolf*, describió cómo una multitud de sencillos granjeros se defendió de los poderosos soldados enemigos durante la guerra de los Treinta Años. Esta novela se convirtió en todo un éxito de ventas durante el Tercer Reich, que la escogió como lectura obligatoria para los jóvenes auxiliares de la artillería antiaérea y las Juventudes Hitlerianas.

A mediados de septiembre de 1944, Heinrich Himmler nombró al teniente general de las SS Hans Prützmann inspector general de la defensa especial en el alto mando de las SS del Reich. Su cometido: organizar un «levantamiento popular alemán».

El Domingo de Resurrección de 1945, Joseph Goebbels anunció su nueva táctica de lucha. El portavoz de Hitler comunicó a través de la emisora Werwolf que se debían poner en marcha actos específicos de sabotaje en la retaguardia del frente para complicar la vida a los atacantes y aliviar la presión sobre las propias tropas. Con todo, la energía de la Werwolf siguió siendo prácticamente nula. Los mayores «éxitos» de sus comandos no tuvieron que ver tanto con la lucha contra las tropas

estadounidenses como con la intimidación de sus propios compatriotas a través de la eliminación de los «enemigos internos» del nacionalsocialismo. Su acción más espectacular fue el asesinato de Franz Oppenhoff —a quien los estadounidenses habían nombrado alcalde de Aquisgrán— el 25 de marzo de 1945.

Los Aliados preveían que se llevarían a cabo acciones similares en el sur. De hecho, también en esta zona los «Werwölfe» cometieron atroces asesinatos. En Penzberg, un comando de partisanos fusiló en abril a 16 hombres y mujeres. A esta acción le siguió el llamamiento de la «acción por la libertad de Baviera»,* que, con la intención de tomar Múnich sin necesidad de luchar, expulsó de la ciudad a los caciques.

Las tropas estadounidenses se tomaron muy en serio la existencia de la Werwolf. Cayeron en la trampa de los vacíos discursos que prometían resistencia y de las declaraciones fantasiosas de la propaganda nacionalsocialista acerca de las fuerzas militares que, junto con la organización Werwolf, «permitirían a todo el pueblo librar una batalla sostenida e incansable en la sombra». En un momento en el que el frente alemán se estaba disolviendo, las provisiones escaseaban y todos luchaban exclusivamente por su propia supervivencia, la cúpula militar estadounidense atribuyó a los alemanes al final de una guerra cargada de pérdidas una capacidad que incluso en tiempos de paz habría constituido un verdadero reto. Pero la lógica y los hechos ya no contaban. De las suposiciones se hacían certezas y de los indicios, pruebas irrefutables.

Un rumor que cobra alas

> En las cuevas de la zona del lago König, en las antiguas minas de sal de la región, en las montañas excavadas y en los caminos de los valles se están instalando cada vez más depósitos de material de guerra, cámaras de munición y talleres de reparación. Se han construido plantas de producción de material bélico. Existen campos de aviación y hangares subterráneos preparados y en todas las canteras hay fábricas de motores y cojinetes de balas.

Periódico de Zúrich Weltwoche, *2 de febrero de 1945*

La prensa estadounidense avivó los temores del Estado Mayor. También en las épocas de guerra se mantiene el principio periodístico según el cual *bad news are good news*, así que las informaciones sobre el horror venían como agua de mayo a los periodistas que escribían en la patria. Incluso un periódico tan prestigioso y poco sospechoso de amarillismo como *The New York Times* contribuyó a aquel ambiente de histeria: «En los Alpes bávaros se acumulan provisiones y obras de fortificación. Serán las bases para los partisanos», aseguraba el 10 de septiembre de 1944. Dos meses más tarde se hablaba ya de «espaciosos túneles» y de una amplia zona minada, que se convertiría en una trampa mortal para los atacantes, dado que se podía activar pulsando un botón «situado en el escritorio de la oficina subterránea de Himmler», en la Berghof de Hitler. El 25 de marzo de 1945 se hacía referencia a gigantescas edificaciones capaces de resistir «asedios de meses enteros».

Las descripciones que hacía de la situación el periódico estadounidense *Daily Worker* sonaban especialmente dramáticas. El 15 de diciembre de 1944 sus reporteros se enteraron «por una fuente fiable» de que los soldados alemanes defenderían la Fortaleza Alpina hasta la última gota de sangre, «con más obstinación que en Stalingrado». No es una casualidad que precisamente aquel diario del Partido Comunista de Estados Unidos pintara los peligros de la fortaleza con los tonos más sombríos: en realidad, las «fuentes fiables» se encontraban en Moscú, donde había mucho interés en desviar la atención de los aliados occidentales hacia otro escenario bélico.

El último refugio de Hitler: para la batalla final, los nazis parecen dispuestos a retirarse a los Alpes, el escarpado corazón de Europa.

Revista estadounidense Life*, 9 de abril de 1945*

En abril de 1945 los lectores estadounidenses pudieron adquirir un folleto de 27 páginas que presentaba todos los supuestos datos que existían sobre el tema. El público, que se sentía tan inseguro como atraído por el sensacionalismo, pudo conocer por tres dólares que cuarenta divisiones de las SS estaban preparadas y firmemente decididas a resistir hasta el último aliento. La revista norteamericana *Life* llegaba incluso a especular con la idea de que cien divisiones alemanas se hubiesen parapetado ya en los Alpes. Las tropas de élite podrían resistir cinco años, según las profecías más amargas que se publicaban en la prensa estadounidense. Sus provisiones parecían inagotables y la capacidad de lucha de los alemanes no conocía límites. Se subrayaron las comparaciones con lo ocurrido en Monte Cassino, la famosa abadía italiana de montaña en la que un año antes se había bloqueado el avance de los Aliados, quienes, a costa de sufrir enormes pérdidas, lograron finalmente vencer la resistencia de los defensores alemanes. Más de la mitad de los 105.000 soldados aliados que iniciaron el ataque tuvieron que pagar con sus vidas la victoria.

Un año más tarde, la prensa temía que la historia se repitiera en la Fortaleza Alpina. Periódicos serios, como el *Weltwoche* de Zúrich, llegaban a conclusiones como la de que «la fortaleza de Berchtesgaden no es una leyenda».

Pero ¿por qué estos rumores de la prensa suiza cayeron en un suelo tan abonado en el que siguieron brotando y creciendo nuevas flores? En realidad, aquellos temores no solo se debían a la cercanía geográfica con respecto al supuesto peligro...

¿Quién lo inventó?

No es casualidad que la expresión inglesa *national redoubt* se asemeje fonéticamente a *réduit national*. Con este nombre se hacía referencia a un sistema de edificaciones construidas en los Alpes centrales entre 1940 y 1942, con una red de galerías de minas ramificadas que permitirían al

último bastión democrático del continente europeo defenderse de un ataque alemán.

El Réduit National fue la respuesta suiza a la situación que resultó de la derrota de Francia. La pequeña república alpina estaba completamente rodeada por la Alemania nazi y sus aliados. El miedo a convertirse en el siguiente objetivo de la devoradora maquinaria militar alemana no era en modo alguno infundado. Bajo el nombre en clave de «Operación Tannenbaum» («Operación Abeto») los líderes nacionalsocialistas estaban planeando cómo hacerse con este foco desde el que preveían que se iba a «organizar la mayor cacería contra Alemania».

Como respuesta a tal amenaza, la cúpula del Ejército suizo desarrolló, bajo las órdenes del general Henri Guisan, la denominada «Estrategia Réduit». Para ello contaban con unas edificaciones de finales del siglo XIX en Sargans, St. Gotthard y St.-Maurice (en el cantón de Valais). Con un enorme esfuerzo financiero —se calcula que se gastaron hasta setecientos cincuenta millones de francos, que según el nivel de vida actual equivaldrían hoy a unos ocho mil millones de euros—, estas construcciones se convirtieron en un gigantesco sistema de posiciones y túneles que irían desde el lago Lemán hasta la zona de Alpenrhein. Allí se retirarían las tropas suizas para controlar los pasos estratégicamente importantes de los Alpes. Los herederos de Guillermo Tell actuaban según el principio de la intimidación: desde sus posiciones seguras pretendían causar grandes pérdidas a los atacantes. El agresor se vería obligado a emplearse a fondo y aun así no sacaría ningún provecho del ataque.

En realidad, los alemanes estaban impresionados. El Estado Mayor del Ejército dijo de las tropas suizas el 1 de septiembre de 1942: «Gracias al intenso aprovechamiento de los obstáculos naturales del paisaje, están en condiciones de resistir durante largo tiempo en la alta montaña». Fueron los suizos, en realidad, los que crearon el mito de un bastión alpino inexpugnable. De hecho, el Réduit sorprendió tanto a los alemanes que se cuidaron muy mucho de meter las narices en aquella república alpina tan bien defendida. Eso sí, en vista de las buenas relaciones financieras entre Suiza y el Tercer Reich, hay quien da otro tipo de explicaciones al hecho de

que el ataque alemán no acabara de llegar: «Hitler no iba a ser tan tonto como para asaltar su propio oro», comentan irónicamente quienes conocen las particularidades del secreto bancario suizo.

Este efecto psicológico de la supuesta fuerza de un reducto alpino tuvo consecuencias inesperadas. La creencia en la genialidad de esta forma de proceder impresionó tanto a los suizos que llegaron a considerar que su estrategia de defensa se había convertido en un éxito exportable, así que, cuando la situación militar de la Alemania nazi fue empeorando gradualmente, muchos de ellos solo vieron una salida lógica para los alemanes: utilizar los Alpes como refugio al que retirarse. De este modo, la prensa suiza se rompió la cabeza pensando en los pasos que darían los dirigentes alemanes y en cómo trataría el Tercer Reich de salir de su situación, en la que cada vez cabían menos esperanzas. Aquellas ideas que en la primavera de 1945 se precipitaron en forma de una lluvia de artículos de prensa son calificadas hoy en día por los historiadores como la «histeria del Réduit».

Evidentemente, también hubo voces escépticas, advertencias explícitas y pruebas reales de que la Fortaleza Alpina no existía.

Christian Hallig, suboficial de la Wehrmacht que se unió a la resistencia alemana y se convertiría más adelante en periodista del canal de televisión ZDF, formó parte de la asociación de enemigos de Hitler Turicum, que proporcionaba información a los Aliados. Hallig encontró una ocasión irrepetible cuando acudió a los Alpes con el Servicio de Filmación del Ejército alemán. Aquello le permitió hacerse una idea exacta del estado en el que se encontraban las obras de la supuesta Fortaleza Alpina. En abril declaró ante unos desconfiados oficiales estadounidenses: «He recorrido toda la región palmo a palmo. No existen columnas de unidades conformadas. Les falta de todo. Especialmente combustible».

Mucho antes que él también había hablado el padre de la idea del Réduit National, Henri Guisan, que desde el principio se mostró escéptico ante la posibilidad de que los alemanes pudiesen crear la Fortaleza Alpina. Sabía lo difícil que era organizar una defensa funcional en esta zona. Su demoledora opinión: «Una fortaleza no se improvisa». Aquel sensato estratega militar

recordó que en época de paz los suizos necesitaron dos años para ejecutar sus planes. ¿Y pretendían que los alemanes lo consiguieran en unas pocas semanas después de cinco años de guerra? No era necesario sentir un enorme orgullo patrio por Suiza para darse cuenta de que aquella empresa no tenía ningún futuro.

Pero tampoco en el bando de los Aliados faltaron las advertencias. Los británicos se mostraban especialmente desconfiados. Existía también el conflicto de los diferentes métodos de obtención de información. Los estadounidenses preferían la opción HUMINT, esto es, la información conseguida a través de fuente humanas (*Human Intelligence*). Los británicos, por su parte, obtenían sus datos a partir de la escucha de comunicaciones por radio y otras fuentes primarias (SIGINT o *Signal Intelligence*). Tras la valoración de la información correspondiente, el servicio secreto militar de su majestad llegó a la conclusión de que en el segundo semestre de 1944 los alemanes habían construido una serie de puestos de defensa dentro de una «línea frontal de los Alpes». Los expertos británicos, sin embargo, pensaban que estas solo eran «actividades de defensa ordinarias». No fue hasta la primavera de 1945 cuando también en el MI 14 se empezó a extender la hipótesis de la existencia de la Fortaleza Alpina. Por aquella época los británicos descifraron las comunicaciones por radio que contenían las indicaciones de Hitler. Pero incluso entonces predominaba la idea de que era prácticamente imposible que los alemanes llegaran a construir el amenazante *réduit*. Se consideraba que no podrían proporcionar avituallamiento para mayores contingentes de tropas.

A los alemanes no solo les falta material de construcción y mano de obra, sino también las necesarias condiciones topográficas. En los Alpes alemanes existen demasiados valles extensos y las montañas no ofrecen la misma protección ante los ataques aéreos que la parte de la cordillera que se encuentra en Suiza.

El general suizo Henri Guisan, refiriéndose a los planes de la Fortaleza Alpina alemana

También el general estadounidense Eugene Harrison, jefe del Servicio de Información del 6.º Grupo de Ejércitos de EE. UU., formaba parte de los

escépticos. Se refería a la Fortaleza Alpina como un «*national redoubt* muy dudoso». El general de división Kenneth Strong advertía a sus superiores en marzo de 1945: «No se ha podido confirmar ni uno solo de los datos presentados». A aquellas alturas incluso Allen Welsh Dulles había mostrado ya una prudente distancia. Como un aprendiz de brujo que no consigue dominar las fuerzas que ha convocado, declaró a finales de marzo de 1945: «Diferentes factores y la ausencia de pruebas convincentes me han llevado a la conclusión de que la fortaleza alemana es un asunto mucho menos avanzado de lo que los periódicos nos hacen creer».

Pero ¿por qué todas las advertencias acabaron sucumbiendo frente a la creciente histeria? ¿Cómo es posible que los jefes militares estadounidenses renunciaran a hacer un análisis lógico de la situación y dieran preferencia a los rumores frente a los hechos objetivos?

Apostando sobre seguro

Una vez que se instaló aquella idea fija en las mentes de todos, cualquier observación, cualquier información nueva, se interpretaba dentro del escenario de amenaza.

Si se tomaban fotografías aéreas de trenes que viajaban hacia el sur, la pregunta era: ¿no se tratará de un transporte de material destinado a la construcción de la Fortaleza Alpina? Si se transmitía información sobre movimientos de tropas en dirección a los Alpes, se sospechaba: ¿no será un indicio de que los alemanes se estaban retirando a la nueva fortaleza para librar la última batalla? Los atentados del comando Werwolf, ¿no probaban la fanática voluntad de lucha de la población civil? Y si se iba a llevar a cabo una guerra de guerrillas, ¿qué lugar se iba a elegir si no era el terreno alpino, impracticable?

En realidad, aquellos movimientos de tropas eran, principalmente, una reacción de huida. ¿A qué otra zona podían retirarse las unidades alemanas salvo a la alpina, aún no ocupada? Y la amenaza de los «Werwölfe» se dirigía casi exclusivamente contra su propia población.

Con todo, las plantas de producción subterráneas no solo existían en la imaginación. Pero lo que parecía ser una estrategia especial para la construcción de una fortaleza en los Alpes se trató, en la mayoría de los casos, de un mero traslado de instalaciones industriales importantes para la contienda, exactamente igual que el que se produjo en muchos otros puntos del Reich. Dado que las fuerzas aéreas ya no podían garantizar la seguridad, los dirigentes alemanes buscaron otras opciones para proteger la producción de armamento de las bombas aliadas. Su estrategia: almacenar las instalaciones de importancia bajo tierra. Las antiguas minas, los sistemas de galerías o los túneles de las carreteras parecían especialmente apropiados en este sentido. La industria alemana buscó protección subterránea por todas partes.

En todo el Reich las plantas de refinería de petróleo se trasladaron a las antiguas minas, en una operación que se conoció con el nombre en clave de «Tejón» (*Dachs*). En Renania, Baden, Wurtemberg y Harz se dispusieron centros subterráneos de fabricación de gasolina sintética en el marco del Programa Geilenberg, llamado así por el comisario general de Medidas de Urgencia del Ministerio de Armamento y Producción Bélica.

Sin embargo, las principales opciones bajo tierra se buscaron en las zonas montañosas. En el verano de 1944, en Golling (Austria), se produjeron tanques y orugas en unas galerías que en un principio se habían construido para la autopista de Tauern. Al norte de Graz, los prisioneros del campo de concentración de Mauthausen trabajaban en una cantera perteneciente a la empresa Deutsche Erd-und Steinwerke GmbH, que formaba parte del imperio económico de las SS, para producir bajo tierra piezas de aviones y tanques, en una operación que había recibido el nombre en clave de «Mármol» (*Marmor*).

Ciertos espacios de las fábricas de cerveza resultaron ser especialmente adecuados en este sentido. En una operación disimulada bajo la denominación secreta de «Arenque» (*Hering*), la sociedad limitada Propeller Gustav Schwarz GmbH Berlín fabricó en la bodega subterránea de una antigua planta cervecera unas hélices de madera para las fuerzas aéreas alemanas. Se cree que en Ebensee, en el estado federado de la Alta

Austria, dentro de los sótanos de la fábrica de cerveza Zipf, se producía combustible para el arma maravillosa V2 de los alemanes. También la mayor bodega de cerveza de Austria, de la empresa Schwechat, situada en las proximidades de Viena y con una extensión de cincuenta mil metros cuadrados, se reformó para fabricar en ella armamento. Bajo el nombre en clave de «Carpa» (*Karpfen*) se producían aquí los motores de aviación de la empresa Steyr-Werke.

También la producción subterránea de las piezas de fuselaje del Heinkel He-162 recibió el nombre de un habitante de las aguas... La denominación del proyecto de transformación de una antigua fábrica de yeso de la localidad austríaca de Hinterbrühl fue «Langosta» (*Languste*). Los prisioneros de los campos de concentración extrajeron toda el agua del lago subterráneo y nivelaron el suelo de la gruta. En Schwaz existe una instalación muy especial, llamada «Pez Espinocho» (*Stichling*), que sigue atrayendo a los turistas, quienes pueden visitarla en visitas guiadas. En la que fue durante la Edad Media la mayor mina de plata se creó, en diciembre de 1944, la «Sala Messerschmitt». Su altura interior, de treinta metros, permitió construir varios niveles con suelos de hormigón, de modo que los trabajadores forzados pudieran montar en un espacio de más de diez mil metros cuadrados el terror de los pilotos aliados: el avión Me-262, otro de los equipos maravillosos con los que contaban los alemanes. En la idílica región de Ötztal se construyó, en el más estricto secreto, el primer túnel apto para velocidades supersónicas. Los prisioneros del campo de concentración de Dachau excavaron en la montaña un sistema de galerías de una longitud de cuatro kilómetros, conocido como la «Anguila Eléctrica» (*Zitteraal*). En él se probaban piezas de cohetes y engranajes del nuevo cazarreactor Me-262.

«Cristal de roca» (*Bergkristall*) fue el nombre encubierto que recibió una fábrica subterránea de aviones que se convirtió en uno de los complejos de producción bajo tierra más modernos del Großdeutsches Reich.* En Sankt Georgen los trabajadores forzados y los prisioneros del campo de concentración de Gusen tenían que producir una nueva arma maravillosa alemana: en una superficie de unos cuarenta y cinco mil metros cuadrados,

diez mil obreros forzados debían fabricar cada mes hasta 1.250 cazas Me-262. Al menos esos eran los optimistas planes que se habían establecido para el año 1945.

En definitiva, las informaciones acerca de las fábricas de armamento subterráneas no carecían de fundamento. Sin embargo, no probaban que se estuviesen realizando actividades especiales para la construcción de una fortaleza en los Alpes. No en vano, faltaba un elemento: el establecimiento de un sistema de puestos militares. Para entender lo ocurrido, hay que considerar no solo la tendencia del momento (una tendencia, todo sea dicho, muy humana) de interpretar los hechos de tal forma que confirmasen unas hipótesis que iban adquiriendo importancia e ignorar otras posibles interpretaciones; también hay que tener en cuenta otros factores psicológicos.

Por una parte, está el significado simbólico que había adquirido Baviera dentro del movimiento nacionalsocialista. No en vano, Hitler había iniciado en Múnich su fatal marcha triunfal y celebraba a través de la Berghof su especial vinculación con los Alpes. De hecho, desde el año 1944 Obersalzberg sirvió de «cuartel general del *Führer*». Así pues, la hipótesis de que Hitler se retirase a esta zona cuando la situación empeorara en Berlín era muy plausible.

> La historia de la Fortaleza Alpina adquirió unas dimensiones tan desproporcionadas que me pregunto cómo pudimos ser tan tontos como para creernos algo así.
>
> *General Omar Bradley, comandante en jefe del 12.º Ejército de Estados Unidos, en declaraciones posteriores a la guerra*

Hay otra explicación más, que aporta una de las personas que advirtieron del error de interpretación que se estaba cometiendo: el general de división Kenneth Strong. En marzo de 1945, concluyó un informe por escrito con la resignada observación: «Después de lo sucedido en las Ardenas, no quiero correr ni un riesgo más». En realidad, en diciembre de 1944 los servicios de información de Estados Unidos habían subestimado la

ofensiva alemana y habían pagado aquel error con sangre. En el invierno de 1944, tres ejércitos alemanes intervinieron para hacer retroceder a las fuerzas aliadas en Bélgica y Luxemburgo. En un primer momento, el factor sorpresa les permitió abrir profundas brechas en la línea del frente del 12.º Grupo de Ejércitos estadounidense. Más adelante, los Aliados, superiores, se recuperaron. La ofensiva alemana fracasó. Sin embargo, el error de valoración de los primeros momentos de la «Battle of the Bulge»,* como se llamó a aquel combate de la segunda guerra mundial en el que participaron los estadounidenses, costó la vida a unos veinte mil soldados. Nadie en el cuartel general estaba dispuesto a asumir un segundo error de aquel tipo. Era mejor exagerar un peligro que pasarlo por alto.

Así, el general Omar Bradley, comandante en jefe del 12.º Ejército estadounidense, reconoció abiertamente tras la guerra: «La leyenda de una fortaleza constituía un peligro demasiado grande como para ignorarlo». E incluso un escéptico como el general de división Strong explicó también después del conflicto mundial: «A través de una fortaleza alpina no conquistada podía nacer el mito de que el nacionalsocialismo y la nación alemana nunca habrían capitulado».

Nuevos objetivos: ahora las montañas, en lugar de Berlín

> La zona central de acumulación de fuerzas enemigas se encuentra en el área de Salzburgo-Linz. El avance principal hacia el sur debe seguir esta dirección para impedir la retirada de las tropas alemanas hacia la Fortaleza Alpina.
>
> *Planes del SHAEF sobre la modificación del programa de ataque, 14 de abril de 1945*

El bombardeo continuo de noticias sobre el horror de la Fortaleza Alpina obró su efecto. En septiembre de 1944 Eisenhower todavía aseguraba al mariscal de campo Bernard Law Montgomery, comandante en jefe del 21.º Grupo de Ejércitos: «El objetivo principal, evidentemente, es Berlín. Es mi deseo que se asalte Berlín por la vía más rápida». Sin embargo, cuando en

la primavera de 1945 este deseo podía hacerse realidad, comunicó lapidariamente a su socio británico, el día 1 de abril: «Se habrá dado cuenta de que no he mencionado en modo alguno Berlín. Este lugar sigue siendo para mí sencillamente un concepto geográfico».

El comandante en jefe estadounidense había ordenado avanzar por una nueva ruta: «Mi objetivo es aniquilar el potencial de lucha del enemigo». Y como los estadounidenses suponían que este potencial se localizaba en la Fortaleza Alpina, cambiaron sus planes militares. El general Walter Bedell Smith explicó los motivos en una rueda de prensa celebrada el 21 de abril de 1945: «Mientras Hitler permanezca sobre una roca cerca de Salzburgo, le diga a sus ciudadanos que son alemanes libres y ordene a todas las tropas alemanas que sigan luchando, las tropas se defenderán. Si queremos poner fin a esta guerra debemos considerar que nuestro próximo objetivo es neutralizar ese reducto».

Los estadounidenses avisaron antes a los dirigentes soviéticos que a los británicos. El 28 de marzo Eisenhower comunicó por cable a Moscú que las tropas estadounidenses iban a cambiar su rumbo para poner dirección al sur. «Un objetivo esencial en todas las operaciones que llevamos a cabo en el sur fue impedir que los alemanes se retirasen a la zona de la Fortaleza.» Así resumió Eisenhower su nueva estrategia en su libro de memorias, *Cruzada en Europa*. Stalin apenas podía disimular su entusiasmo por las nuevas previsiones de Estados Unidos: «Su plan se corresponde plenamente con el plan del Alto Mando Soviético». También para Moscú Berlín «había perdido su importancia estratégica del pasado». Para aquel objetivo de segunda clase no haría intervenir ya a sus tropas de élite, hizo creer a Eisenhower. Pero en realidad, la capital alemana sí que seguía siendo para Stalin un símbolo político y conquistarla era, en consecuencia, un objetivo crucial. Eso sí, ya no tendría que compartir aquel triunfo con su aliado.

En Occidente el entusiasmo era mucho menor. Churchill estaba furioso. Refutó la decisión conjunta de los principales mandos aliados y advirtió: «Mientras Berlín siga estando en manos de los alemanes, en mi opinión será el punto más importante de Alemania. Mientras Berlín resista, muchos alemanes sentirán que su obligación es caer luchando». El principal soldado

británico, el mariscal Montgomery, que, en cualquier caso, sentía una gran animadversión hacia su homólogo estadounidense, quería mantener los objetivos de ataque que se habían establecido en un principio. En ellos se jugaba también su prestigio personal. En los nuevos planes de los estadounidenses, los británicos quedaban relegados a un segundo plano y aquello cuadraba poco con el ego del jefe del Estado Mayor de generales británico, que anotó en su diario que detrás de aquel cambio de estrategia solo había «aspiraciones nacionales».

También en las tropas estadounidenses reinaba la incomprensión. El general William Simpson quería continuar avanzando hacia el este junto con su 9.º Ejército. Sus tropas estaban a apenas dos días de marcha de la capital alemana. Sin embargo, Eisenhower rechazó su iniciativa. El punto sobre el que debían centrarse en lo sucesivo estaba en el sur, donde el 3.er y el 7.º Ejércitos conquistarían, bajo las órdenes de los generales Patton y Patch, la supuesta Fortaleza Alpina. El 21 de abril el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, el general Walter Bedell Smith, aún estaba seguro de «que aquella zona sería más importante que el punto en el que nos hemos centrado hasta ahora». Aquel fue un error fatal.

«Una propuesta de la máxima urgencia»

Hans Gontard, jefe de las tropas de asalto de las SS, fue uno de los primeros alemanes que se enteraron de los datos que habían facilitado los espías estadounidense-suizos. El director de la delegación del Servicio de Seguridad (el SD, por sus siglas en alemán) en Bregenz, que analizaba, por encargo de la Oficina Central de Seguridad del Reich, la información que pasaban los agentes, se quedó atónito cuando supo de la importancia que estaban dando los estadounidenses a la información relativa al supuesto reducto alpino. Su primera reacción: una carcajada. En septiembre de 1944 informó al jefe del distrito del Tirol, Franz Hofer, de la «increíble estupidez» de los Aliados. Nadie mejor que aquellos dos funcionarios nazis locales sabía que el escenario que sus enemigos se habían figurado carecía

del menor fundamento. Pero aquel enorme asombro no duró mucho tiempo: Hofer asoció los fantasmas irreales de los Aliados con las posibilidades reales de los alemanes. Sumó indicios y llegó a una idea genial para sacar partido de los miedos del bando contrario.

El 3 de noviembre Hofer envió un extenso memorándum al director de la Cancillería del Partido, Martin Bormann, en el que presentaba al *Führer* una propuesta revolucionaria: «Le solicito con carácter urgente que tenga a bien ordenar inmediatamente que se cree una fortaleza en los Alpes —en el sentido contemplado en el informe suizo relativo al Réduit alpino—, con la utilización de todos los medios, y que dicha fortaleza se equipe de forma adecuada». La antigua pregunta de qué fue antes, si el huevo o la gallina, encuentra aquí una respuesta nacionalsocialista completamente nueva: los estadounidenses temían una amenaza militar que solo surgió cuando los alemanes se enteraron de los temores de su enemigo.

1. Orden de preparar inmediatamente un puesto en los Alpes [...]
2. Declaración del área alpina como zona de exclusión [...]
3. Almacenamiento de bienes de primera necesidad en el territorio alpino
4. Entrega de máquinas [...] para continuar con el armamento
5. Establecimiento de almacenes de armas y municiones de grandes dimensiones
6. Traslado de treinta mil prisioneros de guerra estadounidenses y británicos [...]
7. Creación de un mando único [...]
8. Recuperación de las fuerzas alemanas en la Italia del Norte, en la cara sur de los Alpes
9. Regreso de Ribbentrop como requisito fundamental para las negociaciones políticas

Franz Hofer, jefe de distrito, memorándum del 3 de noviembre de 1944 para Martin Bormann

Tenemos que negociar. O retirarnos a los Alpes con todas las fuerzas que aún nos quedan. Y esperar allí a que los estadounidenses y los rusos arremetan unos contra otros.

Franz Hofer, 3 de noviembre de 1944

Hofer ya había desarrollado un amplio programa de lo que debería hacerse para convertir la idea de la Fortaleza Alpina en una realidad a la

mayor brevedad. Para ello, actuó con la falta de escrúpulos habitual de todo alto funcionario nacionalsocialista. Así, exigió el «traslado de treinta mil prisioneros estadounidenses y británicos (en la medida de lo posible, solo oficiales)», que servirían de escudos humanos. También se deberían enviar como rehenes a la fortaleza planificada prisioneros destacados, que hasta el momento habían estado internos en el campo de concentración de Dachau como «presos especiales». Entre ellos se encontraría el antiguo canciller austríaco Kurt Schuschnigg y miembros de la familia Stauffenberg, que desde el atentado cometido contra Hitler se habían considerado corresponsables por el mero hecho de ser parientes del autor de la acción. El reducto defensivo previsto presentaría también una dimensión política. Hofer proponía, entre otras cosas, el «regreso del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Von Ribbentrop, para iniciar las conversaciones destinadas a abrir rápidamente un diálogo diplomático». Tras ello el jefe de distrito ocultaba su plan B de que la Fortaleza Alpina se convirtiera en una garantía para conseguir concesiones que permitiesen llegar a un compromiso en las negociaciones con los Aliados occidentales. El jefe superior de las tropas de asalto de las SS, Wilhelm Höttl, declaró tras la guerra: «Lo seductor del plan de Hofer era, en cierto modo, la idea de negociar tras los muros de una fortaleza y preguntar a los enemigos qué precio estarían dispuestos a pagar para que nosotros termináramos la guerra».

> Queda terminantemente prohibido someter a debate la cuestión de la evacuación, aunque solo sea de una parte de los servicios del Reich.
>
> *Adolf Hitler, 30 de enero de 1945*

En un principio, Bormann mantuvo bajo llave el memorándum de Hofer. Proponer en aquel momento al *Führer* una retirada o el inicio de negociaciones se consideraría una actitud derrotista y conduciría en último término a la muerte. El dictador soñaba con la victoria final o, al menos, esperaba que la coalición que habían formado sus enemigos se

resquebrajara. En el mes de noviembre Hitler y sus vasallos contaban con el éxito de una de las mayores ofensivas que la Wehrmacht había preparado en el marco de la batalla de las Ardenas. «El mayor caudillo de todos los tiempos» no quería saber nada de prever posiciones que pudiesen permitir una retirada ordenada: «Si la tropa oye hablar de que existen puestos a los que retirarse, querrá ir a ellos. Su voluntad de lucha se mermará. No debe ver más posibilidad que la de continuar avanzando y resistiendo».

En cambio, otros miembros de la cúpula nazi estaban pensando seriamente en el modo de salvar el pellejo.

Fantasías a todos los niveles

En vista de la situación militar, Heinrich Himmler dio la orden, a finales de mayo de 1944, de buscar en la zona de los Alpes lugares adecuados para establecer una fortaleza. El jefe de regimiento de las SS Jürgen Stroop reveló después de la guerra que se había planteado la posibilidad de organizar una fortaleza de defensa de las SS en los Alpes. En la cárcel de Motoków, en Varsovia, donde el teniente general de la policía alemana estaba preso por el papel que había desempeñado en la represión de la resistencia en el gueto de Varsovia, fanfarroneaba de sus pomposos planes. Su compañero polaco de celda, Kazimierz Moczarski, recuerda las «conversaciones con aquel verdugo» y asegura que Stroop se pavoneaba de haber preparado junto con los «máximos líderes de las SS» el plan «para la organización de una fortaleza de defensa de las SS en los Alpes».

Pero no solo estaban las SS: en vista de la amenaza de la derrota, el Alto Mando de la Wehrmacht buscaba desesperadamente un clavo ardiendo al que agarrarse. Ya con el Decreto del *Führer* del 10 de septiembre de 1943 había comenzado a establecerse la «zona de operaciones al pie de los Alpes». El Estado Mayor italiano, encargado de recabar información sobre el área de la montaña bajo las órdenes del coronel Adolf Seitz, estaba examinando cómo aprovechar el sistema de fortificaciones alpinas de la primera guerra mundial para edificar una «posición al pie de los Alpes».

Cuando el frente se acercó más por el sur, también reaccionó Hitler. En su Orden del *Führer* n.º 60, de 27 de julio de 1944, se establecía: «Por la presente ordeno construir un sistema de posiciones para la retirada en el norte de Italia». La Organización Todt* sería la encargada de emprender las iniciativas concretas para la construcción. «La mano de obra y los medios se obtendrán a través de un bando popular, como ya se hizo en su momento en la Prusia Oriental», se anunciaba de forma lapidaria.

Sin embargo, aquello tampoco tenía nada que ver con lo que más adelante se planeó bajo el concepto de la Fortaleza Alpina. El objetivo militar era detener el avance de los Aliados e impedir las operaciones de desembarco de sus tropas en el golfo de Génova o en Venecia. El deber estaba claro. «Hacemos vida de retaguardia, resulta imposible imaginar un estado de ánimo peor», se quejaba un oficial de la infantería de los cazadores de montaña aludiendo a la moral de trabajo. Los atentados de los partisanos italianos y los ataques de las fuerzas aéreas aliadas también contribuyeron a obstaculizar las obras. Hubo que esperar al otoño para que los responsables volvieran a poner el plan en marcha.

En septiembre de 1944 el OKW encargó «un dictamen sobre las posiciones defensivas en los Alpes austríacos». El duro invierno determinó que aquel dictamen no se presentase hasta principios de 1945. Pasaron otros dos meses hasta que el coronel general Alfred Jodl presentara la propuesta principal: en lo sucesivo, la defensa del Reich tendría lugar en la región alpina.

A principios de año se buscaban cuarteles alternativos al cuartel general del *Führer* y el Estado Mayor del Ejército. En el análisis secreto de la situación del Reich número 121/45 se incluyó la región de Berchtesgaden como uno de los dos «lugares apropiados para establecer un nuevo cuartel general del *Führer*». Se encargó a la Organización Todt que elaborase una serie de planes en ese sentido. El 7 de abril de 1945 —apenas cuatro semanas antes del final del Tercer Reich— aquel organismo presentó su propuesta. Pese a todo, sus previsiones eran optimistas. Los trabajos de construcción de la instalación contemplada para la zona de Obersalzberg debían estar terminados a la mayor brevedad.

La Organización Todt era, junto con los funcionarios del partido, las SS y los representantes del Ejército, el cuarto actor en la carrera por planificar la construcción de la Fortaleza Alpina. Su intención era aprovechar aquella misión para consolidar su posición dentro del sistema de dominio nacionalsocialista. Hacía planes a gran escala: 14.000 metros cuadrados en Königssee para el cuartel general del *Führer*, 28.000 metros cuadrados en St. Leonhard para el OKH y una modesta superficie de 5.000 metros cuadrados para las SS de Himmler, que se protegerían en Hallein, junto al río Salzach. El tiempo previsto para la ejecución de las obras: ocho meses. La fecha de finalización: octubre de 1945.

Así pues, existían medidas aisladas que se iban poniendo en marcha y se forjaron muchos planes sobre lo que podía llevarse a cabo. Lo que no había, en cambio, era un concepto global. La Wehrmacht, el partido, las SS y otras organizaciones nacionalsocialistas planificaban de forma independiente y con frecuencia incluso oponiéndose unos a otros, siempre con el objetivo prioritario de reforzar su propio estatus de poder. Hay que decir que ese caos de competencias fue muy característico de la estructura del Tercer Reich. A primera vista la dictadura nacionalsocialista podía parecer centralizada, pero en realidad las estructuras de toma de decisiones dentro del sistema nazi tenían un excesivo número de oficinas y presentaban un enorme barullo de competencias. Lo único que cohesionaba todo era el *Führer*. Solo este poder central podía tomar la decisión en aquel momento: ¿una lucha final en la capital del Reich o una resistencia en la Fortaleza Alpina?

«Un último reducto de la resistencia fanática»

> Con la Fortaleza Alpina, ante la que los Aliados sienten verdadero pánico, tenemos la garantía de que podremos imponer nuestras exigencias. Dicho brevemente: pediremos por esa fortaleza el máximo precio.
>
> *Franz Hofer, 22 de abril de 1945, en el cuartel general de las fuerzas alemanas en Italia*

El 9 de abril de 1945 todo estaba preparado. El jefe del distrito del Tirol, Hofer, recibió la orden de acudir a Berlín para participar en un debate sobre la situación. En dos reuniones le expuso al *Führer* su idea de crear una fortaleza en los Alpes, describió las opciones que existían desde el punto de vista militar y urgió a pasar a la acción: había que ejecutar el proyecto con celeridad y emplear en él todos los recursos disponibles. «Todo o nada», era su exigencia principal. Ya en su memorándum de noviembre había explicado: «Las medias tintas supondrían desaprovechar todo el esfuerzo realizado en cuanto a material, mano de obra y dinero, no solo porque correríamos el riesgo de que el enemigo no esté dispuesto a negociar, sino también porque en una situación grave nuestras instalaciones no nos servirían de nada». El jefe del distrito del Tirol especulaba con la idea de provocar temor a través de una fortaleza en los Alpes, que a su juicio se convertiría en una amenaza, en una herramienta que garantizaría la consecución del verdadero objetivo: la negociación con las potencias occidentales.

> Resistir hasta el último aliento la embestida del enemigo en la región y en el sur, construyendo sólidas fortalezas centrales.
>
> *Orden del* Führer *relativa a la Fortaleza Alpina*

Aquella era una de las esperanzas más absurdas que se alimentaron en medio de las ideas irreales que fueron propias de la última fase de la guerra: la creencia de que se conseguiría resquebrajar la coalición de los enemigos y conducir a los países de Occidente a librar una guerra contra el «peligro bolchevique» junto al que hasta ahora había sido su rival en la contienda. «Con cada paso de los rusos hacia Berlín, las potencias occidentales se acercan cada vez más al acuerdo», creía Gerhard Boldt —quien, por cierto, había recibido el honor de ser condecorado con la Cruz de Caballero y pasó los últimos días en la Cancillería del Reich—. Él no era el único que lo pensaba.

La Fortaleza Alpina debe levantarse inmediatamente del modo más sólido como el último reducto de nuestra fanática resistencia.

Hitler, 24 de mayo de 1945, en la Orden del Führer *relativa a la Fortaleza Alpina*

La situación en el búnker del *Führer* en aquel abril de 1945 no tenía nada que ver con la realidad. Hitler se agarraba a cualquier clavo ardiendo, incluido aquel. Así, aunque rechazó la oferta de Hofer de mudarse a su búnker privado, el 12 de abril le ordenó oficialmente que construyera una «fortaleza central en los Alpes». Solo desde ese día es posible hablar oficialmente del proyecto de la Fortaleza Alpina, con el que Hitler deseaba salvar su régimen. Sin embargo, apenas quedaban cuatro semanas para la capitulación.

Tras el «sí» de Hitler se sucedieron una serie de órdenes para sentar las bases organizativas de la lucha en los Alpes. El 14 de abril el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos C, el coronel general Heinrich von Vietinghoff-Scheel, recibió el encargo de impulsar la construcción de la fortaleza en la cara sur de los Alpes. Poco después, los generales Georg Ritter von Hengl, compañero de confianza de Himmler, y Julius Ringel fueron nombrados comandantes del área norte de los Alpes, a la que aún no habían asignado ningún nombre. Su cometido: levantar la Fortaleza Alpina en la zona comprendida entre la frontera suiza y Estiria, pasando por Berchtesgaden, y defenderla de los ataques. Una misión ímproba para estos dos comandantes de tropas de montaña, que contaban con una larga experiencia a sus espaldas. Mientras en el sur ya se estaban haciendo enormes esfuerzos, en el norte apenas empezaban a concretarse los planes. Hubo algunos esbozos, pero prácticamente no se ejecutó nada.

Al mismo tiempo, los jefes de los distritos del sur recibían indicaciones detalladas de Bormann: «En la construcción se deberá tener en cuenta que allí donde sea posible que se produzcan ataques de importancia con tanques se ha de disponer una barrera transversal para impedirles el paso, así como un sistema bien detallado de posiciones continuas». Los trabajadores reclutados a la fuerza, a los que no se dudaría en someter a amenazas, se

encargarían de ejecutar las obras. «La construcción se anunciará en un bando popular. Para cumplir las órdenes del *Führer* se les convocará alegando su obligación temporal de prestar un servicio de urgencia. Quien no colabore, será castigado con las penas más duras por traición.» Se imprimieron y colgaron los correspondientes carteles, que, al final, por cierto, no llegaron a tener ningún efecto en la práctica. Hay otra instrucción que demuestra hasta qué punto Bormann y Berlín estaban lejos de los Alpes y también de la realidad: los jefes de distrito debían informar de los avances de las obras los días 1 y 15 de cada mes. Sin embargo, antes incluso de que venciese el primer plazo para proporcionar esta información, la Fortaleza Alpina ya se había rendido. Mientras tanto, en el búnker situado bajo la Cancillería del Reich, los paladines de Hitler debatían acerca del lugar en el que el *Führer* debería continuar su lucha: ¿en Berlín o en Berchtesgaden?

«Mejor en la capital que en el chalé del fin de semana»

Dos días después del 56.º cumpleaños de Hitler, la suerte estaba echada. El 20 de abril de 1945 los ayudantes del *Führer* se reunieron por última vez para rendir homenaje a su ídolo. Estuvieron presentes los grandes del partido y de las SS, así como la cúpula militar de la Wehrmacht. Los compañeros más cercanos, los que habían apoyado la causa por convicción y los aduladores querían saludar una vez más a su *Führer* y, de paso, averiguar cómo podían ponerse a salvo. La atmósfera era irreal. Pese a lo que estaba sucediendo, en el búnker reinaba el optimismo. Acompañados por el ruido de los cañonazos de los tanques soviéticos, cada vez más cercanos, la élite nacionalsocialista hacía planes de futuro.

El propio Hitler parecía dispuesto en aquel momento a abandonar Berlín. De hecho, su ayudante de cámara, Linge, tenía la orden de embalar los objetos personales del dictador. Parecía que tras la rueda de felicitaciones el homenajeado partiría hacia la Fortaleza Alpina para continuar la lucha desde Obersalzberg. En realidad, aquello era lo que interesaba a los militares presentes.

El mariscal de campo Keitel, al que apodaban irónicamente el «lacayo» por su actitud servil ante Hitler, se permitió expresar su opinión y trató de convencer a su *Führer* para que trasladase todo su cuartel general a Berchtesgaden, lejos de aquella capital sitiada, ahora que aún había una vía para escapar por aire. De hecho, muchos ministerios y departamentos militares de la Wehrmacht, así como el cuerpo de combate de las Waffen-SS, habían partido ya hacia los Alpes bávaros. Los aviones de la escuadrilla aérea del *Führer* esperaban en el aeropuerto de Berlín para llevar a la cúpula nazi al sur.

También Ferdinand Schörner trató de persuadir a Hitler para que abandonase Berlín. Su voz tenía peso. No en vano, era uno de los pocos en los que Hitler siguió confiando durante la fase final de la guerra, un aprecio que Schörner se había ganado entre otras cosas por su inflexible posición en la persecución de los desertores: «Cualquier soldado que luche en el área de Schörner sabe que si avanza puede morir y si retrocede debe morir», anotó Goebbels con un reconocimiento sarcástico en su diario.

> Por motivos políticos, no se quiere dar a conocer la configuración de esta zona de operaciones.
>
> *Diario de guerra del OKW, 7 de enero de 1944, en relación con las obras a los pies de los Alpes*

La respuesta de Hitler ante aquellos apremios generales fue clara: el 22 de abril envió un telegrama a su querido general, que se marchó en último lugar: «Me quedo en Berlín para participar con honor en la batalla decisiva de Alemania y dar un buen ejemplo a todos los demás. Espero brindar con ello a Alemania el mejor servicio». Antes, el *Führer* había responsabilizado por última vez a los demás de su fracaso y había constatado con aire resignado: «No tiene ningún sentido establecerse en el sur, porque allí no tengo ni influencia ni ejército. Solo podría resistir un bloqueo en las montañas del sur de Alemania y del Ostmark* si fuese posible contemplar

Italia también como un escenario de guerra. Pero allí reina un derrotismo total en la dirección, que está carcomida de arriba abajo».

> Tal vez nunca vuelva aquí.
>
> *Hitler, 14 de julio de 1944, al partir de la Berghof*

Martin Bormann hizo un último intento y el 23 de abril, mientras se dirigía a la Cancillería del Reich, le pidió enérgicamente a Albert Speer: «Ha llegado la hora de que él asuma el mando en el sur de Alemania. ¿Le intentará convencer de que coja un avión?». Speer decidió actuar de otra forma. A una pregunta de Hitler sobre el tema, le respondió: «Considero que es mejor que usted acabe sus días como *Führer* aquí, en la capital del Estado, en lugar de en su chalé de los fines de semana».

El principal líder después de Hitler era Jospeh Goebbels. Inteligente y cínico, hacía ya tiempo que sabía que la guerra estaba perdida. En aquella situación sin salida, el especialista en comunicación de masas planeó su última gran actuación antes del hundimiento. El escenario de aquella despedida no podía encontrarse en provincias. El telón debía caer en la capital. Solo en ella, persuadió a su *Führer*, podría obtener «una victoria moral sobre el mundo».

Así pues, no debe extrañarnos que el jefe de propaganda fuese un acérrimo enemigo de la Fortaleza Alpina desde el principio, y lo demostró tanto en los debates internos como, sobre todo, ante la opinión pública, que dirigía convenientemente. El 8 de marzo criticó desde dentro del partido que Keitel hubiese preparado «ya 110 trenes para la evacuación del OKW y del OKH». En la prensa, que mantenía la misma posición, el concepto «Fortaleza Alpina» era tabú. De hecho, en el principal medio de información (o, mejor dicho, de desinformación) nacionalsocialista, el *Völkischer Beobachter*, no se la mencionó ni una sola vez. En su última edición, publicada en Múnich el 28 de abril, tan solo se hablaba de una «fortaleza bávara».

Aquel silencio absoluto hacia el interior no impidió, desde luego, que Goebbels hiciera sonar de puertas para fuera la música de la amenaza. En el extranjero resonaban los poderosos acordes de la Fortaleza Alpina como una evocación del peligro que representaba. A finales de 1944 el Ministerio de Propaganda alemán creó un departamento con un único cometido: inventar informaciones sobre el avance de las obras de la supuesta fortaleza. Los especialistas en propaganda crearon en sus discursos fábricas subterráneas en las montañas que, en realidad, solo existían sobre el papel. Pusieron en marcha unidades fantasma que nunca alcanzarían sus inquebrantables posiciones. Diseñaron detallados planes de construcción que jamás se ejecutarían. Todo ello se facilitó por diferentes vías a los periodistas y a los servicios secretos extranjeros. Gracias a la labor de los hombres de Himmler, los estadounidenses mordieron el anzuelo. Creyeron lo que querían creer, sin pensar por un momento que estaban cayendo en la mayor trampa del Tercer Reich.

Goebbels alcanzó sus dos objetivos: confundir a Occidente, al que engañó con el peligro de una fortaleza en los Alpes, y convencer al *Führer* de que trasladarse a las montañas de Baviera —una opción aún posible en aquellos días— no tendría sentido y que debía quedarse en Berlín.

En la entrada del 22 de abril de 1945 del diario de guerra del OKW quedó registrado el resultado del trabajo de persuasión del ministro de Propaganda: «Por su parte, el *Führer* ha decidido no retirarse al sur, sino dirigir personalmente la lucha por Berlín y permanecer en la Cancillería del Reich». El último acto de aquel espectáculo no se representaría, pues, en el escenario de los Alpes.

El resto de grandes figuras del Tercer Reich tomó una determinación diferente. Inmediatamente después de los festejos por el cumpleaños de Hitler comenzó el éxodo de los dirigentes nazis desde Berlín. Himmler, Ribbentrop y Göring pusieron pies en polvorosa. Unos buscaron la salvación en el sur; otros trataron de encontrar refugio en el norte. Pero por muy diferentes que fueran sus destinos, todos coincidían en un objetivo común: había que salir de Berlín.

La huida de los «faisanes dorados»

Inmediatamente después de felicitar afectuosamente a su *Führer* por su cumpleaños, Hermann Göring se despidió de él para siempre: «¿Tiene usted algún inconveniente en que viaje a Berchtesgaden?», consultó hipócritamente a Adolf Hitler. Aquella, desde luego, era una pregunta retórica. Al «más leal de todos los paladines» ni se le pasaba por la cabeza quedarse. El segundo hombre del Tercer Reich quería escapar lo más rápido posible. Tenía «asuntos urgentes» que resolver en el sur de Alemania.

Göring preparaba grandes planes para la Fortaleza Alpina, que a partir de entonces sería el refugio de la cúpula nazi. Ya en enero había hecho trasladar desde Carinhall, su finca, hasta una galería subterránea situada en la zona de Berchtesgaden, las obras de arte que había robado. Además, Göring también contaba con que aquella zona era segura desde el punto de vista político. De conformidad con la Ley de 29 de junio de 1941, aún en vigor, era el sucesor oficial del *Führer* y heredaría todos sus cargos. Y estaba decidido a disfrutar de su herencia lo antes posible. El 23 de abril envió un mensaje radiotelegráfico a la capital del Reich, ya sitiada: «Mi *Führer*, ¿estaría usted de acuerdo en que, en virtud de su Decreto, asuma toda la dirección del Reich, con plena libertad de acción tanto en el ámbito interno como en el externo?».

Aquella traición enfureció a Hitler, que ordenó detener «inmediatamente al que hasta ahora ha sido mariscal del Reich, y neutralizar toda posible resistencia». En su testamento político, el *Führer* destituyó a su sucesor de todos sus cargos y lo expulsó del partido.

Sin embargo, aquello no impresionó a Göring. En otro arranque de megalomanía, escribió al comandante en jefe estadounidense Eisenhower para ofrecerse, «en calidad de máximo oficial de la Wehrmacht», a iniciar unas negociaciones con el fin de evitar que continuara el derramamiento de sangre. Pero los estadounidenses no estaban de humor para aquellas historias. El 7 de mayo apresaron a Göring junto con su esposa, Emmy, y su

hija, Edda, en una carretera de montaña cercana a la ciudad de Radstadt, en el estado de Salzburgo.

Pero Göring no fue el único funcionario de élite de aquel Tercer Reich en decadencia que huyó a los Alpes. A diferencia de muchos soldados sencillos que pagaron con su vida su retirada como «desertores», los líderes nazis tuvieron vía libre y todos los medios técnicos necesarios para ponerse a salvo. Al menos, por el momento.

> El mundo de las montañas es el lugar idóneo para morir como un nacionalsocialista.
>
> *Hermann Göring, mariscal del Reich*

También los jefes militares del OKW y del OKH abandonaron Berlín. El Alto Mando de la Wehrmacht estableció su nuevo cuartel en Flensburgo, al norte de Alemania, mientras que el Estado Mayor del Mando Superior del Ejército y del cuerpo de combate de las Waffen-SS partieron hacia la «fortaleza central de los Alpes». Su objetivo era llegar a la Berghof de Hitler. El municipio de Bischofswiesen, situado en las proximidades de Berchtesgaden, se había convertido ya unos años antes en una especie de «segunda central ejecutiva y militar». Lammers, Keitel y Jodl lo utilizaban como «Pequeña Cancillería del Reich» en las temporadas en las que Hitler permanecía en la Berghof.

El OKH estableció en la localidad de Anif su cuartel alternativo. De hecho, hoy en día aún es posible ver en las canteras de la zona la mayor excavadora de Austria. Sin embargo, las enormes cúpulas de piedra y las extensas galerías de la fábrica de cemento de Gutrathberg, en las que se debía haber establecido la dirección militar, ya no se encuentran abiertas al público. Los planes de construcción preveían completar y ampliar las galerías ya existentes con varias vías transversales. El proyecto, cuyo nombre en clave era «Pez Lumpo» (*Lumpfisch*), no llegó a pasar de la fase de planificación.

Para la evacuación de los dirigentes en los Alpes se pensó incluso en aprovechar los centros de producción subterráneos. Hasta aquel momento

las fábricas de la empresa Eugen-Grill-Werke, situadas en unas galerías de minas en la ciudad austríaca de Hallein, habían venido produciendo, entre otras cosas, piezas de motores de aviones. Sin embargo, desde entonces aquel centro subterráneo se convirtió en el nuevo cuartel general del líder de las SS. En la cercana mina de sal se habían almacenado varios vagones de documentos secretos de esta organización. Los diferentes departamentos de las SS contaban con cuarteles en varios lugares dispersos: Dachau, Traunstein y Tegernsee. En Bad Wiessee, donde once años antes había comenzado el ascenso de las SS con el asesinato de los rivales internos en la lucha por el poder durante el golpe de Estado de Röhm, se debía escribir el último capítulo de las tropas de élite de Hitler.

En vista de la futura derrota, todos los actores buscaban en la Fortaleza Alpina lo mejor. Algunos para sí; otros, incorregibles, para mantener una falsa lealtad hacia un régimen inhumano, y algunos, finalmente, pensando en el interés de los soldados agotados por los combates y de la población civil golpeada por la guerra.

Obcecación hasta el último hombre

El 15 de abril el mariscal de campo Albert Kesselring fue nombrado comandante en jefe en el sur, cargo para el que estaría dotado de plenos poderes en tanto en cuanto el Reich se mantuviera dividido en dos debido al avance de los Aliados y el *Führer* permaneciera en Berlín. El 25 de abril se dieron ya ambas circunstancias. Con la orden de crear la Fortaleza Alpina comenzó la carrera entre todas las unidades alemanas de Baviera y el norte de Italia y los ocho cuerpos del Ejército estadounidense en el sur. Su objetivo común: la fortaleza de los Alpes.

> Lo importante es, ante todo, la fanatización de la voluntad combativa en el área del sur.
>
> *Kesselring, mariscal de campo, 26 de abril de 1945*

En primer lugar se alcanzó un enclave especialmente simbólico. El 25 de abril las bombas aliadas golpearon el cuartel general de Hitler conocido como el «Adlerhorst» (el «Nido del águila»). A las diez horas comenzó el infierno. Sin embargo, poco antes de las doce todo había terminado. En aquel claro día de primavera, con las nieblas ya retiradas, el lugar que Hitler había elegido como patria constituía un objetivo fácil. La artillería antiaérea alemana quedó fuera de combate tras un par de disparos. En dos oleadas de ataques se redujo a escombros el lugar que se suponía servía de refugio al *Führer* en Obersalzberg. Solo los sótanos resistieron a la violencia de las bombas. Pero la conquista de las tropas estadounidenses, británicas y francesas no se detuvo aquí. En realidad, los alemanes habían perdido la carrera antes incluso de comenzarla.

> Este lugar vio en los últimos días de la guerra, en abril de 1945, el calvario de los prisioneros del campo de concentración de Dachau, enviados a un destino incierto.
>
> *Inscripción presente en los diecisiete monumentos que existen en Gauting y Wolfratshausen, entre otros lugares, con los que se recuerda la evacuación y la marcha que acabaría con la vida de los prisioneros de los campos de concentración que fueron trasladados como rehenes a la Fortaleza Alpina*

Hacía tiempo que el Alto Mando alemán había comprendido que la supuesta fuerza de sus tropas no era más que un espejismo: «Las abundantes divisiones que aparecían en el mapa de situación de Hitler sí que existían en términos numéricos», se reconocía abiertamente. Sin embargo, aquellas divisiones no eran, en el mejor de los casos, más que batallones, con soldados que llevaban combatiendo semanas y semanas, agotados, desilusionados y cansados de la guerra. Al igual que buena parte de la población civil, solo tenían un objetivo en mente: sobrevivir como fuera a la contienda.

> Seguiremos aferrándonos a las montañas.
>
> *Franz Hofer, jefe de distrito, en una alocución emitida por radio, 30 de abril de 1945*

Finalmente, también los altos militares y funcionarios nacionalsocialistas se esforzaron por poner fin rápidamente a los combates: en marzo Allen Dulles, a través de Gero von Schulze-Gaevernitz, hombre de su confianza en Alemania, había contactado con el general Wolff, que, en calidad de «máximo dirigente de las SS y la policía, y general de la Wehrmacht con plenos poderes para el área del frente en retirada», era uno de los hombres más poderosos del sur de los Alpes. El 8 de marzo se reunieron por primera vez en la neutral Suiza el general alemán y el responsable del servicio secreto estadounidense. Wolff ofreció rendirse junto con las 35 fuerzas de combate que dependían de él en Italia. Y hubo más. Intentó incluso convencer a Kesselring para que también capitulara. Sus motivos: la guerra estaba perdida. Lo que quería era evitar que se siguiera derramando sangre. En el bando aliado aquellas conversaciones secretas se conocieron con el nombre en clave de «Operación Sunrise».

> El mariscal de campo sir Harold Alexander ha informado de que las fuerzas armadas de tierra, mar y aire bajo el mando del general Von Vietinghoff, del Alto Mando alemán del Grupo de Ejércitos C, se han rendido sin imponer condiciones.
>
> *Winston Churchill ante la Cámara de los Comunes, 2 de mayo de 1945*

En conversaciones posteriores, el jefe de distrito Franz Hoffer apoyó al general Wolff. Pero si Wolff actuaba por el sentido de la responsabilidad que aún le quedaba y con la intención de evitar unas muertes sin sentido, Hofer lo hacía movido por sus propios intereses. En realidad, albergaba la esperanza de conseguir un estatus especial para su patria chica, el Tirol. Capitulación a cambio de autonomía: este era el trueque que quería plantear a los estadounidenses. Contaba con que la perspectiva de las pérdidas que provocarían los posteriores combates haría transigir a los enemigos. Y también esperaba convertirse en jefe del Gobierno de un estado federado en el Tirol.

Los dos emisarios alemanes jugaban con fuego. Hitler y Himmler conocían los planes de Wolff. Cuando el general de las SS trató de poner a

salvo a su familia en el sur del Tirol, Himmler le espetó: «Me he tomado la libertad de corregir este fallo. Su mujer y sus hijos permanecerán junto al lago Wolfgang». Estaba claro lo que quería decir: los Wolff eran rehenes de las SS y con ello el padre de familia se quedaba con las manos atadas.

Sin embargo, en ese momento el destino ya estaba decidido. El coronel general Vietinghoff-Scheel, comandante en jefe del suroeste, y su jefe de Estado Mayor, Hans Röttinger, continuaron las negociaciones con Dulles. El 29 de abril sus apoderados firmaron en la ciudad italiana de Caserta un acuerdo relativo a un armisticio inmediato. El problema: que el Alto Mando del sur, el mariscal de campo Kesselring, aún era contrario a la capitulación. Cuando Hofer comprobó que su sueño de un Tirol independiente era pura fantasía y Kesselring lo informó del acuerdo, se desató su ira: «No quiero tener nada que ver con estas intrigas. ¿Por qué no lucháis, en lugar de negociar?». Su primera reacción fue destituir a Vietinghoff-Scheel y a Röttinger de sus cargos. En una dramática conversación telefónica en la noche del 2 de mayo desde Bolzano, Wolff consiguió persuadir al reticente general Kesselring, que se encontraba en Pullach, cerca de Múnich. Poco antes, la noticia del fin de Hitler había llegado ya a Italia. El *Führer* se había suicidado el 30 de abril, liberándose así de sus responsabilidades terrenales. Aludiendo a la nueva situación, Wolff declaró: «Como la muerte del *Führer* lo exime a usted de mantener su juramento de lealtad, le ruego que nos autorice por fin a actuar de forma independiente, dejándonos guiar por nuestra propia conciencia».

Sin embargo, aquella noche los acontecimientos amenazaban con precipitarse. Unos alemanes se enfrentaban a otros alemanes; los tanques de las SS, a los de la Wehrmacht. Finalmente, hacia las 4.30 horas, Kesselring cedió: dio su consentimiento para la capitulación y revocó el despliegue de sus principales oficiales. Las armas callaron. La guerra había llegado a su fin en Italia. El *réduit* de los Alpes, aquella fortaleza que en realidad nunca había existido, se había rendido.

Sálvese quien pueda

Si bien la Fortaleza Alpina no fue un baluarte de defensa militar, sí que se concibió como refugio para muchos dirigentes nazis, que trataron de ponerse a salvo en ella. Sin embargo, no lo consiguieron.

Otto Skorzeny, oficial de las SS y liberador de Mussolini, quien, por cierto, era responsable del aparato de miedo y terror de los Werwölfe, anduvo errando por la zona de Kallbrunnalm, en Saalfelden, hasta que acudió al encuentro con sus esbirros en las proximidades de Salzburgo.

Odilo Globocnik, jefe del distrito de Viena y uno de los organizadores del exterminio judío, había insistido en un discurso del 4 de mayo de 1945 en la posibilidad de resistir. Antes de huir a la ciudad de Klagenfurt, aseguró ante la población que había «suficientes tropas en marcha» como para «detener a los británicos». En los prados de Möslacher Alm un comando de soldados del Reino Unido lo detuvo.

Robert Ley, el hombre de Hitler en el Frente Alemán del Trabajo,* se escondió en los Alpes bajo el pseudónimo de Ernst Distelmeier, hasta que los estadounidenses lo descubrieron y lo apresaron.

Tres semanas después de que acabara la guerra las tropas estadounidenses se toparon con un objetivo especialmente importante: en el municipio de Waidring dieron con Julius Streicher, editor del periódico *Der Stürmer* y uno de los mayores fanáticos de la ideología racista y de la propaganda antisemita del Reich.

Más suerte corrieron otros grupos de fugitivos, como el de Wernher von Braun y sus colaboradores. Von Braun era el padre del «arma maravillosa» V2 y había logrado llegar a principios de abril a los Alpes, acompañado de su equipo y cargado de importantes documentos relativos a sus investigaciones. En el verano de 1944 el túnel aerodinámico de Peenemünde se transportó hasta Kochel am See. La central eléctrica del lago Walchen, situada junto a aquella localidad, ofrecía a los investigadores enormes cantidades de energía para montar una instalación de túneles aerodinámicos supersónicos. Von Braun había decidido que quería seguir investigando en aquel lugar. Eso sí, en realidad perseguía objetivos diferentes a los que supuestamente debían interesarle.

> El único plan que existía era el que nos había dicho Braun: alejarse al máximo de los rusos y acercarse a los estadounidenses.
>
> *Walter Jacobi, ingeniero de misiles*

Oberammergau, un municipio de la zona de Ammertal (Alta Baviera) muy conocido por sus representaciones de la Pasión de Cristo, se convirtió desde entonces en una «estación general de “fugitivos”», como reconoció el propio diseñador de aviones Ludwig Bolkow. Desde aquí Von Braun continuó avanzando hasta Garmisch, donde, el 12 de mayo de 1945, cayó junto con su equipo en manos de las fuerzas armadas estadounidenses. Pronto se convirtió en uno de los principales *paperclip-boys*, como llamaban los norteamericanos a los científicos alemanes de primer orden a los que habían incluido en sus listas internas, dentro de páginas destacadas con un *paperclip* (es decir, con un clip). Las potencias que habían ganado la guerra sabían que los vencidos habían trabajado durante años en el desarrollo de misiles y reactores. Los estadounidenses querían aprovechar sus conocimientos y, al mismo tiempo, adelantarse a los rusos, que, no obstante, aún eran sus aliados en los combates.

Así pues, Wernher von Braun fue uno de los más de ciento veinte científicos alemanes que viajaron poco después del final de la guerra a Estados Unidos, y no como prisionero al que hubiera que castigar por haber prestado sus servicios a un régimen inhumano, precisamente, sino como prestigioso investigador a quien se permitiría continuar con su trabajo.

Wernher von Braun vio cumplido el sueño que Franz Hofer había tenido en relación con la Fortaleza Alpina: su conocimiento se convirtió en una garantía para que pudiera disfrutar de una carrera profesional tras la guerra. Y aquel diseñador de misiles no fue el único que alcanzó tal sueño.

«Hemos encontrado una mina de oro»

En febrero de 1945 el Departamento de Ejércitos Exteriores del Este, esto es, el servicio de información militar de la Wehrmacht, había establecido su cuartel en Bad Reichenhall, un balneario de la Alta Baviera. Su jefe, el general de la Wehrmacht Reinhard Gehlen, había puesto a salvo a su familia trasladándola al paraje natural del Bosque Bávaro. Para sí mismo, en cambio, tenía un plan especial. Junto con dos hombres de confianza cerró el 4 de abril el Pacto de Bad Elster, por el que acordaron poner sus conocimientos a disposición de Estados Unidos, pese a que hasta el momento este país había sido su enemigo durante la guerra. La teoría de Gehlen: «Las potencias occidentales se dirigirán ahora contra Rusia, su aliado. En su lucha contra la expansión comunista nos necesitarán, a mí, a mis trabajadores y a los documentos de los que he extraído copias». Al igual que Wernher von Braun facilitó la información que había acumulado en su investigación sobre los misiles, Gehlen estaba en condiciones de ofrecer como regalo de bienvenida una serie de análisis sobre la Unión Soviética y su red de agentes.

> Para preparar al personal clave necesario para el trabajo posterior, se constituyeron tres grupos que se establecerían durante un tiempo determinado —aproximadamente tres semanas— en tres puntos preparados en los Alpes, hasta que el gran enfrentamiento que cabía esperar al final de la guerra se hubiese apaciguado y las circunstancias fueran más o menos manejables. Entonces estos grupos se presentarían en la comandancia local de los estadounidenses más cercana y se dejarían apresar.
>
> *Reinhard Gehlen, Servicio Secreto: memorias del jefe del servicio de inteligencia alemán*

A principios de marzo de 1945 Gehlen ordenó que se copiase en microfilme todo el material informativo. En abril se enterraron en la zona de Elendsalm, junto al lago Spizting, cincuenta cajas de acero. A finales de ese mismo mes los oficiales del servicio secreto huyeron hacia las montañas. Gehlen conocía bien el terreno. No en vano, fue allí donde había aprendido a esquiar en los años veinte. Aquellos hombres esperaron hasta el final de la guerra, escondidos en las cabañas de los pastores trashumantes.

Doce días después de la capitulación de la Alemania de Hitler, Gehlen se hizo atrapar por un comando militar estadounidense. En aquella ocasión hubo algo que le molestó: «Como general de división en una posición fundamental durante la guerra, tuve que entregarme a un joven teniente estadounidense».

Pero después vendría otro problema mucho más grave: al principio los estadounidenses mostraron por él menos interés de lo previsto. No fue hasta principios de julio de 1945 cuando Edwin Luther Sibert prestó atención al prisionero de guerra recluido en el campo especial de Oberursel. El jefe del servicio de información del Ejército de Estados Unidos en Europa quería entregar a su homólogo alemán a la Unión Soviética. Sin embargo, después de numerosos interrogatorios se vio obligado a reconocerlo: «Hemos encontrado una mina de oro».

El 21 de agosto de 1945 el jefe del Estado Mayor de generales de Estados Unidos, Walter Bedell Smith, envió a Gehlen y a seis de sus colaboradores de confianza en su propio avión privado a Washington. Allí, en el marco de la acción Bolero, organizarían, por encargo de Estados Unidos, un nuevo servicio de inteligencia. Lo principal para el Grupo Bolero es lo que el propio Gehlen subrayó en sus memorias: «La nueva organización de inteligencia alemana no trabaja para los estadounidenses ni bajo las órdenes de ellos, sino junto con ellos».

La guerra fría aún no había comenzado, pero los norteamericanos ya se iban preparando, por si las moscas. En los científicos y oficiales del servicio secreto de Alemania habían encontrado su tesoro alpino.

Pero ¿qué hay de la leyenda de esos otros tesoros del Tercer Reich que aún quedan por descubrir en la Fortaleza Alpina? ¿Qué sabemos del mito del «oro nazi»?

En busca del oro nazi

Las riquezas que los nazis ocultaron o se llevaron consigo en su huida siguen alimentando fantasías. En la actualidad aún se busca lo que queda

del oro que almacenaba el tesoro del Banco del Reich y que, en medio de la confusión de los últimos días de la contienda, acabó desapareciendo. También se sigue buscando el dinero del Banco Estatal italiano. Investigadores aficionados y cazatesoros rastrean las pistas de las joyas artísticas de los nazis y de los tesoros que carniceros nacionalsocialistas como Ernst Kaltenbrunner o el organizador del genocidio judío, Adolf Eichmann, ordenaron robar a sus desamparadas víctimas. Oro nazi, dinero manchado de sangre, objetos robados... pocas veces se han concentrado en un solo lugar tantas riquezas como en la Fortaleza Alpina durante la fase final de la guerra. Los objetos de valor de las víctimas iban a servir para que los autores de aquellos crímenes pudiesen empezar una nueva vida. Existen pruebas que demuestran que la mayoría de los escondites se han acabado descubriendo. Sin embargo, hoy en día los expertos no consiguen ponerse de acuerdo en determinar si ya se ha sacado todo a la luz.

> En el desmoronamiento de 1945, tras disolverse nuestro grupo, cada uno de nosotros recibió mil dólares en divisas y un puñado de monedas de oro.
>
> *Anton Burger, teniente de las SS y excomandante del campo de concentración de Theresienstadt*

Después de la guerra, varios buceadores estadounidenses se sumergieron en el lago Toplitz, en el distrito de Salzkammergut, y encontraron planchas de imprenta y dinero falso. Eran los restos de la Operación Bernhard, un oscuro proyecto de Himmler, por el que en el año 1943 se obligó a los prisioneros del campo de concentración de Sachsenhausen a fabricar dinero falso bajo la supervisión de las SS. Su intención era inundar la economía occidental de libras esterlinas y dólares estadounidenses para provocar su ruina. Un sueño color de rosa que, sin embargo, pronto se desvaneció. Hay quien considera que con aquellas divisas falsas la dirección de las SS pretendía financiarse mientras esperaba en la Fortaleza Alpina a que la alianza occidental de sus enemigos se resquebrajara, para resurgir después, como el ave fénix, de sus cenizas y

vencer al bolchevismo. El jefe superior de las Unidades de Asalto de las SS, Wilhelm Hottl, considera que lo que se encontró en el lago Toplitz no era una cámara del tesoro, sino un intento de destruir las pruebas de la «guerra de papeles» que había intentado librar Hitler.

En los últimos días del mes de abril de 1945, Eichmann transportó hasta el lago Toplitz, en un convoy de vehículos, una serie de cajas de munición. Hubiera lo que hubiera en aquellas cajas, lo que es seguro es que no contenían munición, precisamente. Se especula con que en ellas se guardase el oro confiscado, joyas judías, divisas cuyos propietarios habían sido asesinados en los campos de exterminio... Los testigos contaron hasta 22 cajas. Ninguna de ellas se ha encontrado hasta ahora.

> Tres o cuatro días antes de que terminara la guerra, llamaron a la puerta a las cinco de la mañana dos hombres de las SS, que nos dijeron que teníamos que ponernos manos a la obra inmediatamente. ¡Inmediatamente! Un poco más allá había dos camiones con entre setenta y ochenta cajas. También había otros vehículos. En total hicimos cuatro viajes hasta el lago Toplitz, siempre acompañados de un hombre de las SS. En el lago descargamos lo que habíamos transportado y se nos ordenó después: «¡Dense la vuelta inmediatamente!». No podíamos ver lo que hacían con aquellas cajas tan pesadas. De todas formas, yo miré un par de veces y vi como todo se hundía en el agua.
>
> **Ida Weissenbacher, testigo de una operación de hundimiento de material**

Por eso el lago Toplitz levanta pasiones: en 1959 el reportero de la revista alemana *Stern* Wolfgang Löhde extrajo de él 17 cajas con billetes de libras falsos. Junto con Gert Fröbe grabó un reportaje titulado *Der Schatz im Toplitzsee* («El tesoro del lago Toplitz»), que, pese a todo, tuvo un éxito modesto. Más adelante se encontró una caja de documentos en aquel mismo lago que demuestra hasta qué punto la mentalidad de las SS estaba marcada por la extrema minuciosidad en sus actuaciones. Todo estaba cuidadosamente documentado, con el típico esmero alemán, que se aplicó hasta en la operación de falsificación de dinero.

En 1963, sin embargo, ese mismo lago dio lugar a unos tristes titulares: uno de los muchos submarinistas aficionados que iba tras la pista de las riquezas nazis pagó con su vida su búsqueda del tesoro. Las autoridades

austríacas prohibieron entonces la inmersión a todas las personas, excepto al científico alemán Hans Fricke, que por aquel entonces estaba realizando exploraciones subacuáticas por motivos profesionales y que no encontró oro, sino una nueva bacteria, el «gusano del lago Toplitz», que también era un tesoro, aunque de carácter científico, claro.

A diferencia de aquel lago, el escondrijo de las muchas obras de arte que los nazis habían transportado a través de Europa en sus trenes cargados de botines era mucho menos húmedo. Göring, un verdadero amante del arte, fue uno de los altos funcionarios a los que se conocía irónicamente como los «faisanes dorados» y que llevaron sus tesoros a los Alpes.

En realidad se llevaron al lago Walchen muchas más obras de valor de lo que quedó registrado en el protocolo.

Jürgen Proske, cazatesoros de la localidad de Garmisch-Partenkirchen

Se habla de las galerías de las minas de sal de la zona del balneario de Altaussee como una de las posibles cámaras de estas riquezas. A ellas huyó precisamente Ernst Kaltenbrunner al final de la guerra. El jefe de la Policía de Seguridad y del Servicio de Seguridad pensaba que en este punto sería posible guardar a buen recaudo la mayor colección artística. «Se trataba de colecciones extraordinarias, en el sentido más amplio de la palabra. Pensando en el interés del Reich, Hitler se había hecho con aquellos objetos, que formarían parte de su gran obra futura, la Galería Linz». Así explicó el jefe superior de las Unidades de Asalto de las SS, Wilhelm Höttl, el objetivo inicial de la colección. Desde principios del año 1944 se habían venido almacenando en unas mil quinientas cajas casi diez mil obras de arte, entre cuadros, grabados, acuarelas...

En la tarde del 8 de mayo un grupo de combate estadounidense dirigido por el comandante Ralph E. Pearson ocupó la mina de sal e impidió el acceso a la zona. Su unidad especial se ocupaba exclusivamente de seguir la huella de los tesoros artísticos. Pero en la red de los norteamericanos no solo cayó el botín robado, sino también el propio ladrón, Kaltenbrunner:

tres años más tarde se localizó bajo el suelo de su cabaña una suma de veinte mil marcos del Reich. En el jardín de Villa Kerry, donde Kaltenbrunner pasó sus últimos días en libertad, se desenterraron 76 kilos de oro, joyas, dólares y francos suizos.

Algo diferente fue lo que ocurrió con el tesoro oculto en la pequeña localidad del sur del Tirol, Franzensfeste (o, en italiano, Fortezza). En aquel lugar las SS habían guardado en 1943 el oro del Banco del Estado italiano. Una parte de aquel tesoro fue descubierta por las tropas estadounidenses en su avance hacia la Fortaleza Alpina. Sin embargo, la mayoría desapareció y sigue atrayendo aún hoy a cazatesoros y aventureros, que creen que los restos de lo que en su día fueron doce toneladas de oro siguen por la zona.

En la actualidad, casi setenta años después de que terminara la guerra, hay otro lugar que atrae a buscadores de oro e historiadores aficionados. Se trata del Walchen, un lago alpino de casi doscientos metros de profundidad. Aunque no es el único punto de la zona en el que se buscan las claves del secreto: también se acude a la Steinriegel, una montaña situada a orillas del lago. En esta área se depositó el tesoro del Banco del Reich y es posible que aún se conserve allí parte de él.

> El oro de los lingotes brillaba bajo los rayos del sol, que atravesaban las nubes. Y brillaban también los diamantes y el resto de piedras preciosas. Y también el oro que se había extraído de los dientes de los judíos después de gasearlos en los campos de concentración. En total, cuatro cajas repletas.
>
> *Christian Hallig, testigo del descubrimiento del tesoro por parte de las tropas estadounidenses en medio de aquel paraje de piedras acumuladas*

Los nazis robaron oro a sus víctimas judías por toda Europa y lo llevaron a Berlín, donde lo utilizaron para acuñar divisas. Gran parte de las reservas fue a parar a las minas de Merkers, en Turingia, donde más tarde las tropas estadounidenses la localizaron. La otra parte del oro nazi sigue atrayendo la atención de investigadores como Ian Sayer, que descubrió por casualidad algunos de los lingotes de oro perdidos, precisamente en la segura cámara acorazada del Banco Central británico. Hasta llegar allí,

aquel oro había recorrido un largo camino que comenzó el 14 de abril de 1945 en Berlín. Aquel día, una pequeña columna de vehículos, formada por tres camiones y vigilada por quince hombres, puso rumbo al sur. Había llegado el momento de escapar: pocos días después el Ejército Rojo rodearía la capital del Reich e impediría cualquier huida. El responsable superior de caja del Banco del Reich, Georg Netzeband, tenía que poner a buen recaudo aquel cargamento: 730 lingotes de oro de 12,5 kilos cada uno; en total, más de 9,1 toneladas de oro, más varios sacos llenos de monedas, divisas, cartas y 34 planchas de imprenta. También formaban parte de aquel flete secreto varias botellas de vino del Mosela.

Como el lugar que se había previsto en un primer momento para almacenar aquellos objetos en los Alpes resultó ser poco apropiado, el director de la escuela de la división de cazadores de montaña, el coronel Franz Pfeiffer, se hizo cargo de aquel pesado cargamento en Mittenwald. Un comando formado por doce oficiales transportaría el tesoro del Banco del Reich hasta un lugar seguro en la montaña, empleando para ello mulos. En medio de la noche, una pequeña caravana comenzó a avanzar por los caminos impracticables de aquel paisaje de piedras amontonadas. Los hombres cavaron tres hoyos en los que escondieron las más de doscientas cajas y las docenas de sacos identificados con la marca del Banco del Reich. A todos los implicados se les advirtió que debían guardar silencio sobre lo que habían hecho.

> Toda la palabrería en torno a la Fortaleza Alpina no era más que una ridícula ilusión. Las montañas por sí solas no pueden detener a ningún enemigo.
>
> *Valentin Feuerstein, general de las tropas de montaña*

Sin embargo, aquello no sirvió de nada. No pasaron ni dos meses cuando el Goldrush Team de estadounidenses y británicos recuperó el tesoro del Banco del Reich, utilizando dispositivos de detección de minas. Extrajeron 365 bolsas de lino, cada una de ellas con dos lingotes, además de planchas de imprenta, piedras preciosas, divisas y el oro fundido procedente

de los dientes de las víctimas de los campos de concentración. El valor de aquel hallazgo en la época: al menos trescientos millones de marcos.

Aún hoy corre el rumor de que siguen sin localizarse doscientos kilos de oro y una parte de las divisas, bien porque han desaparecido, bien porque el meticuloso contable Netzeband no los registró. Y el investigador aficionado Jürgen Proske está seguro de que «no solo el oro y las divisas del transporte de Netzeband se transportaron al lago Walchen. Hubo otros cargamentos destinados a esta región. Camiones repletos de los valiosos objetos de los caciques del Tercer Reich. Alfombras de Göring, plata y muchas más cosas se ocultaron en el mismo lugar al que ya se había trasladado el tesoro del Reich».

En cualquier caso, hay un secreto que sí pudo desvelarse: en la búsqueda del lugar en el que se habían escondido las divisas desaparecidas en el lago Walchen, Proske descubrió los restos de 57 botellas de vino del año 1940. Su procedencia estaba clara: se trataba de un Uerziger Kranklei, un caldo excelente. Por cierto, «Kranklei» es la adaptación al alemán de *grand lieu*.

Es posible que los investigadores aficionados sigan encontrando restos del tesoro del Banco del Reich o del oro nazi en general. Pero también puede ocurrir que la idea de la Fortaleza Alpina como cámara acorazada de tesoros no sea más que lo que siempre fue desde el punto de vista militar: un mero fantasma.

Bibliografía

LOS DOCUMENTOS SECRETOS DE HESS

Douglas-Hamilton, James, *Geheimflug nach England. Der «Friedensbote» Rudolf Heß und seine Hintermänner.* Düsseldorf, 1973 (hay trad. cast.: *Rudolf Hess: misión sin retorno*, Grijalbo, Barcelona, 1973).

Heß, Ilse, *Ein Schicksal in Briefen (England-Nürnberg-Spandau/Gefangener des Friedens/Antwort aus Zelle Sieben*, Leoni, 1984.

Heß, Wolf Rüdiger (ed.), *Briefe* 1908-1933: *Rudolf Heß*, Múnich y Viena, 1987.

Heß, Wolf Rüdiger, *Mein Vater Rudolf Heß: Englandflug und Gefangenschaft*, Múnich y Viena, 1985.

—, *Mord an Rudolf Hess? Der geheimnisvolle Tod meines Vaters in Spandau*, Leoni, 1989.

Irving, David, *Rudolf Heß - ein gescheiterter Friedensbote? Die Wahrheit über die unbekannten Jahre 1941-1945*, Graz, 1993.

Kohlstruck, Michael, «Fundamentaloppositionelle Geschichtspolitik. Die Mythologisierung von Rudolf Heß im deutschen Rechtsextremismus», en Fröhlich, Claudia, y Heinrich, Horst-Alfred (eds.), *Geschichtspolitik. Wer sind ihre Akteure, wer ihre Rezipienten?*, Stuttgart, 2004, pp. 95-109.

Le Tissier, Tony, *Spandauer Jahre: 1981-1991. Die Aufzeichnungen des letzten britischen Gouverneurs*, Múnich, 1997.

Longerich, Peter, *Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Heß und die Partei-KanzIei Bormann*, Múnich *et al.*,1992.

Nesbit, Roy Conyers, y Van Acker, Georges, *The Flight of Rudolf Hess: Myths and Reality*, Stroud, 2007.

Nolzen, Armin, «Der Heß-Flug vom 10. Mai 1941 und die öffentliche Meinung im NS-Staat», en Sabrow, Martin (ed.), *Skandal und Diktatur. Öffentliche Empörung im NS-Staat und in der DDR*, Gotinga, 2004, pp. 130-156.

Schmidt, Rainer F., *Rudolf Heß: »Botengang eines Toren?« Der Flug nach Großbritannien vom 10. Mai 1941*, Düsseldorf, 1997.

Seidl, Alfred, *Der Fall Rudolf Heß 1941-1987. Dokumentation des Verteidigers*, Múnich,1988.

MISIONES LETALES

Annussek, Greg A., *Hitler's Raid to Save Mussolini: The Most infamous Commando Operation of World War II*, Cambridge, MA, 2005.
Bailey Roderick, *Forgotten Voices of the Secret War: An Inside History of Special Operations in the Second World War*, Londres, 2008.
Gerwarth, Robert, *Reinhard Heydrich. Biographie*, Múnich, 2011.
Haasis, Hellmut G., *Tod in Prag. Das Attentat auf Reinhard Heydrich*, Reinbek, 2002.
Henke, Klaus-Dietmar, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1996.
Koop, Volker, *Himmlers letztes Aufgebot. Die NS-Organisation »Werwolf«*, Colonia, Weimar y Viena, 2008.
Lebensaft, Elisabeth, y MentschI, Christoph, *«Are you prepared to do a dangerous job?» Auf den Spuren österreichischer und deutscher Exilanten im britischen Geheimdienst SOE*, Viena, 2010.
McRaven, William H., *Spec Ops: Case Studies in Special Operations Warfare. Theory and Practice*, Novato, CA, 1995.
Patricelli, Marco, *Liberate il duce. Gran Sasso 1943: La vera storia dell'operazione Quercia*, Milán, 2002.
Prescher, Hans, *General Kreipe wird entführt: Ein Husarenstück auf Kreta 1944*, Mähringen, 2007.
Spaeter, Helmuth, *Die Brandenburger: Eine deutsche Kommandotruppe zbV 800*, Múnich, 1982.

LA HISTORIA CLÍNICA DE HITLER

Bezymenskij, Lev A., *Der Tod des Adolf:HitIer: Die Endphase des Zweiten Weltkriegs aus sowjetischer Sicht*, Frankfurt del Meno y Berlín, 1990.
Deprem-Hennen, Menevse, *Dentist des Teufels: Die Karriere des Johannes Blaschke*, Bergheim, 2007.
Ghaemi, Nassir, *A First-Rate Madness: Uncovering the Links between Leadership and Mental lllness*, Nueva York, 2011.
Horstmann, Bernhard, *Hider in Pasewalk: Die Hypnose und ihre Folgen*, Düsseldorf, 2004.
Irving, David, *Wie krank war Hitler wirklich? Der Diktator und seine Ärzte*, Múnich, 1980.
Joachimsthaler, Anton, *Korrektur einer Biographie: Adolf Hitler, 1908-1920*, Múnich 1989.
—, *Hitlers Weg begann in München, 1913-1923*, Múnich, 2000.
—, *Hitlers Ende: Legenden und Dokumente*, Múnich, 2004.
Katz, Ottmar, *Prof Dr. med. Theo Morell: Hitlers Leibarzt*, Múnich, 1985.
Lewis, David, *The man who invented Hitler: The making of the Führer*, Londres, 2004.
Neumann, Hans-Joachim, y Eberle, Henrik, *War Hitler krank? Ein abschließender Befund*, Colonia, 2011.
Redlich, Fritz, *Hitler: Diagnose des destruktiven Propheten*, Viena, 2002.
Röhrs, Hans-Dietrich, *Hitlers Krankheit: Tatsachen und Legenden. Medizinische und psychologische Grundlagen seines Zusammenbruchs*, Neckargemünd, 1966.
Schenck, Ernst Günther, *Patient Hitler: Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989.
Weber, Thomas, *Hitlers erster Krieg: Der Gefreite Hitler im Weltkrieg -Mythos und Wahrheit*, Berlín, 2012.

EL SECRETO DEL «U 513»

Blair, Clay, *Der U-Boot-Krieg*, volumen 1: *Die Jäger 1939-1942*, Múnich, 1998.
—, *Der U-Boot-Krieg*, volumen 2: *Die Gejagten 1943-1945*, Múnich, 1999. Busch, Rainer, y Roll, Hans-Joachim, *Der U-Boot-Krieg 1939-1945*, 5 volúmenes, Hamburgo, 1996 y ss.
Gannon, Michael, *Schwarzer Mai: Die Entscheidung im U-Boot Krieg*, Múnich, 2001.
—, *Operation Paukenschlag: Der deutsche U-Boot-Krieg gegen die USA*, Berlín, 2010.
Kelshall, Gaylord T. M., *U-Boot-Krieg in der Karibik: 1942-1945*, Hamburgo, Berlín y Bonn, 1999.
Korganoff, Alexandre: *Günther Prien -Mit U47gegen Scapa Flow: Tatsachen - Geheimnisse – Legenden*, Berlín, 2010 (hay trad. cast.: *La verdad sobre Scapa Flow*, Bruguera, Barcelona, 1975).
Niestlé, Axel, *Germán U-boat losses during World War lI: Details of destruction*, Annapolis, MD, 1998.
Padfield, Peter, *Der U-Boot-Krieg 1939-1945*, Múnich, 2000.
Peillard, Léonce, *Geschichte des U-Boot-Krieges 1939-1945*, Múnich, 1983.
Savas, Theodore P. (ed.), *Lautlose Jäger: Deutsche U-Boot-Kommandanten im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 2008.

EL MITO DE LA FORTALEZA ALPINA

Dulles, Allen Welsh, y Schulze-Gaevernitz, Gero von, *Unternehmen Sunrise. Die geheime Geschichte des Kriegsendes in Italien*, Düsseldorf, 1967.
Eisenhower, Dwight D., *Kreuzzug in Europa*, Ámsterdam, 1948 (hay trad. cast.: *Cruzada en Europa*, Inédita Editores, Barcelona, 2007).
Frank, Bernhard, *Der Obersalzberg im Mittelpunkt des Weltgeschehens: Eva Braun, Adolf Hitler und das brennende Berlin*, Berchtesgaden, 1991.
Hallig, Christian, *Festung Alpen - Hitlers letzter Wahn. Wie es wirklich war: Ein Erlebnisbericht*, Friburgo, Basilea y Viena, 1989.
Kaltenegger, Roland, *Operation «Alpenfestung»: Das letzte Geheimnis des «Dritten Reiches»*, Múnich, 2005.
Lang, Jochen von, *Der Adjutant: Karl Wolff - Der Mann zwischen Hitler und Himmler*, Múnich y Berlín, Berlín 1985.
Minott, Rodney G., *Top Secret: Hitlers Alpenfestung. Tatsachenbericht über einen Mythos*, Reinbek, 1967.
Muigg, Mario, «Die “Alpenfestung”. Mythos oder Realität?», en *Journal for Intelligence, Propaganda and Security Studies* (JIPSS), año 1, 2007, pp. 97-113.
Neul, Josef, *Adolf Hitler und der Obersalzberg: Eine Dokumentation in Wort und Bild*, Rosenheim, 1997.
Rauchensteiner, Manfried, *Krieg in Österreich 1945*, Viena, 1984 (documentos del Museo de Historia del Ejército de Viena, volumen 5).
Schöner, Hellmut, *et al.*, *Die verhinderte Alpenfestung. Das Ende des Zweiten Weltkrieges im Raum Berchtesgaden, Bad Reiehenhall, Salzburg: Dokumentationen*, Berchtesgaden, 1996.
Seidler, Franz W., *Phantom Alpenfestung? Die geheimen Baupläne der Organisation Todt*, Berchtesgaden, 2004.
Weibel-Altmeyer, Heinz, *Hitlers Alpenfestung. Ein Dokumentarbericht*, Múnich, 1971.

Notas

* En el original, «Wunderwaffe». Esta era la denominación que el Ministerio de Propaganda del Tercer Reich empleaba para referirse a una serie de avanzadas armas que se emplearon en la segunda guerra mundial. (*N. de la t.*)

* En el original, «Engeland», en el dialecto bajoalemán propio del norte de Alemania. (*N. de la t.*)

* Teoría muy popular en Alemania durante el período de entreguerras, que atribuía las durísimas condiciones impuestas al país tras su derrota en la primera guerra mundial a una coalición de judíos, socialistas y comunistas que, supuestamente, dio lugar a la República de Weimar. (*N. de la t.*)

* Término derivado del sustantivo *Volk* (en alemán, «pueblo») que designa un movimiento conservador, con origen en el nacionalismo romántico, que hacía especial hincapié en las diferencias étnicas que existen entre los pueblos y que, como tal, estuvo relacionado con el nacimiento del nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

* El Templo de los Generales o Feldherrnhalle es un monumento de Múnich que durante el golpe de Estado de 1923 se convirtió en escenario de enfrentamientos entre la policía bávara y los seguidores de Hitler. (*N. de la t.*)

* Unidad inferior de las divisiones regionales del NSDAP. (*N de la t.*)

* Sección femenina de las Juventudes Hitlerianas. (*N. de la t.*)

* En el original, «Großdeutschland». Concepto introducido por los nacionalistas alemanes en el siglo XIX. Se refiere al proyecto de crear una Alemania con espacio vital suficiente para su población, lo que implicaba necesariamente la anexión de territorios. (*N. de la t.*)

* Partido alemán de extrema derecha. (*N. de la t.*)

* Compañía de Propaganda. (*N. de la t.*)

* «Hecho consumado». En francés en el original. (*N. de la t.*)

* Denominación que daban los nazis a todos aquellos ciudadanos a los que consideraban dañinos para el pueblo, incluidos los traidores a la patria. Tras la aprobación del Volksschädlingsverordnung o Reglamento relativo a los Parásitos del Pueblo, apenas unos días después de que estallase la segunda guerra mundial, el término acabó convirtiéndose en un término jurídico y se empleó para designar a los delincuentes. (*N. de la t.*)

* Ciudadanos étnicamente alemanes que residían fuera de Austria y Alemania, especialmente en la Europa del Este. (*N. de la t.*)

* Literalmente, «hombres lobo». (*N. de la t.*)

* Plato tradicional muy frecuente en Baviera y Austria, elaborado a base de albóndigas de hígado de ternera. (*N. de la t.*)

* Traducción al castellano de José Manuel Álvarez Flórez en la obra de Ian Kershaw *Hitler 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999. (*N. de la t.*)

* Se refiere al acero fabricado en las plantas siderúrgicas de la familia Krupp, en la cuenca del Ruhr. (*N. de la t.*)

* Nombre dado a la cabaña en la que Hitler debatía con sus generales acerca de la situación de la guerra. (*N. de la t.*)

* Juego parecido al voleibol. (*N. de la t.*)

* Milicia nacional popular creada en los últimos días de la segunda guerra mundial, a la que debían alistarse obligatoriamente todos los hombres alemanes de entre dieciséis y sesenta años de edad. (*N. de la t.*)

* Movimiento de ciudadanos que se negaban a seguir luchando en la guerra y reclamaban el fin del Reich, la capitulación pacífica y la recuperación de las libertades. (*N. de la t.*)

* Literalmente, «Gran Reich Alemán», expresión que los nazis comenzaron a utilizar cada vez con más frecuencia a partir de 1943 en sustitución de la denominación «Tercer Reich». Con ella se hacía referencia a la expansión de las fronteras de Alemania que se produjo en los primeros años de la segunda guerra mundial. (*N. de la t.*)

* Denominación en inglés de la batalla de las Ardenas. (*N. de la t.*)

* Organización creada en 1938 para la construcción de fortificaciones y autopistas, entre otras infraestructuras. (*N. de la t.*)

* Denominación con la que los nazis conocían a Austria tras su anexión por parte del Reich. (*N. de la t.*)

* Deutsche Arbeitsfront o sindicato único alemán. (*N. de la t.*)

Primera edición: octubre de 2013

Secretos de la segunda guerra mundial
Guido Knopp

Título original: *Geheimnisse des Zweiten Weltkriegs*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent S.L., Barcelona - www.uklitag.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2013

ISBN: 978-84-9892-637-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual